

GONZALO ORTIZ CRESPO

# SEMBRADOR DE FUTURO

Recuerdo coral de Fernando Ortiz Crespo



**Gonzalo Ortiz Crespo** (Quito, 1944). Periodista, escritor y diplomático es autor de libros de ensayo, historia, periodismo y de tres novelas. Realizó estudios superiores en Letras, Sociología, Desarrollo Económico y Relaciones Internacionales en las universidades Central y Católica del Ecuador y en el Instituto de Estudios Sociales de La Haya (Países Bajos). Ha sido embajador del Ecuador en Colombia (2023), asesor político de cuatro ministros de Relaciones Exteriores (2019-2023), concejal de Quito por elección popular (2002-2008), vicealcalde de la capital (2009), secretario general de la Administración Pública (1989-1992) y secretario nacional de Comunicación (1988-1989).

Fue uno de los fundadores del diario *Hoy*, gerente nacional de noticias de Ecuavisa, director de noticias de Telesistema, editor general de la revista *Gestión* y director para América Latina de la agencia internacional de noticias IPS, lo que le llevó a vivir en Costa Rica y Uruguay. Profesor universitario con 30 años de experiencia, fue subdecano de la Facultad de Economía de la PUCE y decano de la de Ciencias Internacionales, Diplomacia y Comunicación de la UIDE.

Subdirector de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Ha recibido condecoraciones de los gobiernos de Brasil, Portugal, Francia y España.







Retrato de Fernando Ortiz pocos meses antes de su muerte, captura de pantalla de un video del programa *La Televisión* de Freddy Elhers, 2001



# **SEMBRADOR DE FUTURO**

Recuerdo coral de Fernando Ortiz Crespo

*Sembrador de futuro.*  
*Recuerdo coral de Fernando Ortiz Crespo*

© Gonzalo Ortiz Crespo, 2026  
© Universidad del Azuay - Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-112-3  
e-ISBN: 978-9942-54-113-0  
EPUB-ISBN: 978-9942-54-114-7

Cuidado de la edición: Cristóbal Zapata  
Diseño y diagramación: Juan González Calle  
Portada: Fernando Ortiz Crespo, a los 21 años, en el volcán de la isla Fernandina,  
Galápagos, febrero de 1964  
Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

---

#### CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga  
Rector

Genoveva Malo Toral  
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni  
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi  
Directora de la Casa Editora

---

Universidad del Azuay  
Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo  
www.uazuay.edu.ec  
(+593 7) 409 1000

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.*

Cuenca - Ecuador, 2026

GONZALO ORTIZ CRESPO

# SEMBRADOR DE FUTURO

Recuerdo coral de Fernando Ortiz Crespo



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora



El joven naturalista Fernando Ortiz junto a tortuga gigante en su primera estadía en Galápagos, 1963

## PÓRTICO

Su destacada actividad como biólogo y pionero de la conservación de la naturaleza ecuatoriana, hizo de Fernando Ortiz Crespo uno de los investigadores pioneros del entorno natural de Cuenca, en especial del macizo del Cajas, que visitó en innumerables ocasiones. Fue, además –entre las múltiples tareas que acometió en vida–, fundador de la primera carrera de Biología “pura”, como se decía antes, en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y maestro de varias generaciones de biólogos. Desde allí apoyó la creación de la carrera de Biología en la naciente Universidad del Azuay, entonces adscrita a la PUCE.

La ciencia y la tecnología fueron sus campos de acción y trabajo, ya sea en Roma, en el Instituto Ítalo-Latinoamericano, o en Quito, en la Fundación para la Ciencia y la Tecnología (Fundacyt), desde donde mantuvo su colaboración con nuestra naciente universidad.

Fernando Ortiz también fue un notable investigador de la historia de las ciencias, motivo por que fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia. A su iniciativa se debe la creación del Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales, la Fundación Natura y el Refugio de Vida Silvestre Pasochoa.

A 25 años de su temprana partida, su hermano Gonzalo Ortiz Crespo, nos ofrece un cálido e íntimo retrato de Fernando, perfectamente complementado con una multiplicidad de testimonios, opiniones y miradas de colegas, discípulos y amigos que configuran un magnífico “recuerdo coral” de este *Sembrador de futuro* que fue Fernando Ortiz Crespo.

Una vida que ha cuidado nuestro entorno con tanta pasión y compromiso, es una vida que merece ser contada.

Para la Casa Editora de la Universidad del Azuay es una alegría ser parte de este tributo a la vida de Fernando Ortiz Crespo, a 25 años de su temprana partida.

*Francisco Salgado*  
*Rector de la Universidad del Azuay*



Los esposos Cecilia Veintimilla Moscoso y Fernando Ortiz Crespo en la cascada del río Pita en el Cotopaxi, ca. 1970



En una reunión en el Centro Cultural de la PUCE. De izquierda a derecha: P. Orlando Sandoval S.J., doctor Fernando Ortiz, su esposa Cecilia Veintimilla, doctora Laura Arcos, el rector P. Hernán Malo S.J., el P. Hernán Andrade S.J., decano de la Facultad de Ciencias de la Educación, y el periodista y profesor Gonzalo Bonilla Cortés, ca. 1976

## PRÓLOGO

*Luis Suárez\**

Fernando Ortiz Crespo (1942-2001) fue mi profesor, mentor y colega. A más de su enorme contribución al estudio de la ornitología y especialmente al conocimiento de los colibríes, fue sin duda un pionero de la ecología, la ciencia que estudia las complejas relaciones entre los seres vivos y su entorno físico, y también el padre de la biología de la conservación, la denominada “disciplina de crisis” que confronta la alarmante problemática ambiental causada por las actividades humanas, combinando diferentes perspectivas básicas y aplicadas para evitar, mitigar o restaurar la destrucción de hábitats, la extinción de especies y la pérdida de la variabilidad genética.

En efecto, Fernando integró a lo largo de su vida tres cualidades, entre muchas otras, que le permitieron estudiar, difundir y proponer medidas prácticas para pasar de la ciencia a la acción. Esas cualidades son la curiosidad, la inteligencia y la pasión. Con esos ingredientes fue capaz de convertirse, desde niño, en un gran investigador de las especies animales y vegetales, y de sus interacciones entre sí y con su entorno. Su desbordante curiosidad, sumada a su aguda inteligencia, le permitieron explorar la fascinante biodiversidad del Ecuador e identificar no solo desafíos sino también oportunidades para el desarrollo sostenible de nuestro país.

---

\* Luis Suárez. Exvicepresidente y director ejecutivo de Conservación Internacional Ecuador. Licenciado en Ciencias Biológicas en la PUCE, con maestrías en Manejo de Vida Silvestre (Universidad de Washington) y Ecología y Conservación Tropical (Universidad de Florida). Recientemente la Universidad Anglo Hispano Mexicana (Puebla) le otorgó el título de Magnus Doctor Honoris Causa en reconocimiento a su trayectoria y a su contribución a la conservación de la naturaleza y al desarrollo sostenible del Ecuador.

Asimismo, su pasión por la naturaleza y su búsqueda insaciable de soluciones a los graves problemas ambientales le impulsaron a trabajar en el diseño e implementación de políticas públicas y acciones innovadoras para la conservación de la naturaleza, desde la declaratoria de áreas protegidas (parques nacionales, reservas ecológicas o refugios de vida silvestre, entre otras) hasta la creación de diversas instituciones públicas y privadas enfocadas en la protección, restauración y uso sostenible de nuestra extraordinaria biodiversidad.

Como un ejemplo de su trabajo visionario en la conservación de nuestro patrimonio natural, me permito resaltar que Fernando lideró —entre 1980 y 1981— la preparación y publicación del primer diagnóstico de la situación del medio ambiente en el Ecuador, gracias al valioso apoyo de la Fundación Natura, organización no gubernamental que él ayudó a crear en 1978. Dicho estudio —realizado con Luis Rodríguez y Danilo Silva, dos de los primeros estudiantes de la carrera de ciencias biológicas de la PUCE que también ayudó a establecer en 1976— marcó el camino para la identificación de graves problemas ambientales en las cuatro regiones naturales del Ecuador, así como el desarrollo de múltiples políticas públicas e instrumentos de gestión para prevenir, controlar y sancionar los conflictos socioambientales en nuestro país.

Asimismo, su trabajo como catedrático universitario contribuyó a la formación de los primeros ecólogos y biólogos de la conservación en el Ecuador, muchos de los cuales encontramos en Fernando a un brillante mentor y a un entusiasta colaborador que contribuyó con absoluta generosidad a nuestro desarrollo profesional.

Como buen científico, Fernando no solo combinó la curiosidad con la inteligencia, sino que añadió una pasión contagiosa y una gran habilidad para comunicar temas complejos de una manera sencilla y entretenida. Esa capacidad de contar historias le permitió contribuir a la divulgación del conocimiento a través de múltiples publicaciones científicas y cientos de artículos,

editoriales y entrevistas en diferentes medios de comunicación, dentro y fuera del país.

Les invito a disfrutar de esta publicación que sintetiza la trayectoria de Fernando y sus innumerables aportes a la sociedad, mediante la recopilación de varias anécdotas redactadas con mucho cariño por su hermano y compañero de aventuras, Gonzalo Ortiz Crespo, excelente periodista e historiador. A los relatos de Gonzalo se suman otros testimonios que también resaltan la personalidad multifacética y encantadora de este biólogo ecuatoriano.

Estoy seguro de que el legado de Fernando Ortiz Crespo perdurará para siempre, gracias a las investigaciones y políticas que desarrolló, al cariño que sembró y a las personas que formó a lo largo de su vida.



Fernando Ortiz, en Roma, a la salida de las oficinas del Instituto Ítalo-Latino Americano (IILA), del que fue secretario Técnico-Científico entre 1992 y 1995

## **PRIMERA PARTE**



Un ejemplar macho del colibrí *Chlorostilbon mellanorhynchus* fotografiado por Fernando Ortiz en los tempranos años ochenta

## A 25 AÑOS DE SU PARTIDA: CIENCIA Y VIDA DE FERNANDO ORTIZ CRESPO

*Gonzalo Ortiz Crespo*

### **Introducción**

Fernando Ortiz Crespo fue una figura de primera magnitud para la ciencia del Ecuador; “el mayor biólogo ecuatoriano del siglo XX”, como lo calificó en 2001 Plutarco Naranjo, y un “pionero de la conservación de la naturaleza ecuatoriana”, como lo proclamó el propio Ministerio del Medio Ambiente del Ecuador en 2004.

Por varias razones que tienen que ver con la época en que nació, pero sobre todo por la profunda vocación que le guio desde temprana edad, le tocó abrir caminos. Fue el primer becario de la Fundación Charles Darwin en Galápagos (incluso antes de que existiera la estación científica en Puerto Ayora); el primer guía naturalista de las Galápagos; el fundador de la carrera de Biología en el Ecuador con una historia curiosa: en sus meros inicios fue el primer asistente de laboratorio del Departamento de Biología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y, luego, el primer ecuatoriano en dirigirlo.

Fue también el primer ecuatoriano varón en alcanzar el título de Ph.D. en biología, fue el autor del primer listado completo de las aves del Ecuador y fue el promotor de numerosas entidades (como la Sociedad de Amigos de la Naturaleza “Francisco Campos”, el Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales, la Fundación Natura, la Corporación Ornitológica del Ecuador, el Jardín Botánico de Quito) y de varias áreas protegidas, la Reserva Geobotánica Pulumahua, la Reserva Ecológica Cotacachi-Cayapas (ahora parque nacional), la Reserva Ecológica Antisana (ahora parque nacional), y el Bosque Protector Pasochoa (ahora Refugio de Vida Silvestre), entre otras. El realizador del primer Programa

Internacional de Ciencia y Tecnología en el Ecuador fue también Fernando Ortiz.

Con esas y muchas actividades adicionales sembró instituciones que perduran, al igual que formó a las primeras generaciones de biólogos que pudieron sustentar las acciones de protección de la biodiversidad, que como pionero de la conservación de la naturaleza lideraba, en una época en que aún nadie hablaba del tema en el Ecuador y muy poco en América Latina.

En efecto, cuando prácticamente nadie se interesaba en el ambiente y en su conservación, Fernando Ortiz hizo de ellos su cruzada personal, y convenció, a través de artículos de prensa, conferencias y apariciones en televisión, de lo especial, distinta y valiosa que era la naturaleza ecuatoriana y de la obligación de todos de defenderla.

Fue, así, un apóstol de la biodiversidad ecuatoriana y daba razones contundentes sobre qué hacer y cómo protegerla. Por eso mismo, era un duro crítico de los errores y despropósitos que llevaban a la destrucción de la riqueza natural del Ecuador. Además, se convirtió en punto de referencia de investigadores extranjeros —latinoamericanos, estadounidenses, europeos, japoneses— sobre la fauna y flora en América Latina.

Conoció muchísimo de todas las áreas de la biología, en especial de la zoología, y en esta de la ornitología. Pero, además, fue, como los grandes sabios, gran matemático, dibujante, administrador, excelente profesor, políglota —hablaba español, inglés e italiano y entendía francés, alemán, portugués, latín y griego—, gran comunicador, geógrafo, historiador de la ciencia.

Pocos científicos ecuatorianos han tenido tanto carisma como Fernando Ortiz. Hablaba de una manera que contagiaba a todos el entusiasmo que él sentía por la naturaleza. Tenía un magnetismo que arrastraba a la gente.

Su contagioso entusiasmo sirvió para despertar en otros el amor y respeto por la naturaleza y por la ciencia. Muchos alumnos, muchos activistas por la ecología empezaron sus carreras o se entusiasmaron por ellas por la inspiración de Fernando. Él

demostró que los ecuatorianos podían alcanzar las cumbres de la ciencia tan bien como cualquiera.

Más aún, estimuló a los jóvenes talentos. Casi no se encuentra a una persona que haya sido alumna o amiga de Fernando que no cuente que él le dio ánimos para continuar en las tareas de la biología y la defensa de la naturaleza. Siempre estuvo dispuesto a compartir sus conocimientos y a impulsar a los jóvenes que querían estudiar.

Además, era persistente. Cuando se proponía algo, lo conseguía, a punta de perseguir la idea y mover todos los resortes para conseguirlo. No se desalentaba fácilmente. Era tenaz, luchador y le importaba más lo que hacía y la naturaleza ecuatoriana que su propia persona.

Logró importantes cambios institucionales. La absoluta convicción de que el Ecuador era un país especial por su naturaleza y que el Estado tenía la obligación de preservarla, le llevó a trabajar arduamente en el Plan Especial Galápagos, la creación del Instituto Nacional Galápagos (Ingala) e incluso a involucrarse como primer presidente y, luego, como gerente de esa institución.

Así mismo fue el consultor principal para dar al Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias (Iniap) un verdadero carácter científico y la autonomía y financiamiento necesarios. Como director técnico y científico de la Fundación Nacional de Ciencia y Tecnología (Fundacyt) sacó adelante el primer Proyecto Internacional de Ciencia y Tecnología del Ecuador, negociando con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) un préstamo para el desarrollo de proyectos científicos en las universidades ecuatorianas y el financiamiento de estudios de maestría y doctorado para jóvenes científicos del país. Muchas personas dicen que quieren hacer cambios; Fernando los hizo.

Esta es la historia de su vida y de su obra.

## 1. Una vocación temprana

El primero de once hermanos, Fernando Ignacio Ortiz Crespo, nació y creció en la casa familiar del centro histórico de Quito, en el hermoso barrio de San Marcos.<sup>1</sup>

Su padre fue Luis Alfonso Ortiz Bilbao (1903-1988), quiteño, licenciado en leyes, orador, estudioso de la historia y gran aficionado a la fotografía, quien también fue un activo político. Para cuando nació Fernando, su padre ya había sido diputado y consejero de Estado, y posteriormente habría de ser asambleísta constituyente en 1946, embajador ante la Santa Sede en los 1950 y superintendente de Bancos a inicios de los 1960, entre otros cargos.

Su madre, Lola Crespo Toral (1917-2016), artista plástica, nació en Cuenca, hija del doctor Emiliano Crespo Astudillo y Lola Toral Vega. El doctor Crespo se hallaba en plena actividad profesional como afamado médico y profesor de la Universidad de Cuenca; era además poeta, astrónomo aficionado, arquitecto práctico y también participaba activamente en política: sería varias veces, diputado (incluso compartiría con su yerno las sesiones de la constituyente de 1946) y en dos ocasiones, presidente del Consejo Provincial del Azuay (1945-46 y 1951-52). Precisamente él fue padrino de bautizo de Fernando. Su madrina fue su tía Isabel Ortiz Bilbao, hermana mayor de su papá.

El abuelo por parte de padre, Manuel Ortiz Argoti, nacido en Tulcán, de padre colombiano (payanés y quien también se llamó Fernando, Fernando Ortiz Arboleda), había sido comerciante y estaba retirado. Su abuela, Rosa Bilbao Peña, había fallecido unos años antes de su nacimiento.

Desde muy pequeño a Fernando le interesaron los animales, tanto los pequeños insectos como las aves y los mamíferos. Su tío Ricardo Ortiz Bilbao —músico profesional, gran intérprete de la

---

<sup>1</sup> Como su nacimiento fue el 30 de junio de 1942, víspera de la fiesta religiosa de San Ignacio de Loyola, sus padres, que ya habían resuelto ponerle Fernando añadieron como segundo nombre el del fundador de la Compañía de Jesús.

flauta— había coleccionado, desde fines del siglo XIX, es decir, cuando él era aún un niño, los cromos que venían con los jabones y colonias, formando las series y pegándolos en álbumes. Ahora, de adulto, se encantaba en sacar esos álbumes para enseñarlos al pequeño Fernando.

Uno de esos álbumes era de animales. En la banca del corredor superior de la casa, compartiendo el álbum, Ricardo le enseñaba cuál era el león, la hiena y el elefante. Así que el niño, apenas comenzó a hablar, decía sin equivocarse los nombres de los grandes animales africanos, asiáticos y americanos. Por eso, un día cuando Fernando tenía poco más de dos años y sus papás conversaban en el comedor acerca de qué nombre le pondrían a su segundo hijo, desde la silla y mesa pequeñas que le habían mandado a confeccionar para que almorzara, dijo en alta voz: “¡Más bien pónganle antílope!”.

Cuando creció un poco más, se interesó por las aves que visitaban al patio de su casa, en especial las palomas, los gorriones y los colibríes. Convenció a sus padres de tener un palomar, y observaba su vuelo, nidos y crías.

Fernando entró a la escuela en 1948. Lo hizo en el Pensionado Elemental Pedro Pablo Borja, un prestigioso establecimiento del centro de Quito que brindaba formación católica, como lo querían sus padres. Puesto que antes de que ingresara a la escuela su padre le había enseñado a leer y su madre a dibujar y pintar, estaba adelantado a sus compañeritos.

Recibió la primera comunión el Jueves de Corpus, 16 de junio de 1949, día de los niños en el II Congreso Eucarístico Nacional, de manos del arzobispo de Quito, Carlos María de la Torre (a quien en 1953 el papa Pío XII habría de nombrarle cardenal de la Iglesia Católica).

El Pensionado Borja se destacaba por la puntualidad, orden y pulcritud de sus alumnos, que acudían uniformados todos los días, como muy pocos establecimientos de Quito en esa época. La doble jornada escolar hacía que todos los días los alumnos regresaran a su casa a almorzar, caminando en rangos, es decir

en filas de dos en fondo, y volviesen nuevamente a la escuela por la tarde para unas horas más de clases.

Reunidos en torno a la mesa, la familia, que crecía cada dos años con otro integrante, era bulliciosa y alegre. En ella siempre había conversación: el papá contaba de sus aventuras en sus excursiones a varios sitios del país y de sus ascensiones a las montañas, pues era muy aficionado al andinismo. Aprovechaba para hablarles de sus viajes a la Sierra, la Costa y la Amazonia, con lo que enseñaba a sus hijos geografía del Ecuador. Su madre contaba historias de su vida en Cuenca. Además, hacían juegos con preguntas sobre las capitales del mundo, las montañas más altas, los ríos más largos, los planetas, o en qué partes del planeta Tierra se podía encontrar ciertos animales.

“Los almuerzos y cenas en mi casa eran muy entretenidos”, contaba Fernando ya de adulto. “Por otro lado, eran muy sanos. Jamás oímos hablar de otras personas, ni murmurar o criticar a nadie. Tampoco oímos nunca hablar de dinero: hubiera o no problemas económicos en la casa, nosotros éramos ajenos a ellos, pues nuestros papás crearon en nuestro entorno un ambiente de calidez y confianza”.

## 2. Los ratones del comedor

“Uno de los primeros recuerdos que yo tengo de mi vida”, cuenta Gonzalo, autor de este libro, “es estar sentado en una silla en el comedor de la casa del centro, al lado de mi hermano Fernando, que también estaba sentado en su silla. No estábamos sentados a la mesa sino de espaldas a esta, y en completo silencio. Yo quizás tendría unos cuatro años, por lo que él debía haber tenido unos seis.

“Nuestras miradas estaban fijas en el sitio en que las tablas del piso llegaban a la pared, dejando un pequeño hueco: esperábamos, sosteniendo la respiración, a que por allí saliera un ratón. Cuando este salía y se alejaba un poquito, pegado a la pared, la función que me había dado Fernando, era lanzarme y tapar con mis manos el hueco, para que el bicho no pudiese volver a esconderse, mientras él se lanzaba a atraparlo con sus manos. Parecíamos guardametas de fútbol, volando por los aires. Lo intentamos muchas veces, no sé cuántas, y fallamos. Deben haber sido muchas para que se me haya grabado la escena con precisión e incluso recuerde la tensión de estar a la espera. Tras muchos intentos fallidos, finalmente lo logramos. Después ya nos convertimos en expertos.

“A Fernando no le interesaba matar al ratoncillo. Lo quiso capturar para estudiarlo, por lo que al primero que atrapamos lo guardó en una caja de zapatos Calero, y le daba pedazos de queso para que comiera. Esa noche nos pasamos hasta muy tarde viéndole al ratón, que temblaba de susto, el pobre. Tanto nos alargamos que mi mamá nos regañó por estar despiertos tan tarde y nos ordenó apagar la luz de inmediato y dormir, así que Fernando puso la caja en el velador y hundimos la cabeza en la almohada.

“A la mañana siguiente, encontramos la caja vacía. ¡Qué desilusión!, ¡el ratón se había escapado! Nuestros padres, a los que tuvimos que contar en lo que andábamos, nos explicaron que como el ratón es un roedor, había mordido y mordido la pared de cartón de la cajita hasta hacer un hueco por el que recobró su libertad.

“Fernando no se rindió, y de nuevo nos pusimos en el comedor a esperar a que saliera el ratón del hueco. Cuando capturamos el siguiente —bueno, él lo capturó; yo solo ponía las manos en el hueco, y a veces el ratón se pegaba tremendo golpe en mis manos, pues su instinto le hacía regresar como una flecha a su madriguera—, Fernando lo puso esta vez en una caja de lata de té Horniman’s, que tenía unos chinos dibujados a colores, donde había acomodado tiras de papel “para que sea su camita”. A esa caja la puso dentro de una vieja jaula de pájaros, de aquellas confeccionadas de alambre con un piso de lata. De allí sí, el ratón no podía escapar.

“Pronto Fernando educó al ratón: antes de darle queso tocaba una campanilla. Al cabo de unos días el ratón oía la campanilla y salía de la caja de té y comía el queso. Después ya aquello se convirtió en una atracción: los niños del barrio venían a nuestra casa a que Fernando hiciera aparecer al ratón. Era como una función de circo. ‘Callados todos’, decía Fernando, tocaba la campanilla y el ratón salía, muy tranquilo, a despacharse su ración de queso... Yo no lo sabía entonces, y Fernando tampoco, pero lo que él estaba haciendo era el experimento de Pavlov, un famoso científico ruso, Iván Pavlov, que desarrolló la teoría del reflejo condicionado, haciendo experimentos con perros. El reflejo condicionado es provocar con un estímulo no natural (la campanilla, en este caso), un determinado comportamiento automático y predecible en el animal”.

### **3. La Raposa y el toro, en un texto del propio Fernando**

Ya de adulto Fernando Ortiz escribió un artículo titulado “Mi infancia en el Centro”, lleno de toques magistrales:

#### **Mi infancia en el Centro**

El patio de mi vieja casa del Centro parece lo más alejado posible de la selva amazónica; sin embargo, fue allí que descubrí mi vocación para las ciencias naturales. Sucede que en la planta alta de la casa, los cuartos daban a corredores que ceñían el patio, y en repisas bajo cada pilar mi madre cultivaba geranios. Los tiestos de estas plantas estaban bien asentados en repisas y sujetos además con cercos de alambre, una precaución razonable para evitar que nos cayeran mientras jugábamos; el follaje y rojas flores de las plantas se asomaban al patio buscando el sol.

A ambos lados de nuestro barrio todavía existían quebradas llenas de vegetación nativa, y desde ahí los “quindes” se aventuraban hasta las casas del vecindario en busca de flores. Y, claro, no les costaba mucho trabajo pasar de las siemprevivas del viejo tejado al rectángulo de nuestro patio con su marco de geranios floridos, de cuyo néctar se alimentaban. Mientras mis hermanos, primos y yo practicábamos todos los deportes imaginables en el patio, mi madre no dejaba de pasar revista a sus geranios y cuando veía a los alados y esplendentes visitantes diminutos que llegaban de sopetón, nos advertía con un “quietos, niños, el quinde” y, como por arte de magia, nosotros nos congelábamos en medio de nuestro juego ante esa visión alucinante de un ser pequeñísimo que emitía destellos verde-esmeralda y vibraba invisiblemente sus alas.

En nuestro patio vivían, además, animales más humildes: había unos caracolitos bayos muy pequeños que dejaban al paso estelas brillantes; bajo las piedras había hormigueros con reina, soldados, obreras y todo, y las fallas de los adobes de

las paredes eran el hábitat de negras arañas “ponzoñas” con sus peludos cuerpos ocultos en lo más inaccesible de sus telas. En las vigas expuestas de la cubierta había nidos de grandes y negros abejorros, conocidos como “bungas” en Quito, que me maravillaban con su patrullaje atento e incesante de corredores aéreos obvios solo para ellos. Visitaban también nuestros geranios unas abejitas también negras, pero de vuelo mucho más ligero y menos ruidoso, que no gozaban del aprecio de mi madre pues tenían la extraña costumbre de mordisquear los pétalos de las flores y cortar pedazos que acarreaban hacia un destino desconocido, dejando atrás corolas un tanto maltrechas. Más tarde descubrí que estas abejas hacían sus nidos entre las tejas con hojitas y otro material vegetal, los rellenaban de miel y polen y los sellaban con los retazos de pétalos que tan laboriosamente cortaban.

Supongo que dos episodios marcaron el clímax de mi entusiasmo por la fauna del Centro de Quito, si descontamos las largas horas en que nos poníamos a observar los ratoncitos que salían de los huecos del entablado y correteaban por la despensa. El primero de estos episodios tuvo como protagonista la Raposa. Este animal se nos antojaba una fiera digna del África o de la India de los cuentos de Kipling, pues con aterradora frecuencia se introducía en nuestra cocina y degollaba y bebía la sangre de los cuyes que cuidaba nuestra cocinera, Miche. Este animal no perdía oportunidad para agujerear los huevos que mi madre almacenaba, sorbiendo su contenido, lo cual junto con las bajas que causaba en las filas de los cuyes le había granjeado una cordial enemistad primero de la Miche y después de mi madre y mis tías. En contra de mis sentimientos de admiración por una bestezuela que desafiaba a la humanidad, llegando sin previo aviso ni invitación por un agujero del tumbado, un día mi madre organizó una batida de caza, en que Miche y las otras empleadas actuaban de batidoras. Esperaron oír los pasos de la Raposa en la cocina, y abriendo de un empujón la puerta cayeron sobre ella con escobas, bolillos y otras armas poco o

nada cinegéticas, pero ciertamente contundentes. Así terminó sus días la Raposa, que para mí se me antojaba una encarnación de lo más bravío de la Naturaleza. Creo que fui el único en derramar una lágrima por ella, y como digno epitafio escribo ahora su nombre con mayúscula.

El otro episodio fue aún más electrizante. La calle Junín era el camino preferido de los vaqueros que arriaban las reses destinadas al matadero, ominosamente conocido como “Casa de Rastro”. El paso de las reses era anunciado con antelación por el ulular de las bocinas, sonido con que a un kilómetro o más de distancia un anónimo arriero ponía en guardia al barrio de San Marcos para que sus transeúntes se pusieran a buen recaudo. Nada más oír la bocina, mis tías daban órdenes terminantes a las sirvientas para que bajaran al zaguán y cerraran el pesado portón. No fue difícil descubrir por qué: un día mis hermanos y primos acordamos rellenar con papeles los huecos de los picaportes inferiores del portón, y al oír días después la bocina, esperamos que el portón fuera cerrado al conjuro de los gritos de mis tías. Pero sin estar fijados los picaportes, nos fue fácil entreabrir la puerta justo al momento en que las primeras reses llegaban frente a la casa. Pasó lo que todos los chicos esperábamos: un toro asustado por el confinamiento entre la doble fila de casas entrevió el espacio libre entre las hojas de nuestro portón, y de una cornada se abrió paso directamente a nuestro patio. Para entonces nosotros habíamos corrido gradas arriba y, desde la comparativa seguridad del barandal, contemplamos por unos segundos al toro que furioso corría alocado en la planta baja, al parecer frustrado por haber pasado de la calle a un encierro aún más claustrofóbico. A pesar de la reprimenda de mi madre, que fue severa, y a pesar de que pasaron solo unos segundos antes de que los vaqueros se llevaran al toro bravo, su belleza sobrecogedora en nuestro patio nos dejó a mí y a todos —y seguramente más a los inquilinos parapetados tras las puertas de sus cuartos en la planta baja— un recuerdo imborrable.

Por todo esto, entonces, mi infancia en el Centro estuvo llena de descubrimientos, a los que ahora paso revista recordando el canto trisilábico del solitario anunciando el alba en nuestro tejado, que, junto a los quindes, las raposas, los caracoles, los hormigueros, las ponzoñas y los toros bravos, sólo parecen parte de un bello y lejano sueño.

#### 4. La cercanía con la naturaleza

Tras Fernando nacieron Gonzalo, Ximena, Alfonso, Carmen, Pilar, Santiago, Álvaro, Eugenia, Lorenzo y Quinche. Lorenzo falleció a los pocos días de nacido. Los demás llegaron a la edad adulta.

Además, los Ortiz tenían dos primos que vivían en el piso bajo de la gran casa republicana, cuyo segundo piso había levantado don Manuel a inicios del siglo XX. Eran Rodrigo y Javier Neira, sus compañeros de juegos y aventuras, hijos de Julia María Ortiz, hermana de Luis Alfonso, y su marido, el lojano Ángel Neira Hurtado.

Con tantos niños en casa, Luis Alfonso los llevaba a todos de paseo los sábados. Destino preferido eran las haciendas de La Granja y Rumipamba, que entonces quedaban en las afueras de Quito, donde aún no había ni una sola casa. En aquellos años, toda esa zona, hoy llena de hospitales, cuarteles y casas, eran bosques y sembríos y unos pocos potreros, donde pastaban plácidas vacas.

Luis Alfonso y Lolita querían mucho esos lugares pues su primer año de matrimonio habían vivido en la casa de la hacienda La Granja ya que él era, desde sus años de estudiante, el administrador de aquellas haciendas, con las que doña María Augusta de Escudero habría de formar, años más tarde, la Fundación Mariana de Jesús. Hoy quienes pasan raudos en vehículos por la zona, ni se imaginan que, en los años 20, su joven administrador iba a caballo desde la hacienda de La Granja a sus clases en la Universidad Central, junto a la Plaza de la Independencia. En realidad, dejaba su caballo atado en la casa de sus padres, se cambiaba, iba a clases, y por la tarde volvía a cabalgar hasta la hacienda de La Granja.

En la quebrada de Rumipamba, los niños gozaban de la Naturaleza. Allí veían muchos tipos de colibríes: rabilargos, azules, herreros, zamarritos, picos de espada, *bungas* (aquellos pequeñitos que, por su parecido con los abejorros ya mencionados,

se les llama “quindes bunga”). Fernando empezó a distinguirlos y a preguntarse por qué sus diferencias en tamaño, pico y color, si todos eran colibríes, si todos se alimentaban de néctar y tenían todos vuelo vibratorio.

El propio Fernando cuenta en su libro<sup>2</sup> cómo empezó a interesarse en los colibríes:

Siendo aún niño, traté de saber más sobre los colibríes de la especie *Lesbia victoriae* que visitaban por instantes los geranios de nuestra casa, en la parte antigua de la ciudad de Quito. Mi madre nos los mostraba ya que, como artista plástica que era, apreciaba mejor su belleza fulgurante, sus piruetas agilísimas y su extraño apetito por un recurso tan sutil y oculto como dulce: el néctar de las flores. Pero a pesar de su buena voluntad e interés, ella no me sabía decir de dónde venían, dónde nacían, cómo encontraban qué comer, por qué unos tenían colas larguísimas y otros no, etc. Mi curiosidad pronto rebasó los límites de nuestros balcones floridos y de las inquietudes de los niños; seguramente ella (mi madre) tuvo un gran alivio cuando comencé a salir de casa y averiguar las respuestas a estas preguntas por mí mismo.

En este camino no quiero omitir un hito importante: mi encuentro con el padre jesuita Juan Esquivias, quien en mis años de secundaria me mostró colibríes que gozaban de perfecta salud a pesar de que vivían en una gran jaula que él había improvisado, lo que para mí no fue solo una sorpresa —una prueba fehaciente de que los colibríes podían vivir en cautiverio— sino una oportunidad de verlos de cerca todo el tiempo que yo quisiera.

Niño aún, Fernando observaba los colibríes de Quito, los de los valles circundantes y, en especial, los del Pichincha, montaña

---

<sup>2</sup> Ortiz Crespo, Fernando, *Los colibríes, historia natural de unas aves casi sobrenaturales* (Quito, Edición privada, 2011). La primera edición apareció en 2003.

a la que ascendió muchísimas veces y por todos sus flancos. Los comparaba, los dibujaba, observaba sus hábitos alimenticios, los ritos de cortejo y apareamiento y cómo hacían sus nidos.

Y también observaba y reconocía desde pequeño muchas otras aves. Desde gorriones y huirac-churos (chugos, como se los llama en Cuenca) hasta mirlos, zorzales, reinitas, tórtolas, jilgueros, trepatroncos, carpinteros, golondrinas, toritos, ricchas o tangaras, pinchaflores, cardenales, monjas y brujos. A veces, veía sobrevolar en las alturas un quilico, un gavilán o un halcón peregrino. Luego su vocación le llevaría a dedicarse profesionalmente a las aves como ornitólogo.

Pero los demás animales también le interesaban: en los paseos encontraba arañas, saltamontes, caballitos del diablo, lagartijas, de las pequeñas o de las grandes, llamadas “guacsas”, algún conejo silvestre. Aprendió a capturarlos y, de nuevo, sin hacerles daño. No los mataba, muchas veces se los llevaba en los bolsillos, los tenía en casa en distintas cajas y jaulas, para darles de comer y observarlos. Luego, los volvía a soltar.

A veces, la familia visitaba la hacienda La Carolina, que quedaba más abajo y donde había una laguna natural, no la artificial para botes que hoy existe en el parque La Carolina. En esa época, fines de los años 1940 e inicios de los 1950, todo era campo, no había casas y menos los inmensos edificios de hoy, aunque pronto iban a hacer un hipódromo y después unos pozos para extraer agua del subsuelo, que terminaron por disecar la laguna.

En esa laguna, aprendió Fernando a observar los renacuajos (que en la Sierra norte se conocen como “güilligüilli” y en la Sierra sur como “chullshig”), y entender su metamorfosis en sapos. Allí también vio los “jambatos”, las pequeñas ranas de color oscuro, que hoy casi han desaparecido de la Sierra ecuatoriana por la urbanización, la agricultura y el calentamiento global. También fue allí que vio, por primera vez, las aves acuáticas: patos, bandurrias y garzas.

En las vacaciones largas de la escuela, los paseos eran más largos, Uno de los que habrían de marcar la vida de Fernando, su hermano Gonzalo y sus primos Rodrigo y Javier, fue una excursión al Pululahua porque fue su primera acampada al aire libre, lo que repetirían luego muchas veces. Fernando tendría diez años, ocho Rodrigo y Gonzalo, y siete Javier.

Situado en esa época a unos 35 km al norte de la ciudad de Quito (como la ciudad se ha expandido, la distancia desde el borde urbano hoy es mucho más corta), y cercano al monumento a la línea equinoccial, el Pululahua era por entonces poco conocido, salvo para las 50 familias que vivían dentro del cráter y de los propietarios y trabajadores de las haciendas que quedaban hacia Nieblí.

Descender al cráter cargando las mochilas, plantar la carpa, preparar el fuego de campamento, cocinar, cantar y contar historias hasta conciliar el sueño y explorar todos los rincones y las cumbres del interior del cráter, fue una experiencia que caló hondo.

Esos maravillosos días, Fernando y los otros tres chicos conocieron de primera mano orquídeas, bromelias, helechos y musgos, que se alojaban en los árboles; variedad de animales, desde una pava andina de monte y especies nuevas de colibríes hasta los habitantes de la noche: lechuzas, murciélagos y zorrillos. Quizá por ser la primera vez que los vieron, no se les olvidaría nunca más.

Hoy el Pululahua es una reserva geobotánica, en parte por los esfuerzos de Fernando, que destacó siempre el hecho de que allí se hallaban presentes centenares de las 2.900 especies de plantas endémicas andinas, a diferentes altitudes, en medio de ese paisaje único del cráter.

## 5. Primeros años de secundaria

Fernando empezó sus estudios secundarios en el colegio San Gabriel de los padres jesuitas, un plantel del centro histórico de Quito, al que pasaba la mayoría de quienes habían hecho la primaria en el Pensionado Borja. Sin embargo, para segundo curso pidió a sus padres cambiarse al colegio Loyola, de la misma orden religiosa, situado en Cotacollao y que entonces funcionaba en el imponente edificio de piedra que hoy acoge al Centro Cultural y Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.

El Loyola era un internado, del que sus estudiantes solo podían salir a sus casas una vez al mes. Fue allí donde Fernando encontró al padre Juan Esquivias S.J., y se quedó maravillado con su jaula de colibríes. Además, gozaba del inmenso bosque de eucaliptos que tenía el colegio y se sentía a sus anchas en los potreros, quebradas y lagunas de la zona, precisamente en donde hoy se extienden los barrios El Condado, Jaime Roldós, Colinas del Norte y Carcelén.

Acostumbrado como estaba desde niño a salir cada semana al campo, a Fernando le encantaban las excursiones que el colegio organizaba cada jueves. Por lo general, se formaban grupos combinando alumnos de distintos cursos y se rotaban los destinos: el Rucu Pichincha, el Casitagua, el Lulunurco, la quebrada de los Mastodontes (donde, en realidad, había huesos de mastodontes, y hoy es una urbanización), la hacienda de Carcelén o las piscinas de agua fría de dicha hacienda y del entonces pequeño poblado de Calderón, sitios todos a los que se iba a pie, en alegres marchas, llevando al cinto una cantimplora y en las mochilas unos caramelos y la comida del mediodía.

La pasión de Fernando por la naturaleza hacía que se detuviese de golpe si aparecía un ave o un bicho raro, mientras los demás compañeros seguían su camino... lo que daba lugar a que tuvieran que llamarlo a gritos, repetidamente, hasta que asomase. Fernando se clavaba de rodillas a contemplar una araña que no había visto antes o a descubrir nidos en medio de unos

matorrales, y se perdía del grupo. Luego de buscarle, si no le encontraban, el grupo seguía su camino y a Fernando le tocaba regresar al Loyola como pudiera.

Esto tuvo consecuencias: tras dos pérdidas, una en que Fernando regresó después de la puesta del sol y otra, peor, casi a medianoche, cuando ya habían salido patrullas de profesores y estudiantes angustiados a buscarle, el rector, padre Jorge Carrión S.J., que era dado a medidas drásticas, tomó una decisión: el alumno Fernando Ortiz no saldría más de excursión si no iba atado con una soga a uno de los estudiantes mayores, de quinto o sexto curso, como en una cordada de andinismo. Fernando amaba demasiado las excursiones, así que tuvo que aceptar la medida. No lo tomó como humillación, sino como un asunto cómico.

El estudiante encargado halaba repetidamente de la soga cuando Fernando se detenía. Al comienzo, se molestaba mucho, pero pronto Fernando compartía con el que estuviera cuidándolo lo que estaba viendo, y le transmitía, más bien dicho le contagiaba, la emoción que él sentía por la naturaleza. Así que, a veces, el encargado de cuidarle ¡también se quedaba atrasado! Por ello es que los estudiantes del Loyola, mayores y menores a él, se contagiaron todos de ese afán de observar y descubrir la vida de los animales, los reptiles y las aves.

Todo esto le ganó a Fernando la fama de “despistado”. “El despistado Ortiz” le decían compañeros y profesores, con esa forma de presión social que suele ejercerse contra los estudiantes que son algo diferentes. Pero a Fernando no le importaba llegar a clases con unas culebras en los bolsillos —culebras bobas, por supuesto, que los científicos llaman *Liophis albiventris*, especie que todavía por fortuna es posible encontrar en los jardines de Quito y, sobre todo, en Cumbayá y Tumbaco y los valles hasta El Quinche y Checa, reptiles que no entrañan peligro alguno pero que aterrorizaban a algunos de los estudiantes y profesores.

También empezó a criar colibríes con goteros de agua azucarada, preparado en el que ponía proteínas, pues argumentaba que los colibríes alimentan a sus hijos con néctar, pero también

de pequeñas arañitas o mosquitos, que atrapan con sus picos como hábiles pinzas.

Al alimentar a los pichones con los goteros, Fernando hacía con su boca un ruido repetido, un “brsss, brsss, brsss”. Los pichones se acostumbraban al ruido y reconocían que eso significaba alimento. ¡De nuevo lo del reflejo condicionado, que había aprendido en sus experimentos con los ratones! Por eso, Fernando iba al bosque de eucaliptos y hacía su “brsss, brsss, brsss” y colibríes ya adultos ¡bajaban a pararse en el dedo índice de su mano izquierda para meter sus lenguas en el gotero de aguamiel! Esto impresionaba a cualquiera: parecía un San Francisco de Asís atrayendo a las aves a que comieran de sus manos.

## 6. El nacimiento

Copio a continuación el artículo que el autor de este libro, Gonzalo, publicó en el diario *Hoy* un día de diciembre de la década de 1980, titulado “El nacimiento”.

“El olor penetrante y tierno a musgo llenaba el oratorio de mi casa de la infancia. Tenía en la boca el sabor fugaz y sorprendente de una colación de azúcar, esas bolitas blancas y, a lo más, rosadas, que buenas señoras vendían en pailas en las tiendas de la plaza de San Francisco. Mis ojos de niño pestañeaban de asombro. Entre luces y algodones, zagalitas y «salvaje», un espejo para hacer el lago, y las figuras de celulosa, madera y cerámica, todos los hermanos armábamos el Nacimiento.

La imaginación y la habilidad de todos se conjugaba, bajo la mirada de artista de mamá, para crear en ese rincón sacro de la casa del centro histórico, una vez más, la ilusión, que se hacía más cálida con el convencimiento de que se acercaba la Navidad y la fe ciega en que el Niño Dios nos traería un juguete, siempre un libro, y, probablemente, algo de ropa nueva.

Entre las cosas que se habían ido añadiendo al pesebre familiar, figuraban las pirámides de Egipto y una reproducción de la Esfinge; arena y unas palmeras completaban la esquina de la mesa de donde partía la caravana de los Reyes Magos. Más allá, los animales de África debían encontrar su “hábitat” y era, sin duda, el mayor de nosotros, Fernando, el que ya desde entonces se preocupaba de que el equilibrio ecológico de ese mundo en miniatura no fuese tan precario como lo que cualquiera de los menores pretendíamos.

El olor a musgo y, en el fondo el sonido de los villancicos españoles e italianos —donde siempre oíamos la voz de una niña en las calles de Roma decir “Buon Natale” en la forma más dulce que alguien pueda imaginarse—, seguían acompañándonos en la tarea creadora, hasta que, tal vez ese mismo día o, más probablemente, algunas jornadas de trabajo después, el centro de atención de ese mundo estaba armado: la cueva del pesebre,

que surgía de las telas enceradas, que se guardaban de año en año en baúles de madera y que salían de allí como bondadosos fantasmas en diciembre para transformarse en montañas y valles, y en las rocas fragorosas desde donde las largas y blancas barbas del “salvaje” y la explosión de verde de las “zagalitas” copiaban con precisión inigualable, no el paisaje de Israel, sino del páramo de los Andes.

Luego, crecimos. Pero la ceremonia anual de hacer el Nacimiento continuó. Hubo años en los que el ánimo nos dio para llenar ya no el Oratorio, esa especie de capillita en la esquina del corredor alto y la azotea, donde alguna vez se celebró misa y, luego de años, se casó mi hermana Eugenia, sino para llenar el comedor. Y un año —debe haber sido a finales de los cincuenta—, Fernando trajo un nido de colibríes vivos, que colgó de una zagalita. Todos los días, religiosamente, cada hora, debía entrar él, o cualquiera de nosotros que estuviese encargado, a alimentar con un gotero lleno de aguamiel esos picos hambrientos de los dos diminutos pajarillos que piaban desesperados.

No fue solo esa vez. Durante varios años el Nacimiento de la casa tuvo colibríes vivos que crecían allí, y se desvelaban la noche del 24 pues las luces diminutas, con sus tubitos de cristal llenos de agua de colores que se ponía a hervir al poco rato, los tenían en vela hasta que se volvía de la Misa del Gallo y se abrían los juguetes, con la algarabía que solo diez hermanos pueden armar en esos casos. Por cierto, los colibríes crecían allí, tras las ventanas que daban a la azotea y al sol, hasta que ya entrado enero, aprendían a volar. Solo entonces se abrían ya sin cuidado las puertas, para dejarlos escapar, a que chupasen de una buena vez los geranios de las macetas del patio, y que alegrasen el aire con su brillo y su velocidad.

Después, nos empezamos a ir de la casa, al crecer y hacer nuestras vidas. Los que se fueron quedando en el centro, continuaban armando cada diciembre el Nacimiento. Y, los que podíamos, volvíamos para ayudar. Tal vez solo a espolvorear la harina de Castilla para que parecieran verdaderos nevados los

picos más altos de las telas enceradas. Más tarde, murió Álvaro, que se especializaba en hacer los arreglos más espectaculares, usando luces, dibujando vitrales que colocaba a contraluz en las ventanas, creando desniveles.

Pero el nacimiento sigue allí. Ahora nuestros hijos lo hacen. Y los hacemos en las casas de todos, como miles de ecuatorianos los habrán hecho, con la dulzura de cada nueva Navidad”.

## 7. Una larga pero provechosa enfermedad

Al concluir tercer curso, Fernando, que había sufrido repetidas faringoamigdalitis, cayó enfermo con fiebre reumática, lo que le obligó a guardar cama no solo por semanas, sino por meses. El tratamiento con Benzetacil, un antibiótico con una penicilina específica para atacar la infección bacteriana, fue muy prolongado, con repetidos exámenes de sangre.

En medio del estricto reposo, Fernando, a quien durante el día le bajaba la fiebre, pronto empezó a pedir libros y más libros, que se los devoraba. Sus hermanas y hermanos se convirtieron en sus auxiliares y le buscaban los libros en la biblioteca del papá, que estaba de embajador en El Vaticano, en Roma. Además, Fernando leía con avidez la revista *National Geographic Magazine*, que llegaba cada mes y que en esa época solo se editaba en inglés. No leía solo cada nuevo número que llegaba por la suscripción, sino que tomaba algún ejemplar antiguo de los que conformaban la gran colección de varias décadas que guardaba su padre en su biblioteca. De esa manera, Fernando aprendió mucho más de ciencias y también de inglés, pues la revista, como se dijo, no tenía edición en español, como años más tarde, así que la leía en inglés con el diccionario al lado.

También fue en esa época que Fernando aprendió a gustar de la música, tanto la pop como la clásica, en discos y en los nuevos programas de radio de música juvenil, que empezaron en esa época y hacían compañía al enfermo.

Pronto los artículos sobre animales de la revista *National Geographic* le resultaron limitados, por lo que, con la ayuda de su madre y sus hermanos, obtuvo libros de ciencias que leía con avidez.

Para distraerse también dibujaba. Aves y aviones, leones y autos, figuras humanas y objetos inanimados, algunos salidos de su imaginación, otros tomando como modelos ilustraciones de los libros y revistas.

Por todo ello, a pesar de que Fernando estuvo recluso en su cama, aprovechó el tiempo para su formación. Años después se referiría a ese año de enfermedad como algo que le sirvió mucho en la vida. Porque el principal aprendizaje fue que su propio cuerpo podía luchar contra la enfermedad; que podía y debía esforzarse y salir adelante.

En efecto, a fines del primer trimestre de 1958, la penicilina y el reposo habían triunfado sobre los estreptococos y Fernando entró en un proceso de franca recuperación. Ya había perdido el año escolar, y se preparó para volver al Loyola a cuarto curso.

Retomó los estudios con entusiasmo. Un informe del 28 de febrero de 1959, enumera notas de 20 sobre 20 en Redacción, Historia, Idiomas, Religión, Matemáticas y Biología; de 19 en Literatura y de 18 en Física y Química, y señala que ocupa el primer puesto en el curso.

Volvieron también las excursiones y las correrías, la observación de los colibríes y de las culebras bobas, las maravillosas navidades del Loyola y los cursillos prácticos (de carpintería, de mecánica) que permitía la condición de internos y disponer de más horas. Pero llegado el fin de año, tanto Fernando como su hermano Gonzalo decidieron dejar el Loyola y pasar al San Gabriel.

## 8. Nuevos amigos, nuevos horizontes

En el colegio San Gabriel, Fernando se reencontró con antiguos amigos e hizo nuevas amistades. Empezaron también las fiestas y reuniones con chicas, seguidas de nuevas reuniones de chicos... ¡en las que casi solo se hablaba de chicas!

Era época de inquietudes, de descubrimientos. Pero esa inquietud propia de la adolescencia, de experimentar lo nuevo, de probarse a sí mismo, la podía canalizar en muchos sentidos: el Grupo de Ascensionismo del colegio, al que enseguida se apuntó; la Academia Literaria, de la que también se hizo miembro y en la que le estimulaban a leer muchos libros y a discutir sobre ellos.

Los compañeros con los que más de cerca se identificó formaban una “jorga” de chicos alegres e inteligentes. Entre ellos estaba Francisco “Paco” Suárez, un magnífico pianista, que alegraba muchas reuniones con su gran versatilidad interpretativa, lo que a Fernando le hacía recordar a su tía Julia María y a sus dos primos, Rodrigo y Xavier, que también tocaban el piano. Pedro Velasco, Patricio Ribadeneira, Guillermo Tobar, Alberto Robalino, Patricio Quevedo, Alfredo Mena, Mauricio Troya, Fernando Núñez, Alejandro Ribadeneira, Alberto Rosero, Patricio Oliva, Alfonso Troya, Luis Vela, Leonardo Alvear, eran algunos de los integrantes del grupo de amigos.

Fernando, a decir verdad, se llevaba bien con todos los de su curso, para no mencionar a los de sexto, que habían sido sus compañeros en primer año en el propio San Gabriel, y los de cuarto, compañeros de su hermano Gonzalo. Fiestas, excursiones, tertulias, estudios en grupo, todo esto compartían los amigos, como lo hacen los adolescentes de todo el mundo.

Entre sus profesores, Fernando admiraba mucho al jesuita Luis Enríquez, español, que manejaba el laboratorio de física, y que era un gran matemático, como lo era el profesor seglar Carlos Echeverría. También le inspiraban profesores como Carlos Guarderas, Hernán Rodríguez y, entre los jesuitas los padres Santos Valseca, José Joaquín Flor, José Mendoza, Pedro

Escobar, Alejandro Gómez, que le brindaron la educación más esmerada a él y a sus compañeros.

Todos ellos compartían, además, algo que marca a los alumnos del San Gabriel: la Dolorosa del Colegio, de la que Fernando fue siempre muy devoto.

A la par, los estudios eran un gran desafío. Tras el año sin asistir a clases y el cambio desde el Loyola, Fernando tuvo que hacer esfuerzos para ponerse al día. Pero ya para el segundo trimestre todo rodaba bien, y volvió a obtener excelentes calificaciones en las distintas asignaturas.

Aunque era muy bueno en todas ellas, Fernando gustaba especialmente de las ciencias: las exactas y las naturales. Cuando le tocó escoger en sexto curso qué especialización seguir —pues, en esa época había tres: Físico-matemáticos, Químico-biólogos y Sociales— se decidió por la primera. Ya por entonces se preguntaba qué profesión iba a escoger. La que más le atraía era la biología, pero como en el Ecuador no existía esa carrera y ninguna de las tres universidades de Quito, la Central, la Católica y la Escuela Politécnica Nacional ofrecía siquiera estudios en esa rama, pensaba que tal vez debía ser ingeniero, en alguna especialización, como ingeniería civil o eléctrica, que aún no decidía.

A pesar de las sanas distracciones, de las fiestas juveniles y del buen humor que reinaba, Fernando no dejaba de leer cuanto podía acerca de los animales y especialmente las aves, e incluso de observarlas. En el propio colegio San Gabriel había un pequeño museo de ciencias naturales, pero pronto descubrió que en la Escuela Politécnica Nacional, el profesor Gustavo Orcés, un gran conocedor de las plantas, las aves y los peces del Ecuador, había reunido una extraordinaria colección de especímenes. Fernando se convirtió en visitante asiduo del museo y se hizo amigo de Orcés, un verdadero sabio y de trato muy amable, que acogió al joven, brindándole con generosidad sus conocimientos ante las constantes preguntas que le hacía.

A esto se añadían las excursiones a sitios especiales y en búsqueda de aves, tanto en los feriados como en las vacaciones largas.

## 9. Tras el Zamarrito pechinegro

Un buen día de las vacaciones entre quinto y sexto curso, en el verano de 1960, Fernando planteó a sus “ayudantes”, es decir su hermano Gonzalo y sus primos Rodrigo y Javier, que lo acompañasen en una expedición al Pichincha, pero no a las cumbres del Guagua y del Rucu, que conocían muy bien y que tantas veces habían coronado, ni siquiera a Cundur Huachana, que le gustaba mucho, sino a un sitio muy especial: la hacienda Yanacocha, en la parte noroccidental del macizo del Pichincha. La salida tenía un objetivo muy específico: capturar una especie muy rara de colibrí.

Para los cuatro, la expedición se convirtió en un proyecto que había que planificar y alistar bien. Según Fernando, debían prepararse para permanecer varios días en el campamento que montarían en Yanacocha, para lo que deberían conseguir una carpa, suficiente comida, utensilios y equipo de acampada.

Las carpas era en aquellos tiempos un artículo difícil de conseguir, pues no podían comprarse en ningún almacén. La forma de obtenerlas era solicitarlas prestadas a uno de tres clubes de andinismo: el del San Gabriel, el de la Politécnica Nacional y Nuevos Horizontes, este último un club de adultos, del que Luis Alfonso Ortiz, el papá de Fernando y Gonzalo, era fundador y socio activo.

Si los tres clubes no disponían de carpas —porque no poseían demasiadas y sus socios salían cada fin de semana de excursión—, la alternativa era pedirla a uno de los batallones del ejército acantonados en Quito —como el Vencedores, que quedaba frente al aeropuerto, o el Atahualpa, que ocupaba un cuartel en El Pintado, al sur—. Por lo general, las carpas eran parte del material sobrante del ejército de EE. UU., donado a los militares ecuatorianos y, en alguna rara ocasión, a las agrupaciones excursionistas.

Fue en el Vencedores donde obtuvieron prestada la carpa para ir a Yanacocha. Dejaron registrados sus nombres, dirección

(Junín 574), teléfono (12-211) y una carta firmada por el papá de los Ortiz, garantizando la devolución. Había que saber doblar bien la carpa de lona pues debía empacarse en su propia mochila, junto con sus palitroques. El paquete resultante era grande y pesado, por lo que, en las ascensiones de muchachos, había que cargar aquella mochila por turnos.

La víspera del viaje acomodaron en otras tres mochilas el reverbero de campaña que Luis Alfonso les prestó, las provisiones y las bolsas de dormir. Estas no eran sino simples cobijas de lana dobladas y cosidas y, ni de lejos, tan calientes y livianas como las de hoy, hechas de los nuevos materiales textiles y polímeros desarrollados en las últimas décadas.

Muy temprano se levantaron los cuatro aquel lunes que habían decidido comenzar su expedición. Todo emocionados por lo que les esperaba, desayunaron su gran taza de humeante chocolate en leche y su pan untado de compota casera de fruta, que les ofrecieron sus mamás Lola y Julia María, quienes madrugaron para despedirles.

Cargaron en sus espaldas sus mochilas y Fernando se colocó, además, una abultada bolsa de tela terciada sobre su pecho, y salieron rumbo a San Blas. En esa plaza, al borde del centro de Quito, tomaron uno de los primeros buses que partían para Cotacollao y al llegar allá, ya entrada la mañana, un tercero a la población de Nono. El viejo bus emprendió el camino, como sin fuerzas, con el motor bufando, por una carretera estrecha que subía y subía al Pichincha por sus estribaciones más norteñas. Ya era casi mediodía cuando, tras coronar la cuesta y recorrer un trecho menos empinado, el chofer gritó: “¡Aquí se quedan los que van a Yanacocha!”. Los muchachos se apearon, y el “controlador” o ayudante del chofer les bajó las mochilas, que viajaban encima del bus, amarradas con canastas, baúles, costales y otros bultos de los pasajeros que iban a Nono.

Solo Fernando conocía el camino, así que les indicó que había que tomar hacia arriba por un pequeño sendero. Los otros tres empezaron a preguntar cuánto tiempo tenían que caminar,

porque, al tomar el bus, creían que iban a llegar a su destino sentados en el vehículo, aunque este fuera incómodo.

—¡Qué va! —dijo Fernando—. Tenemos que caminar unas dos horas por lo menos. Y mejor nos apuramos, porque nos coge la neblina...

La fila se volvió silenciosa, y hasta un poco rezongona, pero Fernando les aclaró que, desde cuando les propuso venir, les había dicho que se trataba de una expedición y no de un paseo cualquiera.

Hoy, Yanacocha, convertida en una reserva natural privada de unas 600 hectáreas, a cuyo ingreso se llega en vehículo, es muy conocida entre los amantes de las aves, no solo del Ecuador sino del mundo entero. Pero en el lejano 1960 muy pocas personas sabían de este extraordinario sitio y uno de los primeros en apreciarlo por su abundancia de colibríes (y por su variedad de otras aves también) fue Fernando Ortiz.

A pesar de que aún no cumplía los 18 años, Fernando ya sabía, por anteriores observaciones en el sitio y discusiones con precursores como el profesor Gustavo Orcés, que este era el único lugar del mundo donde se hallaban algunas especies de colibríes, entre ellas el Zamarrito pechinegro,<sup>3</sup> llamado científicamente *Eriocnemis nigrivestis*.

Pocos años después, Fernando Ortiz fue precisamente el primero que llamó la atención sobre cómo el hábitat de estos colibríes estaba amenazado por la deforestación que sufrían los bosques de altura por la tala de árboles para hacer carbón o por la conversión de bosques enteros para hacer potreros o chacras de cultivos.

Habiendo conocido Yanacocha desde su adolescencia, él pudo comparar la extensión original de los bosques y la tasa de su destrucción.

---

<sup>3</sup> En realidad, en esa época se le conocía como “Quinde calzonario”, pero como después el propio Fernando colaboró en la nomenclatura de los colibríes y se le puso de nombre “Zamarrito”, el autor prefiere nombrarlo así desde el comienzo.

Hay varios quindes llamados Zamarritos. Se debe a que el inicio de las patas de estos pequeños colibríes está cubierto por unas plumas blancas acolchadas, como que fueran unos pequeños zamarros, es decir aquellas prendas de lana y cuero que usan sobre sus pantalones los vaqueros cuando montan a caballo en las alturas de los páramos. De allí el nombre de Zamarritos para esos hermosos quindes, con sus pantalones bombachos de plumas, que de verdad les protegen del frío de la altura, porque todos viven sobre los 3.000 metros sobre el nivel del mar.

El Zamarrito que buscaba Fernando ese día era el Pechinegro. Se lo llama así porque tiene su pecho más oscuro que sus congéneres. Eso mismo significa en latín *nigrivestis*: con vestido negro. No es propiamente un vestido completo, porque el avecilla es verde, y tiene una gorguera de color fucsia encendido. Solamente su pecho, blanco o verde en otras especies, es de un verde negruzco.

Fernando sabía que el único lugar del mundo en donde se encuentra esta especie era en el Pichincha y que en Yanacocha podía verlo y, si funcionaba su plan, capturarlo. Capturarlo, ya se sabe, no para hacerle daño sino para estudiarlo.

## 10. Encuentro cercano con el Zamarrito pechinegro

Las dos parejas de primos seguían subiendo, extenuados con la gran carga que llevaban. Habían almorzado algo en un alto en el camino y por fin, avanzada ya la tarde, llegaron a una zona de vegetación enmarañada de montaña y, dentro de ella, un mágico bosque de musgo y *Polylepis*, ese hermoso árbol nativo de la Cordillera de los Andes, llamado también queñua, cuyo tronco de múltiples capas delgadas semejan papel. Siendo una de las pocas especies que provee madera en las cotas de más de 3.500 metros sobre el nivel del mar, era un árbol favorito del hacha de los carboneros. Allí, en un claro del bosque, junto a un arroyuelo, Fernando ordenó detenerse. Era el sitio que había escogido para plantar el campamento.

Los muchachos se dedicaron a plantar la carpa y poner a punto el reverbero para cocinar. Mientras tanto, de su funda de tela, que era un misterio para los otros expedicionarios, Fernando sacó los adminículos con los que planeaba capturar vivo al tan buscado colibrí.

El joven había planeado muy bien la difícil tarea que se proponía: de algún lado había obtenido una flor de plástico que conectó mediante una tripa a una botella de vidrio, que había transportado en aquella funda de tela todo el camino. Ahora es muy común ver los alimentadores de colibríes pero en esa época no había ninguno en el Ecuador. El primer alimentador artificial de colibríes que existió fueron los vasos de agua azucarada que algunas familias de Quito solían poner en sus azoteas. Precisamente Luis Alfonso Ortiz había tomado, en los años 1920 y 1930, varias fotos de quindes bebiendo aguamiel de vasos y copas.

Lo que ese muchacho de 17 años iba a montar en aquel bosque del Pichincha era una evolución de aquella forma de brindar aguamiel a las aves: mediante una flor, para hacerlo más atractivo.

La botella que el muchacho había llevado era de las que se usaban entonces para administrar suero a los enfermos —de vidrio, porque tampoco existían en esos tiempos las actuales fundas de plástico para suero—. La tripa, de caucho, era del mismo equipo de suero.

Sus compañeros de expedición no sabían lo que se proponía hasta ese momento. Claro que le habían visto practicar con la flor varias veces en la casa de San Marcos. Pero el método había resultado un fracaso: Fernando intentaba atrapar a los colibríes por el pico, cerrando un lazo elástico en cuanto introdujeran el pico para libar de la flor plástica. Eso nunca había dado buen resultado, así que sintieron un poco de frustración al ver la botella, la tripa y la flor. ¿Era eso lo que intentaría Fernando? Pero, ¿por qué, si había fracasado tantas veces?

El plan del joven era otro, y se los explicó: tenía una pastilla de barbitúrico y su plan era diluirla en el aguamiel del alimentador artificial luego de que los colibríes se acostumbrasen a beber, para capturar dormido al quinde que buscaba.

Era un plan genial, pero ¿funcionaría?

Antes de que oscureciera ya estaban colocadas en un pumamaqui la flor de plástico y la botella de suero, llena de agua azucarada, para atraer a los colibríes.

Los chicos aún dormían cuando, a la mañana siguiente, Fernando se escabulló de la carpa para ver lo que sucedía. Despertó a su hermano y a sus primos con la noticia de que un Zamarrito estaba viniendo constantemente a libar de la flor de plástico.

Ellos lo comprobaron por sí mismo. Prepararon el desayuno mientras Fernando les explicaba por qué los colibríes no pican las flores ni las chupan sino que lamen el néctar de las flores con su lengua larga y bífida provista de lóbulos y membranas microscópicas a las que se adhiere el néctar. Cuando retiran la lengua, extraen el néctar que, luego, lo “exprimen” dentro del pico.

A la vez, Fernando vigilaba el alimentador y espantaba a otros colibríes que también se acercaban a beber, pues quería que solo el Zamarrito pechinegro se acostumbrase a esta fuente artificial.

Los chicos se quedaron asombrados de la gran variedad de colibríes, entre ellos el Pico de espada (*Ensífera ensífera*), cuyo largo pico equivale al largo de su cuerpo.

La mañana transcurrió en estas observaciones. Los tres hicieron algunas caminatas por las cercanías pero Fernando no se movió del sitio para permitir que solo los Zamarritos se acercaran a la flor artificial.

Antes del almuerzo, les llamó porque había llegado el momento: sacó una pastilla que la dividió en la mitad y esta en la mitad y esta en la mitad, hasta que obtuvo una dieciseisava parte (ya solo un pequeño montón de polvo), que diluyó en agua azucarada con la que reemplazó la que estaba en la botella de suero. Les explicó que estaba usando una dosis muy pequeña de barbitúrico diluida en un litro de aguamiel, porque un poco más podría matar al avecita.

Mientras almorzaban, vieron como un Zamarrito vino y libó de la flor. Se retiró, se posó en la rama de un arbusto aledaño... ¡y se quedó dormido! Fue algo instantáneo y sorpresivo, incluso para Fernando, que saltó esparciendo su almuerzo por todo lado, se acercó al ave y la tomó con su mano.

Así, en menos de 48 horas, habían obtenido el objetivo de una expedición planeada para una semana. Fernando ordenó levantar el campamento de inmediato. Debían bajar lo más rápido para alcanzar al bus que salía a las cinco de la tarde de Nono a Quito y que pasaba por el sendero de entrada a Yanacocha cuarto para las seis. Con una gasa especial que había llevado, envolvió muy bien al avecilla, para que no pudiera abrir las alas ni hacerse daño. Cuando el Zamarrito, al que llevaba en un bolsillo de la camisa se despertó, ya cerca de Quito, empezó a alimentarle cada diez minutos con un gotero de agua azucarada.

Las mamás recibieron con asombro (y alivio) a los cuatro expedicionarios que volvieron a casa el martes por la noche,

cuando no se les esperaba hasta el fin de semana. Al día siguiente, Fernando se dedicó a estudiar al ave capturada de manera tan ingeniosa. La fotografió, la dibujó, la midió (del pico a la cola, cada ala, el alcance de las alas abiertas, el pico solo, las patas), todo esto con sumo cuidado para que no se le escapara. Al atardecer del jueves planteó a su hermano y a sus dos primos volver a Yanacocha. Ante las protestas les explicó que solo allí podía soltar al Zamarrito, pues de hacerlo en Quito no sobreviviría.

De más está decir que al día siguiente, los cuatro muchachos, esta vez con mochilas muy livianas pues ya no iban a acampar, hicieron todo el trayecto hasta Yanacocha con el único objetivo de soltar al Zamarrito pechinegro en su lugar natal. Los otros muchachos lo hacían por aventura y por lo divertido que siempre resultaba ir de excursión con Fernando, quien fue explicándoles pacientemente la importancia de esa especie en peligro y por qué los cuatro no podían dejar que ni ese ni ningún otro ejemplar muriese.

## 11. Sí hay murciélagos de esos

Con frecuencia al museo de la Politécnica llegaban científicos extranjeros a estudiar las colecciones del profesor Orcés. Cierta día, poco después de cumplir 18 años, Fernando encontró allí a un especialista en murciélagos procedente de Estados Unidos, que examinaba atentamente ejemplares muertos de especies de Quito.

El “gringo” le explicó que estaba estudiando una especie en particular de quirópteros (así llaman los científicos a los murciélagos), pero que, como no podía verla viva pues no la había encontrado en Quito, estaba estudiando los especímenes conservados por el profesor Orcés.

Fernando le respondió que él sabía dónde había murciélagos vivos de esa especie en Quito. El científico sonrió con condescendencia, porque pensaba que este chico tan joven no podía saber de especies y que, seguramente, le iba a hacer perder el tiempo. Pero Fernando insistió y dio detalles, que el profesor Orcés corroboró como probables: estaban, dijo Fernando, en el interior de la cúpula del templete de la Catedral, sobre la grada redonda de la Plaza de la Independencia.

Lo cierto es que esa noche, Fernando acompañó al zoólogo estadounidense y al profesor Orcés a buscar murciélagos. La Plaza Grande, como llaman los quiteños a la Plaza Mayor, estaba casi desierta: casi nadie salía de sus casas por la noche. Los dos científicos, guiados por Fernando, y seguidos por Gonzalo, que se había unido al grupo, subieron la grada redonda. Fernando señaló a los murciélagos que revoloteaban en el interior de la cúpula. El científico estadounidense sacó unos prismáticos y se puso a observar a los mamíferos volantes... “Mmmm, mmmm”, decía. Luego, pasó su largavista al profesor Orcés, quien también dijo “Mmmm, mmmm”. Gonzalo estaba preocupado, pero no Fernando, que mostraba seguridad absoluta. Se demoraron un rato viendo a los murciélagos hasta que el gringo aseveró que, en efecto, eran los murciélagos que estaba buscando.

El científico de los murciélagos organizó para la siguiente noche la captura de ejemplares vivos, y pidió a Fernando que lo acompañara. Construyó, con ayuda de dos empleados de la Politécnica, una plataforma alta y, como la mayoría de los murciélagos son frugívoros puso encima de ella frutas muy maduras, abiertas. Alrededor colocó una red de nylon casi invisible, que se cerraba por arriba a gran velocidad. Pero el principio esencial de esta red era su gran elasticidad, lo que hacía que si chocaban con ella los murciélagos (o las aves) se formaba una bolsa que los atrapaba, al menos por unos minutos, lo que le daba tempo al recolector para tomarlos con sus manos.

El científico extranjero ni siquiera preguntó a Fernando, pero al final de la noche, y con unos cuantos ejemplares capturados, le regaló la red elástica. Sabía, porque Fernando le había contado, que él capturaba otros murciélagos con sus manos. En efecto, él solía liderar unas exploraciones a unas galerías subterráneas, probablemente antiguas minas de arena, que había en una quebrada al norte de la Universidad Central.<sup>4</sup>

En esas expediciones, como siempre, contaba con sus hermanos y primos como ayudantes, cada uno de los cuales llevaba una antorcha. Las fabricaban clavando en la punta de cualquier viejo palo de escoba un tarro de hojalata, el cual rellenaban con una tela empapada en queroseno, que encendían con un fósforo al entrar a las minas. Al fondo de estas oscuras e intrincadas galerías, colgados cabeza abajo, dormían durante el día los murciélagos.

Cuando habían llegado al final de la galería, los ayudantes agitaban las antorchas, los murciélagos se despertaban aterrorizados y salían volando en bandadas. Fernando, de pies, los capturaba, a mano limpia, tomándolos al vuelo y guardándolos en tarros o botellas de vidrio de boca ancha.

---

<sup>4</sup> Esa quebrada fue rellenada unos años después y hoy corresponde a la calle Gilberto Gatto Sobral.

Desde entonces, con la red, Fernando contó con una herramienta muy útil para capturar no solo murciélagos, sino todo tipo de aves, incluyendo colibríes, por lo que no necesitó usar de nuevo su técnica del barbitúrico para hacer dormir a ninguna ave que quisiera atrapar viva, como tuvo que hacerlo, con tanto ingenio, con el Zamarrito pechinegro.

## 12. De la ingeniería a la biología

Graduado de bachiller el 17 de julio de 1961, y tras la misa de despedida del colegio y el brindis con la copa de champán con los padres de familia, ceremonias que se celebraron el 20 de ese mes, a Fernando se le presentó la inaplazable necesidad de resolver el dilema de la carrera que debía seguir.

La realidad es que Fernando no podía estudiar biología en el Ecuador y, en cuanto a hacerlo en el exterior, su familia no disponía de recursos para financiar su alto costo y tampoco se ofrecían becas para esta ciencia, por lo que tuvo que dejar de lado su ilusión. Se decidió entonces por ingeniería civil, para lo que se inscribió y dio el respectivo examen de ingreso en la prestigiosa Escuela Politécnica Nacional. Las actividades de primer año comenzaron en octubre y Fernando empezó a asistir regularmente.

Muchas veces, en cuanto terminaban las horas de clase, Fernando iba a aquel rincón de la Politécnica que él conocía muy bien desde un año atrás: el museo de historia natural, en el que gozaba y aprendía guiado por el profesor Orcés.

Gustavo Orcés Villagómez era un verdadero zoólogo, dedicado al estudio de aves y peces. Había nacido en Quito en 1903, y había sido compañero del padre de Fernando en el colegio San Gabriel. Luego había estudiado Pedagogía en la Universidad Central, especializándose como profesor de Ciencias Naturales. Su tesis versó sobre las características biológicas y fisiológicas de los peces del mar, que fue premiada.

Fue profesor del colegio Mejía, cuyo museo remozó y amplió con colecciones de animales y, luego, pasó a ser docente de la Escuela Politécnica Nacional, donde recibió apoyo del rector, Ing. Rubén Orellana, para la investigación. Pudo continuar estudiando los peces y además se dedicó a la herpetología, el estudio de los reptiles y anfibios, que muy pocos conocían, y a la ornitología. Era tan estudioso y conocedor —como se ve, autodidacta, pues no hizo estudios

profesionales de biología—, que descubrió varias especies, algunas de las cuales llevan su nombre.

Hoy también el museo de la EPN lleva el nombre de Gustavo Orcés —persona por lo demás muy agradable, con un finísimo sentido del humor y un conocimiento inmenso de la geografía y la fauna del Ecuador—, pues fue él quien organizó ese museo y lo mantuvo, con colecciones muy completas de peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos.

Precisamente Fernando planteó al profesor trabajar como voluntario para clasificar el crecido número de pieles de aves que tenía el museo. Se dedicó así, sistemáticamente, todo el tiempo que tenía libre, a sacar cada ejemplar, estudiarlo, clasificarlo y ponerlo, uno por uno, en la gaveta correspondiente por familia, género y especie, escribiendo, en la mayoría de los casos, nuevas etiquetas, en donde se anotaba, además dónde, quién y cuándo había recolectado el ejemplar, etiqueta que ataba a las patas.

Ortiz pasaba fascinado sus horas en el laboratorio. No dejó de ir a sus clases de ingeniería, de dar exámenes e incluso de obtener buenas notas, pero su corazón realmente estaba en aquel museo y en aquellas especies de la fauna ecuatoriana. Además, contar con un maestro como Orcés —por más informal que fuera la relación— era un privilegio muy grande, que Fernando quería aprovechar.

Como lo relataría después el propio Fernando, Orcés le puso también en contacto con “dos personajes casi míticos: Manuel Olalla, el último sobreviviente de la gran estirpe Olalla de colectores de aves, y Leonidas Ponce, el hombre que con su cerbatana y su singular puntería atrapó a golpe de perdigones de arcilla algunos colibríes vivos para Greenewalt”.<sup>5</sup> Por cierto, Crawford H. Greenewalt (1902-1993), ingeniero químico que, en su trabajo en la firma DuPont, fue clave en el desarrollo del nylon, pero tuvo, además, un profundo conocimiento de ornitología y desarrolló cámaras fotográficas de alta velocidad con el objeto

---

<sup>5</sup> Ortiz Crespo, Fernando, *Los colibríes...*, p. 23

de tomar fotos en que estas aves aparecieran estáticas. Más tarde habría de hacer amistad con Fernando.

Fue precisamente su asidua asistencia al museo de historia natural de la Politécnica lo que iba a definir el destino de Fernando Ortiz. En 1963, en su segundo año en la Politécnica, avanzado ya el curso escolar, el profesor Orcés le presentó a la doctora Edith de Baca, una bióloga que estaba de visita.

No le llamó la atención, pues siempre asomaban por allí científicos extranjeros. Ortiz pensaba que no era tan justo que estos científicos vinieran, realizaran los estudios que quisieran sobre la diversa y abundante flora y fauna ecuatoriana y que luego se fueran llevando colecciones de especímenes para continuar sus investigaciones en el exterior y que publicaran sus estudios en revistas que la mayoría de las veces ni siquiera llegaban al Ecuador.

Pero este era un caso distinto. La bióloga, originaria de Puerto Rico, estaba a cargo de un proyecto muy importante: reforzar los estudios de ciencias en la Universidad Católica. Como parte de un convenio de asistencia técnica de parte de la Universidad de Saint Louis hacia la Universidad Católica del Ecuador, se había resuelto reforzar el área de las ciencias en la Facultad de Pedagogía (nacida en 1953 y luego llamada Ciencias de la Educación) para preparar de mejor manera a los profesores de secundaria y especializarlos en la enseñanza de las ciencias físicas y naturales y de las matemáticas. Su marido, el doctor Ernesto Baca estaba a cargo precisamente de la Física y la Química.<sup>6</sup>

Un convenio similar existía entre la Universidad de Pittsburgh con la Universidad Central del Ecuador para mejorar, entre otras, las áreas de estudios de administración pública y privada,

---

<sup>6</sup> Otras áreas del proyecto apuntaban a reforzar la enseñanza del inglés (lo que desembocaría en la creación del Instituto de idiomas), de la sicología (con lo que crearía esa carrera hasta entonces inexistente), y convertir a la biblioteca en un verdadero apoyo para la enseñanza y la investigación (que llevaría a la compra de miles de libros, la suscripción a revistas, la preparación de los bibliotecarios, en especial del jesuita P. Manuel Nieto, que fue muchos años el bibliotecario de la universidad hasta su muerte, y del Lcdo. Osvaldo Orbe, quien le sucedió, e incluso a la construcción del edificio de la biblioteca, remodelado en el año 2010).

odontología e inglés. Y un tercer convenio de otra universidad estadounidense con la de Guayaquil. Los tres acuerdos eran parte de la cooperación de Estados Unidos con el Ecuador, dentro del marco de la Alianza para el Progreso, lanzada por el presidente John F. Kennedy.

Lejos estaban quienes conversaban ese día en el museo de la Politécnica de saber que, pocos meses después, en noviembre de ese año 1963, Kennedy sería mortalmente herido mientras circulaba en un coche descubierto en Dallas, Texas.

La doctora Baca explicó que estaban planeando los cursos que dictarían desde el subsiguiente año académico, 1964-65, y había venido a invitar al profesor Orcés a tomar la cátedra de Zoología. Puesto que, al parecer, el profesor Orcés le había hablado del joven Ortiz y de su entusiasmo en la clasificación de la colección de aves, Baca le invitó a que le visitara en la Católica para ver si podía involucrarse en el naciente proyecto.

Aunque Fernando tenía amigos entre los jesuitas, no había conocido de esta iniciativa. La Católica era la única universidad privada de Quito; se había fundado en 1946 y, tras 30 años en una casa del centro, seis años antes, o sea en 1957, había inaugurado su nueva sede en La Floresta junto a la de la Politécnica. Se daba la especial coincidencia que el rector de la Católica, P. Luis Enrique Orellana, S.J., era hermano del ingeniero Rubén Orellana, rector de la Escuela Politécnica Nacional, cada uno una eminencia en su campo. La Universidad Central estaba dirigida por otro catedrático ilustre, que estaba haciendo historia con su rectorado ejemplar, el doctor Alfredo Pérez Guerrero.

El edificio de Ciencias de la Educación, cuya construcción en el nuevo campus de la Católica se estaba terminando con fondos del proyecto de cooperación estadounidense, era una caja de cuatro pisos, sin mayor gracia. Allí se habían acomodado, mal que bien, varias oficinas para el componente de ciencias del proyecto de San Luis. A pesar de todo, a Fernando le gustó lo que vio en su primera visita y aceptó la propuesta que le hicieron los esposos Baca luego de un par de horas de conversaciones: ser

su ayudante de laboratorio, comenzando desde el día siguiente a desempacar los equipos que ya empezaban a llegar desde EE. UU. El propio Fernando iniciaría a poco un pequeño invernadero y recolectaría las primeras plantas para el herbario.

Así se involucró desde el mismo inicio en lo que pronto se empezaría a llamar el Instituto de Ciencias de la Universidad Católica, de donde nacería, unos pocos años después y con la contribución personal de él mismo y otros profesores, la primera carrera de biología del país.

Conocer La capacidad y el entusiasmo que ponía en las tareas, convenció pronto a los doctores Baca y al P. Justin S.J., un jesuita estadounidense que era el director del proyecto de cooperación de la Universidad de San Luis con la Católica, que aquel joven era un candidato ideal para una beca de formación en el exterior.

El P. Justin conversó con Fernando y le propuso el plan: que estudiara biología en los Estados Unidos con el compromiso de volver a la Universidad Católica como profesor. El propio P. Orellana se lo reconfirmó.

Fernando estaba preparado para una propuesta como esa y lo aceptó. Era la ilusión de su vida, Y ya entonces estaba convencido de la necesidad de ampliar la investigación científica y su enseñanza a los ecuatorianos, pues el estudio de la privilegiada naturaleza del país no debía ser una tarea exclusiva de los extranjeros. A él se le ofrecía la oportunidad de hacer de su pasión una profesión.

### 13. Galápagos en el horizonte

La decisión estaba tomada. Fernando ahora tenía frente a sí un panorama claro: una carrera en biología, que era lo que de verdad le interesaba. Aunque su madre le apoyó desde el inicio, con su padre el asunto no fue tan fácil. Luis Alfonso Ortiz Bilbao, entonces Superintendente de Bancos, elegido por el Congreso Nacional en 1960 por un lapso de cuatro años, no solo dudaba de que un biólogo pudiera ganarse la vida en el Ecuador sino que las excelentes notas de su hijo en la Politécnica demostraban que podía ser un gran ingeniero.

Al argumento del hijo de que tendría trabajo asegurado en la U. Católica, el padre replicaba que nadie podía asegurar que ese proyecto durase, dada la idiosincrasia de los ecuatorianos.

Que las cosas en el Ecuador no eran perdurables lo comprobaron sus habitantes cuando el 11 de julio de 1963, las Fuerzas Armadas destituyeron al presidente constitucional, doctor Carlos Julio Arosemena Monroy e instalaron una Junta Militar de Gobierno. Ortiz Bilbao, como demócrata consumado que era, no había aceptado quedarse ni un minuto más en la Superintendencia, a pesar de que el presidente de la Junta, Calm. Ramón Castro Jijón, quien le dijo que le admiraba desde joven, pues había vivido en el barrio de San Marcos, le pidió que siguiera desempeñando su cargo y que tendría todo su respaldo.

Fernando, por su parte, concluyó su segundo año de ingeniería pero ya no se matriculó en el siguiente. Cada vez dedicaba más tiempo al laboratorio de la Católica y además tenía clases de conversación en inglés con el P. Justin.

En principio, se preveía que podría viajar en septiembre a Saint Louis, Missouri, para iniciar sus clases. Pero, de improviso, surgió una alternativa. Pocos años antes, en 1959, un grupo de personalidades de la ciencia y la política europeas había establecido en Bélgica la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos (FCD, por sus siglas en inglés), con el objeto de ayudar a la conservación de estas islas únicas en el mundo

y promover el conocimiento científico de sus especies. Estas tareas las realizarían con fondos recogidos en Europa y Estados Unidos de donantes particulares y de gobiernos. El nombre que habían puesto a su organización, el de Charles Darwin, recordaba al científico que concibiera allí en las Galápagos su teoría de la selección natural de las especies.

El propio Fernando Ortiz, años después, en un artículo, habría de escribir:

El 17 de septiembre de 1835 constituye una fecha tan importante para la historia de la ciencia como el día de la Toma de la Bastilla para la historia política. En ese día el joven naturalista inglés Charles Darwin echó pie a tierra en la isla San Cristóbal en Galápagos, y dio inicio a un período de apenas un mes de duración en el que recopiló una gran cantidad de datos e impresiones con los que, años más tarde, demolería el vetusto edificio del fijismo en la aparición de especies de organismos vivos. Cuando Darwin visitó las Galápagos tenía solo 26 años, pero fue la publicación del Origen de las Especies en 1859, es decir, a los 50 años, lo que cimentó su prestigio científico y a la postre le valió un sitio junto a los grandes pensadores e investigadores universales.<sup>7</sup>

El fijismo de que habla Fernando era la idea, que los humanos habían tenido por siglos, de que las especies naturales aparecieron en la Tierra tal como se las ve ahora. Darwin se dio cuenta que no era así, cuando en Galápagos observó la adaptación de las especies en el archipiélago, sobre todo los famosos pinzones, cuyos picos difieren de isla a isla por la diferente dieta que se ven obligados a comer.

Así pues, Fernando que no tenía sino 21 años, fue escogido por los doctores Baca para que fuera a las Galápagos para ayudar

---

<sup>7</sup> Fernando Ortiz Crespo, *Charles Darwin y las Galápagos*, Revista Espejo, N° 7 (1982), p. 19

a establecer la Estación Biológica Charles Darwin en la isla Santa Cruz. La estación —un proyecto de la FCD, con el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN)—, se estaba construyendo en Academy Bay, una bahía de la isla Santa Cruz, cerca del pueblecito de Puerto Ayora.

En 1959 el Ecuador había declarado a todas las islas parque nacional en toda su extensión, salvo aquellas zonas habitadas por seres humanos, cuatro pequeños asentamientos en otras tantas islas. Desde 1960 habían estado allí científicos enviados por la FCD, pero realmente la construcción de la estación no había tomado fuerza hasta ese año 1963.

La razón de que Fernando Ortiz fuera escogido radicaba en que los directivos de la FCD habían buscado en los centros académicos de todo el país a jóvenes ecuatorianos que estuvieran estudiando ciencias naturales y que pudieran integrarse a los trabajos iniciales de la estación, pues no deseaban que fuese un centro conformado solo por extranjeros. Además, el propio Gobierno ecuatoriano, cuando en 1961, en la administración del doctor José María Velasco Ibarra, la FCD había planteado su deseo de establecer una estación científica, aparte de manifestar su complacencia por la idea, había puesto como una de las condiciones que dicho centro apoyase la investigación que las universidades, científicos y estudiantes ecuatorianos pudieran hacer de las Galápagos. Precisamente en el convenio firmado más tarde se había incluido cláusulas muy claras al respecto.

Pero el problema era que no había científicos o estudiantes de ciencias en el Ecuador, mucho menos que estuvieran deseosos de ir a Galápagos, ni siquiera como becarios, es decir sin sueldo pero con casa y comida asegurada. Se debe también tener en cuenta que a mediados de 1963 las condiciones en las Galápagos eran muy distintas de las de hoy: Puerto Ayora, antes solo conocido como Academy Bay, en Santa Cruz, era una aldea que carecía de agua potable, canalización y luz eléctrica,

donde vivían unos pocos centenares de pescadores y campesinos (llamados “colonos” pues llegaban a hacer su vida cultivando la tierra en las pocas islas en las que había agua dulce). Tampoco había en Puerto Ayora ningún hotel o cosa parecida. Se abastecía difícilmente, pues el otro gran problema era llegar a las islas, ya que no había conexión aérea y la única vía era por mar, sea en barcos de la Armada o en una larga travesía de dos o tres semanas en un barco comercial, el *Cristóbal Carrier*.

Por cierto, no es que no hubiera pista aérea en Galápagos: había habido una, pero estaba destruida con grandes cráteres dejados por bombas. Se hallaba en la isla Baltra, una pequeña isla al norte de la de Santa Cruz, y había sido construida por los estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial. En esa guerra, Estados Unidos temía ataques del Japón, por lo que, debido a la posición estratégica de Galápagos para vigilar el Pacífico y, en especial, el Canal de Panamá, estableció esa base al apuro en diciembre de 1941, a los pocos días del ataque de los japoneses a Pearl Harbor (Hawái), y con el paso de los meses construyó cuarteles, y casas y nidos de ametralladoras. Ello, sin embargo, significó la destrucción de la naturaleza de Baltra (es sabido que los soldados, para distraerse, mataban a tiros a iguanas y lobos marinos, y consumieron, en sopas y potajes, todas las tortugas de la isla). Pero cuando el presidente Velasco Ibarra (en su segunda presidencia, de 1944 a 1947), exigió que cerraran esa base, las tropas estadounidenses desmantelaron todas las instalaciones, destruyeron las edificaciones con *bulldozers* y el último avión de la guarnición que despegó de Baltra en 1946 bombardeó la pista a propósito, para inutilizarla.

A pesar de esas condiciones tan adversas, Fernando Ortiz estaba dispuesto a ir a las Galápagos; más aún le entusiasmaba poder conocer las islas y una fauna y flora únicas en el mundo. Pero ¿y su plan de estudiar en Estados Unidos? El propio P. Justin y los profesores del naciente Instituto de Ciencias consideraban que el viaje iba a ser muy provechoso para el joven aspirante a científico y que enriquecería grandemente su carrera en biología.

“¡Ya se quisieran muchos estudiantes del mundo tener una experiencia semejante!”, le dijeron. Además, a la Universidad Católica le interesaba iniciar relaciones de cooperación con la nueva estación biológica: Fernando era su primer delegado y podía aspirarse a que después le seguirían muchos.

Por ello, Fernando planteó a sus padres el nuevo panorama. A sus 21 años, podía tomar sus decisiones, pero no quería contrariarlos. Aunque, en un inicio su padre se opuso —porque le parecía una locura eso de que su hijo se fuese a vivir a mil kilómetros de las costas ecuatorianas, en unas islas muy hermosas e interesantes, pero donde casi no había habitantes humanos y donde sobrevivir sería una aventura diaria—, finalmente accedió, viendo que lo que el joven sentía por la naturaleza no era novelería, ni siquiera un interés intenso sino la verdadera pasión que le había caracterizado desde pequeño.

## **14. Primer becario de la Fundación Darwin**

Fernando Ortiz permaneció en las Galápagos siete meses, desde agosto de 1963 hasta febrero de 1964. Realizó tareas de apoyo y organización de las principales líneas que la estación científica había escogido, complementarias entre sí: la conservación de los ecosistemas de Galápagos y el conocimiento de esos ecosistemas y de las especies que los habitan. La estación se proponía realizar estas tareas a través de las investigaciones de su propio personal científico o proporcionando apoyo a expertos que acudieran de cualquier parte del mundo a las islas.

Se previó que en los años siguientes la estación habría de trabajar prioritariamente en estudios de la evolución, de cada una de las especies endémicas, de las introducidas y la forma de controlarlas, y de los asentamientos humanos en el archipiélago, además de la geología de las islas, pues muchas de estas, surgidas del fondo del mar, tenían lenguas de lava petrificada y, otras, volcanes activos. Por ello, se prefirió cambiar su nombre original de “estación biológica” a “estación científica” para abarcar todas las disciplinas.

Fue así que Fernando Ortiz se convirtió en el primer ecuatoriano becario de la estación, la cual siete años después, a partir de 1971, cuando ya había estudiantes de biología en el Ecuador, mantendría un programa sistemático de becas para investigación de tesis de licenciatura, y que en 2004, al cumplir 50 años de vida, establecería las Becas de Excelencia Académica doctor Fernando Ortiz Crespo al mejor proyecto de tesis de licenciatura, para honrar la memoria del científico ecuatoriano.

Esta experiencia, por lo novedosa, profunda e interesante, marcó para siempre a Fernando, que quedó ligado con las Galápagos y con los esfuerzos para su conservación el resto de su vida.

Por encargo de la naciente estación, el joven escribió, además, una pequeña guía titulada “Las islas Galápagos, Parque Nacional del Ecuador”, ilustrada con sus propios dibujos. En ella, por

primera vez en la historia de las guías turísticas de Galápagos —que luego se publicarían por decenas, buenas, regulares y malas, en todos los idiomas y por autores de todo tipo—, se explicaba el papel de la Estación Científica Charles Darwin y se invitaba a quienes llegaban a las islas a conocerla y a colaborar con ella. El folleto fue impreso a comienzos del año 1964 en la Editorial Fray Jodoco Ricke de Quito, y constituye un precioso legado de los inicios de Fernando como naturalista y, en especial, como divulgador de la ciencia. Fue su primer trabajo impreso, al que después seguirían muchos más.<sup>8</sup>

Si Galápagos subyuga a cualquier visitante, es fácil imaginar lo interesantes que serían las islas para un joven con amplias lecturas en las ciencias. Como dijo el zoólogo Roger Perry “Se puede encontrar la evolución en cualquier parte, pero en las Galápagos su simplicidad hace que la evidencia sea decisiva”. Fernando supo, desde esa experiencia, que el aislamiento del archipiélago había sido clave para mantener ese estado de “evolución suspendida” y que solo si defendía esas condiciones naturales, las islas seguirían siendo no solo un paraíso para los biólogos sino un ejemplo para las generaciones venideras de ecuatorianos y extranjeros, para toda la humanidad.

Cuando la estación ya fue un lugar físico con paredes, piso y techo, el joven becario se quedaba a veces hasta la noche, abstraído en los libros o en las colecciones de especímenes que ya se empezaban a organizar, tanto que debía regresar cuando ya todo estaba oscuro a la casa que habían alquilado para los científicos en el pueblecito de Puerto Ayora, donde él también tenía su cuarto. En esas ocasiones, trataba de adivinar su camino que no era sino un sendero entre la lava —nada comparado al iluminado malecón que hoy existe—, entre constantes tropezones.

Ya en casa, a veces encontraba a los científicos, mayores que él, charlando animadamente en la sobremesa, tras haber cenado,

---

<sup>8</sup> En cuanto a impresos, Fernando había sido parte del equipo que creó años antes la revista “Noesis”, una revista cultural de formato pequeño, que no logró imprimir sino una decena de números.

y se unía, entusiastamente a ellos, aunque su inglés era más de lectura que de conversación. Algunas otras veces, ya todos estaban acostados y no faltó algún día en que le reclamaron por sus ruidos en la cocina, que les habían despertado. Lo que pasaba es que a veces Fernando se olvidaba de almorzar y en la noche se moría de hambre, aunque, como ya habían apagado la planta eléctrica que solo funcionaba hasta las 10, para preparar algo de comer tenía que encender un reverbero y una lámpara Petromax —de esas a gasolina que había que bombear hasta que el gas inflamara la camisola para tener luz—, y entre eso y las ollas y los platos, le era imposible no hacer ruido.

## 15. En tierra de gigantes

Pero, además de su trabajo voluntario para la Estación Científica, Fernando realizó también su primer trabajo pagado como biólogo aprendiz junto a David y Bárbara Snow, allí mismo en las Galápagos. Para él —además de una gran ocasión de aprendizaje— fue una demostración de que sí era posible vivir de la biología, cosa que su padre había puesto en duda.

Para que coincidiera con la inauguración de la Estación Científica Charles Darwin se realizó, entre enero y febrero de 1964, lo que se llamó el Proyecto Científico Internacional de las Galápagos (GISP, por sus siglas en inglés), organizado conjuntamente por la Universidad de California en Berkeley y la Academia de Ciencias de California, representadas por los biólogos Robert Usinger y Robert I. Bowman, respectivamente, a quienes se les conocía por “los dos Bob”.

Participaron en este proyecto sesenta y seis importantes zoólogos, botánicos, geólogos, oceanógrafos y otros científicos de diferentes nacionalidades, quienes realizaron investigaciones concretas de la fauna, flora, geología y oceanografía de las Galápagos durante dos meses. Tres docenas de ellos publicaron luego sus monografías, en volúmenes editados por la Universidad de Berkeley, en los que se comprueba la variedad de temas de interés: las algas, los líquenes, los cactus, el algodón, los moluscos de mar y tierra, las anémonas, los cangrejos, los peces costeros, las lagartijas, las iguanas, las tortugas, los insectos, las fragatas, los cormoranes, las relaciones plantas-animales, el clima, las corrientes marinas, etc. de las Galápagos.

La Academia Marítima de California prestó su barco, llamado el *Golden Bear* para transportar a toda la expedición de científicos. En Galápagos les esperaba un buque de guerra estadounidense el *U.S.S. Pine Island* que con sus helicópteros dio apoyo para llevar a los científicos que lo necesitaran tierra adentro. También participaron en diversas tareas la patrullera de

la Armada ecuatoriana, basada en San Cristóbal, y una variedad de barcos locales.

Los dos Bob, ambos ornitólogos, tomaron en cuenta para el proyecto al joven becario ecuatoriano quien, además de experiencias novedosas (como volar por primera vez en helicóptero, visitar un buque de guerra y otro de investigación oceanográfica), conoció en persona con esta oportunidad a eminencias científicas mundiales como Nikolaas Tinbergen, William Webber, Paul H. Vercammen-Grandjean, Charles Rick, Clarence Palmer, Robert Pyle, Robert Orr, E. Gorton Linsley, Carl Koford, John Hendrickson, Joel W. Hedgpeth, F. R. Fosberg, E. Yale Dawson, Allan Cox, y otros más. En su diario de campo, que había empezado a llevar desde que llegó a Galápagos, hizo anotaciones sobre ellos.

Uno de los que más atrajo la atención del joven quiteño fue el austríaco Ireneus Eibl-Eibesfeldt, que había visitado varias veces el archipiélago, tres años antes había publicado el libro *Galápagos, el Arca de Noé en el Pacífico* y había sido uno de los promotores iniciales de crear una fundación para el estudio y conservación de su naturaleza. Además, este científico, del que Fernando se hizo amigo, era uno de los fundadores de la etología humana —esto es, de la ciencia del comportamiento humano, que aplica a los seres humanos las mismas técnicas del estudio del comportamiento de los animales—.

Bob Bowman era un ornitólogo especialista en los pinzones de Galápagos, a los que había estudiado como nadie, para lo que había pasado varios meses en las islas en 1952-53, desafiando la falta de agua y de comunicaciones. Provenía de la Universidad Estatal de San Francisco (SFSU, por sus siglas en inglés), y había jugado un papel muy destacado en la creación de la Fundación Charles Darwin de cuyo comité ejecutivo era miembro. Además, en su papel de secretario para las Américas de la fundación era quien precisamente había hecho contacto con el profesor Misael Acosta-Solís y con las universidades ecuatorianas, de manera que la presencia de Fernando le satisfacía mucho pues

no había podido contarse con ningún otro joven interesado en la investigación científica.

Estos dos últimos, Eibel-Ebesfeldt y Bowman, habían realizado en 1957 una expedición científica de cinco meses a las Galápagos patrocinados por la Unesco y la revista *Life*, junto con el famoso fotógrafo Alfred Eisenstaedt y el no menos famoso artista Rudolf Freund. En ella, los tres hicieron un relevamiento de la situación de toda la fauna y flora de las Galápagos. Dos colonos de las islas, Karl Angermeyer y Miguel Castro, les acompañaron en todo su recorrido. Sus conclusiones, en las que recomendaban el establecimiento urgente de una estación científica en las islas, fueron presentadas en el Congreso Internacional de Zoología de 1959 (que aprobó por unanimidad la idea), aparte de publicar libros y artículos que atrajeron la atención internacional. En cierto sentido, eran los padres de lo que se estaba inaugurando.

El profesor Victor van Straelen, eje para que la Fundación Darwin se organizara en Bruselas y primer presidente de la misma, llegó para incorporarse a los preparativos de la inauguración. Fernando le admiraba por su gran labor conservacionista, pues había sido quien logró que se organizara el sistema de parques nacionales en el antiguo Congo Belga, y ahora volcaba sus esfuerzos en las Galápagos.

Alden Miller, Dean Amadon, Robert Usinger y Roger Tory Peterson, que como Fernando habría de decir, eran “nombres legendarios en la zoología de campo de nuestro hemisferio” también le brindaron su amistad y Fernando aprovechó “sus grandes conocimientos teóricos y prácticos (aunque por supuesto sin ver colibríes en esas islas que son uno de los pocos lugares de las Américas donde no se encuentran)”.<sup>9</sup>

Sería muy largo enumerar a todos los presentes; baste con decir que el joven ecuatoriano procuró salvar distancias con todos, conocerlos, saber de sus carreras profesionales, intereses y métodos de trabajo. A su vez, todos ellos se quedaban

---

<sup>9</sup> Ortiz Crespo, Fernando, *Los colibríes...*, p. 23

impresionados con la intensidad de este muchacho y por el interés que mostraba y su capacidad de aprender.

El joven, delgado y con lentes, estaba en tierra de gigantes. No solo por las tortugas gigantes de las Galápagos, las más grandes que hay en el planeta, sino porque se codeaba con científicos con una gran trayectoria de investigación. En la ciencia no se alcanza la fama del espectáculo pasajero, ni de la popularidad política: todos ellos encontraban hermoso sacrificarse durante horas, días, semanas y meses en la búsqueda de las respuestas a los por qué y cómo sucedían las cosas, respecto de temas que, a veces, podrían parecer muy limitados pero que resolvían problemas científicos y contribuían al avance del conocimiento humano.

La inauguración de la Estación Científica Charles Darwin, el 20 de enero de 1964, fue un gran acontecimiento. Acudieron a la ceremonia dos de los cuatro miembros de la Junta Militar de Gobierno (el general de la Fuerza Terrestre Marcos Gándara Enríquez y el coronel de la Aviación Guillermo Freile Posso) y una pléyade de científicos del mundo entero, que se añadieron a los que estaban en la Estación y a los que participaban en el GISP.

El gobierno de Velasco Ibarra había tenido la buena iniciativa de reparar la pista aérea de Baltra, rellenando los cráteres dejados por las bombas, a fin de poder llegar por avión y desde allí, a bordo de una embarcación y circunvalando la isla de Santa Cruz, arribar a Puerto Ayora. La dictadura militar había dado unos últimos toques. En la actualidad, y desde hace muchos años, se emplea solamente 45 minutos desde el aeropuerto de Baltra a Puerto Ayora, pues se cruza el canal de Itabaca en panga (un viaje de apenas unos minutos) y, luego, por carretera, ahora ya asfaltada, se atraviesa la isla de Santa Cruz de norte a sur (la vía sube las montañas que tiene la isla en el medio y baja de ellas, pasando por los pueblitos de Santa Rosa y Bellavista). Además, se ha ido mejorando la pista y la terminal aérea de Baltra e, incluso, con el transcurso de los años —y Fernando Ortiz, como se verá

más adelante, tuvo mucho que ver en ello—, se reconstruyó íntegramente la pista...

La posibilidad de llegar por vía aérea facilitó que en el acto inaugural estuvieran presentes los embajadores de los países que apoyaban a la Estación Científica, así como delegados de la Unesco, de las todavía pequeñas fundaciones internacionales que en esa época se preocupaban por la conservación de la naturaleza, de las universidades ecuatorianas y otras instituciones. Fue una ceremonia muy formal, con discursos y todo. Se guardaban tanto las formas en aquella época que, aunque los miembros de la Junta estaban en uniforme con camisas de manga corta, decenas de diplomáticos y científicos asistieron vestidos muy elegantes de traje de casimir con saco y corbata.

Como se ve, Fernando Ortiz estuvo muy ligado a los inicios de la investigación científica para la defensa de la naturaleza única de las Galápagos.

El GISP tenía planificado que los resultados de las investigaciones se presentarían en un simposio final. Puerto Ayora no ofrecía las facilidades que hoy tiene para un acto de esa naturaleza, así que se celebró en Guayaquil, en las instalaciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a fines de febrero. Fernando también participó en el simposio con una ponencia sobre la interacción del ser humano y los animales de Galápagos, que había observado y estudiado durante seis meses en las islas. El único otro ecuatoriano que estuvo presente con ponencia fue Misael Acosta-Solís, que presentó un estudio de gran interés: los problemas de la conservación de las Galápagos frente al desarrollo económico. O sea, los dos ecuatorianos, el joven y el mayor, estaban preocupados por lo que sería a partir de entonces una de las contradicciones mayores del archipiélago y en las que Fernando, sin entonces sospecharse siquiera, tendría que trabajar a lo largo de su vida: la relación entre los humanos y la ecología única de las islas.

El 1 de marzo de 1964, Fernando fue declarado Huésped de honor de Guayaquil “con el grato motivo de su brillante actuación

científica durante el Simposio, de proyección universal, que se llevó a cabo sobre las islas ecuatorianas de Galápagos”. Firmaban el acuerdo el doctor Carlos Luis Plaza Dañín, presidente del Concejo y el secretario municipal, Alejandro Herrería. Fernando solo tenía 21 años.

La consecuencia más importante de todos estos esfuerzos fue que apenas una semana después del regreso de Fernando a Quito, el 12 de marzo, la Junta Militar de Gobierno emitió el Decreto Ley 525 que prohibía en Galápagos talar bosques o colonizar nuevas tierras para la agricultura, el uso de insecticidas, el transporte de animales de una isla a la otra o la introducción de cualquier animal desde el continente. Además, le daba a la Estación Científica Charles Darwin la potestad de determinar las reservas naturales especiales dentro del parque nacional que cubría todas las islas; decidir qué especie de la flora o la fauna necesitaba de protección especial, y exterminar a los animales introducidos que eran peligrosos para las especies nativas.

Fernando Ortiz se sintió muy satisfecho porque eran medidas concretas para la conservación de las Galápagos que la Fundación Darwin y el GISP habían sugerido sin mucho ruido a los dos militares cuando acudieron a la inauguración de la estación científica. Que pudieran aplicarse era otro cantar, pero sabía, con más convencimiento que nunca, que, en lo que le correspondía, él dedicaría su vida a preservar este laboratorio natural de la evolución.

## 16. En la Universidad de San Luis, Missouri

La Universidad de San Luis (SLU, por sus siglas en inglés) es una universidad católica, considerada como una de las mejores universidades de investigación en EE. UU. Cuando Fernando Ortiz fue allá, la universidad forjaba el desarrollo intelectual y el carácter de unos 8.000 estudiantes, con una experiencia de cerca de siglo y medio. SLU es la más antigua universidad al oeste del Mississippi, pues fue fundada in 1818, y la segunda universidad jesuita en EE. UU. Fernando encontró allí un gran ambiente de enseñanza, investigación y camaradería.

El joven estudió allí para obtener su título de *Bachelor of Arts* (B.A.), equivalente a la licenciatura en las universidades latinoamericanas. Sus estudios los hizo en el *College of Arts and Sciences* de la SLU, tomando clases y aprobando una variedad de materias que le ayudaron en su formación integral. Unas le sirvieron para perfeccionar sus habilidades en el inglés hablado y escrito, tales como las materias de idioma inglés y literatura inglesa y estadounidense; otras, para profundizar en el conocimiento del ser humano, como filosofía, historia y antropología.

La SLU exigía que se aprobara un curso de introducción (el nivel 100 que llaman en las universidades de EE. UU.) y un curso del nivel 200, es decir de segundo semestre. Por ejemplo, tomó Antropología 101 (Introducción a la Antropología) en el primer trimestre y Antropología Física en el segundo, en la que estudió la composición física del ser humano, su estructura ósea, muscular, el funcionamiento de sus sistemas respiratorio, digestivo, sanguíneo, etc.

En cuanto a las ciencias propiamente, Fernando requería tener mínimo ocho créditos en una sola ciencia, la que fue, obviamente, biología, y siete créditos en matemáticas. Fernando tomó muchas más horas que las requeridas en estas materias, pero además tomó cursos de zoología y química. Con todo este bagaje, tras solo dos años de intensos estudios, en los que incluyó también los

veranos, obtuvo en 1967 su B.A, o sea su licenciatura en Artes con especialización en Biología.

Una persona a la que habría de conocer en estos primeros años universitarios y de la que se hizo muy amigo fue Calaway Dodson, quien sería muy generoso con Fernando, al obsequiarle libros raros sobre colibríes. También tuvo, según lo contaba el mismo, “la gran fortuna, quizás única entre los ornitólogos latinoamericanos activos a fines de siglo, de haber conocido personalmente a Crawford H. Greenewalt y de haber sido honrado con uno de los pocos juegos de sus maravillosas fotografías de colibríes aparecidas como portafolio después de su bellísimo libro de 1960”.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Ortiz Crespo, Fernando, *Los colibríes...*, *loc. cit.*

## **17. Berkeley y su Museo de Zoología de Vertebrados**

Tras el B.A., Fernando se proponía estudiar una maestría. Ese era su compromiso consigo mismo y con la ciencia del Ecuador, pues quería prepararse bien para enseñar e investigar los secretos de la naturaleza, que permitieran defenderla.

Durante sus estudios en San Luis, había continuado su correspondencia con los dos Bob, Bowman y Usinger, los ornitólogos a los que conoció en Galápagos y con quienes compartió en el simposio en Guayaquil. A Fernando se le quedó grabado algo que Bowman le había dicho: “Si es que quieres estudiar ornitología con énfasis en colibríes, debes ir a la Universidad de Berkeley, porque tiene el mejor programa de EE. UU.” Esta recomendación se la había hecho a pesar de que él, desde 1955, era profesor, como ya se dijo de la Universidad Estatal de San Francisco, que también tenía un buen programa de ornitología, aunque, como él mismo reconocía, menos fuerte en colibríes.

Podía haber seguido en San Luis, pero a lo largo de los dos años, Fernando había estudiado la calidad de las universidades estadounidenses: comparó no solo el número de profesores a tiempo completo sino los Premios Nobel en su profesorado, la cantidad de artículos publicados en revistas científicas, las citas de esos artículos en otros artículos científicos, las investigaciones completadas, los libros publicados por los profesores, etc. Así comprobó que, en muchísimos campos, y en el de la zoología, que era lo que le interesaba, Berkeley era, en efecto, la mejor universidad de EE. UU., lo que era lo mismo que decir del mundo en esos momentos.

Con esa conclusión, y con el consejo de sus profesores, especialmente el P. Joseph Mulligan S.J., un ornitólogo y al mismo tiempo sacerdote jesuita, que fue su mejor amigo y mentor en San Luis, decidió solicitar la admisión en Berkeley.

El desafío era muy grande porque, por lo general, en Berkeley solo ingresaba uno de cada cuatro aspirantes, pero

en ciertas carreras, como zoología, solo uno de cada diez. Fernando superó esa difícil barrera por las excelentes notas que había obtenido en San Luis y, en especial, por el ensayo que se le pidió sobre cómo concebía sus estudios de posgrado, su proyecto científico, por así decirlo.

En su ensayo el joven no solo explicaba que deseaba estudiar Zoología, en particular Ornitología y, dentro de ella, especializarse en colibríes, sino que planteaba hacerlo en el marco de la Ecología —ciencia bastante nueva para entonces, que estudia la relación de los seres vivos entre sí, el medio en que viven y la interacción de aquellos con este—, con miras a entender mejor las interacciones no solo de los colibríes, y otros animales sino también del ser humano con la naturaleza, naturaleza que comprende los animales visibles e invisibles para el ojo humano (los microscópicos), las plantas, los minerales, los gases, etc., y que estaba sufriendo acelerados cambios en América del Sur y, en especial, en sus zonas tropicales y andinas.

La forma cómo lo planteaba Fernando llamó mucho la atención del doctor Frank A. Pitelka, quien dirigía el área de ornitología del famoso Museo de Zoología de Vertebrados (MVZ, por sus siglas en inglés) el más reputado centro de investigación zoológica de Estados Unidos, en donde se desarrollaba la carrera de biología. Los planteamientos de Fernando en su ensayo fueron tan bien recibidos por los científicos de Berkeley que obtuvo algo más: que la propia universidad le concediera una beca completa para sus estudios.

Comunicó esto con gran alegría al P. Mulligan y, por carta, a las autoridades de la Universidad Católica, pues su compromiso era regresar a enseñar en ella. Para entonces, los doctores Baca habían salido del Ecuador y ahora la jefe del Departamento de Biología era la doctora Cándida Acosta, también de Puerto Rico y también bióloga, a quien Fernando había conocido en San Luis antes de que fuese enviada al Ecuador y con quien mantenía una nutrida correspondencia después de que ella se mudara a Quito.

La doctora Acosta, que estaba en conocimiento de los planes de Fernando de estudiar la maestría, le felicitó por haber logrado el ingreso y la beca en Berkeley y le brindó todo su respaldo. Él por su parte, incluso antes de recibir físicamente el diploma de su B.A., que encargó se lo envíen por correo, se despidió de la SLU y los amigos que había hecho allí, y viajó a San Francisco de California, ciudad que le encantó desde que la vio por primera vez. Sus calles con cuestas y bajadas le recordaban a otra ciudad llamada San Francisco, la de Quito, pero esta era, a la vez, muy diferente por la presencia de la gran bahía, como un gran C con su espalda hacia la derecha, cuya estrecha boca se une por uno de los puentes más famosos del mundo, el Golden Gate, sus dos rojas torres descomunales con frecuencia acariciadas por las nubes que entran desde el mar.

Hay que recordar que San Francisco era, además, una ciudad culturalmente abierta, tolerante, adelantada en mucho a tendencias que luego se harían mundiales. En los sesenta no solo era la cuna del movimiento de los “hippies” sino de un estilo de vida más en consonancia con la naturaleza, lo que se unía con una gran creatividad artística y un intenso interés científico, que daría lugar en pocos años a la revolución de las computadoras y a la creación del Valle del Silicio (Silicon Valley) justo al sur de San Francisco, en que participarían intensamente profesores, graduados y estudiantes de la Universidad de Berkeley, aunque la iniciativa habría de ser de su gran rival, la Universidad de Stanford.

Berkeley es, en realidad, una ciudad en sí misma, aunque funciona como un suburbio de San Francisco, igual que su vecina Albany. Quedan del lado continental, es decir del lado este de la bahía y para llegar al centro de San Francisco, en la península en el brazo inferior de la C, había que cruzar el congestionado Bay Bridge aunque ya en ese tiempo estaba colocándose en el fondo de la bahía el gran tubo en cuyo interior irían dos líneas separadas de trenes eléctricos por debajo del mar, en un gigantesco proyecto de ingeniería financiado por los ciudadanos del área de la bahía.

Tanto o más maravillado que con las ciudades, su ambiente y su entorno, quedó Fernando con la Universidad de California en Berkeley. San Luis era excelente, pero Berkeley, calificada frecuentemente como una de las diez mejores universidades del mundo, tenía en ese momento a una treintena de Premios Nobel como profesores (para 2025 tiene el doble).<sup>11</sup> Le impresionó, además, que Berkeley era, claramente, una universidad de investigación residente, es decir que los científicos utilizaban los laboratorios, equipos y estudiantes de la propia universidad para desarrollar sus proyectos. Los programas de pregrado, es decir para conseguir el B.A., triplicaban en número a los de San Luis, pero en realidad lo extraordinario eran los estudios de posgrado, con unos 40 programas de maestría, unos 50 de doctorado y dos docenas de postdoctorado. El número de alumnos también era mucho mayor que San Luis, unos 20.000 estudiantes, la gran mayoría, por supuesto, residentes de California, y con una ligera mayor presencia de latinoamericanos que en SLU, aunque en ambas su número seguía siendo relativamente pequeño. (En 2025 tiene unos 45.000 estudiantes).

Pero eso no impidió a Fernando sentirse a gusto. Al día siguiente de su llegada, fue a ver al doctor Pitelka.

Frank Pitelka era todo un personaje, muy respetado por sus estudiantes, que provenía de una suerte de árbol genealógico de científicos del MVZ. Ese museo había sido fundado por donantes de California a fines del siglo XIX, y su primer director, el científico Joseph Grinnell, estuvo al frente del MVZ durante cosa de cuarenta años. Varios de sus alumnos se habían quedado en el MVZ, especializándose en diferentes tipos de animales; el doctor Alden Miller, formado por Grinnell, había sido un importante ornitólogo, que a su vez formó a muchos alumnos en el MVZ, tanto a nivel de maestría como de doctorado, uno de estos Pitelka,

---

<sup>11</sup> La Universidad de Berkeley ha sido galardonada con 107 Premios Nobel, incluyendo a exalumnos, profesores y otros afiliados a la universidad. Estos premios se distribuyen en varias categorías, incluyendo física, química, medicina, economía y más.

que se había graduado de Ph.D. en 1946 y era ahora el principal ornitólogo del museo.

Fernando se enraizaba entonces en ese árbol, de lo que en el MVZ se llamaba la tercera generación (Miller era de la primera, Pitelka de la segunda y sus alumnos, por tanto, de la tercera), como uno más de los que continuaban la saga de la ornitología en California. Pero pronto habría de demostrar que no era uno más, incluso en esa selección tan estricta de científicos. Pitelka, además, era el autor de los primeros estudios ecológicos modernos sobre colibríes, de donde puede verse por qué Fernando y él tenían tan estrecha relación.

El director del MVZ, Oliver P. Pearson también fue un gran amigo de Fernando. Pearson era un experto en la ecología de pequeños mamíferos y de aves, es decir que sabía mucho de los colibríes, pero también de ratones y otros pequeños roedores. Pearson realizaba estudios de campo de estos pequeños animales, concentrándose en su comportamiento, fisiología y energía. Una vez calculó el monto de néctar de las flores que un colibrí requería para volar su ruta migratoria a través del Caribe, desde Sudamérica a Estados Unidos, y dedicó años al estudio de las relaciones entre el predador y su presa entre los gatos asilvestrados y los ratones de campo del parque Tilden, un famoso parque regional de Berkeley. Una persona así le fascinaba a Fernando y una persona como Fernando le fascinaba a Pearson, pues eran almas gemelas.

Otros profesores que Fernando mencionaría eran Bob Colwell, Hernert e Irene Baker y F. Gary Stiles, con quienes, al igual que los anteriores, además de su relación académica en la Universidad de California, mantuvo una larga amistad.

## 18. Su matrimonio

En octubre de 1964 Fernando había conocido en Cuenca a una joven que le impresionó mucho. Él había viajado con su amigo Miguel Ordóñez a las fiestas de la ciudad austral, para aprovechar el feriado nacional del 3 de noviembre, que ese año caía en martes. Miguel le había convencido que iban a hacer excursiones, pero que, antes, le debía acompañar la primera noche en Cuenca, el viernes 30 de octubre, a la boda de una chica cuencana amiga suya, Magdalena Vintimilla, con el colombiano Luis Zafra. Fernando fue sin mayores expectativas, pero la hermana menor de la novia, de tan solo 18 años, atrapó su atención.

Se vieron ese día, al siguiente, y al otro e, incluso, fueron juntos el 3 de noviembre al baile en el Cuenca Tennis Club. “Fue amor a primera vista”, dice Cecilia. Fernando regresó a Quito profundamente emocionado. Tanto que se lo confió a su madre, cuencana ella también y quien había conocido al amor de su vida, Luis Alfonso Ortiz, quiteño también, en una fiesta. Pero no solo eso, sino que Lolita conocía y admiraba a los padres de la chica, Guillermo Vintimilla y Mariana Moscoso, y a su vez ellos conocían a la familia de Fernando.

Fernando y Cecilia se escribieron abundantemente las siguientes semanas y, antes de que él viajase a Estados Unidos, se vieron dos veces: ella viajó a Quito para las fiestas de la ciudad los primeros días de diciembre y él fue a Cuenca para pasar el fin de año, pues ambos, como todos los enamorados, deseaban conocerse más y compartir más tiempo juntos.

Regresó con la idea clara de que, si las cosas se daban, esa mujer podría ser la de su vida. Pero había el escollo de la distancia: su viaje a EE. UU. era inminente. ¿Qué podría pasar? Su madre le dijo que no temiera, que la distancia era como el viento, que apaga los fuegos débiles pero que aviva a los fuertes. Que si realmente esta chica le amaba y él a ella, la relación se profundizaría. Que ella lo sabía por experiencia propia. A Fernando se le quedaron grabadas esas palabras.

Siguió carteándose con su enamorada desde San Luis y desde Berkeley. En esas cartas, Cecilia le mostraba su amor y le decía que estaba dispuesta a construir su vida con él. Fernando también sentía lo mismo. Estando en San Luis, se le presentó la ocasión de un viaje a Quito, para una reunión con la Dra. Cándida Acosta, la nueva directora del Departamento de Biología, por lo que avisó a su enamorada para que viajara desde Cuenca, y pudieran verse al menos un par de días.

Poco después, el padre de Cecilia, que estaba enfermo, falleció, lo que fue un golpe muy duro para ella. Unos meses después, cuando Fernando se hallaba ya en Berkeley, hacían cuentas con Cecilia de que, en total, se habían visto solo nueve días. Era muy poco, por lo que era indispensable que se conocieran y trataran más.

Cecilia planeó entonces una estrategia: tenía unas amigas en California, concretamente en Santa Mónica, por lo que convenció a su madre que le dejara ir de visita. Pensaba que, al estar en California, podría ver a Fernando con cierta frecuencia.

Antes pasó por Quito, donde fue recibida en un almuerzo por los padres y hermanos de Fernando. Ella lo tomó con alegría y no se sintió intimidada ni siquiera por la seriedad del padre de Fernando ni por las cinco hermanas mujeres y los cuatro hermanos varones de Fernando, que le rodeaban en la mesa, haciéndole todo tipo de preguntas.

Llegada a Santa Mónica, habló varias veces por teléfono con Fernando, hasta que un día este le llamó y le dijo: “Cecilia, entre Santa Mónica y San Francisco hay 400 millas, esto es 643 kilómetros, mayor distancia que la que hay entre Quito y Cuenca, en realidad como la que hay entre Quito y Loja. Así que no va a ser posible que nos veamos con frecuencia. Por eso he arreglado que vivas aquí en Albany, una ciudad al lado de Berkeley, en casa de una señora católica, donde vas a estar muy bien, y podremos vernos todos los días”.

Cecilia se sorprendió... pero se encantó. Aceptó la idea, y Fernando le anunció que iría a recogerla. El día anunciado,

Fernando apareció en un auto carísimo, un Porsche descapotado, conducido por un compañero al que había convencido que se hicieran el larguísimo viaje. La madre de la familia donde estaba alojada le preguntó:

—Pero, Cecilia, ¿te vas? ¿Ya sabe la Marianita que te vas? —refiriéndose a la madre de Cecilia. Esta le contestó:

—No, pero me voy. Ya le avisaré.

Así lo hizo, tras llegar y alojarse donde su nueva anfitriona. Esta señora iba todos los días desde su casa hasta Newman Hall, la parroquia católica de la Universidad de Berkeley, donde ella era una voluntaria que ayudaba con la pastoral. Fernando vivía frente de la parroquia, en la calle Dwight, así que podían verse diariamente. Inclusive, Cecilia acompañaba a Fernando a sus clases, aunque no entendía nada, porque no hablaba inglés.

Los dos compartieron, conversaron, planearon. No vivían juntos, al contrario: reinaba el respeto entre los dos, pero cuando, ella tenía que volver a Ecuador, porque se le acababan los seis meses de la visa, Fernando le propuso: “No te regreses, ¡cásate conmigo!”. Cecilia no lo dudó ni un instante, así que fueron donde el párroco de Newman Hall, el padre James F. Conway, de la Congregación de los Paulinos, y le pidieron que les casara de urgencia. El padre, muy amigo de los dos, no se sorprendió: eran dos personas adultas, que podían tomar la decisión, así que fijaron la boda para dos días después, el miércoles 21 de febrero de 1968. A esta asistieron ocho personas: la anfitriona de Cecilia y unos amigos de Fernando, entre ellos Enrique Merino, un español, y su mujer, Consuelo, que eran los más íntimos, y a quienes pidieron que fueran sus padrinos.

Apenas tomada la decisión, los novios se la comunicaron a sus padres, aunque la noticia llegó al Ecuador después de que la boda se había realizado. Ambas familias lo aceptaron con felicidad, dado el conocimiento que se tenían y la confianza en sus hijos. Los papeles legales se demoraron unos días, así que la boda civil, ante el cónsul del Ecuador en San Francisco, Hernán Holguín, la celebraron en los primeros días de marzo.

Cualquier duda sobre la distracción que el matrimonio podría representar para los estudios de Fernando se disipó pronto. Cecilia fue un apoyo y un remanso, en medio de la dura tarea de la investigación. Fernando, por ejemplo, empezó a tener un horario y a comer mejor, pues hasta entonces su vida de estudiante había sido un caos en lo tocante a la supervivencia. Tener un hogar le obligaba a cortar diariamente sus tareas en el museo, sus lecturas y trabajos, y tener algo más de vida social.

Fue en aquella época que Fernando empezó a tener colibríes vivos, de las tres especies californianas que se hallaba estudiando. Lo hizo en el invernadero del MVZ, en el jardín botánico de la universidad en Strawberry Creek, es decir “el arroyo de las frutillas”, que atraviesa todo el campus. En uno de sus rincones colgó un tubo de ensayo con un corcho pintado de rojo y una cánula como alimentador artificial. Los demás ornitólogos se interesaron, en especial el doctor Pitelka, pues, aunque ya había alimentadores artificiales (desde 1950 se comercializaban en EE. UU. unos alimentadores de colibríes según un diseño de 1930 de Laurence J. Webster, con una botella invertida como tanque central), no había mucha experiencia en la cría artificial. A pedido de Pitelka y el director Pearson, el joven ornitólogo diseñó un modelo mejorado que ya no tenía un tanque central invertido, sino uno más básico: un plato hondo con tapa de donde salían cuatro flores plásticas con conductos internos, que luego el MVZ hizo fabricar, comerciándolos como un recuerdo más del museo y la propia universidad.

Hoy existen muchos tipos de bebederos para colibríes. Los científicos no se oponen a ellos, aunque hay personas que, con poco conocimiento de la evolución y la ecología, los cuestionen como algo que tal vez “acostumbra a mal” a los colibríes. No saben que, como Fernando Ortiz también lo comprobó, cada nuevo colibrí, al salir del nido en los primeros vuelos con sus padres, aprende dónde están las flores de las que se alimentan, de manera que sus costumbres alimenticias son en parte genéticas y en parte aprendidas. Por eso es que rápidamente se acostumbran

a un bebedero, porque si solo fuera genético, ni se acercarían a ellos. Los colibríes combinan la alimentación de los bebederos con el néctar de flores auténticas y pueden aprender y, también, desaprender si se daña el bebedero, si lo dejan vacío o si se olvidan de cambiarlo y lavarlo (con lo que el agua azucarada se fermenta). Enseguida se observa que dejan de beber en la fuente artificial y se van en busca de sus otras fuentes de alimento.

Fernando siguió imaginándose nuevos tipos de alimentadores, para que fueran lo más sencillos, fáciles de lavar y de mantener, e hizo experimentos de cómo los colibríes se acostumbraban o no a las diferentes formas de los bebederos. Todo esto también le sirvió para un experimento importante, que incluyó en su tesis, y es el cálculo de cuánto alimento puede tomar un solo individuo de colibrí por día, por semana o por mes.

La intensidad con que Fernando se dedicó a los estudios, le permitió que para el verano de 1968 tuviera ya completados los requisitos para su Master of Arts o sea Magíster en Artes, o M.A., por sus siglas en inglés, con su especialización de Zoología, salvo su tesis, que debía terminar de escribir en el Ecuador.

Pero había otra razón urgente para volver: Cecilia estaba encinta de su primer hijo y lo esperaban para noviembre, por lo que tuvo que adelantar su regreso a Quito, pues las aerolíneas no aceptan embarazadas en los últimos tres meses de gestación, así que retornó a inicios de septiembre de ese año. Fernando lo hizo en octubre y su primer hijo Luis Fernando, nació en noviembre, dándoles una gran alegría.

## **19. Al frente del Departamento de Biología de la PUCE**

En cuanto volvió de los Estados Unidos, con sus requisitos para su maestría completos, Fernando se incorporó al Departamento de Biología del Instituto de Ciencias de la universidad que para entonces había merecido el reconocimiento de “Pontificia” desde el Vaticano, por lo cual cambió su nombre a Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE).

La doctora Acosta se lo había adelantado por carta: el señor Miguel Armas, que había recibido una beca para que estudiara Botánica en la SLU, y que había iniciado sus estudios un año antes que Fernando, pues no había ido como este a Galápagos, ya se había incorporado en el año lectivo 1967-68, así que Fernando tenía muchos cursos y actividades esperándole a su regreso, tras cuatro años de intensos estudios en el exterior.

Asumió todas las tareas con su sentido innato de responsabilidad. Combinaba sus clases teóricas con salidas al campo, en las que no dejó de investigar los colibríes y múltiples otros aspectos de la naturaleza ecuatoriana. Además, culminó la redacción de su tesis, que había quedado pendiente, y la mandó al doctor Pitelka a inicios del siguiente año. Esta fue aprobada con las mejores notas y su título de Master of Arts, con su “major” o especialización en Zoología le fue conferido el 22 de marzo de 1969. Fernando viajó para la ceremonia de graduación, que se celebró el 2 de mayo de ese año. Fue un breve viaje, en medio de tanta actividad en Quito, pero muy importante porque allí sus profesores le insistieron en que volviera a Berkeley para hacer su doctorado. Pero eso vendría después: por lo pronto estaba dedicado a sus tareas académicas y científicas.

Precisamente es de esta época la anécdota que cuenta su hermano Gonzalo que fue a visitar a su cuñada Cecilia, para que su novia, Norma de los Reyes, la conociera a ella y también al pequeño Luis Fernando. Fueron muy bien recibidos, pero al poco rato notaron que Cecilia veía repetidamente el reloj.

—¿Qué? —le preguntó Gonzalo—. ¿Tienes que darle el seno al guagua? Si es así, anda nomás adentro, te esperamos.

—No —contestó Cecilia con cierta tensión en la voz—. No tengo que darle el seno al guagua; tengo que darle la carne al águila harpía.

—¿Cómo?! —gritaron los visitantes al unísono.

—Sí, acompáñenme para que la vean ustedes mismos.

Cecilia se levantó, fue a la cocina, cortó un gran pedazo de carne roja, y se dirigió al baño de visitas. Abrió la puerta, y antes de que volviera a cerrarla, Gonzalo y Norma vieron asombrados esta inmensa y poderosa águila harpía, el águila más grande de América, blanca y negra, con sus dos penachos de plumas que más parecían cuernos brotándole de la cabeza,<sup>12</sup> que dio un salto y revoloteó un segundo, mientras Cecilia, con pavor, le lanzaba lo más rápido que pudo, el pedazo de carne, al que se abalanzó el ave con sus garras y patas amarillas. La visión fue impresionante, pero duró solo unos segundos, pues Cecilia cerró de inmediato la puerta del baño de visitas.

—¿Cómo es posible? ¡Este Fernando! —dijo Gonzalo, sin salir de su asombro.

—¡Ay mi marido! ¿Se pueden imaginar que ha encontrado esta águila el sábado que se fue a Baeza y no se le ocurrió mejor cosa que traerla a casa?

—Pero ¿qué va a hacer con el águila? No puede tenerla aquí...

—¡No claro, no se va a quedar! Está herida, le han disparado en el ala y Fernando la dejó aquí hasta conseguir que le operen en la Facultad de Veterinaria de la Universidad Central.

—¿Y tú tienes que darle de comer? —preguntó Norma.

—Sí, ya ven, cada hora en punto tengo que darle la carne, pero me muero de miedo.

En realidad, Cecilia se horrorizaba de los bichos, de todo tipo de bichos, y más si eran grandes. Pero se había casado con un biólogo, ¡y qué biólogo! Mientras vivieron en California no

---

<sup>12</sup> Su nombre científico es *Harpia harpyja*.

tuvo ningún huésped inusual en su casa, pero ahora que habían vuelto al país, tenía numerosas sorpresas... y tareas que jamás se le habrían cruzado por su mente. Por amor a su marido, tuvo que acostumbrarse a esto y a mucho más.

La doctora Eugenia del Pino, al reseñar los diez primeros años del Departamento de Biología de la PUCE dice que es notable la gran diversidad de materias que enseñaron en esos años Miguel Armas y Fernando Ortiz durante su permanencia en la universidad. Mientras los dos daban materias generales como Introducción a las Ciencias o Introducción a la Biología, el primero se concentraba más en los cursos de botánica mientras Ortiz en los de Biología General, Evolución, Ecología, Embriología y Zoología.

Su colaboración, dice del Pino, “debió ayudar grandemente al desarrollo del pensum de Biología”. Pero quizás la mejor indicación de la intensidad del trabajo de los dos es que “luego de su partida, los requisitos del pensum obligaron a que se contrate a numerosos profesores a tiempo parcial para poder completar la enseñanza y los turnos programados”.<sup>13</sup>

Meses antes de que terminara su primer año de profesor en la Católica, Fernando recibió de la Dra. Acosta una noticia: ella se retiraba y las autoridades habían aceptado la sugerencia hecha por ella de nombrar a Fernando jefe del Departamento de Biología.

Fue así que un ecuatoriano llegó por primera vez a dirigir un Departamento de Biología de nivel universitario. Fernando era pionero también en este campo.

---

<sup>13</sup> Del Pino, Eugenia, “Diez años de enseñanza de Biología en la Universidad Católica del Ecuador”, *Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador*, Año II, N° 3, 1974, en especial pág. 89 y tablas V y VI, en las pág. 99 a 101.

La doctora Acosta había dado un gran empuje al Departamento de Biología del Instituto de Ciencias,<sup>14</sup> diversificando los cursos brindados tanto a los alumnos de Ciencias de la Educación como a los de otras facultades y escuelas de la universidad (Enfermería, Tecnología Médica). Fernando siguió por ese camino, abrió cursos para otras escuelas y empezó a promocionar la carrera de Biología pura, no como especialización de Ciencias de la Educación sino como una profesión con derecho propio y con futuro en el Ecuador, un país dotado de una inmensa diversidad biológica.<sup>15</sup> Eso llevó a que estudiantes como Rafael Narváez, Luis Calvopiña y otros, que originalmente habían entrado a Ciencias de la Educación, optaran por una carrera en biología, y que otras, como la propia Eugenia del Pino o Ivette Terán, tras sacar su licenciatura en Ciencias de la Educación optaran por posgrados en biología pura.

---

<sup>14</sup> El Instituto de Ciencias era una entidad administrativa y de coordinación, que funcionaba con tres departamentos, que eran los que hacían enseñanza e investigación y cuyos jefes eran nombrados por el rector de la universidad. El primer director del Instituto de Ciencias (1966-68) fue el magíster Gustavo Maldonado S.J., quien obtuvo una maestría en Física por la U. de San Luis, lo reemplazó el Ing. Químico Edgar Proaño (1968-74) y luego el biólogo Dr. Fernando Ortiz Crespo (1974-1979). A principios de este último año, se resolvió suprimir el Instituto de Ciencias.

<sup>15</sup> De hecho, fue Fernando quien, como jefe del Departamento de Biología, firmó, en unión de las profesoras Laura Arcos y Eugenia del Pino, la solicitud formal al rector de la Católica, para que se creara la carrera de Ciencias Biológicas, la que fue autorizada por el Consejo Académico de la PUCE el 26 de noviembre de 1975. La carrera se abrió formalmente en el primer semestre del año 1976-77. A la vez, el departamento siguió enseñando la carrera de Ciencias de la Educación, especialidad Biología.

## 20. Tres vueltas de campana

Gonzalo y Norma, precisamente, vivieron unos meses después de su encuentro con el águila harpía otra aventura con Fernando, nada menos que rumbo a Yanacocha, ese sitio tan querido por él para identificar y estudiar las especies de colibríes.

Fernando tenía un jeep verde, Nissan, de capota de lona, que se lo había comprado con un fondo especial entregado por su gran amigo, el director del MVZ, doctor Oliver Pearson. Hombre extremadamente generoso, había llamado a Fernando antes de que concluyera su estadía en Berkeley y le había preguntado qué era lo que más le haría falta en el Ecuador para continuar sus investigaciones. Fernando pensó un momento y, sin saber a cuenta de qué Pearson le preguntaba aquello, le contestó:

—Lo que más necesito es un vehículo con tracción a las cuatro ruedas, para poder movilizarme hacia las zonas que debo investigar.

—¡Así es! Eso es lo que más falta hace. Te he contado ¿no? la historia de cuando me fui al Perú y a Bolivia. Yo digo que fui el primero y auténtico “hippie”, pues a inicios de la década de 1950 transformé un bus en casa, oficina y laboratorio y lo despaché al Perú. Luego, yo y mi esposa, Anita, a quien tú conoces, empacamos las maletas y a nuestros dos hijos y viajamos seis meses en ese bus para estudiar las poblaciones de pequeños animales en Perú y Bolivia.

—Sí, doctor Pearson; me ha contado esa historia y también que, sin ese bus, usted no habría podido hacer el trabajo y tener a su familia al lado. Es una historia maravillosa.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo: lo que más vas a necesitar al regreso al Ecuador es un vehículo. ¿Y cuánto cuesta un vehículo cuatro por cuatro en el Ecuador?

Fernando le dijo una cifra, sin sospechar lo que venía a continuación.

—Muy bien, Fernando, te voy a dar este cheque por el monto que me acabas de decir. Es para ti. Un regalo de mi parte para que te compres el jeep en el Ecuador y sigas investigando.

—Gra...gracias, pero..., pero —musitó el joven estudiante, apabullado.

—Nada, nada. Confío en que tú lo harás. Solamente tienes que escribirme de vez en cuando contándome lo que estás investigando.

El joven científico latinoamericano no salía de su asombro cuando llegó, como un zombie, a su casa y se lo contó a su esposa. Ella se emocionó y le hizo reflexionar:

—Es, en realidad, el regalo de quien ha sido un padre para nosotros... Solo un padre rico y generoso puede tener un gesto así.

—Tenemos que agradecer a Dios —dijo su marido—. Este vehículo me va a ayudar de manera directa a mí y al propio Departamento de Biología de la PUCE.

—Bueno, ¿y también a la familia, no? —replicó Cecilia.

—Sí, claro, también a la familia...

En el jeep Nissan comprado por aquella inolvidable generosidad del doctor Pearson, y que ya tenía un año o más de uso en las expediciones biológicas, iban una mañana de sábado, en la banca delantera, Fernando al volante, Gonzalo a su lado y Norma en la ventana derecha. En la parte de atrás, que era como una cajuela con dos asientos longitudinales paralelos a los dos lados, viajaba Rafael Narváez, estudiante de la Católica, que cuidaba de una prensa botánica que llevaban, pues la idea, a más de ver colibríes, era como se dice en la jerga de los biólogos “botanizar”, es decir recolectar plantas para el herbario de la Católica. Rafael y otra persona, Panchito León —ayudante administrativo del Departamento de Biología casi desde sus inicios, y que falleció en un accidente de tránsito en julio de 1974, lo que constituyó un duro golpe para Fernando—, fueron de gran apoyo en las investigaciones del biólogo.

Para comienzos de 1970 el acceso a Yanacocha, a donde antes solo se llegaba a pie, había cambiado: ya había un camino carrozable desde la carretera a Nono hacia la hacienda, construido por la Empresa de Agua Potable de Quito, la cual desarrollaba un proyecto de captaciones del agua de las

vertientes de la montaña, para proveer de líquido vital a los nuevos barrios del norte de la ciudad. Iban tranquilamente y aunque los pasajeros vieron que llegaba una curva, Fernando no la vio pues tenía volteada la cabeza hacia su izquierda porque había divisado un ave muy especial. Se quedó viéndola... y el vehículo siguió recto, por los aires.

Gonzalo creyó que le había llegado la hora, pues por el parabrisas no se veía tierra ni árboles sino solo el cielo y las nubes. Luego el vehículo se clavó hacia abajo. Por suerte, en esa curva no había precipicios sino un declive suave, por lo que el jeep cayó y se dio tres vueltas de campana y quedó con las llantas para arriba. Y por suerte, aunque en esa época nadie solía usar cinturón de seguridad, Fernando, que había pasado cuatro años en los Estados Unidos, donde sí exigían su uso, había insistido en que lo llevaran puesto. Tras zafarse como pudieron y caer del asiento hacia la capota, él mismo salió a gatas por un lado, Norma por el otro y en seguida Gonzalo, los tres muy magullados. De pronto, Fernando pegó un grito:

—¡Uuuy! ¡¿Qué le hice, hermanito?!, ¡¿qué le hice?!

Gonzalo no sentía nada a más de unos golpes, pero no se había dado cuenta que un jugo rojo le chorreaba desde la cabeza, ¡en lo que parecía un abundante reguero de sangre!

Norma soltó de pronto la risa, aunque quería contenerla.

—¡No Fernando!, no te preocupes, no es sangre, es jugo de mora....

En efecto, ella había llevado desde su casa jugo de mora en una cantimplora —en esa época, nadie vendía jugos envasados de fruta— y justamente les había brindado segundos antes del accidente.

Todos se rieron, pero en ese momento vieron que de la parte trasera del jeep salía, también a gatas, Rafael Narváez, a quien le bajaba por su frente un pequeño hilillo de sangre. Nada en comparación con el espectacular “sangrado” de Gonzalo, así que no le dieron importancia, hasta que se quejó. Lo examinaron: en una de las vueltas de campana del vehículo, la prensa botánica

le había golpeado y partido su cabeza. La prensa podía haberle matado, pues estaba constituida por varias planchas de madera de un metro cuadrado cada una, unidas por un gran tornillo de madera de un metro de alto que les atravesaba por su centro para apretarlas bien —pues en medio de ella, y con un papel especial encerado, se ponía las hojas de las plantas recolectadas— En cierto sentido, era mejor que la cabeza se hubiera roto, pues de lo contrario un hematoma interior habría tenido peores consecuencias. Hubo que atender a Rafael, limpiar su herida con alcohol y colocarle un apósito de algodón y esparadrapo, del pequeño botiquín que siempre llevaba Fernando en el jeep.

Hecha esta tarea y aún con el susto en el cuerpo, dirigieron su atención al vehículo, cuyas cuatro llantas apuntaban al cielo. Tras mucho examen, y puesto que estaba a medias en una ladera, decidieron que era posible volver a ponerlo en pie, sobre sus cuatro llantas. Dedicaron gran esfuerzo y, con movimientos coordinados (“¡aaa la una, aaa las dos y aaa las tres!”, “¡aaa la una, aaa las dos y aaa las tres!”), finalmente consiguieron darle la vuelta.

Toda la latonería del vehículo estaba muy abollada, pero examinaron el motor y no parecía tener daños. Fernando se subió y giró la llave, y con gran alegría oyeron que el motor se encendía y funcionaba, sin problemas. Lo siguiente era intentar salir de la hondonada hacia la carretera. Más fácil era decir que hacer, porque el propósito resultó imposible. A pesar de su doble tracción, el jeep patinaba en la hierba mojada de la empinada cuesta y no lograba superarla. Todo esfuerzo era inútil. Varias horas después reinaba el desaliento, pues apenas habían movido unos metros el vehículo.

Comieron cansados el refrigerio que habían llevado y se tendieron a reposar un rato. Después, volvieron a la tarea, intentando nuevos métodos. En zigzag, no funcionaba. Poner piedras bajo las llantas, fallido y, peor todavía, peligroso, porque en ocasiones el jeep se regresaba de improviso, al fracasar ante esa pared casi vertical.

Prácticamente habían perdido toda esperanza cuando oyeron que, conversando animadamente, dos personas pasaban por la carretera, unos 15 metros más arriba de donde se hallaban. Les llamaron a gritos. Eran dos trabajadores de la empresa de agua que bajaban al campamento una vez concluida su jornada, a las cuatro y media de la tarde. Se detuvieron, asombrados de cómo el vehículo había ido a dar allá abajo, estudiaron la situación y dijeron que la solución era usar palancas. Se despidieron, pues dijeron que debían bajar un par de kilómetros a buscar unos eucaliptos para cortarlos.

Cuando ya los jóvenes aventureros empezaban a preguntarse si es que la pareja de trabajadores no los habría engañado, los vieron regresar cargando cada uno, como se carga una cruz, un tronco de eucalipto, del grosor de la palma de la mano abierta. Los accidentados se apresuraron a ayudarles los últimos tramos, pero ni falta que hacía, pues eran hombres fornidos y hábiles. Cuando llegaron donde estaba el jeep, pidieron a Fernando que lo encendiera y trepara la colina. En cuanto el jeep empezó a fallar, ellos, muy duchos en la tarea, clavaron en la tierra los dos troncos, atrás del jeep, sosteniéndole, para que el vehículo no retrocediera. La operación se facilitaba porque los trabajadores habían afilado las puntas de los troncos para que entraran en la tierra e hicieran de palancas. Así, subiendo y atrancando al vehículo, y repitiendo la operación con constancia, porque a veces no se avanzaba sino centímetros, en no más de media hora estuvo el Nissan de nuevo en la carretera.

El alivio fue inmenso, y también inmenso el agradecimiento a los dos buenos samaritanos (o mejor dicho, cirineos, pues fue Cirineo quien ayudó a Jesús a cargar la cruz). Por supuesto, ya no intentaron llegar a Yanacocha, pues era tarde, tenían un herido y todos estaban magullados y agotados, por lo que emprendieron regreso a Quito.

De estas hay muchas anécdotas sobre Fernando, que sus hermanos, parientes, amigos, colegas y discípulos recuerdan. Tal vez ninguna tan grave, pero varias se cuentan de sus olvidos, de

sus distracciones y de cómo un animal o un ave le robaba toda su atención y hacía que se olvidase de todo lo demás. Seguía siendo el “despistado” del colegio Loyola, el profesor distraído que con frecuencia se olvidaba de lo que estaba diciendo cuando veía cruzar un ave especial por la ventana.

Esa habilidad de Fernando y esa atención única al objeto que investigaba podía parecer rara, y de hecho llamaba la atención, pues a veces no se detenía en convencionalismos sociales. Aunque era fascinante conversar con él y transmitía su entusiasmo por la naturaleza a cualquier interlocutor, incluso al más escéptico, a veces no guardaba las normas sociales ni tenía un protocolo exquisito.

Frecuentemente su esposa descubría que se había puesto calcetines de distinto color. O incluso, una vez que Fernando tenía que dar una conferencia en un acto público, y no se habían visto desde la mañana, que su marido estaba ¡con zapatos de distinto color!, uno café y uno negro. Cecilia no tuvo más remedio que correr ese mismo instante a comprarle un par de zapatos para que la audiencia no se riera del conferenciante, como seguramente ya lo habrían hecho los estudiantes de la Católica a lo largo del día, aunque estos empezaron a acostumbrarse a las anécdotas de su inolvidable profesor.

## 21. Primer guía naturalista en Galápagos

En medio de esta febril actividad, Fernando Ortiz recibió la invitación de Lindblad Expeditions, una operadora turística de Nueva York, para que viajara a Lima y acompañara en un crucero a un gran grupo de turistas que visitarían Galápagos. En esa época, el Ecuador no exigía a los turistas que partieran del Ecuador para ir al archipiélago, por lo que Lindblad los llevaba por avión al Perú (a veces combinando con una visita a Macchu Pichu) y desde el Callao los conducían en el crucero a Galápagos.

Lo que deseaba Lindblad era que Fernando, con su conocimiento del archipiélago y de su fauna y flora, pudiera guiar con explicaciones sólidas a los turistas, la mayoría estadounidenses pero también europeos, para que apreciaran lo que veían y tuvieran una perspectiva científica de la extraordinaria experiencia de conocer las islas.

Ortiz reflexionó: la paga era buena pero, sobre todo, tendría la oportunidad de visitar una vez más sus queridas islas. Además, podría poner en práctica y supervisar que se cumplieran lo que ya en su folleto de 1964 había escrito sobre el comportamiento que debían tener los turistas en el parque nacional, el respeto que debían guardar frente a los pacíficos animales de las islas. Además, podría ver con sus propios ojos y mostrar a los turistas los avances de la investigación de su querida estación científica.

El viaje desde Lima fue placentero, a bordo de un buque lujoso. Pero Fernando quería aprovechar el tiempo y propuso a los organizadores que, cada tarde, a lo largo de la travesía entre Lima y el archipiélago, diese él una charla a los turistas que quisieran asistir sobre la historia de las Galápagos, lo que Charles Darwin vio en ellas, por qué Galápagos era el laboratorio natural de la evolución, etc. Por supuesto, la charla sería en inglés e ilustrada con diapositivas (*slides*) que él tenía de las Galápagos.

Los organizadores, que se desvivían para que los pasajeros vivieran en una sola fiesta durante la travesía, estuvieron un poco escépticos, pero autorizaron al joven biólogo a hacerlo

y se anunció la charla a los pasajeros. A la primera asistieron muchísimos pasajeros y fue un éxito absoluto, así que se convirtió en una de las actividades regulares de cada día, que era esperada con fruición por los turistas.

Esa misma noche, en la fiesta que seguía a la cena, se organizó un concurso: consistía en reconocer canciones tocadas por la orquesta, para lo que había que ser el primero en dar el título exacto de la pieza y su intérprete. Pieza que sonaba, Fernando que tocaba la campanilla y adivinaba antes que nadie los datos de la canción. Cuando se pasaron al jazz, Fernando perdió algunos puntos, pero continuó en las eliminatorias superando a sus rivales. En los últimos tramos, el concurso era con discos (de acetato, los únicos que habían) que se ponían en la radiola. El joven ecuatoriano no fallaba ni una pieza de R&B (Rhythm and Blues), pop o rock. Así quedó campeón del concurso.

Fernando repitió estas guías para Lindblad Expeditions varias veces, y siempre dio sus charlas en la travesía y siempre ganó el concurso de los nombres de las canciones. Su extraordinario oído musical, su memoria, sin dejar de considerar las largas horas oyendo música en el año que tuvo que pasar en cama, le daban conocimientos imbatibles.

Posteriormente, Fernando habría de ser guía naturalista para Metropolitan Touring, que empezó también a hacer cruceros a Galápagos con el buque Lina A, y fue él quien entrenó a una pléyade de guías naturalistas, fijando los parámetros de esta profesión, al haber sido el primero en este oficio. Entre ellos estaba Rodrigo Crespo Fabara, un joven estudiante de leyes, muy interesado en Galápagos, y primo hermano de Fernando (hijo de su tío Rodrigo Crespo Toral, hermano de su madre), quien luego desarrollaría una intensa actividad de conservación de la naturaleza.

## 22. Sus estudios de doctorado

La invitación insistente de sus profesores de Berkeley de que no se quedara solo con la maestría y que intentara el doctorado daba vueltas en la mente y el corazón de Fernando Ortiz durante el año lectivo 1969-1970, cuando fue el primer ecuatoriano en dirigir un Departamento de Biología de una universidad. A ratos pensaba que sus tareas académicas y administrativas requerían que se quedase en Quito, pero en otros momentos sentía el llamado a ser el mejor que pudiera ser, a dar todo de sí para prepararse al máximo, pues así podría reintegrarse a la universidad y al país y hacer aún más por el estudio y defensa de la naturaleza ecuatoriana.

Este pensamiento, y el ánimo que le infundiera el rector, P. Alfonso Villalba, S.J., quien le dijo que a su regreso volvería a ser director del Departamento de Biología, fueron los que inclinaron la balanza. Durante los primeros meses de 1970 hizo el papeleo necesario, y para mayo le confirmaron que había sido aceptado en el doctorado con una beca completa de la Universidad de Berkeley.

Mantuvo su febril actividad en la Católica hasta el último momento y llegado el verano partió de nuevo a su querido Berkeley. Esta vez lo acompañaban su mujer y su hijo.

Lo que Fernando iba a buscar era un doctorado, es decir el más alto grado académico universitario. Aunque en las universidades hay varios doctorados, el Doctorado en investigación se conoce con las siglas Ph.D. del latín *Philosophiae Doctor* que significa Doctor en Filosofía e implica que, tras aprobar una serie de cursos académicos de alto nivel, el doctorando es capaz de hacer investigación científica por sí mismo, lo que tiene que demostrar elaborando un trabajo sólido, que pueda publicarse y que represente una contribución al conocimiento humano.

Una vez concluida esa tesis, el candidato debe defenderla ante un tribunal, al que ha de explicar su método de investigación, sus hipótesis, sus fuentes, los resultados obtenidos. Si se aprueba la

tesis (y en algunas universidades, un examen comprehensivo, es decir de cualquiera de las materias) se concede el doctorado, con lo que los miembros de la facultad reconocen al candidato como igual a ellos, según una larga tradición que viene desde la Edad Media europea.

Ese era el desafío de Fernando cuando llegó de regreso a Berkeley. Su gran amigo Oliver Pearson seguía de director del MVZ, aunque se retiraría un año después, para ser reemplazado por el doctor David Wake. Y seguían allí, como curadores y profesores, Starker Leopold, experto en mamíferos de México pero sobre todo un gran ecologista y conservacionista; Carl Kofor, el mayor experto en el cóndor de California y buen conocedor de la biota de Sudamérica, a quien había conocido en Galápagos en el GISP y, en especial, los ornitólogos Frank Pitelka y Ned Johnson. Pitelka era director del departamento de zoología y subdirector del MVZ, mientras Johnson era el curador principal de las colecciones de aves del MVZ. Mantenía estrecho contacto con el doctor Bowman, de la Universidad Estatal de San Francisco, e incluso tomó un curso con él sobre los pinzones de Galápagos.

A principios de mayo de 1971 tuvo la mala noticia de que el 25 de abril había muerto en Quito, a los 86 años, su abuelo Emiliano Crespo Astudillo, figura muy querida y admirada por Fernando Ortiz, quien veía en él al científico que cambió la historia de la medicina en Cuenca al introducir, a la vuelta de sus posgrados en París entre 1908 y 1912, la asepsia y la antisepsia y numerosos métodos clínicos y quirúrgicos hasta entonces desconocidos. También veía en él al investigador de la parasitología ecuatoriana y de las enfermedades tropicales, al enamorado del Oriente ecuatoriano que había impulsado la vialidad en el sur como prefecto provincial del Azuay, al político, maestro y poeta. Y recordaba al astrónomo aficionado que le había explicado las constelaciones, tendidos los dos en el "llano", es decir en el campo de hierba de su quinta, en sus vacaciones de niño en Cuenca... Y recordaba cómo, apenas dos

años antes, habían visto juntos en julio de 1969 —igual que gran parte de los habitantes del planeta Tierra, a través de los primeros satélites de comunicaciones—, la llegada del hombre a la Luna. Recordaba perfectamente cómo su abuelo, luego de que concluyó la transmisión, había dicho con profunda emoción: “Nunca creí que viviría para ver esto”, un indudable tributo a su amor por la ciencia y por el progreso humano. A la distancia, sufrió por la pérdida de su abuelo, y por lo que sabía que le dolería a su madre, a la que escribió una hermosa carta<sup>16</sup>.

Como suelen hacer las universidades estadounidenses, y felizmente algo ahora las latinoamericanas, Fernando tenía un puesto remunerado, como profesor asistente, mientras desarrollaba su doctorado. Ya lo había sido, por su habilidad de comunicación y lo entretenido de sus clases, desde sus estudios de pregrado en San Luis y luego en la maestría en Berkeley. Como candidato al Ph.D., nuevamente le asignaron tareas de profesorado y de investigador asociado del MVZ. A pesar de tener a lo largo de toda su carrera, becas completas, los ingresos extra no venían nada mal para afrontar los gastos familiares, que se vieron incrementados con la llegada en noviembre de 1972 de un segundo hijo, Juan Pablo.

El invierno de 1972-73 fue especialmente fuerte en California. Fuera de todo precedente; hacía mucho frío y no llovió durante meses. Ello llevó a que las flores que, de ordinario, había todo el año, empezaran a desaparecer. La propia cosecha de cítricos, tan abundante e importante para la economía de California de esos años, sufrió por las continuas heladas de inicios de diciembre de 1972. Inclusive los alimentadores de colibríes, que se habían popularizado muchísimo, no servían, pues se congelaban... y los habitantes de San Francisco empezaron a encontrar colibríes desmayados en el suelo. Estaban muriendo de hambre, al no haber fuentes del néctar que los nutriera.

---

<sup>16</sup> Ver Emiliano Crespo Astudillo, *Memorias de un cirujano* (Cuenca, Universidad del Azuay, 2025), editado por Gonzalo Ortiz Crespo.

Los colibríes tienen la capacidad de “noctivar”, como la llamaba Fernando. La noctivación es la capacidad de bajar la temperatura de sus cuerpos, ahorrando calorías, durante las noches, en un estado parecido al de la hibernación. En regiones con climas fríos, esta capacidad la utilizan incluso en horas diurnas, pero en las latitudes en que nieva cada invierno y las flores desaparecen del todo, los colibríes emigran, realizando largos viajes a zonas donde hay floración.

Pero los colibríes de California, al vivir en un clima más moderado, no eran migrantes ya que no había razones estacionales para cambiar temporalmente de hábitat al disponer de flores a lo largo de todo el año. Al contrario, precisamente por eso California era una zona de recepción de colibríes que venían en sus migraciones desde el norte, de Vancouver o Seattle y que se deleitaban con el néctar de las flores de los árboles de naranja, limón, mandarina, toronja y lima en los valles de San Joaquín, el primero que encontraban, y luego Ventura (apócope estadounidense de San Buenaventura), Riverside, San Bernardino, hasta los del sur, los valles Imperial, Coachella y San Diego. Ese año, sin embargo, el clima cambió y los colibríes empezaron a morir en cantidades. Fernando Ortiz vio la preocupación los zoólogos del MVZ y, en general, de los habitantes de San Francisco, tan sensibles a los temas del medio ambiente.

Como sabía que a muchos colibríes podían salvarse con unas cuantas medidas, se lanzó en una cruzada personal para informar a los californianos lo que debían hacer. Solicitó autorización al doctor Pearson y convocó a una conferencia de prensa el 13 de diciembre de 1972, que fue recogida por decenas de diarios de California y, en realidad, de todos los Estados Unidos, en la que este “ornitólogo de la Universidad de Berkeley” aconsejaba a quienes encontraran colibríes seminconscientes en las calles o jardines, que los tomaran con las dos manos y los tuvieran calentándolos entre ellas hasta que revivieran, dándoles después con un gotero una solución de una parte de azúcar en dos o tres

partes de agua.<sup>17</sup> Ante la pregunta de que si alguien se sentía nervioso para realizar por sí mismo esta operación, respondió que cualquier persona podía traer a los colibríes desmayados al MVZ que él en persona los cuidaría. Sabía que muchos estarían “noctivando” por lo que podría salvarlos.

El invento de Fernando de los alimentadores de colibríes se había popularizado mucho en California, por lo que en la misma rueda de prensa solicitó que quienes los tuvieran los metieran dentro de casa por las noches para que no se congelaran con las heladas de la madrugada, y que los vigilaran durante el día, para mantener líquida la mezcla azucarada.

Al seguir el problema, estableció en el MVZ un centro de rescate de colibríes con ayuda de estudiantes de maestría y pregrado que Pearson puso a su orden. Además, consiguió que la universidad habilitara un número telefónico de emergencia para consultas o novedades.

La acción de Fernando hizo época, no solo en los círculos académicos, sino que tuvo eco en regiones insospechadas, a través de los reportajes de prensa.

---

<sup>17</sup> “Freeze a Threat to Hummingbirds”, *San Francisco Chronicle*, 14 de diciembre de 1972; “Hummingbirds are Starving”, despacho de AP, *Rocky Mountain News*, Denver, Colorado, 15 de diciembre de 1972; “Another Victim of Frost: West Coast Hummingbird”, despacho de un reportero del staff, *The Wall Street Journal*, 15 de diciembre de 1972.

## 23. Una mala sorpresa y su impensada solución

Pasado el invierno, Fernando debió consagrarse intensamente a sus estudios, por lo que resolvieron que Cecilia regresara a Quito con sus dos hijos en agosto de 1973, así el primero ya podía entrar al jardín de infantes en Quito. Casi un año después, en mayo de 1974, regresó a Berkeley para ayudar a Fernando con la mudanza y volver juntos a Quito. Fernando había completado todos sus requisitos para el Ph.D., salvo la tesis, cuyo primer borrador estaba avanzado. El plan era completarla en Quito.

Al llegar, Cecilia se encontró que Fernando había subarrendado su departamento a dos estudiantes de la universidad y se había ido a vivir con sus amigos españoles Enrique y Consuelo Merino, que también recibieron encantados a Cecilia. Igual que Fernando, Enrique había seguido los estudios de maestría en Berkeley y para entonces hacía los de doctorado, aunque su rama era distinta: la geología y la geoquímica, campos en los que es una autoridad de prestigio, como profesor de la Universidad de Indiana.<sup>18</sup>

Fernando había dejado en dos habitaciones cerradas de su departamento, bien embalados ya, todos los bienes que habían adquirido para regresar a Quito. En aquella época regía en el Ecuador una ley de una nueva dictadura militar, la del Gral. Guillermo Rodríguez Lara, que liberaba de impuestos, con el objeto de promover el “retorno de talentos”, a la importación del menaje de casa, equipo de trabajo y un automóvil a quienes volvieran al Ecuador con un título de maestría o doctorado obtenido en el exterior. Por cierto, el auto ya estaba comprado: era un Ford Pinto.

Las cosas de los Ortiz Vintimilla —menaje de cocina, muebles, vajilla, libros en cantidades, juguetes de los niños, un televisor, equipo de camping, en fin, todo lo que habían podido adquirir para establecerse de nuevo en Quito—, estaban en

---

<sup>18</sup> Para cuando se publica este libro, Enrique y Consuelo están jubilados, y viven entre Bloomington y Madrid.

cajas en el departamento y habían contratado el *container* para transportarlas desde el puerto de San Francisco al de Guayaquil. Cuatro días antes de que llegara el camión a recoger las cosas, a Cecilia le entró una duda:

—Fernando, ¿tú, por acaso, has comprobado que las cajas están bien, tal como las dejaste en el departamento?

—No, Cecilia, pero no hay ningún problema. Son estudiantes de la universidad, personas honestas. No debe haber pasado nada.

—Pues, aunque sea así, Fernando, te propongo que vayamos a revisar...

Llegaron y la primera sorpresa fue que no había nadie: los estudiantes habían dejado la casa unos días atrás. Abrieron con sus llaves y fueron a ver las cajas. Parecían intactas. Pero, por las dudas que tenía, Cecilia se empeñó en abrir una de ellas. La movió de su sitio, con esfuerzo porque estaba pesada, despegó la cinta de embalaje, abrió la caja, retiró el papel... ¡y se encontró con que adentro solo había piedras!

La sorpresa fue mayúscula. En un frenesí empezaron a abrir las otras cajas: todas estaban llenas de piedras o pelotas, sus cosas habían desaparecido.

—¡Nos robaron! ¡Nos robaron!

El impacto de sentirse burlados por quienes habían confiado y de haberse quedado sin nada, hasta la última cuchara, para llevar a Quito, fue tremendo. Además, el *container* estaba contratado y el flete marítimo hasta Guayaquil y el transporte terrestre hasta Quito pagado en su totalidad, y ellos tenían los pasajes aéreos para su vuelo de regreso a Quito la siguiente semana.

Fernando estaba furioso, fuera de sí, mientras Cecilia lloraba, desolada. De pronto, en su desesperación, a Fernando se le ocurrió llamar al jefe de seguridad de la universidad para que viniera a ver lo sucedido.

Este llegó a los pocos minutos en el autopatrulla del *campus*, y encontró a la pareja de ecuatorianos sentados en las cajas, abatidos; Cecilia aún lloraba. Tras revisar todo y comprobar el robo, les preguntó si tenían algún indicio de dónde podían estar

los estudiantes que habían habitado allí. Fernando le contestó que no, que solo tenía los nombres de ellos, que tal vez en los registros de la universidad...

—¿Y qué es eso? —dijo el oficial, viendo unos papeles en un rincón.

—Ah, eso... es la correspondencia que recogí del buzón ahora, al llegar.

—Déjeme ver —dijo el jefe de seguridad mientras extendía la mano.

—¡Ajá!, ¡aquí está la última cuenta de teléfono! ¿Este es el número de teléfono de esta casa, no?

—¿El 526973? Sí, es el teléfono de aquí... —dijo Cecilia, entre sollozos.

—A ver, mmm, aquí hay un número al que han llamado muchas veces: debe ser la casa de la familia de uno de estos.

Sin esperar nada más, el oficial llamó al teléfono. Contestó una chica.

—Señorita, soy el jefe de Seguridad de la Universidad de California en Berkeley —y dio su nombre—. ¿Me comunica con fulano de tal? —y dio el nombre de uno de los estudiantes. Oyó que la chica llamaba a alguien y que este se negaba a acercarse. El oficial prosiguió sin inmutarse:

—Señorita, yo sé que fulano de tal está allí. Dígale que si mañana a las 11 de la mañana no están aquí todas las cosas robadas al señor Ortiz le pongo a él y a su compañero una boleta en la universidad.

Tras colgar el teléfono, se dirigió a la pareja:

—Lo que acabo de hacer no es legal, pero lo hago por ustedes.

Y se fue. Cecilia estaba muy escéptica de que aquello funcionara, así que obligó a Fernando a llevarla a comprar algunas cosas esa tarde: una televisión, una licuadora, ollas, alguna cosa más que pudiera reponerse para llevar a Quito.

Al día siguiente, sin embargo, un camión de mudanzas paró frente a su casa... y empezaron a entrar las cosas. Todas y cada

una de las piezas del menaje de los Ortiz les fueron devueltas, sin que faltara nada. El propio oficial de Seguridad estaba asombrado.

—Tenía dudas de que fueran a devolverlo todo; podían haberlo vendido ya o entregado como pago de una deuda, en fin, cualquier cosa. Pero estos chicos se dieron cuenta de la estupidez que habían cometido. Una boleta en la universidad es algo tremendo: no solo la expulsión inmediata de Berkeley sino una demanda penal y una circular a las demás universidades de California, por lo que no podían matricularse en ninguna. No podían exponerse a quedar marcados de por vida.

## 24. La Sociedad “Francisco Campos”

El haber sido pionero en la investigación biológica en Galápagos, en la enseñanza de la biología y en el turismo de naturaleza no era algo extraordinario para Fernando: lo veía como algo natural, como su deber con el país y con la naturaleza.

Pero esa naturaleza necesitaba más, muchos más esfuerzos. Por eso, desde que puso un pie en el Ecuador al regreso de sus estudios por el Ph.D. se dedicó, junto con las clases en la PUCE, donde, además, retomó la dirección del Instituto de Ciencias y el Departamento de Biología, a trabajar en varios proyectos que tenía en mente.<sup>19</sup>

Uno de ellos era crear una asociación que se preocupara de los temas de la naturaleza, que realizara publicaciones y que pudiera influir en la función pública para generar medidas y políticas de conservación. Encontró eco en el ingeniero Miguel Moreno Espinosa, rector por muchos años del colegio Benalcázar, quien, como aficionado, se había dedicado a coleccionar y clasificar invertebrados, convirtiéndose en una autoridad autodidacta en el tema.

Los dos convocaron a un grupo de personas, con las que constituyeron la Sociedad Ecuatoriana Francisco Campos de Amigos de la Naturaleza, a fines de mayo de 1974, lo que se dio a conocer mediante un boletín informativo. Francisco Campos Rivadeneira (1879-1962), cuyo nombre escogieron para la sociedad, fue el primer gran entomólogo del Ecuador. Guayaquileño, autodidacta, no se graduó de bachiller pero sus investigaciones personales le llevaron a ser durante décadas profesor del colegio Vicente Rocafuerte y de la universidad

---

<sup>19</sup> A la vuelta de Fernando de California el rector de la PUCE ya por tres años era el P. Hernán Malo, S.J., pues el P. Villalba había manifestado su decisión de no optar por la reelección tras concluir sus funciones al finalizar el primer trienio (1968-1971). Fernando había mantenido correspondencia con el P. Malo, quien le confirmó, tal como se lo había ofrecido el P. Villalba, su retorno a la dirección del Departamento de Biología. Hernán Malo haría una labor extraordinaria en la apertura, la “ecuatorianización”, como él la llamaba, y la democratización de la Católica.

de su ciudad; a descubrir más de 150 especies de insectos y a ser reconocido internacionalmente. Tanto él como su padre, también dedicado a los estudios y a la docencia,<sup>20</sup> fallecieron en gran pobreza.

Quedó como presidente de la nueva sociedad el Ing. Moreno Espinosa y se conformaron varias secciones. En la Sección de Zoología el responsable del capítulo de Ornitología era el doctor Fernando Ortiz; del capítulo de Peces, Reptiles y Batracios, el Prof. Gustavo Orcés, y del de Invertebrados, el propio Moreno Espinosa. Además, había una sección de Promoción Educativa y Defensa de la Naturaleza, a cargo del Prof. Manuel Guerra, y una sección de Filatelia de la Naturaleza a cargo del señor Samuel Valarezo. En los meses siguientes se elaboraron los estatutos, que finalmente fueron aprobados por el Ministerio de Educación y publicados por la Sociedad Francisco Campos en 1975.<sup>21</sup>

### *Las primeras listas de aves*

Justamente en noviembre 1975 habría de publicar Fernando en unión de este último, Samuel Valarezo, una *Lista de Aves del Ecuador*, la primera de la historia que abarcaba todo el territorio ecuatoriano. En 1926, un científico estadounidense F. M. Chapman había publicado en una revista científica de Nueva York una lista sobre la distribución de las aves que no tomó en cuenta a la avifauna de Galápagos, limitándose solo a la parte

---

<sup>20</sup> Francisco Campos Coello (1841-1916), nacido en Guayaquil y educado en Europa, fue un distinguido hombre público y un humanista a carta cabal (escritor, periodista, historiador, conocedor de la física, la astronomía, la economía, las ciencias naturales). Como presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil, realizó notable labor para dotar de agua potable y otros servicios a la ciudad. Como liberal-católico fue ministro de Hacienda de Antonio Flores Jijón y, por poco tiempo, de Instrucción Pública del primer gobierno de Eloy Alfaro. Como educador, impulsó la apertura de la Universidad de Guayaquil (1877), fue profesor del colegio San Vicente y luego de la revolución liberal, el primer rector del Vicente Rocafuerte, en el que impulsó el estudio de las ciencias, estableció un observatorio astronómico y museos de Zoología, Botánica y Mineralogía, frente a los cuales puso a su hijo, el sabio de su mismo nombre.

<sup>21</sup> Con los años, la Sociedad Francisco Campos se transformaría en la Sociedad Ecuatoriana de Biología.

continental del Ecuador. Desde entonces no se había hecho ninguna en medio siglo.

La *Lista de las Aves del Ecuador* de Ortiz y Valarezo, había sido precedida unos meses antes por *Aves de Quito*, una lista compilada solo por Fernando y editada por el Centro de Publicaciones de la PUCE el propio año de 1975, con más de cien especies de aves que podían encontrarse en la capital ecuatoriana, un listado pionero en todo sentido.

La *Lista de Aves del Ecuador* precisamente nació del trabajo que presentaron los dos autores para acreditarse como socios activos y a la vez fundadores de la Sociedad Francisco Campos, que ponía esta exigencia académica incluso a sus socios fundadores.

En la introducción, se decía que Fernando además de sus estudios en San Luis y Berkeley y de la dirección del Instituto de Ciencias de la PUCE, “recientemente ha sido designado Miembro correspondiente de la Unión Británica de Ornítólogos y desde hace algunos años es Miembro de Número de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En su especialidad comenzó por difundir las aves de la hoya de Quito y, en el afán de extender su campo de estudio, para el presente trabajo halló un colaborador extraordinario, Samuel Valarezo Delgado, quien formara filas en la naciente Sociedad Francisco Campos como filatelista de sellos postales relativos a la fauna mundial. Esta afición lo condujo a organizar un verdadero tratado de Sistemática Zoológica, basándose para ello en los sellos postales que han emitido y siguen emitiendo las administraciones postales en todo el mundo”.<sup>22</sup>

La lista no era una simple copia de Chapman, pues los autores introdujeron numerosas modificaciones: no solo la adición de las aves de Galápagos, sino de muchas especies continentales, además de la revisión íntegra de la nomenclatura científica y el orden sistemático, “para ajustarlos a los cánones actuales, lo que

---

<sup>22</sup> Moreno Espinosa, Miguel, en el prólogo de la *Lista de Aves del Ecuador* (Quito, Sociedad Francisco Campos de Amigos de la Naturaleza, 1975), p. I

ha requerido hacer sustanciales modificaciones con respecto a los criterios de Chapman”.<sup>23</sup>

¿Por qué era importante este trabajo pionero de hacer listas de las aves? Porque es parte del conocimiento científico: enumerar y clasificar es como un primer paso, sin el cual no se pueden dar los siguientes: el de comparar, por ejemplo, que permite encontrar las diferencias entre familias, géneros y especies, lo que implica observar. Otro paso de la ciencia es encontrar lo común en lo diverso, que es una forma de comprender lo que nos rodea.

---

<sup>23</sup> Ortiz Crespo y Valarezo, *Op. cit.*, “Introducción”, p. IV

## 25. El Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales

La propia Sociedad Francisco Campos, se propuso desde su inicio otra meta: la organización de un Museo Nacional de Ciencias Naturales. Ya en sus estatutos se puso como objetivo el de “exhibir las especies naturales” del Ecuador, y todos sus miembros pero, en especial, Miguel Moreno y Fernando Ortiz trabajaron para interesar a las autoridades en el tema.

La reflexión principal que hacían los socios de la “Francisco Campos” era algo de lo que en ese entonces no había la menor conciencia en el país: la gran biodiversidad del Ecuador, lo que significa que en su pequeño territorio alberga una proporción muy alta de las especies de flora y fauna presentes en el mundo.

Fernando explicaba a sus interlocutores el hecho de que en los países del norte y el sur hay muchos individuos de la misma especie pero que, en cambio, en el Ecuador, por una serie de razones de clima y de geografía e, inclusive, de historia de la Tierra, en una hectárea de la selva amazónica o en una del bosque montano o inclusive de las zonas más frías, hay un número abundante de distintas especies de flora y fauna. “En el Ecuador hay más especies de flora y fauna que en un continente”, repetía Fernando.

Esta diversidad, decían él y sus colegas, de por sí constituye un patrimonio del Ecuador, un legado, una riqueza biológica, y debía ser conocida, en primer lugar, por los propios ecuatorianos, y debía ser destacada y conservada. Además de la diversidad estaba la singularidad de muchas especies endémicas y la espectacularidad de muchas de ellas, comenzando por Galápagos y terminando en la Amazonía, donde se hallan especies únicas en el mundo, testigos de la evolución de la naturaleza.

Uno de los métodos que ellos veían para expandir la conciencia sobre estas realidades y educar a los ciudadanos era justamente establecer un museo nacional que pudiera tener exhibiciones y que, a la vez, jugara el papel de depósito de colecciones de ejemplares y centro de investigación.

Se esforzaron por sacar adelante el museo y el primer proyecto de decreto estuvo a punto de firmarse en la administración del General Rodríguez Lara (que concluyó en enero de 1976), pero, por razones políticas, quedó en suspenso, y mereció rectificaciones importantes por parte de la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica.

El proyecto modificado fue analizado otra vez por los miembros de la Sociedad Francisco Campos así como por funcionarios de la Dirección General de Desarrollo Forestal del Ministerio de Agricultura y Ganadería, habiéndose resuelto que no fuera una dependencia ministerial sino que estuviera adscrito a la Sección de Ciencias Biológicas y Naturales de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE). Dicha entidad, dirigida por el doctor Rodrigo Fierro B., acogió entusiasta el proyecto, lo mismo que el presidente nacional de la Casa de la Cultura, doctor Galo René Pérez. El documento final se entregó a la Consejo Supremo de Gobierno (Junta Militar) el 17 de febrero de 1977.

Pasaron aún siete meses y por fin, el 18 de agosto de 1977 se expidió el decreto que creaba el Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales como una entidad científico cultural adscrita a la Casa de la Cultura Ecuatoriana. El museo debía constituirse a los 30 días de la publicación del decreto, pero no faltaron dudas y contradicciones que retrasaron su cumplimiento. Solo la reiterada y unánime presión de parte de los integrantes de la Sección de Ciencias Biológicas y Naturales de la CCE logró que por fin se reuniera el Consejo Nacional de Cultura y, tras escuchar a los representantes de dicha sección de la CCE, designara al Ing. Miguel Moreno como director ejecutivo. El acta constitutiva se suscribió el 24 de mayo de 1978. El ingeniero Moreno nombró de inmediato como subdirector al doctor Fernando Ortiz, encargándole toda la parte científica.

Fernando combinaba en ese momento los cargos académicos de director del Instituto de Ciencias y jefe del departamento de Biología de la PUCE con este nuevo cargo de subdirector del museo, pero se alcanzaba debido a su dedicación y capacidad

de trabajo. Se trataba, por lo demás, de una integración valiosa: a la Católica le servía mucho el museo como laboratorio de conocimiento, y el museo contaba con entusiastas ayudantes entre los estudiantes de Biología.

En efecto, en la Católica bajo su impulso y dirección, y con el apoyo del rector P. Hernán Malo, del Consejo Superior y de sus colegas en el Instituto de Ciencias, se inició en la PUCE en el año lectivo 1976-77 la carrera de Biología. Ortiz se preocupó de animar y guiar a los primeros estudiantes que optaban por esta profesión totalmente nueva en el Ecuador.

A su vez, con su energía incansable, encaminó el inicio de las labores concretas de inventariar, clasificar, exhibir y difundir el conocimiento de la riqueza natural del Ecuador, objetivos centrales del Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales — el cual recibió como legado las colecciones particulares de moluscos y lepidópteros del Miguel Moreno y de aves (unos 3.400 ejemplares) del profesor Gustavo Orcés (fueron Fernando y Miguel Moreno quienes le propusieron que las donara, con lo que formaron el núcleo de la mejor colección ornitológica existente en el Ecuador)—. Las actividades, una vez realizadas las contrataciones de personal y demás papeleos, se iniciaron propiamente el 1 de agosto de ese año 1978 en la Casa de la Cultura Ecuatoriana.<sup>24</sup>

### *Un remolino de experiencias*

Pero en esos años pasó también por ese remolino de experiencias dolorosas y alegres que es la vida. En febrero de 1975 murió su

---

<sup>24</sup> Tras algunas dificultades con los locales, y ya con Fernando fuera de la subdirección, pero siempre ligado como asesor y amigo del museo, una década después, en 1989, en la alcaldía de Rodrigo Paz, la municipalidad de Quito cedió en comodato al museo un local dentro del parque “La Carolina”, donde funciona hasta ahora, aunque bajo la denominación de Inabio, Instituto Nacional de Biodiversidad, nombre que se le dio en 2014. Su local, poco funcional (había sido diseñado para guardería de los hijos de los empleados municipales, lo que provocó un fuerte rechazo de la ciudadanía a tal privilegio), fue restaurado por el Fonsal en la alcaldía de Paco Moncayo para que siguiera funcionando el museo.

hermano Álvaro Ortiz Crespo, de 22 años. Álvaro había sufrido de adolescente exactamente la misma enfermedad que él: fiebre reumática. Pero, al contrario que él, y a pesar de los cuidados con Benzetacil y sulfas y las medicinas recomendadas, la fiebre sí le había afectado el corazón. Los médicos habían dicho que podía continuar su vida normal, aunque sin hacer esfuerzos mayores. Cuando su corazón falló y le sorprendió la muerte, era un brillante estudiante de Sociología de la PUCE, pero, sobre todo, un extraordinario ser humano, alegre, muy alegre, y generoso. Fernando, como sus papás y hermanos y hermanas, sufrieron mucho por esta pérdida súbita e irreparable. Su muerte conmovió también a todo el barrio de San Marcos, porque Álvaro era una figura muy popular y querida, y a sus círculos de amigos y compañeros. Incluso sus profesores Carlos Arcos y Carlos Marchán dedicaron a la memoria de Álvaro Ortiz un trabajo pionero sobre la transformación agraria de la Sierra ecuatoriana.

El 11 de julio de 1977, en cambio, se presentó la otra cara de la medalla: una nueva vida que llegaba al mundo, esta vez una hija, a la que pusieron María Verónica, con lo que se completaron los tres vástagos de Fernando y Cecilia.

Otra alegría la tuvieron en 1979 cuando vieron culminado un proyecto en que habían puesto mucho empeño y dinero: su casa propia, en Cumbayá. Hecha con un préstamo hipotecario del IESS, se asentaba en uno de los cuadrantes de un hermoso terreno en declive, donde Fernando pronto empezó a sembrar especies autóctonas, pues siguiendo a Misael Acosta y a otros botánicos y basado en su propia experiencia de campo, Fernando predicaba la necesidad de volver a sembrar árboles nativos, como capulí, cedro, podocarpus (sisín), quishuar, guaba, aliso, arrayán, polylepis (panta, yagual o queñua), pumamaqui, y revertir el dramático descenso de la cubierta vegetal en los Andes, tanto los bosques como el chaparro (matorrales) y el pajonal. Fernando repetía que, aunque las especies exóticas (eucalipto, pino, ciprés) tenían la ventaja del rápido crecimiento, producían otros efectos no deseados como

la degradación del suelo. Aplicando estos principios en su propia casa, solamente sembró árboles andinos, salvo una secuoya que trajo de California. Especial cuidado puso en sembrar muchas plantas de flores, para alimentar a los colibríes.<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> Fernando Ortiz asesoró después a algunas personas en formar jardines que atrajeran a colibríes. Un ejemplo muy especial, que llevó a una buena amistad, fue su ayuda para formar el jardín de la casa de los pintores Nicolás Svistoonoff y Sara Sánchez, extraordinario mirador del centro histórico de Quito en el Itchimbia. Todo comenzó por el pedido de Sarita a Norma de Ortiz, cuñada de Fernando, de que le pidiera auxilio pues un pollito de quinde se había caído del nido, se hallaba en el suelo de una habitación y ella no sabía qué hacer. Fernando le pidió a Norma que le recogiera de inmediato y fueron juntos a la casa de los artistas en el Itchimbia; volvió a poner al polluelo en el nido, preparó agua azucarada y le alimentó con gotero, dándoles instrucciones a Sarita y Nicolás para que siguieran alimentándolo. Dos o tres días después, el quinde ya tuvo suficientes fuerzas para volar. Con esa oportunidad, Fernando les sugirió que plantaran en el espectacular jardín que estaban formado, con plantas de todos los pisos ecológicos desde el páramo al subtrópico, introdujeran plantas con flores que atrajeran a los colibríes, y así lo hicieron. Los dos artistas fallecieron ya, Nicolás en 2014, Sarita pocos años después.

## 26. La Fundación Natura

La lucha de Fernando a favor de la naturaleza no se detuvo. Sabía que los recursos naturales del Ecuador son abundantes, pero que están amenazados por la explosión demográfica, el crecimiento urbano, la mal entendida colonización de nuevas tierras, la extracción incontrolada de madera, la explotación petrolera, la mala distribución del agua, la erosión de las tierras. Y sentía que su obligación era contribuir a cambiar la situación. Por eso, en vez de quedarse circunscrito al ámbito académico, siguió promoviendo iniciativas concretas, algunas de las cuales iban a tener un gran impacto, como la creación de la Fundación Natura.

Algunos de los asistentes han contado que la idea de crear la Fundación Natura surgió una tarde en que se habían reunido un grupo de amigos. Fue en casa de Roque Sevilla quien fue primer presidente de Fundación Natura, y años más tarde alcalde de Quito. Éramos ocho, recuerda alguno. Fernando Navarro, Rodrigo Crespo Fabara (fallecido en 1998), Gustavo Vallejo, Rodrigo Lasso, entre ellos. Fernando Ortiz, un poco mayor que todos. Se hallaban tomando un café en el comedor del diario de la casa, en un ambiente muy informal.

Hablaron de todo, pero, claro, Fernando llevaba la voz cantante, insistiéndoles en las maravillas de la naturaleza ecuatoriana y en cómo se había creado la Sociedad “Francisco Campos” y el Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales, que eran importantes pasos adelante, pero cómo aún faltaba mucho para difundir los conocimientos y defender ese legado de todos.

La respuesta de todos era entusiasta; todos amaban salir de excursión, muchos conocían Galápagos, el Oriente y sitios hermosos de la Sierra y la Costa.

De pronto, Fernando Ortiz levantó la voz y les enrostró:

—Pero ustedes, muchachos, ¿qué hacen? A ver, ¿qué hacen, en concreto por la naturaleza ecuatoriana? La contaminación producida por la Texaco en el Oriente está creciendo, mientras se cortan más y más árboles en la Amazonia y en Esmeraldas; aquí

mismo, en el noroccidente de Pichincha, hay zonas que siguen siendo explotadas, zonas donde hay más variedad de aves que en todo Estados Unidos, y ¿qué hacen?, díganme, ¿qué hacen?

Todos se quedaron callados, pues en realidad, a más de contemplar las bellezas naturales, no hacían mucho más.

Pero Ortiz no les dejó mucho tiempo en sus pensamientos:

—Nada, ¿no es cierto? Ustedes no hacen nada. Pero ustedes son los llamados, ustedes que están comenzando con tanto éxito sus vidas, como profesionales o empresarios, tienen más responsabilidad que otras personas menos privilegiadas o con menos conocimientos. A ustedes les toca...

Y, casi gritándoles, les espetó:

—¡Ustedes son los que deben y pueden hacer algo!

Se quedaron de una pieza. Y algunos preguntaron

—Pero... ¿qué podemos hacer?

—¿Cómo que qué pueden hacer? Formen una fundación, consigan dinero de aquí y del exterior para proyectos concretos de conservación y defensa de la naturaleza. Ustedes, con su capacidad ejecutiva, pueden lograrlo. Los científicos ecuatorianos, con los que yo colaboro, logran poco en términos de organización y dinero, porque están dedicados a la investigación y no pueden al mismo tiempo crear y administrar una fundación como esa.

Las palabras de Fernando dejaron una profunda huella en todos. Unos días más tarde, les invitó al laboratorio del Departamento de Biología de la PUCE a una nueva sesión y entonces decidieron crear una fundación.<sup>26</sup> Su creación fue el 25 de julio de 1978, aunque el acuerdo ministerial, concediéndole personería jurídica, una vez elaborados los estatutos, salió en 1979. El nombre oficial que adoptaron fue Fundación Ecuatoriana para la Protección y Conservación de la Naturaleza *Natura*, la que habría de convertirse en una institución pionera en la defensa del medio ambiente, la conservación de la biodiversidad, el manejo

---

<sup>26</sup> Roque Sevilla, en declaraciones a diario *Hoy*, “La pasión por el conocimiento fue la tónica de la vida de Fernando Ortiz”, 13 de septiembre de 2011.

sustentable de los recursos naturales, y la prevención y control de la contaminación ambiental.

Para ello realizó proyectos sólidos y de larga duración, y ayudó a crear capacidades en otras organizaciones de la sociedad civil, en el gobierno central y en municipios grandes, medianos y pequeños para el manejo y solución de los problemas ambientales.

Que se valoren adecuadamente la biodiversidad y los recursos ambientales al momento de tomar decisiones políticas, económicas y sociales fue uno de los objetivos de la fundación desde sus inicios.

Otros de sus importantes proyectos fueron los relativos a la educación ambiental “Edunat”, que permitieron que la población empezara a oír de los temas del ambiente y se interesara por ellos, extendiendo de esa manera la labor de los científicos. Un paso más fue promover cambios en los patrones de producción y consumo de la sociedad ecuatoriana, de tal manera que se incorporen criterios dirigidos hacia la minimización de sus impactos en el medio ambiente.

De los ocho socios iniciales, la fundación llegó a tener más de mil. Su trabajo mereció el reconocimiento nacional e internacional. Fue asociada al Fondo Mundial para la Naturaleza (World Wildlife Fund, WWF), la Unión Mundial para la Conservación de la Naturaleza (UICN), The Nature Conservancy (TNC) y a importantes redes ambientales internacionales como la Red Latinoamericana de Bosques y la Red de Cambio, entre muchas otras.

A partir de su nacimiento, Natura realizó proyectos de conservación del Parque Nacional Sangay; impulsó el plan de manejo y la declaratoria del Corredor Llanganates-Sangay; ejecutó el primer canje de deuda por naturaleza, con su proyecto Bosques Occidentales; apoyó el monitoreo de la actividad hidrocarburífera en Napo y el desarrollo de políticas ambientales para el sector petrolero; realizó el proyecto de monitoreo socioambiental de Galápagos, apoyó la gestión ambiental de municipios medianos y pequeños del país, entre muchos otros.

Habiéndola visto nacer, durante la primera década de su vida Fernando se mantuvo muy cerca de Fundación Natura como miembro de su directorio y, más tarde, como consejero y asesor informal.

## 27. El Refugio de Vida Silvestre Pasochoa

Una lucha muy intensa, frustrante, difícil pero que al final culminó con el triunfo —y que podría decirse que es un legado personal de Fernando Ortiz a las generaciones actuales y venideras, pues sin su lucha habría sido imposible de lograr—, fue la que libró por el actual Refugio de Vida Silvestre Pasochoa.

En entrevistas de prensa en estos años, Fernando decía que las mejores áreas para ver aves en Quito eran las quebradas que habían conservado su vegetación nativa, y mencionaba especialmente dos: la de Rumipamba, al pie del Pichincha, y la de Ashintaco, esta para entonces muy poco conocida en la colina de Guangüiltagua, al noreste de la ciudad, cerca de la comuna de Miraflores. Fernando llevaba allá a sus alumnos y abogaba en la prensa y con las autoridades municipales para que esas dos zonas fueran declaradas parques. Es fuente de alegría para los amantes de las aves, que hoy, tantos años después, se hayan convertido en el Parque Arqueológico y Ecológico Rumipamba y el Parque Metropolitano Guangüiltagua.

En las cercanías de Quito estaba también su amada Yanacocha y, en sus constantes expediciones para ver la flora y la fauna y, en especial, las aves, Fernando descubrió otro bosque primario de cierto tamaño: el de la falda noroccidental del Pasochoa, un volcán extinto al sur del valle de los Chillos.

El extenso bosque, de unas 500 hectáreas, se había salvado de la destrucción típica de otras zonas, en parte porque estaba situado dentro de la hacienda Pilopata que había pasado a pertenecer al Ministerio de Salud, como todas las demás haciendas de la extinta Asistencia Pública, y había sido explotada siempre por administradores y arrendatarios. Estos ganaban bastante con el cultivo y la ganadería de leche, en la parte baja de la hacienda, sin tener que complicarse la vida desbrozando o quemando el bosque de la empinada zona superior de la hacienda, que iba a darles menos rendimientos, aunque solía ser una suerte de coto de caza para ellos, sus familiares y amigos. Pavas de monte,

conejos y venados eran fácilmente cazados con armas de fuego en aquellos bosques remontados.

La Asistencia Pública, ya mencionada con relación al Pumulahua, era el ente estatal creado por el liberalismo a fin de manejar las haciendas expropiadas a comunidades religiosas para que, con el producto de ellas, se diera sostenimiento a los hospitales y asilos. Dos eran las formas más comunes de explotar las haciendas: mediante administradores contratados o arrendándolas a un precio fijo anual. El sistema se mantuvo a lo largo de buena parte del siglo XX, a pesar de los bajos rendimientos que reportaban arrendadores y administradores, lo que no respondía al verdadero lucro que producía la hacienda, posible por la falta casi absoluta de controles. La Asistencia Pública desapareció al crearse el ministerio de Salud, al que se le transfirió la responsabilidad de los hospitales, con lo que las haciendas también pasaron a su propiedad. Una de estas era la de Pilopata, al pie del Pasochoa.

Como el ministerio tenía tantas haciendas y el presupuesto ministerial empezó a ser financiado por el presupuesto del Estado con fondos provenientes de la exportación de petróleo, se profundizó el descuido y la corrupción en el manejo de esas propiedades.

Fernando Ortiz contactó con el ministerio de Salud para convencer a sus autoridades de la necesidad de preservar el bosque del Pasochoa, por sus características únicas: un remanente del bosque que va desde los 2.800 a los 4.200 msnm, lo que permite que se tenga desde bosque andino hasta páramo arbustivo y pajonales, con decenas de árboles nativos y cientos de especies de plantas, más de cien especies de aves, más la fauna andina de pequeños mamíferos como zorros, zorrillos, cervicabras, pumas sin mencionar a anfibios y reptiles.

Pero entonces se topó con una mala sorpresa: los sindicatos de los trabajadores de la salud habían echado ojo a esta hacienda para repartirla como “huertos familiares” a sus miembros. Es decir, lo que querían es tener allí sus fincas de descanso o vender

el pedazo que les tocara, un gran negocio, porque esta hacienda está cerca de Quito, en una zona privilegiada por su clima.

Algunos de los ministros y subsecretarios jugaban a contentar a los trabajadores, así que hubo momentos de gran riesgo en la tarea de salvar aquel bosque. Solo la tenacidad de Fernando logró que no se concretara el plan de lotizar la hacienda: a lo largo de casi una década utilizó todas las armas que pudo —el cabildeo, las palancas, las exposiciones escritas y orales— entre las que se destacó el mover a la prensa, que fue su aliada. Su argumento repetido fue que ese último remanente de bosque andino era patrimonio de todos los ecuatorianos y no podía ser lotizado y privatizado. La tenacidad de Fernando frenó al menos la entrega gratuita que se pretendía hacer a los empleados y trabajadores.

En un momento dado de su lucha, Fernando reclutó el apoyo de la Fundación Natura, pues una alternativa razonable era que el ministerio entregara el bosque en comodato a una entidad privada. Solo se aclaró el panorama con el advenimiento de la democracia y con la llegada como ministro de Salud del doctor Francisco Huerta Montalvo, investigador de la medicina tropical quien, además, era un entomólogo aficionado (él decía que una cosa había llevado a la otra, pues algunas enfermedades tropicales son producidas por picaduras de insectos). Para 1982, algo más de 300 ha fueron entregadas en comodato a la Fundación Natura.

La administración de la Fundación Natura fue eficiente: mejoró las vías de acceso, cercó el área, construyó una infraestructura mínima, contrató y entrenó personal (guardabosques, guías) y facilitó las visitas del público para lo que trazó tres recorridos: corto, medio y largo, dependiendo del tiempo del que dispusieran y de la composición del grupo. Primero se creó como “Bosque Protector Pasochoa”, en el año 1982, a cerca de 320 ha de la hacienda Pilopata, pero luego, en 1996, con más propiedad, “Refugio de Vida Silvestre Pasochoa”, aumentándose el área protegida a 520 ha.

Tras 14 años de dar efectiva protección el área y desarrollar programas educativos, nuevos nubarrones se iban a acumular sobre

el Pasochoa con el advenimiento del gobierno de Abdalá Bucaram en 1996, y Fernando volvió a dar la pelea. Según relataba Roque Sevilla, en un artículo del diario *Hoy*,<sup>27</sup> las cosas se daban así:

Todos sabemos el amor y dedicación que siempre ha sentido por la naturaleza ecuatoriana Fernando Ortiz Crespo. Desde su más temprana niñez recorría las quebradas del Pichincha admirando y estudiando el comportamiento de las aves y muy especialmente de los colibríes. Su grado doctoral en zoología trata justamente de la ecología de estas aves luminosas. Fue él quien tuvo la idea de crear una fundación que defendiera la naturaleza ecuatoriana.

El convocó en 1976, a un grupo de amigos de la naturaleza y planteó la creación de lo que más tarde sería la Fundación Natura.

En 1981, apareció Fernando con una nueva propuesta: proteger el Pasochoa. Conocía muy bien el cráter de esa montaña pues con sus alumnos había estudiado las aves de la región y muy especialmente el colibrí sable, una minúscula ave cuyo pico largo y curvo le permite romper las paredes de las flores de guanto y succionar el succulento néctar.<sup>28</sup>

La propiedad era del Ministerio de Salud y estaba de ministro un hombre que entiende de naturaleza: Francisco Huerta Montalvo. La negociación fue equilibrada: Natura invertiría en la protección del área y llevaría a cabo un programa de educación ambiental sistemático.

A cambio el Ministerio de Salud daría en comodato las más de 300 hectáreas por 14 años.

La Fundación creó un modelo educativo ambiental extraordinario. Invertió en el período más de 1.200 millones de sucres.

---

<sup>27</sup> Roque Sevilla, “Una cruz sobre el Pasochoa”, diario *Hoy*, 20 de diciembre de 1996.

<sup>28</sup> En realidad, el colibrí Pico de espada no rompe la pared de la flor para libar su néctar, sino que la introduce como Fernando Ortiz dice, “de manera legítima” por la corola. Si no fuera así, le bastaría un pico corto y fuerte, como el de los pinchaflores.

Centenas de miles de ecuatorianos, especialmente niños han visitado el bosque. No solo que han recorrido el área en plan de descanso y diversión sino que han recibido un mensaje sobre el equilibrio que debe guardar el hombre en su relación con la naturaleza. Cientos de investigaciones científicas se han llevado a cabo. Se ha reforestado con especies nativas. Se ha establecido un vivero que permite que los visitantes adquieran especies autóctonas y las siembren en sus casas o sus barrios. Los resultados han sido excelentes y de beneficio de la comunidad.

El 11 de Noviembre último venció el Comodato. El ministro Cruz garantizó que renovarían el contrato por 25 años. Pidió la documentación que le fue entregada por Natura con la oportunidad del caso.

Pasaron los días, venció el plazo y a Natura solo llegaban rumores. Finalmente el ministro Cruz anunció en una radio que había cambiado de parecer. Natura no administraría el Paschoa sino los Ministerios de Salud, Turismo y Medio Ambiente.

¿Con qué capacidad administrativa? No sé. ¿Con qué dinero? Ni idea. De paso Cruz aprovechó la oportunidad para desacreditar a los promotores de la preservación del Paschoa. Esto en el más puro estilo bucaramista.

¿Qué pasó con este conocido médico quiteño encargado de velar por la salud de los ecuatorianos? ¿Será que el PRE lo lavó el cerebro?

Por eso creo que es necesario que alguien lo aconseje que se preocupe del precario hospital de Guaranda. Prevenga la rabia. Presupueste los gastos necesarios para la salud. Cuide el precio de las medicinas. No se precipite al calificar a ciudadanos de bien ganada prestancia y prestigio. No dé prebendas y premios a empleados del Ministerio que quieren parcelar el predio del Paschoa. Y finalmente encargue a los que saben de manejo de áreas naturales la conservación del bosque.

Todos sabemos que la última palabra, en el corto plazo, la tiene el que ostenta el poder. En el largo plazo, los ciudadanos velaremos porque las cosas se hagan bien y en este caso porque no pese sobre el Pasochoa una cruz.

Como se ve, el problema era peliagudo. Por eso, Fernando se alegró mucho de la caída de Bucaram, destituido por el levantamiento del pueblo de Quito. A los pocos días escribió este relato:<sup>29</sup>

Ante mi sorpresa, el doctor Marcelo Cruz me confirmó hace tres o cuatro meses que el Ministerio de Salud Pública no renovarían el comodato que por 14 años mantenía con la Fundación Natura para la administración de la Reserva del Pasochoa, situada en una hacienda (Pilopata) que pasó al MSP de la ex Asistencia Pública. Al parecer, “fundaciones afines al PRE” codiciaban la reserva —creyendo seguramente que era un negocio redondo— y como Salomón (y servicial amigo de Bucaram), el doctor Cruz, quien creía firmemente que Natura militaba en la oposición al PRE, contemplaba una tercera opción, una comisión de administración con la que me pidió que yo colaborara como asesor.

Le manifesté que, en mi calidad de inspirador del arreglo entre la Fundación Natura y el Ministerio de Salud en tiempos de Yolanda Kakabadse y Pancho Huerta, me parecía que no estaba en lo correcto, aunque le daría mi colaboración en caso necesario.

Sin cuestionar el derecho del MSP como propietario, recordemos que antes de que Natura se hiciera cargo el Pasochoa fue depredado por décadas. Los potreros fueron expandidos a expensas del bosque nativo en los mismos días que yo planteaba a Natura la posibilidad de tratar con el entonces ministro de Salud, Pancho Huerta, sobre un posible

---

<sup>29</sup> Fernando Ortiz, “Se alejan las nubes del Pasochoa”, diario *Hoy*, 17 de febrero de 1997.

comodato. Y las palmeras de ramos, de una especie ni siquiera descrita, desaparecieron ante los ojos de los sucesivos administradores o arrendatarios de la hacienda, que dejaban a la gente entrar a talarlas antes de cada domingo de Ramos. Y qué decir de la cacería de pavas de monte, pasatiempo de cada mayordomo de Pilopata hasta hace tres lustros.

El Ministerio, cuyas habilidades administrativas están retratadas ya no digo en la triste suerte de las palmas y pavas del Pasochoa sino en la de los pacientes del “Pablo Arturo Suárez” y demás hospitales, o en su olímpico desinterés por causas nobles como la del proyecto Museo de Medicina del doctor Eduardo Estrella, que en paz descanse, no parece ser la institución más calificada para asumir la protección del Pasochoa.

A pesar de su pedido de que yo intervenga como asesor en esta materia, el doctor Cruz nos dejó plantados hace un mes, cuando Rosalía Arteaga, entonces vicepresidenta, nos convocó a una reunión en su despacho para tratar sobre el Pasochoa. Para entonces Cruz había tachado a los de la Fundación Natura de “defensora de jilgueros”.

Tampoco el Pasochoa ha servido a Natura para “conseguir préstamos internacionales”, como él y sus asesores ministeriales alegaban, sino su bien ganado prestigio como organización de voluntarios al servicio de la conservación y el desarrollo sostenible. La Fundación, de buena fe, ha invertido mucho dinero en los senderos, en las bien diseñadas construcciones, y en el mantenimiento de la Reserva Pasochoa, y las entradas que dejan los visitantes, lejos de ser un negocio, ni siquiera llegan a compensar lo gastado. Cada fin de semana los biólogos de las universidades de Quito desfilan voluntariamente hacia el Pasochoa para servir como guías naturalistas. No estarían dispuestos a regresar si el Ministerio de Salud le quitara el Pasochoa a Natura. Es decir, la trayectoria de 14 años de excelente trabajo de Natura es la mejor garantía de que el voluntariado civil, y no el

intervencionismo estatal, debe seguir en el Paschocha. Ahora que la pesadilla del PRE se ha alejado, apelo a las nuevas autoridades del MSP que permitan a la Fundación Natura, la más prestigiosa organización ambientalista del Ecuador, continuar con su benemérita labor.

En efecto, más adelante pudo concretarse una medida que cortaba de plano los problemas: la declaración de Refugio de Vida Silvestre de aquel bosque maravilloso y, siendo ya parte del Patrimonio de Áreas Naturales del Ecuador (PANE), su paso al Ministerio del Ambiente. Las investigaciones científicas realizadas estos años, antes y después de la declaratoria, especialmente las relacionadas con la ecología del bosque andino y con la avifauna, han permitido identificar más de 132 especies de aves residentes en el refugio, muchas de las cuales ya no existen en otras partes de la hoya de Guayllabamba. Por supuesto, entre esas aves, están algunas especies importantes de colibríes.

Si el Paschocha fue un área protegida modelo, destinada a elevar el nivel de conciencia ambiental de la población, ello se debió a la tenaz lucha de más de una década de Fernando Ortiz, a la comprensión de Francisco Huerta, a las nuevas luchas que tendrían que emprender más tarde Fernando y otros, y al trabajo realizado desde el inicio del comodato por Fundación Natura.<sup>30</sup> ¿No es una historia inspiradora de la protección de áreas naturales para salvar su flora y fauna?

---

<sup>30</sup> El comodato fue terminado en 2011 por el Gobierno de Rafael Correa. Desde entonces, el Refugio de Vida Silvestre del Paschocha está a cargo del Estado. Inicialmente del Ministerio de Turismo, luego del Ministerio del Ambiente (posteriormente Ministerio del Ambiente, Agua y Transición Ecológica y, desde 2025, Ministerio de Ambiente y Energía).

## 28. Uno de los 42 expertos en el mundo

En julio de 1979, Fernando tuvo una distinción muy especial: recibió un juego de cinco volúmenes empastados en cuero de las fotografías de Crawford H. Greenwalt, el mejor fotógrafo de colibríes del mundo, y a quien había conocido 15 años atrás en San Luis. Los volúmenes, que contenían reproducciones fotográficas (no impresas), producidos por el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, fueron enviados solamente a los expertos en colibríes en el mundo. ¿Cuántos eran estos? 42 exactamente, y Fernando Ortiz, a sus 38 años, era reconocido con un regalo tan valioso.

El hecho, aunque pasó desapercibido en el Ecuador, atrajo la atención de la prensa de Estados Unidos, que publicó varias noticias con un completo perfil de Fernando,<sup>31</sup> basadas en despachos de un enviado especial de Associated Press, Ted Bartimus, al que siguieron más tarde otros periodistas. En ellas se describe, ilustradas con fotos de Fernando en el invernadero del Departamento de Biología, su vida hasta ese momento, su dedicación al estudio de los colibríes, su trabajo por la protección de Galápagos y su trabajo como profesor. Parte de la crónica de Bartimus dice:

Cuando da sus clases y conferencias, él nunca está quieto, moviéndose atrás y adelante frente al pizarrón, gesticulando con unas manos delgadas y expresivas, remedando los sonidos de las aves que observa luego de clases y los fines de semana.

“Creo que estoy transformándome de un ornitólogo puro hacia un campo ecológico más amplio”, dice, mientras camina por el invernadero del departamento [de Biología],

---

<sup>31</sup> “Scientist-educator still captivated with hummingbird’s world”, *The Sunday Oregonian*, 29 de julio de 1979; “He’s Made Study of Hummingbirds His Entire Life’s Work”, *The Salt Lake Tribune*, 2 de agosto de 1979; “He’s one of world’s 42 hummingbird experts”, *Neosho, Missouri*, 2 de agosto de 1979; “Sky’s Limit for ‘Bird Man’ of Ecuador”, *Los Angeles Times*, 2 de septiembre de 1979.

recogiendo una hoja muerta de aquí, enderezando un nuevo brote allá, metiendo su nariz bien dentro de una fragante flor como, bueno, como un colibrí.

“Mi meta es explicar la ecología de los colibríes a quien quiera que esté interesado”, dice. “Póngase en su lugar. Si usted va a vivir solo de néctar, ese es un recurso muy escaso. Quiero saber cómo lo hacen”.

“Me tomó un largo tiempo darme cuenta de que el área más fértil para estudiar colibríes era justo aquí, en el Ecuador”, dice Ortiz.

“Este es probablemente el país más rico del mundo en flora y fauna. Tenemos la selva amazónica, las planicies costeras, los Andes y, por supuesto, las incomparables Galápagos. Justo aquí, al oeste de Quito, los científicos recientemente hicieron una tarea estadística que muestra que hay 1.200 especies de plantas y 142 especies de aves en un área de solo dos kilómetros cuadrados. Eso es un récord”.

El reportaje habla de su experiencia internacional, de sus cada vez más frecuentes viajes al exterior para atender invitaciones a dar conferencias y para ser consultado como experto; de su crítica a la falta de interés de los ecuatorianos por su naturaleza única en el mundo, y a la falta de decisión política para la conservación; de la alta tasa de deforestación; de sus estudios del polen encontrado en piezas arqueológicas a solicitud del Museo del Banco Central; de sus observaciones sobre los cóndores y las aves acuáticas. Y concluye con lo que se inició: el honor que implica recibir uno de los 42 juegos de fotografías de Greenwalt. “Acariciando su precioso regalo, Ortiz sonríe y dice ‘Creo haber llegado donde me propuse’”.<sup>32</sup>

Pero Fernando no había llegado; qué va, aún tenía mucho trabajo que hacer.

---

<sup>32</sup> “Scientist-educator still captivated...”, *The Sunday Oregonian*, op. cit., p. A8.

## 29. Otra vez a Berkeley y dos años en Galápagos

En enero de 1980 por fin Fernando pudo combinar las cosas para ir un semestre a la Universidad de Berkeley para discutir su tesis de Ph.D. con sus profesores, y obtener su título que, por las urgencias del trabajo universitario y las demás tareas a favor de la naturaleza ecuatoriana, había ido postergando.

Obtuvo que le asignaran una de las villas familiares de la universidad en Albany, donde se alojó con su familia, y de nuevo se le confió un puesto de profesor asistente, mientras finalizaba el trámite de su tesis, la que fue aprobada con felicitación por los tres profesores que debían estampar su firma en la primera página del manuscrito final. La tesis trataba de la interacción con el medio de las tres especies de colibríes de California.<sup>33</sup>

Una serie de circunstancias afortunadas le permitió hacerlo: las dos instituciones en las que trabajaba en Quito: la PUCE (donde era director del Instituto de Ciencias y del Departamento de Biología) y el Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales (del que era subdirector) le dieron permiso con sueldo. Viéndolo en perspectiva, ambas instituciones se lo debían a Fernando Ortiz: él había sido parte esencial en su creación y funcionamiento... Pero las cosas en la vida no son siempre justas y habrían podido no ocurrir. Y de hecho, no resultaron tan bien: durante su estadía en California, en la Católica suprimieron el cargo de director del Instituto de Ciencias, entidad que pasó a depender directamente del decano de Ciencias de la Educación y, además, le arrebataron el proyecto MAB (“Programa sobre el Hombre y la Biósfera”) de la Unesco, que él había firmado en beneficio del Departamento de Biología y en que ciertas personas tenían interés en figurar.

Pequeñeces humanas, pero que iban a marcar la vida de Fernando, pues a su retorno de California, en agosto de 1980,

---

<sup>33</sup> Su título en inglés es *Agonistic and Foraging Behavior of Hummingbirds Co-occurring in Central Coastal California* por Fernando I. Ortiz Crespo, 1980.

sintió que el ambiente en la PUCE se había enrarecido y que pululaban las rencillas internas. Lo reconoció el rector de la Universidad, el jesuita P. Hernán Andrade S.J.: “Esas disputas son irresolubles”.<sup>34</sup>

Fernando no estaba para ello, su alma era superior y aunque el rector Andrade le pedía no alejarse de la universidad y le prometía que las cosas podían funcionar incluso sin solventar las disputas, Fernando prefirió dejar de ser profesor a tiempo completo y pasar a tiempo parcial. En realidad, había logrado sus dos metas principales: reforzar el estudio de las ciencias y poner en marcha una carrera de Biología. Jamás se desvincularía del todo de la PUCE (en la que daría cursos y seminarios) pero ya no seguiría como administrador o director. Era el momento de explorar otros campos donde sus conocimientos y su liderazgo pudieran ser útiles. En realidad, iban a ser extraordinariamente útiles.

Las que habían de llamarle, de nuevo, fueron las Islas Encantadas, esta vez a través de una decisión del Gobierno. El Ecuador había vuelto a la democracia y desde agosto de 1979 eran presidente de la República Jaime Roldós Aguilera y vicepresidente, Osvaldo Hurtado Larrea. Este convocó a un pequeño grupo de personas, entre ellas a Fernando Ortiz, para tratar el tema de Galápagos, y les dio la tarea de revisar el Plan Maestro que se había elaborado en los años de dictadura, evaluar su viabilidad y hacer las modificaciones que creyeren justificadas.

Del estudio del Plan Maestro y de las reuniones que se tuvo en Galápagos, especialmente con las personas a cargo del Parque Nacional Galápagos y la Estación Científica Charles Darwin, quedó claro que el servicio del parque nacional había mejorado (ya tenían para entonces cuatro lanchas a motor y un número de personas entrenadas como guardaparques) y que la estación científica se hallaba desarrollando, en conjunto con el parque,

---

<sup>34</sup> Padre Hernán Andrade S.J., comunicación personal con Gonzalo Ortiz Crespo, julio 1980. Para entonces, el rector Hernán Malo había sido alejado de la PUCE, y la Católica habría de empezar una involución hacia posiciones más tradicionalistas.

programas de conservación en Santa Cruz con bastante éxito (como la eliminación de animales introducidos asilvestrados como chivos, burros, perros y cerdos, así como el salvamento y conservación de poblaciones de iguanas terrestres y de tortugas gigantes, esfuerzos que había que continuar realizando en otras islas). Sin embargo, también quedó claro que hacía falta un organismo que pudiera regular las relaciones hombre-naturaleza, es decir que, por un lado, pudiera mejorar la calidad de vida de los habitantes del archipiélago y que, por otro, regulara el turismo y protegiera la naturaleza en la interacción de los pobladores y turistas con ella.

Estas recomendaciones, que fueron presentadas y discutidas por la comisión especial con los representantes del Ejecutivo y, después, con los propios presidente y vicepresidente de la República, dieron origen al Instituto Nacional Galápagos (Ingala), creado en octubre de ese mismo año de 1980. Su objetivo no era solo el turismo como negocio ni el desarrollo económico puro ni la conservación por sí misma sino un trípode de los tres factores manejados simultáneamente, tratando de equilibrar cada una de las fuerzas, pues ninguna podía tener éxito sin las otras dos. Si había demasiado turismo probablemente se alcanzaba un gran desarrollo económico pero se destruía la naturaleza, que era el atractivo mayor de Galápagos, con lo que se arruinaría el turismo. Si había un gran desarrollo económico, crecerían las ciudades isleñas llenándose de asfalto y cemento, se desarrollaría la pesca con todo tipo de embarcaciones y sistemas de captura, se explotaría la agricultura en las islas con agua de riego, pero se destruiría la ecología de las islas y se hundirían los otros dos lados del trípode, con lo que el desarrollo sería insostenible. Si solo se privilegiaba la conservación, buscando que todo se mantuviera intacto y prístino y se descuidaba a la población, esta no tendría alternativas, padecería mayor pobreza, no podrían recibirse turistas y, a la larga, tampoco podrían sostenerse los esfuerzos conservacionistas por falta de dinero.

Fernando fue nombrado miembro del directorio del nuevo organismo. Su cometido no era sencillo y vio que, aunque se tenía algunos datos, había que estudiar con mucha más profundidad el impacto del turismo en las Galápagos. Tras escucharlo, el presidente Roldós formó en julio de 1980 una comisión de alto nivel con ese objeto, integrándola con los doctores Alfredo Luna Tobar (embajador de carrera del servicio diplomático), coordinador; Fernando Ortiz Crespo, secretario y los miembros: ingeniero Carlos Aguirre Castillo; Juan Black Maldonado; doctor Rodrigo Crespo Fabara; doctor Roberto Crespo Santistevan; licenciada María López de Buitrón y arquitecto David Parra. El grupo inició de inmediato su trabajo de investigación.

En sus funciones de secretario, Fernando tuvo que viajar constantemente a las islas, las que, por cierto, el 8 de septiembre de 1978 habían sido declaradas por la Unesco Patrimonio Natural de la Humanidad, así como Quito había sido declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad; ambos, el archipiélago y la capital, primeros sitios del mundo en obtener tal reconocimiento, lo que precisamente era un factor adicional de atracción para el turismo a las islas.

En efecto, la declaratoria fomentó aún más lo que ya venía sucediendo: continuos reportajes de las estaciones de televisión del mundo entero; repetidas notas en los diarios de más alta circulación en Europa, Estados Unidos y Japón; libros con fotos espectaculares, en todos los idiomas, y visitas a Galápagos de personalidades, científicos, gobernantes y jefes de Estado, entre ellos los reyes de España, los de Suecia y el duque de Edimburgo, esposo de la reina de Gran Bretaña. Todo esto había hecho cada vez más famosas a las islas con lo que el turismo seguía creciendo. Había llegado el momento de empezar a imponer cuotas anuales, restringir los sitios de visitas en las islas para que no se perturbara los más frágiles e imponer reglas claras, como las de que nadie podía visitar Galápagos si no partía desde el Ecuador y volvía a él, para poder establecer controles de flujo.

Tras la muerte del presidente Roldós, ocurrida trágicamente en un accidente de aviación el 24 de mayo de 1981, asumió la Presidencia de la República Osvaldo Hurtado, y fue él quien recibió el informe de la comisión el 23 de junio de 1981. Constaba de 64 páginas, 30 cuadros y ocho anexos. Era uno de los estudios más completos sobre la provincia insular, con capítulos que recogían los antecedentes, objetivos, metodología seguida en el trabajo, principales resultados y luego, en más detalle, el marco legal, la operación turística, el proceso del turismo, las actividades turísticas, la infraestructura y equipamiento turístico, un análisis de estadísticas; manejo del turismo, trayectoria del manejo, situación actual del sistema de control y de la administración del Parque Nacional Galápagos; impacto del turismo, impacto en el medio ambiente, impacto en la población, impacto en el turista, con lo que se llegaba a las conclusiones y recomendaciones concretas.

Hurtado acogió el informe, lo hizo estudiar y, acto seguido nombró a Fernando presidente del Ingala, con el objetivo de que este organismo pusiera en práctica las recomendaciones del informe de la comisión de alto nivel.

Fernando logró combinar esas tareas, que implicaron varios viajes a las islas, con las del museo y las clases en la Católica, pero a inicios de 1983, el propio Hurtado le planteó un cambio sustancial: que dejara la presidencia y pasara a ser director ejecutivo del Ingala, pues se requería más eficiencia y entrega total al tema.

Esto implicaba un cambio muy importante: residir en Galápagos, pues de lo contrario sería imposible cumplir con las tareas. Fernando conversó con su mujer, le explicó la propuesta del presidente y ella, aunque significaba un sacrificio, vio que era lo que convenía a su marido y al país.

Así que Fernando aceptó; renunció a la subdirección del Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales y a las clases de zoología y ecología que había seguido impartiendo en la PUCE,

juró su cargo en una corta ceremonia en el Palacio de Gobierno el 18 de marzo de 1983, y se trasladó a vivir a Galápagos.

En declaraciones de prensa, Fernando manifestó que hasta entonces habían estado en esa función personas que tenían una formación en desarrollo y estaban encargadas de la conservación. “Mi caso es al revés: he sido un conservacionista y ahora me toca encargarme de una entidad que también debe hacer desarrollo en Galápagos”, dijo.

Durante prácticamente dos años residió Fernando en las islas, parte del tiempo acompañado por su familia. Fue un período de intenso trabajo, de colaboración con las entidades presentes en las islas y de diálogo con las autoridades locales y los propios habitantes. Algunos de los pobladores, en especial de los líderes comunitarios, eran amigos de Fernando por sus repetidas visitas a las islas, desde muchacho como voluntario de la Estación y luego como guía científico de Lindblad Expeditions y de Metropolitan Touring. No solo eso sino que, a lo largo de la década de 1970, había visitado el archipiélago liderando varios grupos de científicos y de aficionados a las ciencias organizados por la Academia de Ciencias de California o por la propia Universidad de California. Al no tratarse de un extraño, la figura de Fernando Ortiz era más aceptable por la cada vez más recelosa población de Galápagos.

La administración de Ortiz fue muy dinámica. Entre las más importantes obras que hizo el Ingala en su período, y en cualquier otra época, a decir verdad, estuvo la reconstrucción de la pista aérea de Baltra, la construcción íntegra del aeropuerto de Puerto Baquerizo, en San Cristóbal, y los edificios terminales en los dos aeropuertos. En cuanto a Baltra, se trataba de la segunda reconstrucción, tras la que se había hecho al apuro en 1964. Esta vez se la reasfaltó y adecuó con todo lo necesario para la utilización de aviones jet de pasajeros, “con lo que el Boeing 727-200 de Tame puede ahora hacer diariamente un vuelo a Baltra”.

En Puerto Baquerizo, lo que había al momento de hacerse cargo Ortiz, era una pequeña pista de tierra de 800 m de largo y 20 m de ancho hecha prácticamente sin dinero, a través de mingas de la población de ese puerto. El Ingala construyó una pista nueva de 1.600 m de largo por 60 m de ancho totalmente asfaltada. “Ahora pueden aterrizar aviones C-130 Hércules de la FAE que llegan semanalmente y, en cuanto se ponga el sello asfáltico —obra que hará a continuación el Ingala— podrán aterrizar aviones jet”, decía la prensa.<sup>35</sup>

Los edificios de las dos terminales fueron planificados y contruidos por el Ingala con materiales del lugar y una ventilación natural de corrientes de aire, lograda con la disposición del techo y las paredes. En las fotos de la prensa se ve a Fernando, con su excelente buen humor, entregando las obras a la Dirección de Aviación Civil, en octubre de 1983.

Con esto, ya se pudo implantar la orden de que los turistas solo podían llegar a Galápagos por vía aérea, embarcándose exclusivamente en los aeropuertos de Quito y Guayaquil. Se prohibió la llegada de cualquier tipo de embarcación con pasajeros de cualquier proveniencia, regla que se ha mantenido hasta ahora, lo que facilita el control y preserva el aislamiento del archipiélago, condición indispensable para su conservación.

La variada actividad de Fernando Ortiz al frente del Ingala abarcó mucho más: desde romper el monopolio del diésel hasta becar a jóvenes estudiantes galapagueños para que concluyeran el bachillerato y estudiaran la universidad en el continente, desde controlar el turismo hasta dictar reglas para la pesca.

“El Ingala está dirigido por un zoólogo que ama los pájaros y el Ecuador. Se llama Fernando Ortiz Crespo, tiene la barba negra y las ideas claras: desarrollo sí, pero sin romper el equilibrio ecológico. Progreso sí, pero sin destruir ese maravilloso

---

<sup>35</sup> “Ingala entregó dos aeropuertos”, diario *Hoy*, martes 25 de octubre de 1983.

laboratorio natural de las ciencias en el que Charles Darwin aprendió el ABC de la evolución de las especies. Turismo sí, pero limitado a no más de 20.000 especímenes al año y estrictamente controlados por guías formados en la defensa de la ecología. Los turistas nacionales antes sumaban solo el 20% del total, ahora suman el 40%. Buen síntoma”, decía en esos días Juan Cueva.<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> Juan Cueva Jaramillo, “La endiablada belleza”, diario *El Comercio*, 21 de febrero de 1984. Debe notarse que el Ingala subsistió hasta 2010, es decir durante 30 años. La Constitución de 2008 ordenó que se fusionara con el Consejo Provincial de Galápagos para formar un nuevo organismo, el Consejo de Gobierno del Régimen Especial de la Provincia de Galápagos, que arrancó formalmente a mediados de 2011.

### 30. Conferencista internacional y profesor en Puerto Rico

Para entonces, Fernando Ortiz ya era famoso en el mundo científico, por lo que recibía repetidas invitaciones a dar conferencias o participar en congresos y seminarios. Su manera de exponer, tan chispeante y divertida, atraía a públicos diversos, acostumbrados por lo general a oír aburridas conferencias en un tono monótono. Pero, además, era alguien que tenía qué decir, porque estaba viviendo en directo los temas de la conservación, en una zona tan frágil como las Galápagos, con los triunfos y fracasos que eso implicaba.

Cuando por sus funciones viajaba a Quito era invitado a programas de radio y televisión. Ya entonces Fernando advertía, más temprano que nadie, de los efectos del calentamiento de la atmósfera terrestre, manifestada en el retroceso de los glaciares y la agudización de las catástrofes naturales por el cambio climático.<sup>37</sup>

Según del doctor Ortiz Crespo, cada año es más amplia la oscilación de los volúmenes de agua que llevan los ríos durante los meses de lluvia y los de sequía, siendo los ríos como los termómetros que permiten descubrir el estado de salud en que se hallan las cuencas hidrográficas, muchas de las cuales, sobre todo dentro de las provincias secas de la costa (Manabí y El Oro) se encuentran enfermas.<sup>38</sup>

Fernando reclamaba la indispensable coordinación entre los entes públicos pues se estaban repitiendo los errores de la cuenca del Paute en el Pastaza, para la central Agoyán, y también el Toachi-Pilátón, por lo que coincidía con Roque Sevilla, presidente de la Fundación Natura, en la disminución de la vida

---

<sup>37</sup> “Vida útil de Paute se reducirá en 10 años”, diario *Hoy*, 14 de febrero de 1983. Reseña del programa “Una hora”, del canal 4 de TV, Teleamazonas, y radio Colón.

<sup>38</sup> “Los ríos en el Ecuador no llevan agua sino lodo”, diario *El Comercio*, 16 de febrero de 1983.

útil de las presas por la sedimentación, consecuencia de la tala de bosques y la erosión.

Insistió sobre la idea de que es preciso crear una conciencia ecológica, sobre todo en los líderes, señalando que le ha sorprendido el escaso conocimiento del tema que muestra la mayor parte de los políticos. Observó que los americanos ... [debemos] reconocer que esta tierra es nuestro patrimonio y de las nuevas generaciones y destacó los efectos que sobre la naturaleza han tenido el uso de la motosierra que derriba un árbol en 10 minutos, labor que antes demandaba un día, y la apertura de carreteras en el Oriente, debido a la explotación de petróleo, resultando que allí “cada nueva vía se convierte en gangrena de los bosques naturales”.<sup>39</sup>

Una de esas invitaciones —recuérdese que en esa época no había Internet, así que las comunicaciones eran por telégrafo desde el continente y por cablegrama desde el exterior— iba a tener consecuencias. En efecto, su antigua amiga y colega, la doctora Cándida Acosta, quien, como se narró en su momento, había sido su antecesora en la dirección del Departamento de Biología de la PUCE, le invitó a dirigir un seminario sobre las Galápagos en la Universidad del Sagrado Corazón, en Santurce, Puerto Rico.

Fernando acudió a la invitación en diciembre de 1983. Supo que la universidad que le acogía era la única institución católica de educación superior de Puerto Rico. Vio que Santurce era, en realidad, un barrio de San Juan, la capital de la isla. De su visita se hicieron eco los diarios y la televisión, y el auditorio donde se desarrolló el seminario de un día de duración estuvo repleto. Fernando aprovechó un día adicional para conocer los zumbadores verdes (colibríes endémicos de Puerto Rico) y otras aves de la isla, en la que estaba por primera vez, sin dejar de hacer una breve visita de turismo al viejo San Juan.

---

<sup>39</sup> Diario *Hoy*, *loc. cit.*

Lo que no sabía Fernando era que la impresión que dejó, en el par de días que había estado en la isla de Borinquen (el otro nombre de Puerto Rico), había sido tan positiva que, cuatro meses después, el doctor Pedro González Ramos, presidente de la Universidad del Sagrado Corazón, y la doctora Acosta, decana de asuntos académicos de la misma, viajaron a Quito para insistirle en una propuesta que le habían hecho antes por carta: el cargo de profesor principal de Zoología.

Su amiga Cándida se lo había planteado, pero Fernando se negaba a aceptar. Aunque no sabía qué le depararía el futuro inmediato, confiaba en poder seguir en sus labores conservacionistas en el Ecuador. La presencia de los dos extranjeros en su casa, el panorama que le pintaron (le proporcionarían casa gratis, educación gratuita para sus hijos, un buen sueldo, buenas condiciones de investigación) y el entusiasmo con que lo hicieron, abrió finalmente un resquicio:

—Les agradezco mucho su propuesta. Quiero decirles que es muy atractiva y que me inclinaría a aceptarla si es que las cosas cambian en el Ecuador. Como ustedes saben, el país está en plena campaña electoral. Mi aceptación va a depender de quién gane en el mes de mayo la segunda vuelta presidencial y cuál sea el panorama para continuar trabajando por el futuro de Galápagos.

El triunfo en las elecciones presidenciales de 1984 fue de León Febres Cordero y Fernando analizó que, con él al mando, a pesar de algunas relaciones de amistad que tenían altos cargos en ese Gobierno, sería imposible contar con el respaldo político que requería para desarrollar su obra en el Ingala. Así que cablegrafió su aceptación a sus amigos de la Universidad del Sagrado Corazón.

En agosto de 1984, Fernando, Cecilia y sus tres hijos empacaron de nuevo sus cosas y salieron hacia su nuevo destino: San Juan de Puerto Rico. La casa reservada para ellos quedaba en el propio campus de la universidad y allí se alojaron. Los hijos varones entraron al colegio que dependía de la universidad, mientras Verónica, todavía pequeña, fue inscrita en un jardín

de infantes particular. Más tarde, Cecilia empezó a trabajar — primera vez que lo hacía fuera de casa—, en la empresa Mars, más conocida por fabricar los famosos chocolates M&M.

Fernando, por su parte, se dedicó de lleno a sus clases, pero, por entonces, le picó otro bichito: el de la computación.

En realidad, su interés por las computadoras nació cuando, al hacer su tesis doctoral, el Departamento de Zoología de la Universidad de California en Berkeley adquirió una Wang, “un cruce entre una calculadora por su capacidad y una lavadora por su mole y aspecto”, según él decía. En esa computadora realizó sus primeros modelos de forrajeo (las pautas de alimentación diaria), un tema de especial interés para un zoólogo/ecólogo que había trabajado con colibríes desde su adolescencia.

En Puerto Rico encontró que las computadoras personales se habían popularizado. En 1977 había aparecido la Apple II, la famosa microcomputadora creada por Steve Wozniak y Steve Jobs, a la que Fernando se dedicó con pasión. “Allí tuve la oportunidad de adquirir mi primera computadora, la más avanzada y casi postrera de la línea Apple II, la IIe, con la que me autoeduqué en los arcanos de la informática”, afirmaba.

Su mente matemática y la necesidad de realizar gráficos para acompañar sus textos, le llevaron a desarrollar técnicas de programación para graficar... todo esto antes de que aparecieran programas específicos para ello, que hoy son comunes. Su dominio del mundo de los gráficos por computadora le llevó a escribir unos apuntes que fueron expandiéndose y, al final, fueron publicados en un libro que tituló *Introducción a los gráficos por microcomputadora* (Quito, 1995, edición del autor), donde ofrece una explicación clara de lo que son estas máquinas, sus partes, la forma en que convierten información en datos guardados en su memoria, los procesan y elaboran, y de cómo los datos pueden generar imágenes visuales.

Aunque la discusión principal concierne a la línea Apple II, el libro también detalla las complejidades de la programación de gráficos en el ambiente de las IBM y de las compatibles con IBM.

Todo este aporte es de gran originalidad, considerando que el libro fue acompañado de un disco de programas. Constituyó así un esfuerzo único en su género en el campo de las publicaciones técnicas en el medio ecuatoriano.

Pero antes de esa publicación en el Ecuador, Fernando llegó a saber tanto de computadoras que, conversó sobre el tema, en una recepción a la que había sido invitado, con el Gobernador de Puerto Rico, Rafael Hernández Colón. Lo hizo con tal entusiasmo y conocimientos que el gobernador quedó impresionado. A los pocos días, le llamó para una conversación privada y le pidió que fuera su asesor en el tema. Así que Fernando, a más de zoólogo y ecólogo, pasó a ser asesor en informática del Gobernador de Puerto Rico.

Unir la computación con la zoología le llevó también a orientar una solicitud para fondos de investigación para el área de biología de la Universidad del Sagrado Corazón. Después de obtener dos o tres *grants* de 20.000 o 30.000 dólares, se lanzó a preparar una solicitud grande para un *grant* de medio millón de dólares.

Sin embargo, la situación familiar no era tan halagüeña como se lo habían pintado al proponerle su profesorado en Puerto Rico: la casa, en verdad, era gratuita pero, como se dijo más arriba, quedaba en medio del campus universitario, el cual permanecía total y absolutamente desierto entre el viernes por la noche y el domingo. Eso, que pudo ser agradable las primeras semanas, se convirtió después en un problema de soledad e, incluso, de inseguridad para todos los Ortiz Vintimilla.

Por otro lado, se acercaba el momento de que Luis Fernando, el mayor de los hijos, decidiera sobre sus estudios universitarios, lo que luego tendría que hacer también Juan Pablo. Tras varias conversaciones entre los padres y de ellos con sus hijos, llegaron a la conclusión de que los chicos no seguirían en Puerto Rico y que volverían al Ecuador en el verano del 86. Verónica fue a Cuenca a vivir en casa de una de las hermanas de Cecilia y a seguir la primaria en esa ciudad; los dos varones, en cambio, se

quedaron en Quito, viviendo con la familia de Freddy Neuman y Mariana Wray, que tenían hijos de la misma edad, íntimos amigos de los Ortiz Vintimilla desde la infancia.

Cecilia los dejó acomodados y volvió a Puerto Rico, pero a fines de año, regresó al Ecuador, esta vez con Fernando para visitar a sus hijos. La Navidad la pasaron todos juntos en Cuenca, retomando su costumbre de siempre. El estar con su familia fue decisivo para Cecilia: resolvió no regresar a Puerto Rico, quedarse con sus hijos, reunirlos de nuevo, hacer vida de hogar. Y le planteó a Fernando que renunciara y se quedara también con ellos. A Fernando le resultó muy complicado renunciar en medio del año escolar, y regresó solo a Puerto Rico, previendo quedarse al menos seis meses más.

El trabajo incesante era para Fernando su único refugio. Sus tareas como asesor en computación del gobernador Hernández se extendieron a formular políticas sobre el naciente fenómeno de la informática para el Gobierno de la isla, mientras seguía con sus clases de zoología.

Pasaron los meses y, de súbito, al finalizar el año escolar, la vida le iba a poner frente a otra disyuntiva increíble: en una reunión a la que asistieron en su visita a Quito a fines del año anterior, Fernando y Cecilia escucharon a un funcionario de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid, por sus siglas en inglés) que esa entidad buscaba un consultor en Recursos Naturales. A Cecilia no se le había olvidado el tema, y en ausencia de Fernando, envió la hoja de vida de su marido a la Usaid.

La coincidencia estuvo en que exactamente el mismo día en que la Usaid desde Quito le comunicaba a Fernando que el puesto de consultor de Recursos Naturales era suyo y le pedía enviar su aceptación, también los Institutos Nacionales de Salud le comunicaban desde Washington la concesión del *grant* de 500.000 dólares para financiar los proyectos de investigación en biología que había presentado. Fernando no lo podía creer: ¡era

estadísticamente improbable que le comunicasen ambas cosas el mismo día, pero había sucedido!

¿Qué hacer? Sopesaba cada posibilidad y no hallaba respuesta. Por momentos pesaba más el gusto de volver a Quito con su familia; en otros, en cambio, la responsabilidad frente a la Universidad del Sagrado Corazón, en cuyo nombre había presentado la propuesta. Al final de aquel día de pensar y cavilar solo, inclinándose ya por una, ya por otra alternativa, buscó a unos amigos muy queridos, Dafne y Pedro Valle, a quienes les contó la encrucijada en que se hallaba. Ellos le llevaron a cenar y conversaron durante horas. El principal argumento de los Valle era que la oferta de Quito le daba la maravillosa posibilidad de hacer nuevamente vida de familia, de la cual no podía seguir alejado sin ponerla en riesgo, y que la alternativa, el medio millón de dólares, finalmente era para la universidad, para unos proyectos que Fernando había diseñado pero que bien podían ser ejecutados por el personal de esta. Que, si de responsabilidad se trataba, finalmente más responsabilidad tenía con su familia que con la universidad.

Para animarle a decidirse le dijeron que le acompañarían a Quito:

—Mañana a primera hora compramos los pasajes y viajamos con nuestros hijos, para visitar a Cecilia y a tus hijos y hacer turismo en el Ecuador... ¿Qué dices? Además, así te facilitamos llevar tus maletas.

Fernando, tan bien aconsejado por estos amigos, tomó su decisión y al día siguiente puso el cablegrama aceptando el puesto en la Usaid. Presentó su renuncia a la universidad, que estaba cerrando el año escolar. Su amiga, la doctora Acosta, entendió las razones de Fernando, a pesar de que lamentaba su separación.

A los pocos días, Fernando llegaba en Quito con la familia Valle, cuyos integrantes pasaron felices un mes entero en el Ecuador, compartiendo con los Ortiz.

“Fue providencial”, dice Cecilia, “no solo por la familia sino por el propio Fernando: al año siguiente, tras un cambio en las

autoridades de la Universidad del Sagrado Corazón, despidieron a todos los profesores extranjeros. ¿Qué habría pasado con Fernando entonces?”.

### **31. Los recursos naturales del Ecuador y los esfuerzos por su conservación**

Así fue como en julio de 1987, Fernando Ortiz firmó su contrato como consultor en Recursos Naturales de la Usaid. A la vez retomó sus clases de ecología en la PUCE, sus artículos semanales en el diario *Hoy* y su asesoría al Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales.

La oportunidad de trabajar con una mirada más amplia que abarcaba todos los recursos naturales del Ecuador fue excelente para el biólogo, que estaba muy capacitado para ello, como conocedor de primera mano de todos los rincones del país, sus pisos ecológicos, su flora y fauna y, también, la acción del ser humano sobre esos recursos a lo largo de la historia.

Precisamente la historia de esa relación hombre-naturaleza le había atraído siempre: tenía en su biblioteca una colección de las crónicas de los viajeros que llegaron a Sudamérica y describieron su naturaleza, desde los primeros cronistas de Indias que vinieron con los conquistadores españoles hasta los exploradores del siglo XIX y comienzos del XX, sin olvidar, en el caso del Ecuador, la Misión Geodésica Francesa del siglo XVIII ni el gran sabio ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado. Estudió y comentó a estos cronistas y exploradores en artículos en diarios y revistas, trazando una cada vez más completa historia de las ciencias, especialmente de las ciencias naturales, en el Ecuador. Uno de sus primeros trabajos en este sentido fue la nomenclatura científica que elaboró para el primer tomo de la “Historia del Reino de Quito” del P. Juan de Velasco, tomo titulado precisamente “La Historia Natural” que editó la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1973. La nomenclatura elaborada por Fernando contiene los nombres científicos de animales, plantas y minerales que el historiador jesuita tomó del habla popular.

Tenía además Ortiz Crespo una percepción muy certera sobre los efectos que la acción de los humanos estaba causando en el ecosistema, un ecosistema que era más frágil de lo que se

pensaba. Su difusión por artículos, conferencias, apariciones en televisión se centraba en explicar, con términos claros y con la transparencia total de un científico, esos efectos y lo que habría que hacer para revertirlos. A su vez, en su trabajo, podría asesorar directamente a las autoridades del Gobierno sobre políticas concretas de uso de los recursos naturales de manera sostenible.

Para eso, Fernando canalizó la ayuda de la Usaid para temas concretos: uno de ellos era, como lo había sostenido siempre, la deforestación. Impulsó del desarrollo forestal del país, a través del llamado “Plan Bosque” y, para contrarrestar las enfermedades que afectan a los bosques y a los viveros, animó un acuerdo entre el Ministerio de Agricultura y Ganadería con el Departamento de Biología de la PUCE para crear dentro del Departamento de Entomología, dirigido por el doctor Giovanni Onore, un centro de diagnóstico de las plagas forestales, para el que la Usaid donó equipos.

Entre los principales problemas de los recursos naturales en el Ecuador estaba, según los estudios de Fernando, la destrucción del ecosistema de manglares por la actividad camaronera (sus exportaciones habían subido de apenas 4 millones de dólares en 1975 a 380 millones en 1987). Para entonces, se habían destruido casi todos los manglares de Manabí y 30% de los de El Oro, y solo se habían salvado los de la mitad norte del Golfo de Guayaquil y los de Esmeraldas. Fernando en sus artículos y en los informes que preparaba para las autoridades nacionales, pronosticaba problemas para la propia cría de camarón por la calidad del agua, al ocurrir pérdida de oxígeno y aumento de salinidad y presencia de desperdicios en las camaroneras, lo que se cumplió con la aparición del virus de la mancha blanca que afectó de manera dramática a las exportaciones de camarón entre 1999 y 2005. El área de las camaroneras en operación bajó de 200.000 hectáreas en 1998 a 50.000 en 2000, y su recuperación fue lenta, pues no se alcanzó el área anterior hasta 2007.

Otro tema que le preocupaba mucho era el manejo inadecuado de los recursos forestales: sus estudios demostraron que una

gran parte de la madera no se extraía de bosques manejados técnicamente sino de bosques vírgenes y lo que era peor, concluía, era que la mayor parte de la madera de los bosques vírgenes se desperdiciaba, porque la industria solo ocupa 20 o 30 especies de árboles de las 3.000 o 4.000 especies existentes en el Ecuador. Como en los bosques tropicales no hay un solo tipo de árbol, para buscar uno de madera fina se talaban muchos otros que no tienen aprovechamiento. Calculaba que un 70% de la madera en pie en una hectárea de bosque tropical que se tala, se quema *in situ* o se deja pudrir. Era escandaloso e indignante. Generó entonces documentos de políticas para un más estricto control gubernamental, al tiempo que convocó foros y discusiones con los directivos de las principales industrias madereras.

La erosión era también una preocupación grande de Fernando Ortiz, que llegaba a coincidir con muchos otros estudiosos en que era el peor problema ambiental del Ecuador: tres millones de hectáreas estaban erosionadas en la Costa y Sierra. Anticipaba ya entonces el problema de sedimentos que iba a enfrentar la represa de Paute y las súbitas crecidas e inundaciones de los ríos de la Costa.

La mala distribución espacial y social del recurso hídrico también era señalada por él como una de las cuestiones ambientales críticas.

Fernando se molestaba mucho con los análisis simplistas sobre cuáles eran las raíces de los problemas ambientales que acusaban, decía, “a las ‘estructuras’, al ‘sistema’, a la ‘pobreza’, a la ‘explosión poblacional’, a la ‘deuda externa’ o a otro factor igualmente intratable, de ser la causa de todos los problemas”. Estos análisis le parecían “paralizantes, pues en el mejor de los casos podrán pasar décadas antes de que puedan cambiarse tales factores”. Él no compartía el pesimismo que implican tales posturas y apuntaba a “otras causas más fáciles

de tratar, tales como las políticas de Estado sobre el manejo de los recursos naturales”.<sup>40</sup>

Consideraba que “las instituciones estatales responsabilizadas legalmente para el manejo” de los recursos naturales (como los hidrocarburiíferos, los hídricos, el patrimonio forestal del Estado) “no han estado a la altura necesaria para hacerlo efectivamente”. Señalaba, por ejemplo, que el área terrestre a cargo de cada miembro del Departamento de Parques y Reservas de la Dirección Nacional Forestal superaba las 15.000 hectáreas y que los dos millones de hectáreas del “patrimonio forestal del Estado” en la provincia de Esmeraldas no tenía ningún personal asignado a su control.

Esta falta de presencia estatal había permitido todo tipo de abusos desde la expedición de la Ley Forestal de 1981, a lo que se sumaba la permisividad de dar títulos de propiedad “a colonos que han invadido los parques nacionales, las reservas, las áreas de patrimonio forestal y las áreas de bosques y vegetación protectores, sin ninguna referencia a la vocación agrícola de la tierra”.

Y apuntaba también la falta de inversión en la base científica del país: los bajos sueldos, la falta de carreras universitarias, la falta de inversión en proyectos científicos y tecnológicos. Pero también criticaba la irresponsabilidad colectiva, pues no cuidamos el patrimonio común tratando, al contrario de aprovecharnos al máximo de recursos que creemos ilimitados.

### *La muerte de su padre*

Fernando tuvo en diciembre de 1988 la pena de perder a su padre. Desde su jubilación tras ser Superintendente de Bancos, Luis Alfonso Ortiz Bilbao había tenido un largo pero fructífero retiro. En los setenta había sido director del Museo Municipal “Alberto

---

<sup>40</sup> Ortiz Crespo, Fernando, *Los recursos naturales del Ecuador*, Quito, Fundación Natura, 1990.

Mena Caamaño” y, antes y después de ese cargo, había investigado sistemáticamente temas de la historia colonial temprana y la vida de Sebastián de Benalcázar. Sus investigaciones históricas le habían llevado a ser admitido en la Academia Nacional de Historia, de la que fue nombrado secretario perpetuo, lo que, junto con sus lecturas y sus nietos, le tenían siempre ocupado.

Orgulloso de los triunfos de sus hijos, les seguía dando ejemplo de pulcritud, honestidad y responsabilidad. Era un gran conversador, de un humor agudo, y muy simpático. Realizó varios viajes dentro y fuera del país. No dejó nunca la costumbre de toda su vida de salir de paseo los sábados, y lo hacía con su mujer y una pareja de amigos, a los que iba a ver en su camioneta de doble cabina; manejó su vehículo hasta poco antes de su muerte.

Se empeñó en cumplir la ilusión que había tenido más de un cuarto de siglo: construir una casa en un terreno comprado en los años 1950 en Capelo (San Rafael, Valle de Los Chillos), con playa al San Pedro, río que se dominaba desde un promontorio en la parte alta de la propiedad. Allí su hijo Alfonso, arquitecto de profesión, y un colega suyo, planificaron una casa muy moderna, que fue construida entre 1987 y 1988. Luis Alfonso tenía la ilusión de mantener su casa de San Marcos, que había estado en poder de su familia cien años, pero una inflación galopante, desatada por la política económica de Febres Cordero, elevó de tal manera los costos de los materiales de construcción y de la mano de obra que, con gran pena, se vio obligado a vender su casa del centro histórico y parte de lo que le pagaron pudo destinar a terminar la del valle, a la que bautizó como Río Escondido. El nombre es muy apropiado porque solo al llegar al balcón posterior de la casa se descubre la hermosa vista del San Pedro, cuyas aguas se aproximan desde el sur (a la derecha del espectador), curvan a sus pies y se alejan hacia el suroriente.

Luis Alfonso y Lolita, y junto con ellos la hermana soltera de Luis Alfonso, Isabel (la “tía Chabita”), se trasladaron con gran ilusión a la nueva casa a mediados de 1988. Luis Alfonso

cumplió el 31 de octubre sus 85 años en Capelo, lo que fue celebrado con una gran fiesta. Pero la buena salud de que gozaba se quebró a inicios de diciembre, en que tuvo que ser hospitalizado. Los exámenes revelaron que tenía un cáncer al páncreas en su etapa terminal. Los médicos operaron, pero solo pudieron limpiar la zona abdominal, muy afectada, sin poder extraer el cáncer que había hecho metástasis, y cayó en coma. Cinco días después se despertó, y con gran paz se despidió de su mujer y de sus hijos, a cada uno de los cuales dio su bendición, antes de caer de nuevo en coma. Dos días después falleció. En una semana ese hombre en plena actividad intelectual, fuerte y animoso, se había ido. Fernando, como hijo mayor, fue de especial consuelo para su madre.

### *Aves y conservación*

A pesar de los dolores personales y de los problemas, que nunca faltan, Fernando Ortiz no descansaba en impulsar nuevas iniciativas. Una de ellas fue la Corporación Ornitológica del Ecuador, denominada originalmente Consejo Ecuatoriano para la Conservación e Investigación de las Aves (Cecia) y hoy llamada Aves y Conservación. Fue creada por un grupo de ornitólogos y aficionados a las aves conscientes de las crecientes amenazas para la conservación de las aves y sus hábitats en el país.

Entre sus miembros fundadores estuvieron los reconocidos conservacionistas e investigadores, lastimosamente ya fallecidos, Gustavo Orcés, Fernando Ortiz Crespo, Juan Black, Juan Carlo Matheus. Otros miembros destacados del ámbito conservacionista ecuatoriano que formaron parte de Aves y Conservación son Tjitte de Vries, Oswaldo Báez, Juan Manuel Carrión, Paul Greenfield, Nancy Hilgert, Sergio Lasso, Félix Man-Ging, Cecilia Pacheco, Rodrigo Sierra, Luis Suárez, Rafael Narváez y Carlos Valle.

Los proyectos icónicos que la organización realizó en sus primeros 15 años de gestión incluyen la Campaña Nacional “Salvemos al Cóndor”, la búsqueda y determinación del estado

poblacional del Matorralero Cabecipálido, *Atlapetes pallidiceps*, el aporte al diseño del Sistema Regional de Áreas Naturales Protegidas y sus estrategias de manejo para las provincias de El Oro, Loja, Morona-Santiago y Zamora-Chinipe (donde se priorizó tres áreas: Laipuna-Jorupe, Cuenca del Casacay y Cordillera del Cóndor), la conservación del cóndor andino *Vultur gryphus* en el Ecuador, la evaluación del estado poblacional y etnozoología del águila arpía *Harpia harpyja* en el Ecuador, la determinación del estado poblacional y distribución de la familia Cracidae en la Amazonía del Ecuador, la determinación de poblaciones de *Ara ambigua guayaquilensis* y *Amazona autumnalis lilacina* en el Occidente del Ecuador, el análisis preliminar e inventario de la avifauna para la creación del corredor Reserva Ecológica Cotacachi-Cayapas y territorio Awá, la evaluación del uso de nidos artificiales para aves de un bosque alterado en la Reserva Bellavista al Noroccidente de Pichincha, los efectos en las poblaciones de Crácidos de la construcción y uso de la carretera Pompeya-Iro en el Parque Nacional Yasuní.

Del 3 al 9 de noviembre de 1991, Cecia realizó en Quito el IV Congreso de Ornitología Neotropical, con el apoyo del Departamento de Ciencias Biológicas de la PUCE. Durante el Congreso se presentaron 228 ponencias a más de exhibiciones de afiches, pinturas de aves, foros y discusiones. Se contó con la presencia de más de 500 personas. En 1991, Cecia logró que el Congreso Nacional declare al 7 de julio como Día Nacional del Cóndor Andino. En todo esto tuvo participación activa Fernando.

Adicionalmente, todos los años desde 1993, durante el mes de octubre y a nivel nacional, Aves y Conservación organizaba una serie de actividades dedicadas a la observación de aves. Como parte del Festival, en 1998 se logró que el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito declare a octubre como el mes de las aves.

Desde 1999 Aves y Conservación mantuvo una relación cercana con el Parque Metropolitano Guanguiltagua, donde el área de la quebrada Ashintaco ha constituido la pieza clave de

muchas de sus acciones encaminadas a la educación y la difusión de información ambiental, proveyendo recorridos de observación de aves para la ciudadanía en general y para colegios de la ciudad. En esa quebrada y sus alrededores ha trabajado activamente, con el apoyo de estudiantes de colegios y universidades, en la reforestación con especies nativas propagadas en un vivero de su propiedad (aproximadamente 10.000 plantas). El área sobre la quebrada colindante al primer parqueadero, fue dotada de plantas nativas e introducidas que son atractivas a colibríes con el objeto de que estas aves lo frecuenten. El área se denominó como el “Jardín de Colibríes” y en noviembre de 2005 fue dedicado a la memoria del destacado ornitólogo Fernando Ortiz Crespo.

Precisamente ese mes, Cecilia adoptó el nombre de Aves y Conservación, pues su trabajo que en un inicio se orientó a la investigación había evolucionado hacia el logro de la conservación de las aves y otra biodiversidad en general, sin dejar de lado la investigación para identificar prioridades. Otro importante objetivo que adquirió con los años fue la educación y difusión de información ambiental para crear una ciudadanía informada y empoderada, capaz de tomar sus propias decisiones sobre el ambiente; así como el cabildeo de políticas ambientales.

Fernando Ortiz era una autoridad reconocida en las aves del Ecuador. Esto daba lugar, a veces, a situaciones jocosas, como la vez en que su hermana Ximena le contó que había un ciudadano estadounidense muy aficionado a los loros, que en un viaje al Oriente había comprado uno de muchos colores. El gringo había consultado sus guías de aves, pero no había podido identificar la especie de este loro tan colorido. Además, había enviado fotos del loro a su hija en los EEUU para que ella le ayudara a identificar con los libros y expertos que conocían en aquel país, pues la afición a los loros era antigua y de toda la familia, y tampoco lo habían podido hacer. Así que Ximena le dijo a Fernando si podía ayudar a este estadounidense a reconocer al loro en cuestión. “Claro, no hay problema. Tráigame usted misma una fotografía”, le dijo.

Ximena, en efecto, le trajo a los pocos días una foto que le proporcionó su amigo. Fernando vio el retrato del loro multicolor y estalló en carcajadas. Ximena no salía de su asombro.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Por qué la risa?

A lo que Fernando le contestó, todavía entre risas.

—Es que su amigo ha caído en la trampa: los indios con quienes ha estado en el Oriente son expertos en pintar a los loros, para venderlos a los incautos. Así que este es un loro común, solo que muy adornado por la pintura que le han puesto los indios. Dígale que lo mejor que puede hacer es darle una buena lavada al loro y que enseguida aparecerán sus verdaderos colores... Ja, ja.

### *La transformación del INIAP*

Convencido de que la investigación agropecuaria era fundamental para el país, Fernando veía con preocupación el deterioro del Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria (Iniap). Este había perdido a 14 profesionales altamente calificados por no poder ofrecerles sueldos adecuados y había sufrido una larga huelga de trabajadores de la que no había podido recuperarse.

Trabajando desde su puesto en la Usaid colaboró estrechamente con Fundagro, una fundación para el desarrollo del agro, y con IDEA, un instituto de investigaciones también ligado a los temas del campo. Su convencimiento de la necesidad de reforzar las políticas públicas de apoyo a la investigación científica le llevó a proponerse salvar al Iniap.

Por eso, lideró el equipo conformado por funcionarios del Ministerio de Agricultura y Ganadería, el propio Iniap y las fundaciones privadas mencionadas que, tras los análisis respectivos, formuló una ley especial que daba autonomía al Iniap, le permitía tener mejores sueldos (para no perder a sus científicos) y le otorgaba una misión más ambiciosa al aplicar la ciencia y la tecnología al desarrollo agropecuario y a lo que ya empezaba a apuntarse como la seguridad alimentaria del Ecuador. Luego de redactar un proyecto de consenso, el trabajo

continuó con el cabildeo en el Congreso Nacional hasta que finalmente este expidió la Ley del Instituto Nacional Autónomo de Investigaciones Agropecuarias, que fue promulgada por el presidente Rodrigo Borja como Ley 165, el 22 de julio de 1992.

## 32. África y el Amazonas

Conocer África es un sueño recurrente para un zoólogo, y más para quien desde sus cuatro años podía distinguir el elefante africano del asiático, el guepardo del leopardo y escoger correctamente los cromos del ñú, el antílope, el wildebeest o la gacela. A sus 48 años, en 1991, Fernando pudo cumplir ese sueño cuando asistió a las negociaciones del Convenio sobre la Diversidad Biológica, como parte del equipo del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), negociaciones que se celebraron en la sede del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) en Nairobi, Kenya.

En este punto, va a ser mucho mejor que Fernando cuente una parte de sus experiencias en sus propias palabras, para que los lectores vean la emoción y belleza de su relato:

Aunque Nairobi está a las puertas de la sabana africana, un viaje de 200 kilómetros al interior de Kenya nos adentra en el corazón mismo de este maravilloso ecosistema. La Reserva Nacional Masai Mara consiste de 320 Km<sup>2</sup> de tierras protegidas del pastoreo y cultivo, en gran parte llanuras herbáceas salpicadas de bosques y chaparros, donde se ha preservado la naturaleza, sin otra intervención que el turismo motorizado. En la periferia de la reserva, la tribu de los Masai, tradicionalmente dedicada al pastoreo de ganado, ocupa la hierba para alimento de su ganado y se aparta el nomadismo en la última década del Siglo XX.

Tan pronto uno llega a Narok, el núcleo urbano más cercano a la reserva, observa que las gacelas de Thomson están por todas partes, muchas veces a corta distancia de los rebaños de los Masai. Más lejos se ve una que otra jirafa, mordisqueando el follaje de los arbustos o empinándose para podar el follaje de una acacia, y no deja de llamarnos la atención que los Masai, sus animales y la fauna silvestre encuentren qué comer en las resacas planicies que rodean

a Narok. Pero unos kilómetros más allá, luego de que la carretera asfaltada da paso a una trocha bien marcada en la tierra rojiza, la sabana se torna más verde y llegamos a la parte protegida de Masai Mara, que constituye geográfica y ecológicamente la continuación hacia el norte de las llanuras herbáceas del Serengueti en Tanzania con 13.250 Km<sup>2</sup> de tierras protegidas.

La escena que nos espera es casi imposible de reflejar en palabras. Hasta donde llega la vista, en cualquier dirección, se extienden planicies ligeramente inclinadas en variados ángulos, cubiertas de hierba suculenta y fragante, interrumpida en trechos por manchones de arbustos y árboles cuyo follaje verde oscuro resalta aún más la vastedad de las verdeamarillentas sabanas. En el lejano horizonte, colinas azules nos anuncian que las llanuras siguen sin fin detrás de ellas. Cuesta trabajo medir la distancia y acostumbrar nuestros ojos a este espectáculo sin par, pero con la ayuda de nuestro guía empezamos a discernir los rebaños de herbívoros: gacelas, antílopes, “ñúes”, cebras, búfalos forman el grueso del elenco, mientras que grupos de jirafas, cerdos verrugosos y avestruces parecen los principales actores del vastísimo escenario que se abre ante nosotros. De pronto, a la distancia, distinguimos la inconfundible silueta de un elefante, y tras ella la de otro, y otro más. Nos acercamos y no lejos de ellos nos cruzamos con dos rinocerontes negros, madre e hijo, remontando imperturbables los brotes de un arbusto, sin que parezcan incomodarse por las grandes espinas que sobresalen del follaje. Aquí mismo, en este ecosistema cuya última muestra intacta se extiende desde el interior de Sudáfrica al interior de Kenya, es donde la humanidad dio sus tímidos primeros pasos hace dos millones de años. Aquí, en medio de este esplendor natural, fuimos hombres por primera vez, y es irónico pensar que los países africanos y las organizaciones conservacionistas como el WWF ahora deben hacer

esfuerzos heroicos para evitar que la propia humanidad arrolle esta herencia natural incommensurable.<sup>41</sup>

Y en otro artículo, siempre motivado por la conservación de la naturaleza, relató lo siguiente:

Hace tres semanas tuve oportunidad de entrevistarme con el doctor Richard Leakey, hijo del famoso paleo-antropólogo doctor Louis Leakey, en su despacho en el Departamento de Vida Silvestre de Kenya, situado en la sede del Parque Nacional Nairobi.

El tema del que se habló fue el manejo de los elefantes africanos, cuya conservación preocupa mucho al gobierno de Kenya —que anualmente recibe más de US \$ 500 millones por eco-turismo— hasta el punto de que encargó al doctor Leakey incendiar públicamente el año antepasado varias toneladas de colmillos para disuadir a los mercaderes de marfil.

Los elefantes, de Asia y África, son las dos especies de animales terrestres vivientes mayores que existen. Los primeros han quedado reducidos a apenas 50.000, desparramados por toda el Asia, a pesar de que en la especie asiática sólo los machos llevan colmillos (en realidad segundos incisivos).

El Elefante Africano, el mamífero terrestre más grande de todos, vive (o vivía hasta hace poco) desde el borde sur del desierto del Sahara hasta el borde norte de Angola, Botswana y Sudáfrica. Los machos adultos mayores llevan colmillos de 90 Kg cada uno, tienen la imponente alzada de 4m y pesan hasta 8 toneladas. En esta especie, machos y hembras adultos llevan colmillos prominentes, que son la fuente principal del marfil —material universalmente apreciado desde la más remota antigüedad.

---

<sup>41</sup> “La Reserva Nacional Masai Mara”, diario *Hoy*, 12 de marzo de 1991.

La creciente pobreza de África, con una población humana que aumenta más rápido que la producción de alimentos, ha exacerbado la codicia de los cazadores de elefantes, que saben que un par de colmillos normales (50 Kg. de marfil por colmillo) cuestan de US\$ 5 mil a US\$ 15 mil dependiendo de los vaivenes del mercado. En los ocho años de 1979 a 1987 el número total de elefantes africanos ha sido reducido de 1.3 millones a 800 mil, y la población de Kenya ha sido literalmente diezmada por la caza furtiva pasando de 150 mil animales a 15 o 20 mil actualmente. La responsabilidad de estos lúgubres números quedó aclarada a través de un estudio del Pnuma que mostró que los daños que los elefantes causan a la agricultura no eran el factor más importante para su exterminio, sino el hambre de marfil —o de divisas fuertes, que es lo mismo—. Y como sólo los elefantes adultos tienen colmillos, los cazadores concentran su depredación en estos acabando con los individuos reproductores.

En un primer momento, según Leakey, se pensó que fijando cuotas de marfil país por país a ser legalmente vendidas se impediría la hecatombe elefantina, pero la experiencia demostró que el mercado negro neutralizaba todo avance, y entonces Kenya tomó la iniciativa de pedir a las naciones del mundo, a través del Convenio “Cites”, declarar una prohibición total al comercio internacional de marfil. El problema ahora es que países como Zimbabwe y Botswana, donde los paquidermos no han sufrido mayor depredación, tienen ahora un exceso de ellos y desean cosecharlos para vender el marfil y ganar divisas legalmente. Leakey se opone pues cree que cualquier brecha en el dique de la prohibición producirá una avalancha, y más tarde o más temprano se acabarán los elefantes, y con ellos buena parte del encanto que tiene visitar el África.<sup>42</sup>

---

<sup>42</sup> “El marfil y los elefantes”, diario *Hoy*, 22 de marzo de 1991.

Otro viaje maravilloso que hizo Fernando Ortiz, y este menos planificado que el de África fue una travesía fluvial por el Amazonas desde Leticia (en Colombia) a Iquitos (en el Perú), un viaje de 500 km por el río. Lo resolvió sobre la marcha porque, tras una reunión en la ciudad peruana tenía que asistir a otra en la colombiana, con una diferencia de una semana, y la Usaid le había sacado un pasaje aéreo complicadísimo pues tenía que regresar a Bogotá para viajar a Lima y allí tomar el avión a Iquitos.

Varios de los participantes en Leticia tenían al igual que el científico ecuatoriano que asistir a la reunión en Iquitos. Luego de hacer algunas averiguaciones, Fernando les propuso realizar el viaje por el gran río, y no por aire. No todos estuvieron dispuestos, pero sí pudo reclutar a tres compañeros para el viaje, aunque luego uno de ellos también se rajó y fueron solo dos los que le acompañaron. Avisó a su familia que tomaría esta ruta (de todas maneras no iba a pasar por Quito), y se embarcó con sus colegas en uno de buques que hacen el recorrido desde Leticia aguas abajo del Amazonas.

Fue una travesía fascinante para un biólogo que había leído tanto sobre las exploraciones en la selva amazónica. Aunque había estado muchas veces en el Oriente ecuatoriano, inclusive en expediciones de varios días como la que realizó a la Cueva de los Tayos o al Sumaco, y era un visitante frecuente a las estaciones biológicas de Limoncocha y el Yasuní, navegar por el río descubierto por Orellana y recorrido por misioneros, geógrafos y biólogos, le resultó muy satisfactorio.

La travesía fue la oportunidad para ver aves, recolectar plantas, estudiar insectos y fijarse en los grupos indígenas y colonos y su interacción con esa naturaleza pródiga y frágil, a la vez.

Leamos lo que él mismo relató en el diario *Hoy*:

Hace poco visité Leticia, ciudadcita de 23 mil habitantes en el trapecio amazónico colombiano, e Iquitos, con sus más de 250 mil habitantes la ciudad peruana más importante ribereña

en el Amazonas. Con dos amigos más, preferimos hacer el trayecto en lancha por el “Río Mar” —en vez de ir por vía aérea de Leticia a Bogotá, luego a Lima y por fin a Iquitos— y no porque el viaje fluvial en sí tome menos tiempo que el viaje en avión, sino porque la lancha no se detiene sino unos pocos minutos en el trayecto. Por el río, a 50 kilómetros por hora, el viaje toma 10 horas, pero no hay que hacer trasbordo alguno, mientras que por aire uno no se libra de cambiar dos veces de avión (una en Bogotá y otra en Lima) y de pernoctar en Lima, con lo cual se consumen dos días.

Además, he estado varias veces en los aeropuertos de Bogotá y Lima, pero nunca antes en el tramo del Amazonas más importante para el Ecuador, pues toda la orilla derecha, entre Leticia e Iquitos, fue alguna vez reclamada por el Ecuador como su frontera natural, y de hecho lo fue cuando éramos parte de la Gran Colombia, lo que sustentó Colombia para obtener el trapecio de Leticia, precisamente.

Dos cosas me impactaron en este viaje: primero, las enormes distancias amazónicas: Iquitos queda a 3.680 km aguas arriba de la desembocadura del Amazonas en el Atlántico, mientras que Leticia queda a 3.180 km del Atlántico y a 1.300 km de la ciudad brasileña de Manaus. En nuestro recorrido pasamos por el destacamento peruano de Pijuayal, donde el Perú concedió al Ecuador 150 hectáreas para una instalación comercial en conexión con el río Napo.<sup>43</sup> Pijuayal está a medio camino entre Leticia e Iquitos, y como la boca del Napo está a 90 km aguas debajo de Iquitos, Pijuayal queda a 160 km de la unión del Napo con el Amazonas. Esto significa que enviar mercadería de Quito a Manaus, como ya se hizo cuando una acería quiteña envió allá partes de una refinería, requiere un viaje de más de 500 km hasta la frontera en Nuevo Rocafuerte y otros 500 o 600 km más por el Napo hasta encontrar el Amazonas, más

---

<sup>43</sup> Como parte de los acuerdos para la firma de la paz en octubre de 1998.

1.550 km de navegación en este río hasta llegar a Manaus. Sumando todas estas distancias, de Quito a Manaus hay 2.550 km y al Atlántico 1.300 km más, o sea casi 4.000 km, cuatro veces la distancia de Esmeraldas al Atlántico vía el Canal de Panamá...

La segunda cosa impactante para mí fue la hostilidad del entorno amazónico para la agricultura y la ganadería. La superficie del Amazonas en Iquitos está apenas a 180 m de altura sobre el nivel del mar, pero a 3.680 km del drenaje del gran río en el Atlántico, lo que da una caída de apenas 5 cm por kilómetro, aguas abajo. Esto significa que el agua que cae como lluvia o la que llega en los tributarios se tarda mucho en drenar, inundando una enorme superficie de selva y saturando de agua millares de kilómetros cuadrados de suelos. Así la ganadería se vuelve impracticable, pues no hay dónde poner a las vacas unos cuantos meses cada año. A las gallinas, como quiera se las ubica en un altillo o en una balsa y se las mantiene ahí, pero a menos que la gente viva en un terreno alto —y casi no hay orillas altas en todo el sector que recorrimos— ni siquiera se pueden criar cerdos o cabras. Para colmo, los nutrientes del suelo han sido lavados por milenios de lluvia e inundación, sin reposición, pues los Andes quedan bien lejos, impidiendo que se puedan hacer plantíos productivos.<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> “De Leticia a Iquitos”, diario *Hoy*, 14 de julio de 1999

### **33. La promoción de la ciencia en América Latina**

La curiosidad de los humanos junto con su sociabilidad, en realidad su hipersociabilidad (cualidad por la que surgió y se desarrolló el lenguaje), dan paso a la ciencia: a lo largo de su evolución de cientos de miles de años, los humanos han ido comprendiendo mejor la naturaleza y sus fenómenos, sustentados en su curiosidad innata y en la necesidad de enfrentar lo desconocido.

La ciencia maneja hechos e incluye sistemas y procesos. Estudia la naturaleza, sí, pero como el mundo actual existen muchas creaciones artificiales de los humanos, el objeto de la ciencia va más allá de la naturaleza, e incluye todo el mundo, exterior e interior del humano, lo natural y lo artificial (es decir lo mismo estudia el sistema sanguíneo que la fuerza de las máquinas o la creación de tejidos artificiales e, incluso, hoy, de inteligencias artificiales).

A su vez, la tecnología es como la extensión del humano en su tarea de modificar la naturaleza y las creaciones del propio ser humano. Es la innovación: nuevas máquinas, nuevos procesos, nuevos sistemas.

Fernando Ortiz estaba cada vez más involucrado con las políticas públicas de la ciencia y la tecnología en el Ecuador, como derivación natural de su trabajo en defensa del medio ambiente, y fue entonces que apareció una opción de ampliar su trabajo a una escala internacional. En el Instituto Ítalo Latinoamericano (IILA), un organismo que el Gobierno de Italia mantiene para debatir sus políticas de cooperación con América Latina y canalizar sus programas y proyectos, se iba a producir la vacante del cargo de Secretario Técnico y Científico. La noticia le llegó a Fernando por la embajada del Ecuador en Roma y el propio Ministerio de Relaciones Exteriores, que veían en Fernando Ortiz un fuerte candidato para el cargo, dadas sus credenciales científicas y su amplia experiencia. A él también le pareció un reto interesante esa posibilidad.

Consultado el presidente de la República Rodrigo Borja, dio su aceptación e impartió instrucciones para que el Ecuador buscara en el Consejo de Delegados del IILA, formado por Italia y los países latinoamericanos, los votos necesarios para la elección de Ortiz Crespo. Borja, que admiraba a Fernando Ortiz por su prestigio como científico consideraba también la importancia internacional que tendría que un ecuatoriano ocupara por primera vez ese cargo.

Aunque en la elección hubo rivales de peso presentados por otros países, la candidatura de Ortiz Crespo se impuso, por su experiencia como científico, pero también la que tenía en políticas públicas vinculadas con los recursos naturales y la conservación del medio ambiente.

En cuanto le fue comunicada su elección, Fernando renunció a la Usaid y se trasladó con su familia a Roma, a cumplir su cometido.

Ahora ya no era solo el Ecuador: era toda la América Latina la que estaba a su cargo y su actividad habría de ser incesante y creativa. Se concentró en contribuir a la buena marcha de los proyectos que se llevaban adelante y promover nuevos, sobre todo a través de acuerdos de cooperación entre las universidades italianas y las de América Latina.

Dio importancia a encontrar alianzas de las instituciones latinoamericanas no solo con las universidades, organizaciones gubernamentales y centros de investigación italianos sino con los de otros países europeos y también desarrollar las posibilidades de la cooperación Sur-Sur, esto es de las universidades y organizaciones de Latinoamérica entre sí.

Los temas del medio ambiente y de los recursos naturales eran, como es obvio, de gran interés para él, por lo que impulsó muchos trabajos conjuntos de las universidades y entidades públicas y privadas en ese campo, pero sus tareas se ampliaron hacia las ciencias médicas, la geología y la farmacología, entre otras.

Especial importancia en la cooperación italo-latinoamericana había tenido desde años antes la gestión de los riesgos naturales de los territorios, es decir la prevención y mitigación de las catástrofes naturales. En este tema, Fernando Ortiz canalizó el apoyo mutuo de grandes técnicos italianos y latinoamericanos y organizó varios congresos internacionales sobre el tema, uno de los cuales se realizó en Quito.

Su vida en Roma fue placentera: al inicio, ocupó con su familia un hermoso departamento cerca de Piazza Navona, desde el que miraba los techos de otras casas y parte de la propia plaza, aunque más tarde, para estar más cerca de las oficinas del IILA y tener más espacio, se trasladó a un departamento moderno en la zona del EUR. Sus hijos varones ingresaron a la Universidad de La Sapienza en Roma y su hija Verónica a un colegio internacional. Recibieron más tarde a una sobrina de Cecilia, la joven arquitecta María Estela Zafra, quien fue a Roma a hacer un posgrado.

Pero había más motivos para sentirse bien en Roma: allí vivía desde muchos años antes, María Eugenia Vintimilla, la hermana mayor de Cecilia, casada con italiano, Pino Rizzi, y con dos hijos. Vivía también allí otro cuencano, Enrique Arízaga Chacón, pariente tanto de las Vintimilla como de Fernando por el lado materno de los tres, quien era funcionario del IILA. Con todos ellos compartieron muchos momentos de alegría.

Recorrer Roma le recordaba a Fernando a su padre, quien como embajador ante el Vaticano en los 1950 había vivido en ella cinco años, convirtiéndose en gran conocedor y fotógrafo de la Ciudad Eterna. Fernando recordaba haber visto antes tal o cual rincón, tal o cual iglesia, tal o cual color del cielo de la tarde. Y no era un error: los había visto en alguna de las hermosas diapositivas de su padre. Y eso a su vez, le traía a la memoria historias y comentarios que él había hecho.

Con una organización eficiente de su tiempo, Fernando pudo dedicar horas enteras a la investigación. No había colibríes en Roma, pero en cambio reposaba en sus archivos, y en especial en el rey de todos ellos, la Biblioteca Vaticana, valiosa y abundante

documentación sobre América. Obtuvo las autorizaciones respectivas, investigó y pudo tener en sus manos (obligatoriamente enfundadas en guantes quirúrgicos) los códices aztecas, donde están los primeros dibujos de “huitziltzil” o colibríes, así como los originales de las narraciones geográficas de Indias y otros documentos de interés.

En esos registros tempranos siguió los trazos del asombro del europeo por la naturaleza americana, un tema que siempre le había apasionado en su dimensión de historiador de la ciencia. Una de las pistas que empezó a seguir fue la del descubrimiento por parte de los europeos de la quina, la *Cinchona medicinalis*, bien conocido por los indígenas de lo que hoy es el Ecuador por los beneficiosos efectos de su corteza contra las fiebres. Como fueron los jesuitas quienes primero llevaron a Europa y difundieron su uso medicinal, dedicó muchas horas al Archivo Histórico de la Compañía de Jesús.

Pronto se hizo conocer en el ambiente científico y universitario, y puesto que dominó rápidamente el italiano, era frecuentemente invitado a dar conferencias en distintas universidades y visitar varios museos en la península italiana.

Tres años había pasado Fernando Ortiz en esa ciudad, cuando le llegó otro momento de decisión, de esas bifurcaciones en el camino que se presentan en la vida. Ambas rutas aparecían interesantes, pero solo podía optar por una de ellas. En efecto, justo cuando tenía que decidir si se quedaba otro período de tres años como secretario Técnico Científico del IILA le llegó desde Quito una propuesta concreta: Santiago Carrasco, secretario nacional de Ciencia y Tecnología le pedía que retornara al Ecuador pues en 1994 se había creado la Fundación para la Ciencia y la Tecnología (Fundacyt), la que requería de una persona que impulsara la formulación de un proyecto para obtener un préstamo probablemente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y que debía ser de varios millones de dólares para apoyar el desarrollo de la ciencia y la tecnología del país. Carrasco había propuesto al directorio el nombre de Fernando

Ortiz como la persona adecuada y ahora le trasladaba la oferta concreta. El biólogo se entusiasmó de inmediato pues podría servir a la ciencia y tecnología del país desde un puesto que podía ser clave, aunque, sin duda, el reto era gigantesco.

### **34. Al servicio de la ciencia y la tecnología del país**

El desafío que implicaba la propuesta de Fundacyt era inmenso: en un país en que la ciencia y la tecnología nunca habían sido prioritarias y, al contrario, se las relegaba consistentemente, había que dar un vuelco, impulsar nuevas políticas y conseguir el financiamiento que permitiera formar recursos humanos y desarrollar proyectos científicos y tecnológicos concretos.

Era indispensable cambiar el llamado “Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología” creado en 1979, pues su funcionamiento había sido, como Fernando siempre lo había criticado, muy insatisfactorio. Entre 1982 y 1992, el Estado solo había entregado a las universidades para la investigación el 13 por ciento de los fondos que debía haberles transferido. Ciertamente es que fue la década de la crisis de la deuda externa que se combinó con inundaciones y hasta un gran terremoto (el de Quijos, en 1986); pero también es cierto que, aunque retóricamente se reconocía la importancia de la ciencia y la tecnología, en los hechos ni el Ministerio de Finanzas ni el de Educación tomaban mínimamente en serio estas áreas y tampoco las propias universidades tenían la capacidad para formular los proyectos de manera adecuada.

Eso es lo que había acontecido en 1991, cuando cinco universidades (las escuelas politécnicas Nacional y del Litoral, la Universidad de Cuenca y las católicas Pontificia del Ecuador y Santiago de Guayaquil) se habían juntado para reclamar más ayuda a las ciencias y el gobierno de Rodrigo Borja, compartiendo ese interés, había buscado un crédito del BID para apoyarlas. Solo que en el proceso, el Gobierno preguntó a las universidades en qué lo emplearían. El resultado había sido muy decepcionante, pues las solicitudes de las universidades no fueron formuladas en forma técnica ni siquiera adecuada siendo, a veces, simples listados de equipos, con objetivos inconsistentes, por lo que debió suspenderse el trámite.

Ese era el desafío que le planteaba Santiago Carrasco a Fernando Ortiz en 1995: retornar al país y hacerse cargo de sacar

adelante un programa completo de ciencia y tecnología para lo que, en primer lugar, había que ayudar a las universidades a redefinir sus objetivos y proyectos; en segundo lugar, conseguir los fondos para financiar esos proyectos y, en tercer lugar, planificar la formación de científicos y financiar sus maestrías y doctorados, con el compromiso de que regresaran a servir al país.

Fernando averiguó un poco más: supo que la Fundacyt había sido constituida por el Estado en colaboración con las universidades y escuelas politécnicas, ONG, cooperativas y la comunidad científica organizada, y que su función era precisamente la de apoyar y financiar las ciencias.

Aceptó el reto. Y por eso, comunicó a los directivos del IILA que declinaba el honor que le hacían al proponerle un nuevo período de tres años, puesto que había decidido regresar al Ecuador.

Cecilia volvió al país en julio de 1995 y Fernando lo hizo en octubre para integrarse de inmediato al equipo de Fundacyt en el puesto ofrecido de director técnico y científico. Con la nueva estructura legal y operativa, Fernando pudo de inmediato liderar el equipo que trazó el Primer Programa de Ciencia y Tecnología y obtuvo los fondos del BID. El papel de Ortiz Crespo, con el apoyo de toda la comunidad científica de las universidades y de quienes hacían Fundacyt, fue clave para formular un programa sólido por 30 millones de dólares, de los cuales 26 provendrían del préstamo y 4 del aporte nacional, monto inédito de inversión en ciencia y tecnología. Además, el proyecto era muy intenso, pues los desembolsos, es decir la inversión, debían efectuarse en cuatro años, de 1996 al 2000.

En verdad, aunque los esfuerzos de Fernando y del equipo de Fundacyt fueron ímprobos y continuados a lo largo de algunos años (reuniones con los técnicos del BID, con las universidades, con la comunidad científica, formulación de los proyectos, evaluación de estos, promoción de las becas, selección de candidatos para becas, entrevistas, apoyo para que salieran del país), el proyecto no llegó a invertir los 30

millones previstos, pues el Ministerio de Finanzas del Ecuador incumplió la contraparte prevista en el contrato.

La explicación es obvia: la profunda crisis económica y política que vivió el país en esos años, las caídas de los gobiernos de Bucaram y Mahuad, el descalabro de los bancos (en el país quebraron más de la mitad de los 42 bancos que funcionaban en la época), la fuga de los banqueros corruptos, el desempleo y demás desgracias que se abatieron sobre el Ecuador. Con todo, Fernando Ortiz se empeñó en que el BID extendiera el proyecto, para que no concluyera en el año 2000 y logró que se lo prolongara hasta 2002.

A pesar de todas esas dificultades, el proyecto llegó a desembolsar 18,6 millones de dólares, menos que lo planificado pero, de todas maneras, la cifra más alta jamás invertida en ciencia y tecnología en el país. De ese total, se destinaron 10 millones de dólares para proyectos de investigación científica; 1,6 millones para proyectos de innovación tecnológica y 7 millones para becas de estudio en el Ecuador y el extranjero.

Cuando en el 2005 se evaluó lo realizado se decía que “en la última década, con el I Programa de Ciencia y Tecnología (1996-2002) se logró fortalecer la capacidad de los agentes de investigación científica y desarrollo tecnológico mediante la dotación de infraestructura física y formación de nuevos investigadores con nivel de maestrías y doctorados. Se generó conocimiento a través de proyectos de investigación y desarrollo”.

Hay quienes en su momento criticaron a Fernando Ortiz que se haya negado a financiar becas para ciencias humanas o sociales. Pero él respondía que, en este, el primer gran proyecto de ciencias del país, debía priorizarse las ciencias básicas, que era lo que más falta le hacía al Ecuador. Nunca cedió en este punto.

Junto con su trabajo en Fundacyt, que era su prioridad absoluta, y robándose el tiempo a su descanso, Ortiz Crespo desarrollaba otras actividades: escribía su columna semanal para el diario *Hoy*, era miembro de los directorios de varias organizaciones

conservacionistas, aparecía frecuentemente en televisión pues le entrevistaban sobre temas ambientales y científicos, en especial en el programa *La Televisión*, dirigido por Freddy Ehlers, y de alta audiencia en la época, que le consultaba con frecuencia. A través de todos esos medios, seguía en la lucha que se había trazado de joven: la defensa de la naturaleza ecuatoriana y la conservación de su biodiversidad.

El 26 de julio de 1998 tuvo una gran alegría: nació su primer nieto, Mateo Burbano, que le robó el corazón, con esa fuerza especial de los nietos por atrapar el cariño de los abuelos.

Pero también hubo tristezas, como la muerte de su primo Rodrigo Crespo Fabara, con quien habían compartido muchas inquietudes por la naturaleza ecuatoriana, en especial por Galápagos, y que se hallaba de vicepresidente de la Fundación Charles Darwin. Abogado de profesión y de gran prestigio, se había enamorado de Galápagos desde joven cuando trabajó como guía turístico de Metropolitan Touring, y nunca dejó de colaborar con la fundación ni con los sucesivos gobiernos que pidieron su consejo. Su muerte se produjo en el trágico accidente de un avión de Cubana de Aviación, que se incendió y explotó al no lograr despegar del aeropuerto de Quito el 29 de agosto de 1998. La esposa de Rodrigo, Alegría Cordovez, y dos de sus hijas, que se hallaban también en el avión incendiado, pues emprendían juntos un viaje de vacaciones, quedaron gravemente heridas y quemadas, aunque salvaron la vida, no así Rodrigo que la perdió, junto con otros pasajeros e, incluso, con personas que estaban en tierra, con el saldo fatal de 80 muertos.

Para Fernando fue un golpe tremendo. Pero de la tragedia sacaba fuerzas para continuar con su trabajo, robándole tiempo al tiempo. Escribiendo en la madrugada completó su libro *Los colibríes. Historia natural de unas aves casi sobrenaturales*, preparó monografías para publicaciones científicas y otros trabajos especiales. En el verano de 2001 supo que la Academia Nacional de Historia, por decisión de sus miembros, le había nombrado académico correspondiente por sus trabajos de

investigación sobre la historia de las ciencias, honor que agradeció y le impulsó a terminar de escribir, como trabajo de incorporación a la Academia los resultados de una de sus investigaciones realizadas en Roma: la de la historia del árbol de quina o Cinchona, la planta de la quinina.

Además, Fernando no dejaba su primera y principal pasión: las aves. Seguía subiendo al Pichincha, por el camino de la hacienda “Mi cielo” para ver los nidos; seguía yendo a Yanacocha, como guía muchas veces de ornitólogos de otros países que le buscaban; no dejaba de salir en expediciones a la Amazonia, la Costa y Galápagos. Pero había un proyecto concreto que se había trazado: el de las aves acuáticas de la laguna de La Mica y el efecto que estaba causando en ellas la construcción de la represa para el proyecto de agua potable Mica-Quito Sur.

### 35. Tragedia en La Mica

Aquel día, 13 de septiembre de 2001, Fernando se levantó muy temprano, como era su costumbre, en su casa de Cumbayá, se puso su salida de cama y se dirigió a su moderna computadora (ya no era la Apple IIe de sus inicios), y escribió un artículo para el diario *Hoy*.

Dos días antes, el 11 de septiembre de 2001, había ocurrido el fatídico ataque terrorista a Estados Unidos, con aviones cargados de pasajeros convertidos en proyectiles. Además del ataque al Pentágono, el mundo entero se había estremecido de espanto al ver chocar sendos aviones en las Torres Gemelas del World Trade Center en Nueva York que se derrumbaron, en medio de una espeluznante nube de polvo y fuego, produciendo 3.000 muertos.

Fernando en el artículo que escribió esa madrugada condenó el terrorismo y, además, como científico que era, se planteó el problema de por qué esas moles gigantescas se habían desplomado cuando los aviones chocaron en sus pisos superiores y que, acercándose a las 48 horas del hecho, no había sido explicado.

La hipótesis que propuso en su artículo fue que la gasolina de los aviones al incendiarse había producido por su alto octanaje un calor tan alto que fundió el hierro estructural de las columnas en el área cercana al impacto. A su vez, ello desató una reacción en cadena, pues las columnas derretidas no habían podido sostener las losas en los pisos de los impactos, por lo que una losa había caído sobre la otra y esta sobre la siguiente, llevando al desplome de toda la estructura en cuestión de segundos.

Terminó su artículo, lo revisó, lo pulió, dejó el texto en el tamaño que exigía el periódico. Cuando estuvo satisfecho, envió por correo electrónico su artículo a Diego Araujo, subdirector de Opinión del diario *Hoy*.

Luego se bañó, se vistió con ropa de campaña, camisa de franela, un pantalón resistente, medias gruesas y botas de montaña, y desayunó con Cecilia, que se había levantado para acompañarle. Según le había dicho, tenían que llegar a recogerle

para ir a la laguna de La Mica, donde debía hacer comprobaciones personales sobre el estado de las aves acuáticas del lugar.

Menos de dos meses antes, el 16 de julio, había publicado en el propio diario *Hoy* un artículo titulado “Requiem por La Mica” en el que se quejaba de que el aumento del nivel de agua estaba inundando los humedales de las riberas donde anidaban patos y otras aves acuáticas. Este aumento se había producido porque la Empresa Metropolitana de Agua Potable de Quito (Emmap-Q) construyó un dique de tierra y rocas en el desagadero natural de la laguna, a fin de convertirla en un reservorio del proyecto Mica-Quito Sur. Las aguas se entubaban abajo del dique en una bocatoma regulada, para ser conducidas unos 80 km a la planta de tratamiento de El Troje al sur de Quito.

El problema era que la subida del nivel de las aguas y la consiguiente inundación de las riberas y el páramo colindante destruía el hábitat de las aves acuáticas migratorias que venían en períodos estacionales fijos, desde América del norte y del sur, a través de miles de kilómetros. Ortiz había advertido del daño que se podía causar a la avifauna, como lo recordaba en su columna del 16 de julio:

En esta misma columna escribí varios artículos dando la alerta por los daños ambientales que podrían derivarse de este proyecto, el peor de los cuales es la desaparición de los humedales colindantes con las orillas de la laguna, y la extinción de las poblaciones de aves que dependen de dicho ecosistema. Pero mis advertencias no sirvieron para que el proyecto fuera encausado por la Emaap por un rumbo menos destructivo. Lo más que logramos fue un famélico financiamiento para estudiar las poblaciones de aves durante un año, hecho por dos estudiantes de la Universidad Católica, que concluyó hace tiempo.

No olvidemos que de todos los humedales de los lagos altoandinos del Ecuador, los de La Mica eran los más ricos en biodiversidad; no tienen par ni tienen sustituto. Ahora me

apena consignar aquí que mis predicciones más pesimistas se han cumplido: la desaparición de las áreas cenagosas llevó a la muerte de las comunidades vegetales que allí vivían, y a la desaparición de los sitios de alimentación, descanso y anidación de las aves que antes frecuentaban las orillas de la laguna.

Calculaba el ornitólogo que “el dique de la EMAAP, de unos 800 metros de largo, ha formado un embalse que cuando estaba lleno hace unos meses medía casi 4 km de largo por 1,4 km de ancho, lo que da una superficie de 5,6 km cuadrados. La diferencia entre el embalse y lo que un día fue la laguna es pues de 3,4 km cuadrados, que es el área de orillas pantanosas perdidas por este proyecto... la bicoca de 340 ha de humedales destruidos por inmersión forzosa”.

“No hay precio por los chupiles, bandurrias, patos y aves migratorias que se han quedado, literalmente, sin piso”, concluía aquel artículo. Este logró un efecto inmediato: las autoridades de la Emaap-Q pidieron a Fernando que continuara monitoreando los cambios del avifauna del lago y que estudiara posibles alternativas. Por eso, había visitado la laguna en julio y se disponía a hacerlo ese 13 de septiembre, día acordado con el biólogo, amigo y ex alumno suyo Luis Calvopiña, de la dirección de Medio Ambiente de la Emaap-Q, quien le había dado informes más bien alentadores sobre lo que estaba ocurriendo con las especies acuáticas, en especial las dos que más preocupaban al doctor Ortiz: los chupiles, nombre común de los patos zambullidores, y las bandurrias andinas.

Pero esa mañana, Luis no llegaba. El retraso se debía, según confirmó Fernando por teléfono con Luis, a que el chofer de la empresa, señor Julio Ordóñez, designado para acompañarles, tampoco llegaba a recogerle en su casa en Quito.

Para entonces se había despertado su nieto Mateo, que era la fascinación de Fernando Ortiz, pues a sus tres años, además de los juegos, hablaba ya con la media lengua de los niños,

que encantaba al abuelo, quien le hacía la conversación para deleitarse con las respuestas del niño. Fernando estaba chocho por su nieto, y estaba dispuesto a hacer lo que le pidiera, como todo abuelo querendón. Acompañó a desayunar al niño y luego, lo sentó en la sala, y grabó con su filmadora una conversación con él, provocándole a hablar a través de preguntas. Eso le distrajo un buen rato, pero como el biólogo Calvopiña seguía sin llegar, Fernando comentó con su mujer que tal vez se cambiaba de ropa y acudía a su oficina de Fundacyt, donde se había tomado el día libre.

Justo cuando subía las gradas a su dormitorio, timbraron a la puerta.

—¡Ah, ya llegaron! ¡Ya era hora! Atiéndeles, Ceci, por favor. Diles que salgo enseguida —exclamó Fernando, y subió de todas maneras pero no para cambiarse sino para agarrar un suéter de lana y su gran chompa de montaña (él las llamabas “parkas” desde sus años de estudiante en EE. UU.). Ya tenía la filmadora, pero también tomó sus binoculares, su navaja de excursión, su libreta de campo. Eligió una gorra: se puso una azul de tela y no la de cuero que era la que más solía usar en las salidas a la naturaleza.

Bajó nuevamente y se despidió de su hija Verónica, de su nieto Mateo y de Cecilia a lo que dijo que, con el retraso que llevaba, tal vez no alcanzaría a regresar para la hora del almuerzo y que almorzasen sin esperarle, aunque él trataría de volver lo más pronto que pudiese.

Fue la última vez que lo vieron vivo. Hacia la una y media de la tarde, Cecilia recibió una llamada de la Emaap-Q en que le dijeron que Fernando había sufrido un accidente en La Mica y le pedían que fuera allá. También su hermano Gonzalo, que para entonces era asesor del alcalde Paco Moncayo, recibió una llamada del propio gerente general de la Emaap, Juan Neira, en que le decía lo mismo.

—Pero, Juan ¿qué tipo de accidente? Precísame un poco...

—No sé bien, Gonzalo, las comunicaciones no son muy buenas, solo sabemos que ha habido un accidente. Ya se le avisó a tu cuñada, la esposa de Fernando.

Gonzalo colgó y se quedó callado unos segundos. El tono de voz de su amigo Juan Neira no presagiaba nada bueno.

—¿Qué pasa? —le preguntó Norma, su mujer, que, junto con su hija María Caridad, le había visto contestar el teléfono.

—Fernando ha sufrido un accidente en La Mica —les dijo—. Debo ir enseguida.

—Yo te acompaño —dijo Norma.

—Te lo agradezco, qué bueno. Vamos —le contestó.

—Pero no ha de ser nada grave, ¿no? —dijo María Caridad, expresando un anhelo.

—Los accidentes en una laguna de altura soy muy peligrosos, mijita. Ya se han producido muertes en casos así. Quiera Dios que no haya pasado nada grave.

Pero Gonzalo tenía el presentimiento de que podía ser fatal. Salieron enseguida y en el camino trataron de comunicarse por celular con muchas personas: con Cecilia para saber si la pasaban viendo (se enteraron que ya había salido con su hija Verónica rumbo a La Mica), con Juan Neira por si tenía más detalles (no los tenía, o no los quería decir)... Inquieto, llamó al 911, el número de las emergencias médicas, y allí obtuvo la fatal confirmación: Fernando había muerto y el carro de rescate de los bomberos se dirigía a la laguna pues parecía haber una segunda persona muerta.

Fue un mazazo indescriptible, pero el resto del viaje lo único que les interesaba a Gonzalo y Norma era alcanzar a Cecilia y Verónica, quienes probablemente no sabían de la muerte de Fernando, y estar junto a ellas cuando se enterasen de la triste noticia. Tomaron por la autopista de Los Chillos, el monumento al Colibrí, Pintag, la hacienda Antisana... Iban en silencio, transidos de dolor, sin poder resignarse a la terrible tragedia y sin aceptarla aún como verdadera. Más arriba, Gonzalo al ver las

grandes lomas quemadas por los múltiples incendios forestales de ese verano, hizo una observación:

—Seguro que esta mañana, Fernando al pasar por aquí se habrá indignado de ver tanta destrucción. ¿Recuerdas que hace poco criticó en su columna la proliferación de incendios de este verano?

—Sí, claro, la leímos juntos —dijo Norma.

—Me da rabia pensar que nunca más verá este país hermoso ni podrá defenderlo de la destrucción...

Al llegar al control vial de la Emaap, que se lo hacía con un palo como barrera levadiza, la encargada les confirmó que Cecilia ya había pasado por allí. Y, como luego lo supieron, fue justamente por esa mujer que Cecilia y Verónica se enteraron, con la manera brusca de hablar de las gentes del campo, que Fernando había muerto.

En las planicies del Antisana, los curiquingues volaban a trechos y un inmenso rebaño de ovejas pastaba en la lejanía. Se veía la nieve de los flancos inferiores del inmenso nevado. Desde la curva del camino en que se divisa la laguna vieron que habían llegado varios vehículos.

Buscaron a Cecilia y Verónica y se fundieron en un abrazo, de estupor y pena. Lágrimas, muchas lágrimas, y una sensación de inmenso vacío, más grande que el panorama que les rodeaba —cielo, laguna y nevado— a cuatro mil metros de altura.

Ellas aún no habían visto el cadáver de Fernando ni querían verlo. Gonzalo las dejó, cuando llegaron Freddy Neuman y Mariana Wray, los entrañables amigos de la pareja. Caminaron unos pasos y se les acercaron miembros del personal de la Emaap-Q, a quienes Gonzalo preguntó dónde estaba el cuerpo de su hermano.

Allí estaba, en el balde de una camioneta, tendido, con una dulce sonrisa que daba a su cara una extraña placidez, enmarcada con su barba entrecana. Gonzalo pensaba que era muy extraño verlo allí, inmóvil y saber que estaba muerto. Más extraño aún era el mensaje de esa sonrisa, como que él hubiera aceptado su

destino. Se quedaron Norma y él un gran rato a su lado, como tratando ellos también de vencer la rebeldía que provocaba esa muerte y aceptarla.

Luego, Gonzalo se trepó a la camioneta: ¿cómo podía aceptarlo, si Fernando podía hacer tanto más por su patria, por su familia, por la ciencia? Se arrodilló a su lado, le vio despacio, un largo rato, y le dio un beso en la mejilla; se sorprendió de lo yerta y fría que estaba, cuando por lo demás parecía que solo estaba dormido. Le abrazó —sus ropas estaban apenas húmedas, casi se habían secado ante el constante viento al tenerlo a la intemperie—. Volvió a besarle.

—¿Por qué? —le preguntó en silencio—, ¿por qué tenías que morirte? ¿Por qué no me esperaste? ¿Cómo hago ahora sin ti?...

Aunque desde que llegó había oído llorar a gritos, solo ese momento cayó en cuenta de que eran lamentos de varias personas que estaban al borde de la laguna. Se incorporó, miró una vez más el cuerpo de su hermano, se bajó de la camioneta y se dirigió a enterarse de lo que sucedía. No lo pensó ese momento, pero hacer cosas, involucrarse en actuar, era una estratagema que siempre le permitía amortiguar el dolor.

—Son miembros de la familia del chofer, el señor Julio Ordóñez, cuyo cuerpo aún no aparece —le explicó un hombre alto y fornido, al que conocía de algo y que se presentó como jefe de seguridad de la Emaap-Q y que le dio el pésame.

—Ah, claro, sí; a usted le he visto en los recorridos de obras. Muchas gracias —contestó Gonzalo.

—El chofer era de Píntag, dicen que conocía bien la laguna. No sé qué pudo pasar. ¡Qué pena, doctor!

Fue el primero de innumerables pésames, pero sintió que él podía soportarlos. Pero ¿y su madre? ¿Quién se lo iba a decir?, ¿cómo se le iba a decir? ¿Y a los hijos de Fernando?, ¿y a sus hermanas y hermanos?, ¿y a sus colegas, a sus alumnos? ¡Y al Ecuador! Esta era una pérdida para el Ecuador. ¡Cuánto más podía haber hecho Fernando en su vida!, ¡cuánto más!

Todo esto le daba vueltas en la cabeza, mientras oía, como entre sueños, que otras personas le daban el pésame, entre otras el teniente político de Píntag, quien además le pedía reconocer el cadáver de su hermano. Que el intendente de Policía de Pichincha estaba viniendo, le pareció escuchar, pero el teniente político estaba haciendo ya los trámites legales.

—Ellos ya lo saben, y la policía también; acaba de llegar un patrullero —pensó—. ¿Y su madre?, ¿y sus hermanas y hermanos? —volvieron las preguntas a taladrarle su cabeza, mientras caminaba hacia el dique construido por la Emaap-Q, para acercarse a las mujeres que gritaban, pues quería hacer algo, consolarlas, y rogarles que dejaran de echar esos ayes tan lastimeros.

El jefe de seguridad le acompañó un trecho: le dijo que se estaba buscando el cuerpo con dos botes. Luego se retiró, a hacer su trabajo probablemente.

—Señor, no puede pasar.

Las palabras le sonaron extrañas. Eran del guardia que estaba al inicio del dique. Lo menos que esperaba es que, con lo sucedido, se pusieran estrictos.

—Voy a tratar de calmar a las señoras... —explicó.

El guardia le dijo que no había nada que hacer, que estaban así desde hace mucho rato. Que eran todos de Píntag, familiares del chofer y que estaban pidiendo a la laguna que les devolviera a su muerto.

—¿Usted estaba aquí cuando aconteció el accidente?

Sí, el guardia había estado allí. Y lo había visto todo. Gonzalo le preguntó y repreguntó hasta que tuvo una versión de lo acaecido:

Fernando y sus dos acompañantes llegaron a La Mica como a las 10 de la mañana, colocaron el motor fuera de borda en el bote que venía ya inflado en el cajón de la camioneta. Lo bajaron, lo cargaron entre los tres y lo echaron al agua. Era un Zodiac, de fondo plano y paredes de caucho negro las que se hinchaban como descomunales tubos de llantas. Encendieron el motor y zarparon

recorriendo el borde de la laguna, observando las aves. Paraban en un sitio, desembarcaban, hacían tomas, pesaban y medían a las crías de los patos y los volvían a dejar en sus nidos. También capturaban adultos. El guardia, desde la distancia, los perdió un gran rato de vista, porque el bote se ocultó tras las colinas, ya que la laguna hace una curva. Solo oía un suave runrún del motor y, a ratos, por el silencio del aparato, sabía que habían detenido en algún sitio. Como no tenía qué hacer, aparte de pasearse de un extremo a otro de la corona del dique, estaba atento a lo que sucedía. A veces oía sus voces apagadas a la distancia. Y de pronto, de nuevo el suave ruido del motor, que anunciaba que habían vuelto a navegar, y que lo hacían despacio, sin prisas.

Más tarde, ya pasado el mediodía, los volvió a ver. Parecía que regresaban, pero el bote se detuvo en una suerte de islote. Dos de los pasajeros desembarcaron para hacer lo que ya había visto que hacían del otro lado de la laguna, cuando se iban: capturas, filmaciones, tomas de pesos y medidas, anotaciones. Al subirse de nuevo, el bote arrancó, pero instantes después el motor rugió como que lo aceleraban y lo hizo con tan fuerza que saltó fuera del agua, elevándose hacia lo alto, mientras sus tres ocupantes caían a la laguna. Enseguida se dio cuenta de que podía ser grave; se asustó mucho. Él no podía ayudarles porque no tenía un bote, pero se puso a llamar por radio a las otras estaciones de la Emaap-Q, que tardaron en contestarle.

El bote, tras el salto que había dado, cayó otra vez sobre el agua con el motor encendido y dio algunas vueltas en círculo, pero, luego, se apagó. Un rato después vio, para su asombro, que el bote se agitaba, se bamboleaba, y enseguida entrevió a una figura humana que lograba encaramarse por la parte de atrás, cerca del motor. Luego lo vio maniobrar hacia el lado de estribor, y levantarse y caerse y de pronto escuchó que el motor se encendía de nuevo y el bote ponía proa hacia el dique. Pero al rato, el motor se apagó una vez más y el bote quedó a la deriva.

Justo ese momento, continuó el guardia su relato, llegó una camioneta de la Emaap-Q con varios trabajadores que llevaba

un segundo bote Zodiac. Les avisó lo que sucedía. Ellos bajaron rápidamente el bote, lo lanzaron al agua y en un momento alcanzaron el bote averiado y lo remolcaron. Dentro estaba una persona desmayada: se trataba de su compañero, el licenciado (o, como le decían, el ingeniero) Luis Calvopiña. Lo llevaron de urgencia a tierra, le pusieron en la cabina de la camioneta con la calefacción a tope, le quitaron sus ropas empapadas y frotaron todo su cuerpo con alcohol etílico. Empezó a reaccionar, y entre convulsiones hizo señas hacia el bote.

—Sí, sí, el bote, ya lo recogimos...

Pero él insistía, sin poder pronunciar palabra, solo con señas hacia el bote. Los empleados de la Emaap-Q no le entendían.

Con ojos de desesperación y con las dos manos, Luis señalaba el bote y de alguna manera se hizo entender, sin hablar y semiconsciente, de que algo había allí. Uno de los empleados se dirigió de nuevo al bote, lo revisó y encontró, estremecido, que al estribor, sobre el agua, estaba amarrado el cuerpo sin vida del doctor Fernando Ortiz...

¿Qué había pasado? Mucho tiempo después, cuando Luis tuvo capacidad de contar la tragedia, le relató a Gonzalo lo siguiente: Fernando había pedido varias veces al señor Ordóñez que fueran “en relantí”, es decir con el motor a muy bajas revoluciones, pero el bote aceleró súbitamente. Al saltar el bote, Luis permaneció agarrado a la cuerda que llevan los Zodiac alrededor de su cubierta y que él sostenía con una mano, por precaución, todo el tiempo que iba a bordo. El bote, tras saltar y caer de nuevo al agua, seguía moviéndose pues su motor continuaba en funcionamiento, lo que hacía que levantara agua que le caía en su cara, por lo que a ratos sentía que se ahogaba, aunque luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse a flote. Se concentró en no soltar la cuerda, pero, de pronto, sintió que se quedaba y que el bote se iba. La cuerda se había roto. Empezó a hundirse, por el peso de su ropa, de las botas de caucho llenas de agua. De improviso, vio que el bote volvía contra él, pensó en sumergirse para que no lo embistiera. No supo qué pasó pero

sintió un golpe en su espalda. Era la hélice del motor fuera de borda que seguía funcionando y se había enredado en su gruesa casaca. La propela dio unas vueltas más y se paró, porque el relleno y el material de cobertura de la chompa formaron una pelota que atrancó a la hélice.<sup>45</sup> Calvopiña quedó suspendido, con su cabeza fuera del agua, sostenido por la hélice en la popa del bote, y eso le salvó la vida.

Con esfuerzo, tras recobrar el aliento y las fuerzas, logró sacarse la chompa, mientras se agarraba al motor y, finalmente, izarse para subir nuevamente al bote. Luis contaba que en el proceso se desmayó, y que permaneció un tiempo inconsciente, aunque no puede decir cuán largo fue. Cuando recuperó el sentido se encontró en el piso del bote, se incorporó y lo primero que hizo fue buscar a sus compañeros.

Para su consternación, casi enseguida vio que el cuerpo de su profesor y amigo, el doctor Fernando Ortiz, flotaba, inerte, a estribor. Dando gritos acercó el bote con el remo auxiliar y trató de subir el cuerpo de Fernando. No lo consiguió, por más que lo intentó repetidamente. Al contrario, se cayó nuevamente al agua, y le fue muy difícil volver a bordo. Entonces decidió que lo único que podía hacer era atar el cuerpo de su profesor al bote. Intentó encender el motor. No lo lograba, pues no tenía movimiento en sus dedos, que estaban agarrotados del frío, pero tampoco fuerzas para halar. En su desesperación, se ató la cuerda de arranque en su muñeca y se tiró de espaldas al piso del bote. Luego de varios intentos, cuando ya desesperaba, para su alivio, el sistema funcionó y el motor volvió a encenderse. Enfiló hacia el dique, con la intención de estrellarse contra él, pero se desmayó otra vez.

Luis creía haber llegado con el bote a tierra, pero la verdad, según contó a Gonzalo el guardia y lo ratificó el personal de la

---

<sup>45</sup> Hay que considerar que, al contrario de las casacas o chompas livianas, rellenas de poliéster o material plástico reciclado, que se usan en el mundo entero desde la segunda década del siglo XXI, a inicios de siglo todavía se usaban prendas pesadas, con varias capas de tela y abundante relleno de lana o algodón.

Emaap-Q, el motor se apagó de nuevo, y el bote estuvo a la deriva hasta que le rescataron y remolcaron a tierra con el segundo Zodiac. A su vez, la altura de la pared del bote, la posición en la que había quedado el cuerpo de Fernando y la prisa por atender al sobreviviente impidieron que alguien viera lo que el bote remolcaba, hasta que Luis —que solo recuperaría plena conciencia horas después en un hospital particular de Quito— se hizo entender con señas, medio inconsciente, entre convulsiones.

Sus colegas de la empresa, al ver que Luis seguía mal, le llevaron al centro de salud de Sangolquí, pero solo se quedaron allí unos momentos y, decididos a que se le brindara una mejor atención, decidieron llevarlo a Quito.

Mientras tanto, el cuerpo de Julio Ordóñez seguía sin aparecer. Los rescatistas del Cuerpo de Bomberos habían llegado en dos vehículos y el cuerpo del doctor Fernando Ortiz había sido trasladado al vehículo de rescate, un vehículo grande, especializado, del estilo furgón y color verde. Cerca de las 6 de la tarde, las autoridades aceptaron el pedido de Gonzalo de que le dejaran llevar el cuerpo de su hermano, pedido al que se habían negado porque querían llevar los dos cuerpos juntos a la morgue.

Los vehículos se alinearon detrás del furgón verde y empezaron el descenso, pero cuando no habían andado ni cinco kilómetros oyeron la sirena de una auto patrulla que venía desde la laguna y pronto les dio alcance. Los policías del vehículo fueron pidiendo a todos los conductores a los que rebasaban que detuvieran sus autos. Y que volviesen, pues había aparecido el cuerpo del señor Ordóñez. En efecto, como se supo después, uno de sus hermanos había subido a las colinas que se levantan al lado sur de la laguna y había bordeado desde lo alto el espejo de agua, y así divisó el cuerpo de su hermano entre la vegetación acuática, lo que hacía imposible que se le viera desde la ribera o cerca del agua.

La caravana fúnebre regresó, entonces, al dique de La Mica, donde ya tenían el cuerpo del señor Ordóñez en una camioneta. Se le trasladó al vehículo de rescate de los bomberos y se reemprendió el viaje a Quito.

Hasta entonces no habían tenido señal de celular, pero pasado el control de la hacienda de la familia Delgado ya se tuvo acceso al servicio: Cecilia empezó a comunicar la trágica noticia a sus familiares en Cuenca y Gonzalo a sus hermanos en Quito.

Para entonces Gonzalo lo tenía decidido: iba a pedir a su hermana Pilar que acudiera donde su madre y que le diera la noticia. Así que la llamó:

—Hoy nos ha visitado Dios. Nuestro hermano Fernando murió esta tarde en un accidente de bote en La Mica. Estoy bajando con el cuerpo y me dirijo a la morgue. Pilita, tú tienes que darle la noticia a mami.

Pilar se conmovió por la noticia, y por la tarea que le daba su hermano.

—Pero... ¿yo?

—Sí, tú. Tú eres la más fuerte, y vas a tener que hacerlo. Con serenidad, Pili, aunque sabemos lo terrible que va a ser para mami.

Gonzalo también logró comunicarse con Max Donoso, en ese momento subsecretario de Gobierno, a quien le contó lo sucedido y le pidió que lograra que no se hiciera la autopsia al cuerpo de Fernando. Max se consternó y le ofreció averiguar la posibilidad y devolverle la llamada. Unos minutos más tarde lo hizo:

—Gonzalo, he consultado y no se puede. Es lo que dice la ley: toda muerte que no sea por causas naturales debe registrarse en la morgue, después de la autopsia.

—¿La ley?

—Sí, sí, además es mejor. Hasta por asuntos legales, de seguros y demás.

—Bueno, si es así... no queda más remedio —dijo Gonzalo a regañadientes—. Gracias, Max. Te pido eso sí, que alertes al Departamento Legal de la Policía, para que no nos hagan esperar, aunque aún nos falta más de media hora para llegar a Quito; estamos llegando a Pintag.

Gonzalo, que iba con un chofer del municipio, podía hacer las llamadas con serenidad.

En el pueblo de Píntag, resolvieron dividirse: Cecilia y Verónica, con Norma y los demás amigos irían directo a la casa de Cumbayá, donde Cecilia había decidido que se realizaría el velorio, mientras que Gonzalo acompañaría al cuerpo.

Una cosa más faltaba. Mientras clavaba los ojos en las puertas traseras del furgón verde donde iba el cuerpo de su hermano, Gonzalo decidió dar la noticia a la prensa. Fernando era demasiado conocido y, como comunicador, Gonzalo sabía que si no daba él una versión sucinta y clara de los hechos, habría distorsiones y especulaciones. Así que llamó a sus colegas de los diarios *Hoy*, *El Comercio*, *El Universo*, *Expreso* y de los canales *Ecuavisa*, *Teleamazonas*, *Telesistema* y *Gamavisión*, y les repitió con casi las mismas palabras la noticia, que tenía redactada en su cabeza.

### 36. Cenizas y cóndores

La conmoción por la muerte de Fernando Ortiz Crespo fue inmensa: fueron muchos los que le lloraron porque eran muchos los que le respetaban, le querían, le admiraban como un hombre excepcional. Por su vida y por su obra, pero sobre todo por su personalidad, la cualidad que tenía para contagiar su entusiasmo, la pasión por el conocimiento y el amor a la naturaleza de su patria. No solo en el Ecuador sino en muchas partes del mundo la noticia del fallecimiento en un accidente intempestivo de un científico tan conocido fue un golpe difícil de superar.

Sus hijos varones recibieron la horrible noticia en EE. UU. Luis Fernando estaba en una plataforma petrolera en el Golfo de México, a unos 130 km de la costa de Luisiana. Él mismo lo narra así para este libro:

Estaba por terminar mi trabajo en la plataforma, cuando sucedió el trágico ataque contra las Torres Gemelas el infame 11-S o 9-11, como le conocen los estadounidenses. Se suspendieron inmediatamente las actividades aéreas en todo el territorio de EE. UU, y tuvimos prohibición de volver a tierra firme. Para esto una tormenta tropical llegaba al Golfo y amenazaba con volverse huracán. Cuando la tormenta subió de nivel, convirtiéndose en huracán grado 3 y tomó dirección hacia tierra firme, se supo que nuestra plataforma estaba en su posible trayectoria, por lo que todo el personal que no era indispensable fue evacuado, gracias a que dieron permisos para que helicópteros desde tierra firme nos pudieran socorrer. Esto sucedió en la mañana del 13 de septiembre. Mientras yo estaba en el aire, mi tío Lucho Zafra hizo un primer contacto con Ana Isabel, que estaba recién dada a luz de nuestra hija Andrea, quien había nacido tan solo un mes antes, y le contó que papi había tenido un accidente. Anisabel captó enseguida que era algo más que un accidente y enseguida se comunicó con Cuenca para que le averiguaran que había sucedido. Para

cuando yo llegué en tierra firme, en el puerto de Fourchon (que unos años después fue arrasado completamente por el huracán Katrina) ella me dio la horrible noticia de que papi había fallecido. Me acuerdo entre pesadillas de ese viaje de regreso, pues había que viajar tres largas horas para llegar a mi casa en Houma y poder tomar las riendas de lo que sería un terrible peregrinaje, pues los vuelos estaban todavía detenidos en todo el territorio estadounidense, y no sería sino hasta el día 14 que se permitía despegar desde Houston, Texas, al primer vuelo internacional. Mi jefe en Schlumberger, una ingeniera hindú, Gehan Abelkader (¡cómo se acuerda uno de los eventos de esos días tan claramente!), me consiguió un puesto en ese vuelo de Continental a Quito, y me convenció de no salir precipitadamente, como fue mi primer impulso, la misma noche del día 13, en carro a tratar de pasar la frontera a México y dirigirme vía el DF a Quito (como sí lo tuvo que hacer mi ñaño Juan Pablo desde Nuevo México y que llegó al Ecuador un día más tarde que yo). Así que esperé al día siguiente y tomé mi carro a primera hora desde Houma, Louisiana, y manejé seis horas para llegar a Houston y tomar ese avión que pudo llevarme a Quito y llegar la noche del día 14 y encontrarme con la vigilia que había preparado toda la familia para esperar a los dos hermanos Ortiz Vintimilla, en la casa de Cumbayá.

¿Que más te puedo contar? Que fueron los momentos más difíciles de mis seis años en el exterior y una de las principales razones para motivar mi regreso al país. Estar lejos de la familia en los momentos más tristes de nuestras vidas (te debo recordar que la partida de mi suegro Fernando Andrade, tan solo un año antes, también nos tocó profundamente, y estábamos asimismo lejos) fue muy duro para Anisabel y para mí. Desde esos tristes acontecimientos nuestra vida lejos no tuvo más esa chispa que había sido nuestra experiencia de vivir fuera de nuestro país, y decidimos nuestro regreso tan solo nueve meses después.

Esa tarde, Juan Pablo regresó con su esposa Tatiana a su casa en Hobbs, Nuevo México, de una cita médica y encontró en la grabadora del teléfono un mensaje de su prima Silvia Zafra desde Cuenca comunicándole que su papá había tenido un accidente. Él mismo relata así su viaje a Quito:

Inmediatamente le llamé a mi hermano Luis Fernando en Luisiana pero él estaba en medio del golfo de México en un pozo petrolero. Ana Isabel me contó la terrible noticia. Tatiana y yo no teníamos forma de volar. Después de pensar un poco, decidimos ir en automóvil hacia México. Hobbs está a cinco horas por auto de Ciudad Juárez. Condujimos hacia allá y agarramos el primer vuelo de Ciudad Juárez hacia Ciudad de México.

Mientras tanto, la prima María Fernanda Wray [hija de Carmen que reside en México DF] nos pudo conseguir el vuelo al siguiente día hacia Quito. Era el día 14 y nos quedamos con ella en su departamento. El 15 nos llevaron al aeropuerto. A Tatiana casi no le dejaron salir de México pues al entrar por la frontera con EE. UU. nadie nos revisó ningún documento. En ese entonces, al ser ecuatoriana, necesitaba visa para estar en México. En el aeropuerto, el oficial de migración no quería dejarle irse al Ecuador argumentando que estaba ilegalmente en México, hasta que Tatiana le dijo “¿Por qué mejor no me deporta y así me voy de México?”. El oficial recapacitó y nos dejó salir.

La madre de Fernando, doña Lola Crespo, que al recibir la noticia por poco se vuelve loca, se hizo fuerza, demostrando su carácter y fue luego un ejemplo de serenidad, de valentía, de fe en una vida futura, de resignación ante la voluntad de Dios.

Sus cinco hermanas mujeres y sus tres hermanos varones y los hijos e hijas de ellos, sobrinos de Fernando, le lloraron, como le lloró su inmensa parentela. Al momento de morir, Fernando tenía tres hijos, dos nietos, 8 hermanos y hermanas, 15 sobrinos,

65 primas y primos hermanos por el lado de su madre, hijos de sus tíos Crespo Toral.<sup>46</sup> Del lado de su padre, la cuenta era la cara opuesta: solo dos primos, sus compañeros de juegos y aventuras de la infancia, los Neira Ortiz, y dos sobrinos. Aunque de ese lado había, claro, parientes en segundo grado y más lejanos.

Pero también le lloraron sus amigos, sus exalumnos, sus colegas y conocidos en todo el Ecuador y en el exterior (San Luis, Berkeley, San Juan de Puerto Rico, Roma), y todos aquellos con quienes trabajó, con quienes compartió asociaciones, fundaciones, congresos o seminarios.

A su velorio acudieron el presidente de la República, Gustavo Noboa Bejarano y su esposa, Isabel Baquerizo; el vicepresidente, Pedro Pinto Rubianes; los ex presidentes Rodrigo Borja y su esposa Carmen Calisto, y Osvaldo Hurtado y su esposa Margarita Pérez; ministros y ex ministros de Estado; el alcalde Paco Moncayo y su esposa Martha Miño, los y las concejales de Quito; rectores, decanos y delegaciones de las universidades; biólogos, ambientalistas, periodistas, compañeros, amigos, familiares.

Hasta que llegó Juan Pablo, el día 15, se velaron sus restos. Sus hermanos calcularon que unas tres mil personas pasaron por la casa de duelo.

Se celebraron varias eucaristías en su casa. Una de las más hermosas fue la que condujo el sacerdote jesuita P. Oswaldo Carrera S.J., que acudió a celebrarla a pesar de sufrir de cáncer en etapa terminal. Su entereza hacía que no se le notase afección alguna, salvo que estaba muy delgado. Tuvo la sensibilidad de escoger para las lecturas de la misa, solo pasajes de la Biblia que mencionasen aves: “Entonces Yavé Dios formó de la tierra a todos los animales del campo y a todas las aves del cielo, y los llevó ante el hombre para que les pusiera nombre. Y el nombre de todo ser viviente había de ser el que el hombre le había dado”

---

<sup>46</sup> A los 10 años de la muerte de Fernando, los descendientes directos de sus abuelos Emiliano Crespo Astudillo y Lola Toral Vega, eran 409, de los cuales 14 hijos, 76 nietos, 186 bisnietos, 130 tataranietos y 4 choznos. A los 25 años son 557.

(*Génesis* 2, 19). “Yo estableceré para ellos aquel día una alianza con los animales del campo, con las aves del cielo y los reptiles de la tierra; extirparé del país el arco, la espada y la guerra, y haré que descansen seguros” (*Ezequiel* 2, 20). “Tú haces brotar fuentes en los valles, y corren sus aguas por las quebradas.../ Las aves del cielo habitan junto a ellas y hacen oír su canto entre las ramas.../ Se llenan de savia los árboles del Señor, los cedros del Líbano que él plantó/ allí ponen su nido los pájaros, la cigüeña tiene su casa en los abetos.../ ¡Qué variadas son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría, la tierra está llena de tus criaturas!” (*Salmo* 104). “Mirad las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?” (*Mateo* 6, 26).

Fernando había contestado varias veces esa pregunta: para él, la tesis judeocristiana de que el hombre era el rey de la creación había sido muy mal aplicada: el ser humano se había sentido con derecho a esquilmar la tierra, matar a los animales, destruir el equilibrio ecológico. Para él, el hombre debía respetar a los animales y a las plantas, ser uno con ellos. Y aplicar su inteligencia no para destruir sino para salvar la creación, la obra de Dios.

Su mujer y sus hijos decidieron la cremación del cuerpo. Luego de la misa final de honras en el camposanto Monteolivo, sus cenizas se pusieron en dos urnas. Una fue depositada bajo un árbol en ese mismo lugar y, al hacerlo, se entonó el Himno a la Dolorosa, que tantas veces había cantado Fernando con su voz de barítono. Ese día, el himno tuvo para todos un significado sobrecogedor: “Estrella salvadora es, Madre, tu semblante./ Mísero navegante, naufragaré sin ti./ Cuando la mar del mundo,/ con zozobranante quilla,/surcare mi barquilla/acuérdate de mí./ Aunque avance rugiendo la tormenta/y en mi mástil ya gima el huracán,/ feliz con tu recuerdo soberano/ desafío las olas de la mar./ Me arrollarán quizás entre su espuma,/ mas negar que me amaste y que te amé/ negar que fui tu hijo y que en tus brazos/

se pasó como un sueño mi niñez,/ eso nunca lo haré, Madre querida,/eso nunca, nunca lo haré”.

La otra urna fue llevada al día siguiente a La Mica. Toda la familia íntima, incluida su esposa, su madre de 84 años, y sus hijos, subió al páramo del Antisana, acompañada de muchos amigos y colegas. Fue una expedición de dolor y de esperanza, un gesto de amor a la naturaleza, un recuerdo intenso de Fernando. Caminaron por la ribera occidental de la laguna hasta un sitio escogido en medio de los matorrales y flores del páramo, donde se plantó una cruz que había sido elaborada por las hábiles manos de su hija Verónica y cada persona dijo lo que sentía sobre Fernando y su partida. Luego, sus hijos esparcieron las cenizas en la propia laguna.

Unos patillos se habían alejado, pero de pronto, en medio de la ceremonia, dos siluetas se recortaron en el cielo encima de los riscos montañosos del frente. Describieron círculos pequeños y se fueron acercando: eran dos cóndores los que sobrevolaban, dieron fe los ornitólogos presentes, entre ellos Tjitte de Vries, colega de Fernando en la PUCE, y Juan Manuel Carrión, alumno y colega. Todos quedaron profundamente impresionados de tener esa compañía alada en aquel momento, de una tristeza dulce.

Lo increíble es que Fernando, cinco años antes, al dedicar un artículo a su amigo y colega Juan Black —quien estableció los límites del Parque Nacional Galápagos, fue el primer ecuatoriano en ser secretario del directorio de la Fundación Charles Darwin y estableció una estación biológica justamente en el páramo del Antisana, y que falleció tempranamente por cáncer—, había predicho este momento:

... por los designios insondables de Dios, Juan se ha ido cuando su obra aún no parecía estar completa, y cuando su fortaleza y magnetismo personal parecían intactos tras apenas medio siglo de vida. De él nos queda su ejemplo, sus talentosos hijos e hijas, y su libro “Galápagos, Archipiélago del Ecuador” cuyo título es la mejor prueba de su enorme patriotismo. Sus cenizas, esparcidas por amigos y parientes en los mismos

vientos del Antisana que acariciaron su semblante infantil, volaron hacia las alturas mientras un cóndor se cernía en el aire sobre el cortejo fúnebre, encargado de dar a su indomable espíritu una singular bienvenida.<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup> Ortiz Crespo, Fernando, “En memoria de Juan Black Maldonado”, diario *Hoy*, 13 de diciembre de 1996.

### 37. Homenajes y recuerdos

Los humanos tenemos la tendencia a querer saber las últimas palabras que alguien pronuncia antes de morir. En el caso de Fernando, estas quedaron grabadas. En efecto, unos días después de su muerte, uno de sus hijos se puso a ver la filmadora que Fernando había llevado a La Mica, y encontró que, a pesar de haber estado sumergida en el agua, funcionaba... Para su sorpresa, el minicassette mostraba lo que Fernando grabó ese día: desde la conversación con su nieto Mateo hasta su último desembarco. Vio las tomas de cuando Luis Calvopiña sostiene un pato sin plumas que Fernando graba con lentitud, como queriendo registrar sus detalles; se ve cómo Luis persigue otro pato, lo agarra y lo muestra a la cámara. Y se oye la voz de Fernando: “Pues he hecho un descubrimiento científico hoy, no vayas a creer. Y es que los patos mudan por completo su plumaje aquí en La Mica. Eso no sucede en ningún otro sitio de migración”. Sigue la filmación y se oye a Fernando decir: “Probablemente se sienten seguros aquí, por lo que mudan por completo sus plumas, antes de volver con sus crías hacia el norte”.

Poco después, Fernando abordó el bote que, luego de varias horas de tranquilo recorrido, con su violento salto, lo tiró al agua.

Una pregunta que tenía Gonzalo es por qué el bote saltó: Luis Calvopiña no sabe por qué, solo sabe que el motor aceleró a fondo. Pero que el bote haya saltado se explica porque el motor fuera de borda era demasiado potente, de 50 caballos de fuerza (CV) cuando un motor de 10 CV hubiera bastado para navegar en una laguna de aguas calmas, sin olas, como La Mica. Quizás se previó un motor más grande para cuando sopla viento fuerte, pero ni siquiera en esos casos se requiere tanta potencia. Este fue un error atribuible a la cadena de decisiones de compra en una burocracia: mejor tener un motor potente que un motor apropiado...

Otra razón del salto se debe al propio Zodiac. Es verdad que los botes inflables de este tipo son fáciles de transportar, pues

se plegan fácilmente y no se requiere de un remolque ni de gran espacio de almacenaje. Y es verdad que tienen una estabilidad superior debido a su gran porción neumática: su gran quilla y costados no son *más que un inmenso flotador* que le proporciona un centro de gravedad bajo, lo que hace casi imposible su vuelco en circunstancias normales. Pero, al ser un bote plegable inflable, es más liviano que una embarcación del mismo tamaño hecha de madera, aluminio u otro material, lo que conduce a que pueda saltar fácilmente. La combinación de motor potente y bote liviano fue fatal.

Pero el otro error fue más directamente relacionado a los tres ocupantes que navegaron sin ponerse chalecos salvavidas. Una medida tan simple habría producido otros resultados. No fue así. Y lo grave es que no se pusieron chalecos, porque no los habían llevado. Fernando no debió haber aceptado jamás subirse a ese bote. Pero lo hizo.

Por supuesto, es tarde para lamentarse, pero de una tragedia como esta se sacaron lecciones: la Emmap-Q revisó sus procedimientos y estableció un manual de seguridad muy estricto a partir de ese día. El propio Gonzalo Ortiz, que fue miembro del directorio de esa empresa metropolitana desde 2002 y presidente subrogante de 2006 a 2009, mantuvo vigilancia sobre las normas de seguridad de la empresa y de sus contratistas.

### *Homenajes al científico desaparecido*

Pasado el golpe inicial de la tragedia, surgieron todo tipo de iniciativas para resaltar la figura de Fernando, ponerlo como ejemplo para las nuevas generaciones y destacar hitos de su trayectoria vital. El Concejo Metropolitano de Quito, por ejemplo, le otorgó *post mortem* la condecoración Eugenio Espejo, destinada a personalidades destacadas en el ámbito científico, que la recibió su esposa en la sesión solemne del 6 de diciembre de 2001. Así mismo, el Congreso Nacional emitió un sentido acuerdo de condolencia y, el 5 de junio de 2004, con ocasión

del Día Mundial del Medio Ambiente le otorgó la condecoración Vicente Rocafuerte *post mortem*. Todas estas distinciones las recibió Cecilia Vintimilla.

Fue muy especial la iniciativa que tuvo la Academia Nacional de Historia (ANH). Como Fernando había sido elegido académico correspondiente por sus trabajos sobre historia de las ciencias y a su muerte había dejado listo su discurso de incorporación, la Academia, por primera vez en toda su vida institucional de más de 90 años, realizó un acto de incorporación *post mortem*. La ceremonia fue un hermoso homenaje a Fernando. El doctor Jorge Salvador Lara, ex director de la ANH, dio el discurso de bienvenida en el que trazó un magistral retrato del científico fallecido y luego su hermano Gonzalo explicó cómo Fernando había reaccionado a su elección de miembro de la ANH y su dedicación, en ese verano antes de su fallecimiento, a elaborar la ponencia, cuyas conclusiones leyó. El texto mismo de la ponencia se repartió a los presentes en un folleto bellamente editado. El librito se titula *La historia del árbol sin nombre. Hacia una historia congruente del descubrimiento y difusión de la quina*.

El acto se celebró el 20 de febrero de 2002, y Gonzalo precisamente destacó algo que a Fernando le habría gustado mucho: la de hoy, decía,

es una fecha muy extraña, porque es el 20 del 02 del 2002, o lo que es lo mismo 20022002, es decir un número capicúa total... con año, mes y día... Según mis cálculos, la última fecha capicúa fue el 11 de noviembre de 1111, una fecha con ocho números uno, y antes de eso el 10 de enero del 1001, ambas fechas en plena baja Edad Media. Y no habrá otra fecha capicúa total hasta dentro de más de mil años, ¡el 30 de marzo del 3003...!

No solo eso sino que, en pocos minutos más, dentro de cuatro minutos exactamente, porque son las 19h58, a las 8:02 pm, viviremos un momento histórico. No estará señalado

por el sonido de la alarma de ningún reloj ni el repique de ninguna campana. Cuando el reloj pase de las 8 y un minuto de esta noche, el tiempo será leído durante solamente sesenta segundos en perfecta simetría 2002 2002 2002 o, para ser más preciso, las 20:02 del 20 02 del 2002. Los únicos momentos en que el reloj ha marcado un capicúa total fueron a inicios del milenio anterior (las 10:01 del 10 de enero de 1001) y los del siglo siguiente (las 11:11 del 11 de noviembre de 1111).

Me parece que un minuto, hora, día, mes y año palíndromo así no volverá a suceder, aunque el mundo dure miles de años más. Creo que a Fernando le habría gustado este juego matemático. Pero, sobre todo, nos gusta a nosotros recordarle en un momento de perfecta simetría de las esferas celestes, a él que luchó por la simetría de la naturaleza y el cerebro de la raza humana.<sup>48</sup>

El Ministerio del Ambiente le nombró oficialmente “Pionero de la Conservación de la Naturaleza Ecuatoriana”, la Corporación Liceo Internacional estableció en Zámbez un colegio secundario con su nombre (2003) y el Jardín Botánico de Missouri le dedicó un afiche sobre la biodiversidad del Ecuador inserto en su calendario 2004.

Pero hubo más: EcoCiencia en una alianza estratégica con Conservación Internacional Ecuador (CI-Ecuador) puso en marcha la *Iniciativa de Especies Amenazadas Fernando Ortiz Crespo*, un programa ejecutado entre 2003 y 2009 que financió alrededor de 40 proyectos, tanto investigaciones como acciones de conservación por \$180.559, con el objetivo de contribuir a minimizar la pérdida de biodiversidad del Ecuador y aumentar el conocimiento sobre las especies en peligro de extinción.

Entre dichos trabajos, realizados por valiosos profesionales ecuatorianos, se hicieron cantidad de cosas buenas en memoria

---

<sup>48</sup> La ponencia de Fernando y el discurso de Gonzalo se publican más adelante, en este mismo volumen.

de Fernando Ortiz Crespo: investigaciones sobre herpetofauna (de cocodrilos de la Costa, ranas de los Andes, ranas arborícolas, ranas marsupiales... en zonas como los manglares de El Salado, Punta Galeras, Esmeraldas, Morona Santiago, Zamora Chinchipe, Refugio del Pasochoa, el volcán Tungurahua, los bosques de Mazán en el Azuay y de Morán, en el Carchi), mastofauna (de ratones endémicos, primates amenazados, ballenas jorobadas, monos arañas y osos andinos, en las provincias de Pastaza, Galápagos, Napo y el noroccidente del Ecuador), ornitofauna (de petreles, pericos, guacamayos, loros, colibríes en peligro —entre ellos el aquí mencionado Zamarrito pechinegro y otros— en el Chocó ecuatoriano, el suroccidente del país, Galápagos, Pichincha, etc.), ictiofauna (distribución de la manta gigante en la Isla de la Plata), invertebrados (mariposas carroñeras en el río Canandé y especies de moluscos en Galápagos), y botánica (en Galápagos).

En cuanto a acciones de conservación de especies amenazadas se apoyaron talleres (sobre la estrategia nacional de conservación del tapir), campañas de difusión (para que no se corten las palmas de ramos, que son el hábitat del Loro Orejiamarillo, con la frase “Si se vuelan las palmas, palman los loros”) y la producción del video que acompañó dicha campaña, un álbum de animales en peligro de extinción, un congreso sobre aves rapaces y conservación, y un libro sobre los mamíferos de los bosques húmedos del noroccidente del Ecuador.

Otro homenaje más, muy importante, fue decidido por la Fundación Charles Darwin (FCD) como uno de los actos de mayor significación al conmemorar sus 50 años de fundación: la *Beca a la Excelencia Académica Doctor Fernando Ortiz Crespo*. Destinada “a estimular la excelencia académica en la investigación científica, honrando así la ilustre memoria del doctor Fernando Ortiz Crespo, distinguido científico ecuatoriano”, como dice la página web de la Fundación,<sup>49</sup> fue

---

<sup>49</sup> [http://www.darwinfoundation.org/english/\\_upload/beca-dr-fernando-ortiz.pdf](http://www.darwinfoundation.org/english/_upload/beca-dr-fernando-ortiz.pdf)

anunciada el 28 de julio de 2009 en una ceremonia en Quito. Esta beca se otorga cada año a un joven profesional “con excelencia académica, gran potencial de liderazgo, espíritu cívico, y especial vocación por la conservación de recursos naturales”. Se otorga a la mejor propuesta de investigación científica para obtener la tesis de licenciatura y solo pueden optar a ella los estudiantes con un promedio acumulado de la universidad superior a 8.0.

### *El nombre de Fernando Ortiz*

La muerte de Fernando Ortiz llevó a iniciativas concretas para recordar su nombre: la primera institución en hacerlo fue la Fundación Natura que bautizó con el nombre del científico al centro de interpretación del Refugio de Vida Silvestre Pasochoa. Allí, donde el visitante recibe las explicaciones de la riqueza de fauna y flora, aunque no se dijera nada de que fue Fernando Ortiz quien se empeñó en salvar ese bosque para las nuevas generaciones, el que esté su nombre es un mensaje silente de su labor pionera.

Otro sitio emblemático que lleva el nombre de Fernando Ortiz es el “Jardín de Colibríes” del Parque Metropolitano Guanguiltagua, junto a la quebrada Ashintaco, donde el joven naturalista acudía de adolescente y donde llevó siempre a sus alumnos y a zoólogos visitantes de Quito.

Un recuerdo de gran trascendencia es el Colegio Fernando Ortiz Crespo de Zámbez. Concebido por la Corporación Liceo Internacional, bajo la inspiración de su presidenta Dra. Adriana Varhola y del rector del Liceo, Lcdo. Patricio Quevedo Terán, este fue el primer colegio secundario en la población de Zámbez en toda su historia. Además, se trata de un colegio particular y gratuito, que tiene una especial dedicación a las Ciencias Naturales. En un terreno de propiedad de la Curia, cedido en comodato, se ha ido construyendo paulatinamente, desde que se lo estableció en 2004, habiendo graduado la primera promoción de bachilleres en 2009. Aunque se trata de una iniciativa del

Liceo Internacional, las familias Ortiz Crespo y Crespo Toral han ayudado al colegio. La propia madre de Fernando, doña Lola de Crespo, organizó, en diferentes años, un concierto y una rifa para recaudar fondos para el colegio. Una de las aulas del colegio fue donada por la familia del fallecido doctor Rodrigo Crespo Fabara. Se han donado computadores, y otros enseres. A su vez, el doctor Francisco Sevilla, esposo de la señora Pilar Ortiz, concibió un proyecto que presentó a la Cooperación Belga para reforzar las actividades ambientales del colegio con la creación de un centro de reciclaje y un aula con equipos audiovisuales, para la capacitación a los estudiantes del propio colegio y de ellos a los de otras instituciones de enseñanza, en los temas del reciclaje y la conservación de la naturaleza.

Retratos de Fernando cuelgan en la galería de naturalistas ecuatorianos del Inabio (antiguo Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales) y en la de científicos ecuatorianos en el Centro Internacional de Zoonosis de la Universidad Central del Ecuador.

Con ocasión de cumplirse los diez años de su fallecimiento, su familia y la empresa de agua, que había cambiado de nombre a Empresa Pública Metropolitana de Agua Potable y Saneamiento (Epmaps) colocaron en La Mica una placa, que reza: “A Fernando Ortiz Crespo, pionero de la conservación de la naturaleza ecuatoriana, fallecido en estas aguas el 13 de septiembre de 2001”.

En aquella ocasión se supo de un nuevo homenaje a Fernando: la Epmaps, que ha adquirido las haciendas Antisana y Contadero, establecería un Centro de Investigaciones Biológicas con el nombre de Fernando Ortiz Crespo.

### 38. Su libro sobre los colibríes

Con su libro *Los colibríes. Historia natural de unas aves casi sobrenaturales* Fernando se proponía “subsana[r] la escasez de información detallada en castellano” sobre los colibríes, “intentando producir un tratado que pueda ser leído a dos niveles: el científico y el divulgativo. Así, aunque trato de no recurrir demasiado a tecnicismos, doy los nombres científicos de las especies tratadas (siempre en cursiva), y debo recurrir a la terminología técnica para explicar cosas que no se pueden abordar de otro modo”.<sup>50</sup>

Alguna vez, hacia 1993, en una conversación en Roma, dijo a Gonzalo refiriéndose a su tesis de Ph.D.:

—Mi tesis sobre colibríes, si llego a publicarla, será del interés de no más 400 personas en todo el mundo.

—¿Cómo?, ¿de tan pocos? —le preguntó su hermano.

—Sí, solamente interesará a los ornitólogos y de entre ellos probablemente solo a los expertos en colibríes. Es demasiado científica.

—No puede ser —le replicó Gonzalo—. Usted sabe divulgar sus conocimientos en un lenguaje muy asequible.

—No se preocupe —le respondió—. Precisamente por eso estoy escribiendo una obra de divulgación, que pueda interesar a muchas más personas, para que conozcan, se aficionen y protejan más a los colibríes.

Ya para entonces Fernando Ortiz estaba justamente trabajando la primera versión de su libro allí en Roma, en donde, como se vio arriba, residió entre 1992 y 1995. Quizás sentía nostalgia por no poder ver colibríes. “Como sitio para observar colibríes, Roma y Europa son casi tan desoladas como la Luna y nos hacen apreciar más los amplios panoramas naturales y elementos de la fauna y flora de América”, dice él mismo en su texto.<sup>51</sup>

---

<sup>50</sup> Ortiz, *Los Colibríes*, p. 20

<sup>51</sup> Op. cit., p. 25

Fue la culminación del trabajo de toda una vida, porque solo quien sabe mucho puede escribir con facilidad y amenidad sobre un tema, que él quería y apreciaba como pocos. Por eso expresaba en su libro la confianza “de que estas páginas se mantendrán en vigencia algunos años”, como en efecto se han mantenido, a pesar de que él ya reconocía que para cuando escribió había un auge de los libros y artículos sobre colibríes, pero solo en inglés o alemán o muy poco o nada en español. Por esa razón el libro de Fernando Ortiz llenó una necesidad muy grande.

La primera versión de su libro, la escrita en Roma, interesó mucho al Museo Regional de Ciencias Naturales de Turín, dirigido en ese entonces por un ornitólogo, que se había vuelto un entusiasta admirador de Fernando y sus conocimientos. Lamentablemente, aquel director fue reemplazado por un geólogo, al que no le interesaban para nada las aves, y menos auspiciar un libro sobre aves inexistentes en Europa.

Fernando Ortiz siguió trabajando tras su retorno al Ecuador; culminó una segunda versión y en alguna conversación surgió el interés de directivos de la entidad estadounidense The Nature Conservancy (TNC). Pasó el tiempo, y a pesar del interés de esos directivos, no llegó a concretarse su publicación. Ortiz tuvo más tarde una gran decepción cuando una pintora de aves de nacionalidad estadounidense que le había ofrecido sus ilustraciones, prefirió publicarlas por su cuenta, en Estados Unidos. Lo sintió como un engaño porque el propio Fernando, que era un gran dibujante de aves, se había convertido en guía y mentor para que la estadounidense aprendiese a dibujar colibríes y preparase las láminas, obteniendo para ella ejemplares de colibríes, logrando permiso para que tomara como modelos los de la colección del Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales y aconsejándole sobre el tipo de vegetación con que podía ambientar las pinturas. A pesar de la traición, Ortiz no se dio por vencido, y siguió investigado, revisando la redacción de los capítulos, añadiendo nuevos, pensando en obtener otros ilustradores o fotografías en el futuro.

Pero la muerte que, como se ha narrado aquí, acaeció el 13 de septiembre de 2001, le sorprendió sin haber publicado su libro sobre colibríes y otras obras que tenía previstas, aunque, por cierto, durante su vida, robando tiempo a sus clases, a sus consultorías y a sus actividades de dirección, publicó más de 35 artículos científicos en revistas indexadas, y no menos de mil artículos en periódicos y revistas de circulación general.

Por eso, tras su muerte, su familia, y en especial Gonzalo, buscó en las computadoras de Fernando dos textos: el de su trabajo para incorporarse a la Academia de Historia, sobre la historia de la Cinchona, o árbol de quina, y el de los colibríes.

Como Fernando mejoraba su texto, modificaba partes, pulía o suprimía párrafos, la tarea no era sencilla. Por eso, hubo que ver en las computadoras las fechas de los archivos y cotejar contenidos, para establecer el texto que Fernando consideraba definitivo. Con ese texto, investigado por Gonzalo, se emprendió la tarea de publicar el libro. Quinche Ortiz Crespo, la última de los hermanos de Fernando, tuvo la ímproba tarea de diseñar el texto. En eso se encontraban cuando el doctor Luis Mazariegos, un extraordinario fotógrafo de colibríes, de nacionalidad colombiana, contactó a Cecilia, pues “conocía de la existencia de un texto inédito de su fallecido esposo” y quería ofrecer algunas de sus fotos para ilustrarlo si es que se pensaba publicarlo. Cuando se le informó que se trataba de un volumen largo y que se lo iba a editar como libro, el doctor Mazariegos ofreció más fotos. Cecilia, Quinche y Gonzalo sostuvieron una cita con él, durante una visita a Quito, y allí él tuvo la bondad de entregar decenas de fotografías. Atónito, Gonzalo le preguntó que era imposible pagarle, a lo que el doctor Mazariegos contestó que las obsequiaba, de manera gratuita como “homenaje a la memoria del más grande científico de colibríes, que había existido hasta la fecha, el doctor Ortiz”.

Para el libro se tuvo, además, la ayuda de muchas personas, que donaron fotos, dibujos y acuarelas, lo que permitió que saliera un hermoso volumen en 2003. Su hermano Gonzalo, de

nuevo con la ayuda de su hermana Quinche en el diseño, con ocasión de los diez años del fallecimiento del autor reeditó el libro en 2011 con fotos inéditas y con un apéndice elaborado por el ornitólogo y discípulo de Fernando, Juan Fernando Freile.



Con el gobernante militar general Macros Gándara Enríquez el día de la inauguración de la estación científica Charles Darwin, 20 de enero de 1964

**SEGUNDA PARTE**  
**(ENSAYOS Y ARTÍCULOS DE HOMENAJE)**



Su pasión, los colibríes: Fernando Ortiz pesando en la balanza un polluelo de colibrí, mientras su ayudante toma nota de las observaciones, enero de 1983

## FERNANDO ORTIZ CRESPO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

(Discurso de recepción post mortem en la ANH, 20 de febrero de 2002)

*Jorge Salvador Lara\**

Mientras investigaba para defender la biodiversidad en la Laguna de La Mica, al pie del Antisana, hábitat de muchísimas especies de aves y plantas vernáculas en peligro de extinción, falleció nuestro tan admirado y querido Fernando Ortiz Crespo, uno de los más notables científicos del Ecuador contemporáneo. Poco antes, en mérito a sus investigaciones sobre historia de la ciencia, había sido designado Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia, y señalado el tema de su discurso de rigor, que no alcanzó a leer personalmente. Hoy nos hallamos reunidos para rendir un homenaje a su memoria, escuchar en la voz de su hermano, el doctor Gonzalo Ortiz Crespo, la lectura de ese importante trabajo de investigación, e incorporarle *post mortem* al claustro académico de la benemérita corporación que fundaran monseñor Federico González Suárez y el excepcional conjunto de sus alumnos presidido por los entonces jóvenes Jacinto Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea.

Fernando Ortiz Crespo mostró desde la niñez su vocación de naturalista. A la manera del “tío Benedicto”, el pintoresco, distraído y sabio personaje que aparece en *Un capitán de quince años*, la célebre novela de Julio Verne, Fernando estaba dotado de una atracción personal e irreprimible por cuantos seres con vida eran captados por su sensibilidad. Si se trataba de plantas,

---

\* Jorge Salvador Lara (Quito, 1926-2012). político, diplomático e historiador, autor de números estudios históricos, antropológicos y arqueológicos.

se detenía ante ellas y procuraba examinarlas exhaustivamente: raíces, tallos, hojas, flores y frutos. Esa minucia se incrementaba si eran animales los observados, más aún en los pequeños: hacía lo imposible por atrapar insectos de todas clases, aves, serpientes y cuadrúpedos diminutos. Con unas y otros conversaba mientras les hacía objeto de sus pesquisas, y pienso que plantas y animales adivinaban el cariño que ponía en tales exámenes. Procuraba siempre mantenerles con vida, o curarles si se habían lesionado, y los devolvía a su hábitat en cuanto le era posible, dotado como estaba de admirables sentimientos a lo *Poverello* de Asís. Todos sus parientes, amigos y discípulos recuerdan mil y una anécdotas de este amor de Fernando por los animales. A raíz de su prematura y sorpresiva muerte, entre los numerosos y sentidos homenajes que se le tributaron, espontáneamente surgieron testimonios al respecto que vienen muy a cuento para delinear su perfil de naturalista. Permítaseme reproducir algunas siquiera de esas referencias:

Siempre recordaré episodios de nuestra vida y se convertirán en leyendas de la familia —dice Luis Fernando Ortiz, su primogénito, en emocionante carta abierta leída ante la tumba de su padre—. Como aquella vez que viajando a Cuenca en Navidad como todos los años, íbamos por la Pallatanga. De pronto, frenazo a raya, en el jeep Land Rover que teníamos, papi, sombrero en mano, te lanzas a la carretera y cuidadosamente traes el sombrero de vuelta, tapándolo con tus manos, abres la gaveta y triunfalmente nos cuentas: “¡Esa tarántula no la tienen en la PUCE!” ¡Imagínense la cara de todos y en especial la de mami, con los ojos puestos en la guantera el resto del viaje, esperando que unas patas peludas nos ataquen en cualquier momento!” (Palabras de Luis Fernando Ortiz en la Misa de Honras, domingo 16 de setiembre de 2001).

El segundo recuerdo es de María Rosa Crespo de Baquerizo, una de sus primas, quien a raíz de la muerte de Fernando rememora con nostalgia sus viajes de niña desde Guayaquil a

Quito y las visitas a la vieja casona de los Ortiz Bilbao en la calle Junín:

En esa hermosa casa incrustada en pleno barrio colonial, ¡yo me sentía una reina! Y, por supuesto, conocí y grité, y grité por ellos, todos los animales que Fernando se encantaba en recoger y cuidar. El colmo fue que insistía que me hiciera íntima de su mascota: ¡una culebra! Luego, cuando se graduó de colegio, vino a pasar una temporada con nosotros en Guayaquil...: ahora gritaban mis amigas, las empleadas y las visitas, pues mi bello zoólogo llegaba con salamandras, tarántulas y culebras. ¡Fue tan divertido recibirle en casa! (*E-mail* de 18.IX.2001).

La tercera referencia consta en el reportaje que la redacción en Quito del diario *El Universo* de Guayaquil, publicó en homenaje a Fernando:

Su familia tuvo que acostumbrarse —dice el cronista tras recoger múltiples testimonios— a tener en casa toda clase de animales, especialmente aves, desde pichones de colibríes, que criaba con un gotero y que volaban libremente en la casa, hasta un águila harpía con un ala magullada, a la que hospedaron en el baño de visitas y a la que se alimentaba lanzándole rápidamente un pedazo de carne cruda. “Luego de unos días, Fernando la encontró mucho mejor y volvió a soltarle en su hábitat”, dice su esposa Cecilia Vintimilla. (“Adiós a un pionero de la ciencia”, *El Universo*, Guayaquil, setiembre 30 de 2001).

En fin, reproduzcamos esta anécdota referida por Pepe Laso Ribadeneira, su compañero de colegio:

La leche que venía de las haciendas de los jesuitas se servía en unos tazones de hierro enlozado en el internado de nuestra adolescencia. Y Fernando, sobre unas mesas espantosamente verdes de marmolina, compartía la leche y las migas de pan con unos pequeños ratones blancos que los inspectores tridentinos hubieran querido asesinar. Alguna vez se dejó crecer tanto el pelo y al final, con nuestra complicidad antidisciplinaria, solo pocos sabíamos que era para albergar a unos diminutos pajaritos que se

habían caído de un nido”. (Artículo en el diario *Hoy*, sábado 18 de setiembre de 2001).

El personaje inolvidable de Fernando fue sin duda su ilustre abuelo materno, el doctor Emiliano J. Crespo Astudillo, eminente médico y cirujano por la Universidad de Cuenca, sobresaliente alumno en París de aquellos sabios eximios que enriquecieron con sus nombres y obras la historia de la medicina universal. El doctor Emiliano, a quien se debe la modernización de la medicina y cirugía en el Azuay, era, él mismo, un científico a tiempo completo, sabio en ciencias divinas y humanas, y a él debió Fernando que se afirmara sólidamente su vocación de naturalista. Una de sus últimas tareas fue dedicar un recuerdo afectuoso a su abuelo y sus realizaciones, ampliamente ilustrado con fotografías y datos científicos, en la página *web* que Fernando había creado y que aún podemos visitar en Internet. Mencionaré, a propósito, que Fernando Ortiz fue uno de los pioneros en el uso de la informática con finalidades científicas, pues tempranamente comenzó a utilizarla como medio de comunicación a nivel nacional e internacional y a programar sus propias películas en Internet sobre temas de biología e inclusive historia. Recuerdo que, con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América, creó un programa de tal manera excelente sobre el almirante genovés que le pidieron autorización para divulgarlo en España e Italia.

Colegial aún, mereció la primera beca de la Fundación Charles Darwin para una pasantía en Galápagos. Aquel viaje consolidó de modo definitivo su consagración a la biología, su perseverante dedicación a las Islas Encantadas y su apasionada defensa de la única, prodigiosa e irrepetible naturaleza del archipiélago, famoso a raíz de la visita del insigne naturalista inglés, tan trascendental para la ciencia, a bordo del “Beagle”.

Cuando alumno de la Politécnica, ya departía Fernando con el ilustre profesor Gustavo Orcés, el eminente ictiólogo, pionero también de la ornitología en el país, con cuya amistad se honró, de quien se reputaba alumno y cuyo inicial ensayo sobre las aves

del Ecuador enriqueció Fernando con sus propias observaciones. Valga en estos momentos, como homenaje también al ilustre maestro de la Escuela Politécnica, reproducir la dedicatoria que Ortiz Crespo consignó al comienzo del principal de sus libros sobre las aves:

Al profesor Gustavo Orcés V., pionero de la zoología de vertebrados del Ecuador, gracias a cuya dedicación se inició la mejor colección de aves existente en nuestro país; gracias a cuya sabiduría nosotros dimos los primeros pasos en el estudio de las aves, y gracias a cuya bondad siempre estuvimos gustosos de visitarle y conversar con él.

Sus brillantes aptitudes permitieron a Ortiz Crespo continuar su preparación en la Universidad de Berkeley, California, en la cual, siendo todavía estudiante, mereció ser designado asistente del Museo de Zoología de Vertebrados. En la Universidad de San Luis, Missouri, obtuvo su título de Master, y luego, otra vez en Berkeley, alcanzó su Ph.D. en biología,<sup>52</sup> con laureada tesis sobre colibríes tropicales,<sup>53</sup> que suele ser mencionada con admiración y aplauso por especialistas norteamericanos y europeos.

El doctor Ortiz Crespo, ya de retorno a la Patria, fue profesor de varias generaciones de estudiantes de ciencias en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, donde además inició sendas colecciones de insectos y anfibios y creó el Centro de Investigaciones Botánicas.

Al ser llamado a colaborar en Puerto Rico como director del Departamento de Biología de la Universidad de Río Piedras, fue también nombrado asesor en Ciencia y Tecnología del Gobernador de aquella isla. Otra vez de retorno en el Ecuador, fue el primer guía naturalista en los cruceros por Galápagos. Luego, como presidente del Ingala, primero, y su director ejecutivo después, vivió tres años en el Archipiélago. La experiencia de primera mano entonces adquirida, cimentada en sus ya amplios

---

<sup>52</sup> En realidad, Fernando obtuvo su título de *bachelor* en la U. de San Luis, y los de *master* y Ph.D. en la de Berkeley.

<sup>53</sup> Sobre los colibríes de California.

conocimientos científicos, fue fundamental y fructífera en su trayectoria de investigador.

Gracias a ése su ya rico *currículo vitae* fue elegido director Técnico Científico nada menos que del Instituto Ítalo Latinoamericano, con sede en Roma, donde permaneció con toda su familia de 1991 a 1994. Allí nos fue grato, a Teresita y a mí, visitarles y comprobar de fuente directa el prestigio de que Fernando gozaba, el rigor científico y no por ello menos entusiasta con que estaba consagrado a sus funciones específicas, y cómo a pesar del cúmulo de sus tareas, se daba tiempo para investigar sobre temas ecuatorianos en archivos y bibliotecas. Ya desde aquella época le apasionaba la historia de la quina y había comenzado a formar un rico fichero sobre las más antiguas publicaciones que, respecto a la malaria y su asombroso remedio natural, originario de la América ecuatorial, había en los repositorios italianos, inclusive en el Archivo romano de la Compañía de Jesús y el Archivo Secreto Vaticano.

Fernando supo conciliar su pasión por la ciencia con su afición a la historia, y muchos de sus trabajos de investigación son precisamente sobre historia de las ciencias, por ejemplo el sapiente y erudito estudio para la nueva edición de *La Historia del Reino de Quito en la América Meridional* escrita por el P. Juan de Velasco en 1789 y publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana con base en los originales del manuscrito que custodia la Biblioteca de la Real Academia Española de la Historia, en Madrid, cuya copia en microfilme me fue de particular alegría obtener cuando tuve el honor de presidir la Sección Académica de Historia de dicha Casa. Para la publicación referida, Fernando Ortiz escribió unas *Anotaciones a la sección botánica y zoológica del tomo I de la Historia del Reino de Quito*, según puede verse de la página 439 a la 473 de esa edición.

En los últimos años, el doctor Ortiz fue director científico de la Fundación Ecuatoriana para la Ciencia y la Tecnología (Fundacyt), alta función para la que estaba singularmente dotado por su preparación y experiencia, y desde la cual tanto pudo

hacer en beneficio de la preparación de los jóvenes que salían a estudiar fuera del país.

Los que resultaron últimos meses de su vida fueron particularmente intensos. Recordemos, en primer lugar, que Fernando fue víctima de un atentado cuando una banda de delincuentes, al parecer de origen colombiano, abordó su vehículo, le obligó a beber una pócima paralizante y, cuando ya había perdido el sentido, le abandonaron en un camino de las afueras. Algún buen samaritano lo encontró en estado inconsciente y lo llevó al Hospital Eugenio Espejo, donde permaneció largas horas sin atención alguna, hasta que sus familiares, angustiados por su ausencia, dieron con él y pudieron trasladarle al Hospital Metropolitano. La familia temía que el bebedizo pudiera haber afectado sus facultades, pero al despertarse y ver, en un instante de lucidez, que este servidor le estaba visitando, sin más comenzó a informar, con pleno uso de sus facultades, sobre los avances que había hecho en su discurso de ingreso a la Academia, precisamente el que vamos a escuchar esta noche.

Ya felizmente recuperado y vuelto a sus actividades normales, una de sus principales preocupaciones fue la salud de su amada madre, doña Lola Crespo Toral de Ortiz Bilbao aquí presente, quien debió someterse el sábado 23 de junio de 2001 a una delicada intervención quirúrgica oftalmológica, que ella soportó con la admirable entereza que le caracteriza, según Fernando refirió a toda la familia en un mensaje electrónico.

He visto ya recuperada a mami en el Metropolitano —decía—. Nos contó que se había prometido recitar, al momento de recuperar el conocimiento tras la anestesia total, la primera oración que oyó de labios de su madre, nuestra abuela Lolita. El instante en que volvió en sí la recordó, en efecto, y la recitó entera, probándose ella misma, y probando a los que estábamos a su lado, que había superado sin ningún problema mental la inconsciencia forzada.

Invitado por el Comité organizador, Fernando Ortiz pronunció una lección magistral, el lunes 25 de junio del

año próximo pasado —dos días después de la operación de Lolita- ante el numeroso grupo multinacional de jóvenes que anualmente, por diversos lugares de América seleccionados en cada oportunidad, recorren la denominada “Ruta Quetzal”. Esta vez atravesaron nuestro país y, para uno de los campamentos, se escogió la Hacienda de San Agustín de Callo donde se custodian los importantes vestigios del Palacio de Huayna Cápac, al pie del Cotopaxi, que tanto han llamado la atención de viajeros y científicos famosos, entre ellos el francés La Condamine, en el siglo XVIII, y el alemán Humboldt, a principios del XIX. Fernando, en uno de sus habituales mensajes electrónicos a la familia, trazó el siguiente relato:

Hoy pasé con 330 jóvenes de entre 16 y 17 años y 50 personas un poco mayores... gracias a que Mignon Plaza me pidió dar una charla sobre el Árbol de la Quina para el grupo de la Ruta Quetzal en San Agustín de El Callo. Fue una hermosa experiencia entre otras cosas porque conocí al profesor Miguel de la Cuadra, que es el director del programa, y porque pasé el día y almorcé con el padre Pedro Niño y con Gustavo Vallejo, su esposa Yolanda, y su linda familia que también fueron invitados de Mignon.

Los chicos seleccionados para el programa eran de 43 países, hermanados todos por el uso del castellano y por la convivencia de varias semanas de desplazarse por el Ecuador y el Perú. Mi charla salió bastante bien aunque la anterior, de un profesor peruano sobre los incas, fue buenísima. Para darles una idea de la clase de chicos que había, al final de mis palabras se me acercó uno de Chile y me entregó una simpatiquísima “Oda a la Quina”, que él había escrito como su proyecto para ser aceptado en la gira. Varios de los chicos me agradecieron después, y yo creía que era por la charla, pero uno, ecuatoriano, me dijo que era por haber hecho yo una página *web* de la Quina que él había encontrado en Internet y que le había servido un montón para completar un *paper* que había tenido que hacer acerca de este tema.

Para colmo, una colibrí había anidado en una planta en una maceta colgante y cada cierto tiempo, en medio del gentío, venía

y alimentaba a sus dos hambrientos polluelos, todo con el telón de fondo colosal y magnífico del Cotopaxi despejado y el azul intenso de este día radiante que fue el del “Inti Raimi”.

A fines de mayo del año próximo pasado quien habla sufrió la fractura del axis, segunda vértebra cervical, a raíz de una caída, cuya consecuencia fue tres meses de inmovilidad. Entre las numerosas visitas que durante ese lapso recibí con tal motivo, y que comprometieron mi gratitud, estuvo la de Fernando Ortiz y su esposa Cecilia, sobrinos queridísimos como todos los Ortiz Crespo. Apenas regresó a su domicilio Fernando tuvo la bondad de dirigir a toda la familia un mensaje electrónico, dando noticia de mi salud y trazando, con esa oportunidad y con generosidad extrema, un retrato de este su tío político que considero una de las páginas más honrosas de mi vida. Aunque me habría enorgullecido reproducirlo, me abstengo de ello porque, como dice el antiguo refrán, “alabanza en boca propia es vituperio”. No pude sino contestarle breves líneas diciéndole: “Querido Fernando, ¡qué generoso eres! Me has hecho colorear. Agradezco tu bondad. La que siempre nos ha dado ejemplo en toda circunstancia es Lolita, tu mamá. Afectuosos saludos para todos”.

La trascendental exposición “Humboldt”, organizada en Alemania, conmemoró el recorrido que el sabio germano hizo para América hace dos siglos. Esta importante y extraordinaria muestra estuvo en Quito de junio a agosto de 2001, y contó con la activa participación del doctor Ortiz, quien no solamente escribió varios artículos al respecto en su columna hebdomadaria del diario *Hoy*, sino que fue activo promotor de la publicación de un bello catálogo, con láminas a todo color e importantes artículos de destacados colaboradores, entre ellos uno del propio Fernando. Su título es *Algunas contribuciones humboldtianas a la zoología*. Contiene referencias a los siguientes animales, de entre los que conoció el sabio prusiano en su viaje al Ecuador: el *guácharo*, ave más conocida entre nosotros con el nombre de “tayo”; el cóndor; dos de las 19 especies ecuatorianas de primates americanos, el mono lanudo y el capuchino frentiblanco; y la

anguila eléctrica, entre otros, todo ello salpicado con el acervo de conocimientos acumulados por la ciencia desde entonces, de todo lo cual da noticia Fernando con su conocida erudición y su habitual gracejo.

Humboldt fue uno de los temas preferidos en la investigación de Ortiz. Precisamente en estos días ha comenzado a circular el No. 64 de *Museo Histórico*, órgano del Archivo Metropolitano de Historia, correspondiente a diciembre de 2001, en el que me ha sido grato publicar, como homenaje póstumo a Fernando, el artículo que expresamente me había entregado poco antes para tal revista, intitulado “Viajes americanos y obras de Alejandro de Humboldt con énfasis en el ‘Examen critique de l’Histoire de la Geographie du Nouveau Continent et de Progrés de l’Astronomie Nautique des XVe., et XVIe. Siécles’ (1836-1839)”.

Dos días antes de su imprevisto fallecimiento tuvo lugar el monstruoso atentado que destruyó las Torres Gemelas del *World Trade Center* de Nueva York. Fernando, siempre atento a lo trascendental, condenó el terrorismo de Osama Ben Laden escribiendo un artículo para su columna semanal de *Hoy*, con el título “Nueva York: 11 de septiembre de 2001”. Dicho diario lo publicó, con su retrato, el 15 del mismo mes, con el siguiente epígrafe: “Este es el último artículo que envió su autor al diario. La publicación póstuma es un homenaje a Fernando Ortiz Crespo, columnista y amigo de *Hoy*”.

En ese mismo periódico, y en esa su habitual columna, había publicado semanas antes unos artículos llamando la atención sobre el desecamiento de los humedales de la laguna de La Mica, en las estribaciones del Antisana, lo que significaba un atentado gravísimo a la naturaleza por ser la mencionada zona una de las más frecuentadas no solamente por las aves propias de la zona sino, además, por las que van y vienen de norte a sur y viceversa en sus migraciones transcontinentales. Precisamente al ir a dicha laguna, para verificar la realidad de los daños que inconsultas obras de infraestructura producían en el entorno ambiental, ocurrió el accidente que acabó con

su vida. Esa columna del diario *Hoy* había sido, durante años, uno de los palenques de su lucha por conservar la naturaleza, preocupación que originó también su acción, junto con otros ciudadanos patriotas y visionarios, como el economista Roque Sevilla y el doctor Rodrigo Crespo Fabara, para la creación de la benemérita Fundación Natura. La rica bibliografía científica de Fernando Ortiz Crespo, compuesta de varias decenas de estudios y monografías, tiene en esos artículos de *Hoy*, que deberían recopilarse y publicarse una cantera excepcional.

Amable, entusiasta y generoso, vivaz conversador, estimuló el amor a las ciencias en sus numerosos alumnos. Lector incansable, era profundo conocedor de nuestra bibliografía científica que él mismo incrementó. Apasionado por la ornitología, sus mayores y minuciosas investigaciones estuvieron dedicadas a las aves más pequeñas, es decir a los colibríes —quindes, en nuestro hablar vernáculo—, pero también a las más grandes, los cóndores. Sobre estos, los mayores exponentes de la fauna alada del planeta, su conocimiento era, fundamentalmente, bibliográfico, dada la difícil experimentación sobre esas rapaces. No así sobre los colibríes, a los que consagró buena parte de sus investigaciones, siempre experimentales. Podemos afirmar casi todos los presentes, porque hemos sido testigos de ello, que convivió con quindes de todas las especies y tamaños. Muchas veces los crio, alimentó, curó, dibujó y fotografió. Son varias y notables las monografías que sobre ellos escribió, comenzando por su tesis doctoral en Berkeley. El jardín de su casa en Cumbayá era, sin duda, un campo silvestre de experimentación sobre colibríes. Y en cada excursión que realizaba, y hasta en desplazamientos por las cercanías rurales y viajes de distancias mayores, tenía perspicaz mirada para distinguirlos e identificarlos. Con razón Plutarco Naranjo, prologuista del más importante de sus libros, pudo decir, al despedirle, que Fernando, con sus investigaciones “se convirtió en el más grande ornitólogo del Ecuador”:

Entre sus numerosas publicaciones —dice Plutarco— se destacó su libro sobre los colibríes, fruto de largos años de investigación y con el que demostró que el Ecuador es uno de los más ricos en este tipo de aves. Libro que le sirvió de tarjeta de presentación ante los más importantes centros de investigación del extranjero (artículo en *El Universo*, de Guayaquil, 24 de septiembre de 2001).

Fue, en efecto, autor de importantes estudios científicos en revistas especializadas nacionales y extranjeras, algunas de las cuales me ha sido grato mencionar esta tarde, pero sobre todo de tres libros sobre ornitología, el primero de ellos, *Lista de aves del Ecuador*, en coautoría con Samuel Valarezo Delgado, publicación de la Sociedad Ecuatoriana Francisco Campos de Amigos de la Naturaleza, con prólogo del Ing. Miguel Moreno Espinosa (Quito, 1975, de apenas 30 pp.); el segundo, *Aves del Ecuador, Continente y Archipiélago de Galápagos*, con la colaboración de Paul J. Greenfield y Juan Carlo Matheus, editado por la Corporación Ecuatoriana de Promoción Turística y la Corporación Ornitológica del Ecuador (Quito, 1990, con 144 pp.), y el tercero, *Introducción a las Aves del Ecuador*, en coautoría con Juan Manuel Carrión, publicado por la Fundación Ecuatoriana para la Conservación y el Desarrollo Sostenible (Quito, 1991, 240 pp., con prólogo del doctor Plutarco Naranjo, muchas ilustraciones en blanco y negro y 28 láminas a todo color). Nada extraño resulta entonces que importantes entidades científicas de América y Europa le abrieran sus puertas, entre ellas la Unión Ornitológica Británica.

Su estudio sobre la historia de las ciencias, en especial sobre la cinchona, por una parte, y sobre Humboldt, por otra, le merecieron ingresar a la Academia Nacional de Historia. Había terminado de escribir su discurso de rigor y solo faltaba fijar la fecha para su incorporación cuando ocurrió su infausto deceso. El título de este riguroso estudio, que vamos a escuchar enseguida, es *La*

*corteza del árbol sin nombre. Hacia una historia congruente del descubrimiento y difusión de la Quina.*

Hablaba con fluidez español, inglés e italiano; leía y comprendía francés, alemán, latín y griego. Como lo ha recordado Gonzalo, su hermano, fue a un mismo tiempo, y con horario completo investigador, docente, historiador, divulgador y administrador de las ciencias. ¡El doctor Fernando Ortiz Crespo, a más de polígloto, fue multifacético!

Hombre de profunda fe religiosa, inquieto a lo Francisco de Asís, consideraba hermanos a todos los seres de la naturaleza. Sabía de memoria los salmos que mencionan plantas y animales y el himno de los tres jóvenes en el horno encendido: “Obras todas del Señor, bendecid al Señor”. Gozaba con iluminadas pupilas, leyendo el gran libro de la Creación y repetía las palabras de Jesús sobre las flores y pajarillos del campo. Por solidaridad con la humanidad, y por amor a Dios en sus obras, cuidaba y defendía flora y fauna. El Creador le esperaba cuando, en su última excursión científica, tras volcarse su canoa en las heladas y solitarias aguas del lago La Mica, hipotermia y paro cardíaco pusieron fin a su vida. Tal vez por eso su rostro conservó risueña serenidad. Al esparcir sus cenizas al pie del Antisana, asombró al grupo de personas presentes observar que dos cóndores planeaban en el alto cielo, como queriendo despedirle. ¿O serían una señal del hálito de Dios, dándole la bienvenida?

## FERNANDO ORTIZ CRESPO Y SU ESTUDIO PÓSTUMO SOBRE LA CINCHONA

*Gonzalo Ortiz Crespo*

### Introducción

En el verano del año pasado, Fernando Ortiz Crespo estaba feliz. Precisemos: estaba *particularmente* feliz, puesto que la felicidad le acompañaba siempre. Era admirable cómo la felicidad era un estado natural en él y se manifestaba en su risa fácil, sus gestos espontáneos y su conversación estentórea, a través de la cual de inmediato transmitía al más indiferente o apático su entusiasmo por la naturaleza o por los últimos descubrimientos científicos.

Bueno, en el verano pasado estaba particularmente feliz y a los miembros de su familia, a sus colegas y amigos nos comentó por qué: había concluido y tenía listo su trabajo científico para incorporarse a la Academia Nacional de Historia (ANH) que lo había designado su Miembro Correspondiente.

Fernando había trabajado muchos temas de la historia de la ciencia a lo largo de su vida. Fue una extensión más a su trabajo científico como zoólogo y ecólogo, y lo pudo hacer por su sólida formación humanista y la amplitud y profundidad de sus lecturas. Desde sus años de estudiante universitario empezó a guardar notas relativas a la historia de la ciencia, en particular sobre la exploración de América y más que nada sobre el descubrimiento de las especies vegetales y animales del Ecuador.

Ese acopio de conocimientos fue reflejando en artículos especializados y poco a poco se empezó a reconocerlo como un experto en el tema. Precisamente entre junio y agosto pasado, este verano particularmente feliz, Fernando colaboró entusiasta con la magna exposición “El regreso de Humboldt”, organizada por la Embajada de Alemania y el Museo de la Ciudad. Sobre

Humboldt ya había escrito antes e incluso publicado en el exterior;<sup>54</sup> ahora escribió un nuevo artículo para el magnífico catálogo de la exposición.<sup>55</sup> Llevó varias veces a visitantes a la muestra, y justamente el día de la clausura dictó una conferencia en la iglesia adjunta al antiguo Hospital de la Misericordia sobre las contribuciones del sabio alemán a la botánica y a la zoología. Fue una charla deliciosa como todas las suyas: liviana a pesar de estar preñada de erudición y ciencia, divertida a pesar de estar llena de temas serios. Quienes la oímos ese domingo a mediodía, entre ellos mi mujer y yo, nos reímos mucho y aprendimos mucho. Quedamos, una vez más, fascinados.

La ANH, al nombrarle Miembro Correspondiente no hizo sino reconocer el prestigio y estatura que Fernando había alcanzado en este campo. Humilde, como era, se asombró con la designación, que le entusiasmó como a un chiquillo. Se propuso entonces completar las investigaciones que venía haciendo desde una década antes sobre el descubrimiento y difusión de la quina, la planta ecuatoriana por antonomasia, hallada en la región de Loja, en el actual Ecuador y cuya corteza, que nosotros conocemos como “cascarilla”, continuó extrayéndose a lo largo de los siglos de nuestras montañas; la planta que, como él repetía, *más beneficios médicos ha traído a la humanidad y más vidas ha salvado de todo el reino vegetal*.

Ningún tema le pareció más a propósito para su incorporación pues, aunque el asunto de cómo, cuándo y dónde se descubrió la quina y sus cualidades curativas, y cuándo y cómo se la pasó a Europa, había sido tratado algunas veces, los descubrimientos realizados por Fernando en diversos archivos, sobre todo en Roma, le permitían hacer una verdadera contribución al conocimiento de este tema y despejar numerosos equívocos acumulados a lo

---

<sup>54</sup> Ortiz Crespo, Fernando, “Viajes americanos y obras de Alejandro de Humboldt, con énfasis en el Examen Critique de l’Histoire et de la Geographie du Nouveau Continent et des Progrès de l’Astronomie Nautique au XVe. et XVIe. Siècles, (1836-1839)”, *Interciencia*, Caracas, 22 (4), 1997, pp. 1-7.

<sup>55</sup> Ortiz Crespo, Fernando, “Algunas contribuciones humboldtianas a la zoología”, *El regreso de Humboldt*, Quito, 2001, pp. 161-171.

largo del tiempo. Al contrario de la quina, de la cual se decía que no tenía frutos, su investigación ya los había dado, con artículos publicados en italiano, español e inglés.<sup>56</sup> A la ANH quería presentar la corona más escogida de esa investigación.

Entre tantas cosas que su inesperada y llorada muerte el 13 de septiembre del año pasado dejó truncas, estuvo su incorporación a la ANH. Sin embargo, la Academia, en un gesto que reafirma su misión y la hidalguía de sus miembros, decidió que había que llevar adelante la ceremonia, como un homenaje póstumo a este extraordinario investigador. Tocó entonces a la familia encontrar el trabajo que Fernando nos había dicho que estaba listo.

¿Dónde estaba? El ensayo no se hallaba en la computadora de su casa, revisada cuidadosa y amorosamente por sus hijos; debía estar en su oficina, en Fundacyt. Con la ayuda del doctor Santiago Carrasco, director ejecutivo, y del ingeniero Carlos Trávez, jefe de Sistemas, obtuve una copia en CD-Rom de los archivos de la computadora que Fernando utilizaba en Fundacyt. Unas pocas y deliciosas horas de navegar en esos archivos, me permitieron descubrir el trabajo académico sobre la Cinchona que es el que hoy se presenta al público.

Encontré numerosas versiones. Como ahora es posible conocer la fecha de elaboración de cada documento que se escribe en una computadora, pude ir siguiendo la pista cronológica de esas versiones, cada vez más perfeccionadas. La versión final, el archivo que el propio Fernando etiquetó “Acad Final”, fue elaborado el 8 de agosto del 2001, es decir apenas un mes antes de su muerte. Permítanme aquí una aclaración al paso: el diario *Hoy*, en uno de esos típicos despistes de mis colegas periodistas, decía ayer que el trabajo que hoy se presenta fue encontrado “de casualidad” por sus hijos. Como ven, no fue así: lo buscamos ex

---

<sup>56</sup> Ortiz Crespo, Fernando “Realtà e mito nella scoperta e diffusione della corteccia di China”, *Rend. Accad. Naz. Scienze Mem. Scienze Fisiche e Natur.*, Roma, Ser. V. Vol. XVII. Pt. II, 1993, pp. 89-112. Del mismo autor, “La Cinchona antes y después del Virreynato del Conde de Chinchón”, *Interciencia*, Caracas, 19 (3), 1993, pp. 130-136. Y, de él mismo, “Fragoso, Monardes and pre-Chinchonian Knowledge of Cinchona”, *Archives of Natural History*, Londres, 1995, 22, pp. 1-13.

profeso. En archivos aparte encontré los gráficos, numerosos y variados, los que aún no había organizado numéricamente.

Este trabajo es el que a continuación me voy a permitir resumir, pero, como ustedes ya habrán visto, lo hemos publicado en forma de libro, que acaba de salir esta tarde de la imprenta para que empiece a circular con ocasión de esta ceremonia. La diagramación, el diseño, la portada y la cuidadosa edición estuvieron a cargo de mi hermana Quinche Ortiz Crespo, como un homenaje de amor a Fernando. Para ella, para las demás hermanas y hermanos de Fernando, para su madre, su esposa, sus hijos y su hija, editar este opúsculo es una forma de reafirmar el compromiso de continuar la obra de Fernando a favor de la naturaleza, de la ciencia y de la historia de la ciencia. Todos los que le conocieron, le admiraron y le amaron están invitados a mantener vivo el fuego que este gran hombre llevaba dentro.

### **Estilo y pasión en el trabajo sobre la cinchona**

Me centraré ahora en el trabajo de Fernando sobre la cinchona. Y permítanme decir, de entrada, que no se trata de un estudio erudito más. Este trabajo cambia para siempre las interpretaciones que hasta hoy se habían dado sobre el trascendental descubrimiento y difusión de la quina.

Con fuentes hasta ahora desconocidas, que encontró en los archivos y bibliotecas de Roma, su autor nos descubre, en este texto póstumo lleno de interés, lo que realmente sucedió con la Quina. Con gracia y amplio dominio de las fuentes, Fernando Ortiz Crespo nos cuenta, como si de una novela de aventuras se tratase, la larga y enredada historia de la difusión de noticias sobre las virtudes de la cascarilla o quina.

Que el trabajo se lea como una novela de aventuras no es casual: Fernando, como gran comunicador que era, puso especial cuidado en su redacción, y lo escribió con una prosa ágil, graciosa, no exenta de ironía y, sobre todo, muy clara, a fin de que todos puedan acercarse al tema y disfrutarlo.

Este empeño de su autor se nota desde el título de su trabajo: “La corteza del árbol sin nombre”. ¿No suena a novela de misterio? Con el subtítulo aclara el tema de su estudio: “Hacia una historia congruente del descubrimiento y difusión de la quina”. Puedo testificar, por mi búsqueda en los archivos de la computadora de Fernando, que solo en las dos últimas versiones bautizó su trabajo con este llamativo título “La corteza del árbol sin nombre”. Un esfuerzo consciente de lograr un nivel estilístico que despierte el interés, y que acompañe a su sólida investigación.

Lo mismo puede verse en los títulos de cada capítulo. En un breve repaso del índice encontraremos títulos que despiertan nuestra curiosidad, como otros tantos e intrigantes capítulos de la novela: “El relato de la Condesa de Chinchón: ¿realidad o fantasía?”, “Los supuestos negocios del médico del Virrey Chinchón”, “La intervención del Cardenal Juan de Luego” o “El caso de la carta desaparecida”. ¿No suena a novela de aventuras? “El caso de la carta desaparecida” ... Otro título de novela, o quizá de cuento, es “El dudoso caso del cacique, el jesuita y el corregidor”. En otro nos despierta la curiosidad con el anuncio de que nos va a revelar “Lo que dicen los papeles de los jesuitas en Roma”.

Hay otro grupo de títulos con su carga de ironía. Fernando se burla, amablemente, de algunos de los componentes de la saga de la Quina: “Haggis no fue el primero en destronar a la Virreina”, titula uno de sus acápites; “Las noticias serias y no tanto de La Condamine”, otro; y, más gracioso, otro capítulo que nos ofrece contar “La resurrección de las condesas curadas de fiebres”, que provoca risa, mientras en otro se pregunta, de manera aparentemente inocente: “¿Se conoció la cinchona antes del virreinato del Conde de Chinchón?”

El humor no solo se refleja en los títulos, sino constantemente en los textos. Al leerlos vemos a Fernando sonreírnos detrás de las líneas.

## **El aporte de este trabajo a la historia de la ciencia**

Esta manera de escribir amena, ágil e inclusive de fino humor, no quita al trabajo nada de su rigor histórico ni reduce un ápice el impresionante aparato crítico en que se sustenta su autor. La principal tesis de Fernando Ortiz Crespo, y creemos que la mayor contribución de este trabajo a la historia de la ciencia —aunque, claro, eso deberá ser juzgado por los ilustres académicos de la prestigiosa corporación que ha decidido acogerlo póstumamente en su seno—, es que la Quina no fue descubierta una sola vez en tiempos de la Colonia, sino varias veces, y que una de esas veces fue casi cien años antes de aquella en que se difunde su conocimiento en el siglo XVII por la supuesta cura a la Condesa de Chinchón. Aunque esta leyenda es la que va a dar el nombre científico a la Quina, pues Linneo se inspiró en ella para llamar cinchona a este género de plantas, la realidad es que esta planta ya había sido descrita en trabajos muy anteriores, los de dos médicos españoles del siglo XVI, Juan Fragoso y Nicolás Monardes.

Fernando Ortiz demuestra que Monardes y Fragoso, aunque no dieron nombre a este árbol, y de allí el título de esta ponencia “La corteza del árbol sin nombre”, sí describieron perfectamente al árbol de la quina y explicaron su uso medicinal. Los dos libros son de hace más de cuatro siglos, del siglo XVI, de 1571 y 1572 para ser precisos, y, en verdad, no fueron enteramente desconocidos: pero en lo que nadie reparó, hasta que Fernando lo hizo, es en la descripción que hacen estos dos autores del anónimo árbol que en el siglo XVII va a ser conocido como Quina y que, en el XVIII, después de la clasificación de Linneo, pasará a conocerse científicamente como cinchona.

A más de este importante descubrimiento, Fernando Ortiz demuestra, por consiguiente, que no es verdad que el agustino fray Antonio de la Calancha o que el jesuita padre Bernabé Cobo fueran, el uno en 1633 y el otro en 1652, los primeros en escribir sobre la Quina.

El autor destruye también para siempre la versión de que fue la curación de la Condesa de Chinchón la que permitió al mundo conocer el benéfico poder la planta de Quina. Demuestra las inconsistencias de la historia y la imaginación bastante creativa que ha rodeado esa leyenda. Según él, la mil veces repetida y mil veces modificada curación de la Condesa de Chinchón no fue más que un artificio, un cuento fantástico para propagar, en un ambiente en que todo lo que venía de América tenía que estar rodeado de misterio, propagar digo, en Europa el uso de los polvos de quina. No fue más que lo que hoy llamaríamos una campaña propagandística. Y, claro, esos propagandistas, porque eran los principales proveedores de polvos de quina a Europa, eran los jesuitas.

Pero, bueno. Estamos aquí para oír el texto de Fernando Ortiz, por lo que, con la venia de ustedes, me voy a permitir leer a continuación las conclusiones de su estudio, para cumplir la tradición de la Academia Nacional de Historia de que el académico que se incorpora debe resumir de viva voz, en una sesión especial, ante sus compañeros académicos su ponencia. Hoy, conmovido, honrado y agradecido, reemplazo aquí a Fernando. Conmovido porque la vida me depara un momento que no olvidaré. Honrado porque mi madre, mis hermanos y hermanas, aquí presentes, la familia directa de Fernando, su esposa, sus hijos e hija, y también la academia, me han dado esta honra incomparable de representar a mi genial hermano muerto. Y agradecido, profundamente agradecido por este acto, por supuesto, pero agradecido sobre todo a Dios por haberme permitido tener un hermano como Fernando.

## **Las conclusiones**

Dejando de lado páginas extremadamente interesantes, de las que ustedes podrán disfrutar en el libro, vayamos, pues, a las conclusiones, que cito a continuación por extenso (*aquí se leyó*

*íntegramente el texto de las conclusiones de “La corteza del árbol sin nombre”):*

1. El descubrimiento de la Quina antedata a las fuentes convencionales.
2. El paludismo y su cura provienen de continentes diversos.
3. Identidad botánica incierta al inicio de la Colonia.
4. Una explicación alternativa: los varios descubrimientos de la Quina.

### **Preservar la obra de Fernando Ortiz**

Con estas palabras, con ese giro humorístico, pero también con esa defensa de los habitantes ancestrales de esta tierra, concluye su texto Fernando Ortiz, aunque no dejó de poner al final una lista de agradecimientos a varias personas que le ayudaron en la investigación.

Yo quiero dejarles con el eco de esas palabras tuyas. Y solo añadir dos cosas. La primera, que la obra de Fernando Ortiz Crespo —el mayor ornitólogo de la historia del Ecuador, quien además fue un promotor de la conservación, conferencista, columnista de prensa, profesor, investigador, consultor de proyectos de medio ambiente e historiador de la ciencia—, es demasiado grande como para dejar que se acabe con su muerte física. Por eso, la familia continuará difundiendo su obra; nos proponemos conservar y divulgar los trabajos del doctor Fernando Ortiz Crespo, publicando tanto los que dejó inéditos (la presente obra es un ejemplo) como compilando y reeditando sus demás artículos y libros, a fin de hacerlos asequibles al público en general. Pido a todos quienes sientan un compromiso con la preservación de la naturaleza ecuatoriana y que recuerden y admiren a Fernando, a unirse en este esfuerzo.

La segunda, aunque sé que he abusado en demasía de su paciencia, es preguntarles si han reflexionado ustedes en el día que es hoy. Hoy, 20 de febrero del 2002, es una fecha muy

extraña, porque es el 20 del 02 del 2002, o lo que es lo mismo 20022002, es decir un número capicúa total. El día de hoy no solo el año es capicúa, sino que es capicúa la fecha entera con año, mes y día, cosa que supongo que no se ha repetido desde hace siglos. Según mis cálculos, la última fecha capicúa fue el 11 de noviembre de 1111, una fecha con ocho números uno, y antes de eso el 10 de enero del 1001, ambas fechas en plena baja Edad Media. Y no habrá otra fecha capicúa total hasta dentro de más de mil años, ¡el 30 de marzo del 3003...!

No solo eso, sino que, en pocos minutos más, dentro de cuatro minutos exactamente, porque son las 19h58, a las 8:02 pm, viviremos un momento histórico. No estará señalado por el sonido de la alarma de ningún reloj ni el repique de ninguna campana. Cuando el reloj pase de las 8 y un minuto de esta noche, el tiempo será leído durante solamente sesenta segundos en perfecta simetría 2002 2002 2002 o, para ser más preciso, las 20:02 del 20 02 del 2002. Los únicos momentos en que el reloj ha marcado un capicúa total fueron a inicios del milenio anterior (las 10:01 del 10 de enero de 1001) y los del siglo siguiente (las 11:11 del 11 de noviembre de 1111).

Me parece que un minuto, hora, día, mes y año palíndromo así nunca jamás volverá a suceder, aunque el mundo dure miles de años más. Creo que a Fernando le habría gustado este juego matemático. Pero, sobre todo, nos gusta a nosotros recordarle en un momento de perfecta simetría de las esferas celestes, a él que luchó por la simetría de la naturaleza y el cerebro de la raza humana.

## FERNANDO I. ORTIZ-CRESPO (1942–2001)

*Tjitte de Vries\**

Fernando Ortiz, the distinguished Ecuadorian biologist and naturalist, died on 13 September 2001 as a result of a tragic accident on Lake Mica, in Antisana, Ecuador. Dr Ortiz was born in Quito on 30 July 1942 and spent much of his childhood exploring Mount Pichincha, and going on adventurous nature trips on its slopes.

Fernando was educated at the San Gabriel Jesuit College in Quito and, after completing his high-school education, went to the National Polytechnic Institute to study electrical engineering. However, there he met Professor Gustavo Orcés, a gifted, self-taught zoologist and naturalist who introduced Fernando to the biological sciences and, thereafter, Fernando's love for nature was placed on a scientific footing.

In 1964, Fernando was present at the inauguration of the Charles Darwin Research Station at Santa Cruz, Galapagos, and he participated in the Galapagos International Scientific Project (GISP), an event that was to give further impetus to his career in biology. In 1967 he obtained an M.A. from St. Louis University, Missouri, and went on to obtain a Master's degree at the University of California in Berkeley. He obtained his PhD in 1980, at the Museum of Vertebrate Zoology at Berkeley.

His working life was rich and varied. His apprentice years were spent as a laboratory assistant at the Pontificia Universidad Católica del Ecuador in Quito where he was later appointed Director of the Biology Department (1971–72 and 1974–79).

---

\* Tjitte de Vries es un científico holandés que ha contribuido al desarrollo de las ciencias biológicas en Ecuador, especialmente de la ornitología y la ecología, y ha dirigido más de cien tesis de biólogos y biólogas en la PUCE. Este obituario fue publicado en inglés en la revista *Ibis*. *The International Journal of Avian Science*.

Fernando had been present at the inception of this Department and helped to develop the scope of biology taught there, rather than limiting it to biology for high-school teachers.

He was instrumental in setting up several societies, including the Society Francisco Campos of Friends of Nature (1973), the Fundación Natura (1978) and the Ornithological Society of Ecuador (CECIA; 1986). He was the first bird curator to be appointed to the Natural History Museum of Quito (1974) and he became a correspondent of the BOU in 1974. It was due to Fernando's initiative and perseverance that Fundación Natura established the Paschocha Reserve, one of the last remnants of Andean high forest close to Quito.

Between 1984 and 1986 he lived in Puerto Rico and was a faculty member at the University of the Sacred Heart, Santurce, where he taught zoology. However, he again left the academic world to take up administrative appointments, *inter alia*, as Head of the Galapagos Institute (INGALA, 1982–84), as Natural Resource Specialist at US-AID in Quito, to manage the Forest Sector Development Project as well as agricultural research in INIAP (1986–91), and as Secretary of Technical and Scientific Affairs at the Italo-Latin American Institute in Rome, where he lived until 1995. On his return to Quito, he took up his appointment as Director of the Science and Technology Foundation (FUNDACYT), which he held until his death.

The variety of his working environments is a reflection of his own character and that of his main interest in life, the hummingbirds: diversity in colours caused by light reflection rather than pigmentation – rapid wing beats – darting from flower to flower. Above all, Fernando was a field man, he loved the outdoor life and, given the slightest opportunity, he would find any excuse to leave his desk.

He never found time to take on a long-term project. His main contribution to ornithology (over 40 papers; and, since 1980, over 400 editorials on conservation problems in one of Quito's daily newspapers) were notes on patterns of distribution,

reproduction and nest construction (e.g. *Bull. B.O.C.*120: 205–208, commenting on the brownish red plant hairs in the nest of the Rainbow Starfrontlet which ‘amount to minute, chambered hollow tubes which presumably provide efficient thermal insulation’; *Ibis*116: 347–359, on the Giant Hummingbird; *Auk*89: 851–857, on a new method to separate immature and adult hummingbirds; *Auk*96: 187–189, on oilbirds nesting in the western Andes; *Condor*83: 387, on nesting of a pair of Peregrine Falcons under the equator close to Quito; *Bull. B.O.C.*112: 66–73, on the birds of La Plata Island).

Fernando certainly knew his birds. His list was compiled with altitude ranges (*Birds of Ecuador*, locational checklist, drawn up with co-authors Paul Greenfield and Juan Carlo Matheus, 1990) and his more elaborate *Introducción a las Aves del Ecuador*, 1991, with an extensive section giving descriptions on family characteristics (some 180 pages) as well as 28 colour plates of 316 species painted by Juan Manuel Carrion. He finished the text of *Los Colibríes, historia natural de unas aves casi sobrenaturales*, to be published with illustrations of Ecuadorian hummingbirds.

Nevertheless, Fernando remained in the shadow of Robert Ridgely and Paul Greenfield when they prepared their *magnum opus*, *The Birds of Ecuador*, which was launched in Quito just a week before Fernando’s death.

Dr Ortiz will be remembered by his many students and friends as an eloquent and expressive speaker. The rich timbre of his baritone voice would be pitched such that it could be heard across any room, expounding on any topic of wildlife, or any landscape that Ecuador had to offer. His eyes would light up when relating his sighting of a Harpy Eagle in Yasuní or reflect his restlessness until he could finally show us a Giant Conebill in a *Polylepis* forest of Pichincha.

In accordance with his wishes, his family, including his 84-year-old-mother, and his friends scattered his ashes at Lake Mica while the Andean Condors wheeled overhead paying their own tribute to Fernando’s conservation efforts.

Fernando was a devoted family man and he leaves behind his wife, Cecilia, his two sons, Luis Fernando and Juan Pablo, his daughter Veronica and two grandchildren.

(Traducción al español)

FERNANDO I. ORTIZ-CRESPO (1942–2001)

*Tjitte de Vries*

Fernando Ortiz, el distinguido biólogo y naturalista ecuatoriano, murió el 13 de septiembre de 2001 como consecuencia de un trágico accidente en la laguna de La Mica, en [el nevado] Antisana, Ecuador. El doctor Ortiz nació en Quito el 30 de Julio de 1942 y muchas veces en su infancia pasó explorando el monte Pichincha, en cuyas estribaciones vivió numerosas aventuras.

Fernando se educó en el colegio San Gabriel de los jesuitas en Quito y, tras completar su secundaria ingresó a la Escuela Politécnica Nacional para estudiar ingeniería eléctrica. Sin embargo, allí conoció al Profesor Gustavo Orcés, un dotado zoólogo y naturalista autodidacta que introdujo a Fernando a las ciencias biológicas, con lo que el amor de Fernando por la naturaleza adquirió a partir de entonces una base científica.

En 1964, Fernando estuvo presente en la inauguración de la Estación Científica Charles Darwin en Santa Cruz, Galápagos, y participó en el Proyecto Científico Internacional de Galápagos (GISP), un encuentro que iba a dar mayor ímpetu a su carrera en biología. En 1967 obtuvo su M.A. en la Universidad de San Luis, Missouri, y prosiguió con un grado de Maestría en la Universidad de California en Berkeley. Obtuvo su PhD en 1980, en el Museo de Zoología de Vertebrados de Berkeley.

Su vida laboral fue rica y variada. Sus años de aprendizaje transcurrieron como asistente de laboratorio de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador en Quito donde más tarde fue nombrado director del Departamento de Biología (1971–72 y 1974–79). Fernando había estado presente al inicio del este Departamento y ayudó a desarrollar el alcance de la biología que

se enseñaría allí, en vez de limitarla a biología para profesores de secundaria.

Fue clave para empezar varias asociaciones, incluyendo la Sociedad Francisco Campos de Amigos de la Naturaleza (1973), la Fundación Natura (1978) y la Corporación Ornitológica del Ecuador (CECIA, 1986). Fue el primer curador de aves nombrado por el Museo de Ciencias Naturales de Quito (1974) y se convirtió en miembro correspondiente de la Unión Ornitológica de Gran Bretaña (BOU por sus siglas en inglés) en 1974. Fue debido a la iniciativa y perseverancia de Fernando que la Fundación Natura pudo establecer la Reserva del Pasocha, uno de los últimos remanentes de los bosques altos de los Andes cerca de Quito.

Entre 1984 y 1986 vivió en Puerto Rico y fue miembro del cuerpo docente de la Universidad del Sagrado Corazón en Santurce, donde enseñó zoología. Sin embargo, dejó de nuevo el mundo académico para aceptar nombramientos administrativos, entre otros como presidente del Instituto Nacional Galápagos (Ingala, 1982–84), como Especialista en Recursos Naturales de la USAID en Quito, para manejar el Proyecto de Desarrollo del Sector Forestal así como la investigación agrícola en el INIAP (1986–91), y como secretario de Asuntos Técnicos y Científicos del Instituto Ítalo Latinoamericano en Roma, donde vivió hasta 1995. A su retorno a Quito, aceptó el cargo de director de la Fundación de Ciencia y Tecnología (Fundacyt), que mantuvo hasta su muerte.

La variedad de sus entornos laborales es un reflejo de su propio carácter y de su principal interés a lo largo de su vida, los colibríes: diversidad de colores causados por el reflejo de la luz antes que por la pigmentación, aleteo rápido y veloz traslado de flor en flor. Sobre todo, Fernando fue un hombre de campo, que amaba la vida al aire libre y que, a la menor oportunidad, encontraba cualquier excusa para dejar su escritorio.

Nunca encontró tiempo para emprender un proyecto de largo plazo. Su principal contribución a la ornitología (más de 40 monografías y, desde 1980, más de 400 editoriales sobre

los problemas de la conservación de la naturaleza en uno de los diarios de Quito) fueron sus notas sobre las pautas de la distribución, reproducción y construcción de nidos (por ej., *Bull. B.O.C.*120: 205–208, donde comenta sobre la presencia de pelos café y rojizos de una planta en el nido del colibrí Arcoiris Frentienjoyado<sup>57</sup> que “equivalen a diminutos tubos con cámaras vacías que presumiblemente proporcionan un eficiente aislamiento termal”; *Ibis* 116: 347–359, sobre el Colibrí Gigante; *Auk*89: 851–857, sobre un nuevo método para distinguir colibríes inmaduros y adultos; *Auk*96: 187–189, sobre los guácharos que anidan en los Andes occidentales; *Condor*83: 387, sobre un nido de halcones peregrinos al sur de la línea equinoccial cerca de Quito; *Bull. B.O.C.*112: 66–73, sobre las aves de la isla de La Plata).

Fernando ciertamente sabía de sus aves. Compiló su lista con rangos de altitud (*Aves del Ecuador*, guía locacional, compilada con los coautores Paul Greenfield y Juan Carlo Matheus, 1990) y su más elaborada *Introducción a las Aves del Ecuador*, 1991, con una larga sección en la que constan descripciones sobre las características de las familias (unas 180 páginas) así como unas 28 páginas a color con 316 especies pintadas por Juan Manuel Carrión. Había terminado de escribir *Los Colibríes, historia natural de unas aves casi sobrenaturales*, que será publicada con ilustraciones de colibríes ecuatorianos.

Sin embargo, Fernando permaneció a la sombra de Robert Ridgely y Paul Greenfield cuando ellos prepararon su *magnum opus*, *The Birds of Ecuador*, que fue presentado en Quito justo una semana antes de la muerte de Fernando.

El doctor Ortiz será recordado por sus numerosos estudiantes y amigos como un orador elocuente y expresivo. El rico timbre de su voz de barítono se colocaba en el nivel necesario para ser escuchado a lo ancho de cualquier salón, explicando cualquier

---

<sup>57</sup> Es el colibrí *Coeligena iris*, que podría también traducirse como Frentiestrella Arcoiris (Juan Manuel Carrión, comunicación personal).

tema de la vida natural o de cualquier paisaje de los que el Ecuador ofrece. Sus ojos se encendían al relatar su encuentro con un águila harpía en el Yasuní o reflejaban su empeño hasta poder mostrarnos finalmente un Comeconos Gigante<sup>58</sup> en un bosque de *Polylepis* en el Pichincha.

De acuerdo con sus deseos, su familia, incluyendo su madre de 84 años, y amigos esparcieron sus cenizas en la laguna de La Mica mientras cóndores andinos giraban sobre nuestras cabezas, rindiendo su propio tributo a los esfuerzos conservacionistas de Fernando.

Fernando fue un devoto hombre de familia; le sobreviven su mujer, Cecilia; sus dos hijos, Luis Fernando y Juan Pablo; su hija Verónica y dos nietos.

---

<sup>58</sup> *Oreomanis fraserii*, es un tipo de “pinchaflor” que vive exclusivamente en hábitats muy específicos de altura en los Andes. En Venezuela se le conoce como “Comesebo gigante”.

## A REMEMBRANCE OF FERNANDO ORTIZ-CRESPO

*Nancy L. Newfield\**

The name of Fernando Ortiz-Crespo is well known to every serious student of hummingbirds. A native of Ecuador, he earned graduate degrees studying hummers at the University of California at Berkeley in the late 1970s. Fernando made important observational studies of the quantity of food a single bird might consume and he determined the sizes of the territories of a couple of species. Most importantly to those of us who band hummingbirds as part of our own studies, he developed a method for determining approximate age by looking for minute corrugations along the length of the bill. Adult hummers have smooth bills, with no corrugations. Youngsters just out of the nest may have the entire length of the bill covered with these tiny lengthwise wrinkles. The wrinkles begin disappearing soon after the youngsters fledge, but the process is not rapid. We use the percentage of corrugations along the length of the bill to tell us whether an individual bird is an adult or a youngster.

I've learned that on 12 September 2001, our beloved Fernando drowned in a boating accident which claimed two other lives on Lake Micacocha high on Mount Antisana outside Quito, Ecuador. They were studying the birds of the lake. Van Remsen, listowner of Humnet and a close friend of Fernando, asked that we remember our friend when we look at a hummer. I seldom fail in that when I take a magnifying loupe in my hand to examine the

---

\* Nancy L. Newfield ha estado observando colibríes en su casa de Louisiana y en muchos otros sitios desde 1975. Nancy dejó de ser una amateur hace muchos años y ahora escribe y da conferencias sobre los colibríes. Es coautora del libro *Hummingbird Gardens*, cuya reseña aparece en Humnet. Nancy es también una anilladora (*bander*) de colibríes autorizada y una autoridad reconocida sobre la distribución, comportamiento y taxonomía de los colibríes.

corrugations on a hummer's bill to determine the age. He gave us that, but his legacy is so much more.

Fernando's name appeared to me when I first began studying hummingbirds in the mid-1970s. I was intrigued by such an exotic-sounding name, but did not know anything about him. Still, I read and learned from his various hummer papers.

He remained a mystery until the early days of Humnet in the mid-1990s, when we established a personal correspondence based on our many common interests. When Fernando learned that I planned to visit Ecuador in 1998, he suggested that we should meet to share our interests in person. I was thrilled at his invitation because, still awed by his vast knowledge, I was too timid to initiate such a suggestion. Rather naively, I asked if there was anything he might want me to bring from the United States for him. Little did I know that he was a sophisticated man-of-the-world who travelled widely and spoke several languages fluently.

He named a few items that were difficult to obtain in South America and added that he really wanted some cuttings of salvias from my garden like Dennis Demcheck had mentioned on Humnet. Fernando assured me that there were no laws forbidding importation of plants into Ecuador. Obliging, I started cuttings of *Salvia guaranitica*, *Salvia elegans*, *Salvia regla*, and *Salvia mexicana*. We also planned a day's birding after my tour finished.

Fernando appeared at the Hotel Embassy shortly after my group arrived and we all enjoyed a late supper together. Several other Humnetters were with me.

Two weeks later, after the tour was finished, Fernando called for me at the hotel. We visited a private reserve for Andean Condors on Mount Antisana, where Lake Micacocha is located. The elevation is quite high, over 12,000 feet, and temperatures were in the upper 30s. Fernando said that this treeless habitat called paramo was the habitat of his childhood. He said he was most at home here. He was energized by the brisk climate. I gasped for air and shivered.

We followed him right through a herd of small wild horses, descendants of animals that had escaped from the conquistadores more than 400 years before. From the shore of the lake, he pointed out Silvery Grebes, Andean Teal, Andean Ducks, Yellow-billed Pintail, and Andean Coots. The placid lake was smooth as a mirror. On the shore, we spied a flock of 17 Black-faced Ibis.

“Those are rare here,” he told us.

“I missed the Ecuadorian Hillstar during the tour,” I mentioned to Fernando.

He drove up to a dense patch of Chuquiragua, a spiny shrub with thistle-like, orange flowers. Within minutes, I was gazing upon a male Ecuadorian Hillstar, resplendent with his glittering cobalt-blue head and pristine white underparts. The large, husky hummingbird clung to the flowers with his muscular feet and he jabbed his bill deep into the blossoms rather than waste valuable energy hovering. It was a perfect moment!

Fernando’s expertise encompassed more than just birds. The plants of the paramo are as unique and interesting as the animals. Stopping the car, he showed me two species of low-growing gentian. One had blossoms of royal purple, the other vivid crimson.

Nearing the condors’ roost, I spied a large dark raptor soaring over the crest of a ridge. Quickly, Fernando identified it as a Black-chested Eagle. A second eagle appeared and Fernando put his scope on it.

While we were engrossed in watching the eagles, a condor approached over another ridge crest. Then a second and third condor soared across the deep blue sky. Through the scope, I could see the distinctive white neck ruff of the two adults. WOW!!! It was a perfect finale for a perfect day! It is a memory that will stay with me forever.

Last August, my friend, Margaret Owens and I planned a very short vacation in Costa Rica and Ecuador. We wouldn’t have much time in Quito, but Fernando was insistent that I visit his home to see my salvias growing in his garden. He said he would

meet us at the plane and deliver us to the lodge offices after lunch. I can still see him leaning on the fence, waiting as we cleared the aduana at the airport.

It was a cool, breezy day. The bright sun felt good after our flight from Costa Rica. It had been cold and clammy on the airplane. The garden was spacious. About a fourth of it was shaded by a huge Inga tree that Fernando said drew lots of hummers when it was covered with its white flowers. Hummer chatter drew our attention. It was a big, bold, and beautiful Sparkling Violet-ear, the most common of the two species that stayed there year-round. A tiny Western Emerald zipped in to filch sugar water from the feeder guarded by one of the big guys. A pair of Vermilion Flycatchers called from the Inga tree.

Fernando proudly showed me the cuttings that had survived the change in climate. None were in flower, but he was proud to say that he had plants from my garden - and I was proud to say that we shared that connection.

After lunch and meeting Fernando's wife Cecilia, daughter Veronica, and grandson Mateo, he drove us back into Quito. Our goodbyes were too rushed on the busy street outside the lodge offices. Little did I know that I would never see my Ecuadorian friend again. You can find a picture of the two of us in the Humnet Rogues' Gallery.

I can only imagine how devastated Fernando's family must be. He had accomplished a lot in his lifetime and he will be dearly missed. I feel privileged to have known him.

Fernando Ortiz-Crespo lived a very full life. It just wasn't long enough. We should all remember that we are not promised tomorrow. Fernando's ashes were scattered at Lake Micacocha, the place he loved so well - and the place that took his life. He will be there forever now.

*October 2001  
Casa Colibri  
Metairie, LA*

(Traducción al español)

## REMEMBRANZA DE FERNANDO ORTIZ CRESPO

*Nancy L. Newfield*

El nombre de Fernando Ortiz-Crespo es muy conocido para cualquiera que estudie en serio los colibríes. Nacido en Ecuador, obtuvo sus títulos de posgrado estudiando colibríes en la Universidad de California en Berkeley a fines de los años 1970. Fernando hizo importantes estudios de observación de la cantidad de alimento que una sola ave puede consumir y determinó los tamaños de los territorios de un par de especies. Sin embargo, lo más importante para quienes ponemos bandas a los colibríes como parte de nuestros propios estudios, es que él desarrolló un método para determinar la edad aproximada de estas aves estudiando unas diminutas arrugas a lo largo del pico. Los colibríes adultos tienen picos lisos, sin arrugas. Los juveniles que acaban de salir del nido pueden tener todo el pico lleno de estas arrugas longitudinales. Las arrugas empiezan a desaparecer poco después de que los juveniles vuelan, pero el proceso no es rápido. Ahora usamos el porcentaje de arrugas a lo largo del pico para conocer si un individuo es adulto o juvenil.

Supe que el 12 de septiembre de 2001, nuestro amado Fernando se ahogó en un accidente de bote en el que se perdieron otras dos vidas en la laguna de Micacocha en el monte Antisana en las cercanías de Quito, Ecuador.<sup>59</sup> Estaban estudiando las aves de la laguna. Van Remsen, moderador del grupo electrónico Humnet y amigo cercano de Fernando, pidió que todos recordemos a nuestro amigo cada vez que veamos un colibrí.<sup>60</sup> Pocas veces dejo

---

<sup>59</sup> En realidad, fue el 13 de septiembre y solo se perdió una vida, aparte de la de Fernando.

<sup>60</sup> Humnet es un grupo electrónico patrocinado por el Museo de Ciencias Naturales de la Louisiana State University, destinado sobre todo a diseminar información sobre colibríes y jardines para atraerlos en el sureste de EE. UU.

de recordarle cuando tomo una lupa en mi mano para examinar las arrugas en un pico de colibrí para determinar su edad. Él nos dejó eso, pero su legado es mucho mayor.

La primera vez que vi el nombre de Fernando fue cuando empecé a estudiar a los colibríes a mediados de los años 1970. Me intrigó un nombre que sonaba tan exótico, pero no sabía nada sobre él. Sin embargo, leí y me instruí con lo que él publicaba en sus diferentes monografías sobre colibríes.

El personaje siguió siendo un misterio hasta los primeros días de la red Humnet a mediados de los 1990, cuando empezamos una correspondencia personal basada en nuestros múltiples intereses comunes. Cuando Fernando supo que planeaba visitar Ecuador en 1998, sugirió que nos encontrásemos y compartiésemos esos intereses en persona. Me entusiasmó su invitación porque, todavía deslumbrada por su vasta sabiduría, yo era muy tímida para comenzar a sugerir tal encuentro. Más bien ingenuamente, le pregunté si había algo que deseara que le llevara desde Estados Unidos. Poco sabía yo de que él era un sofisticado hombre de mundo que viajaba constantemente y hablaba con fluidez varios idiomas.

Mencionó algunas cosas que eran difíciles de obtener en Sudamérica pero añadió que lo que realmente quería es que le llevara unas plantas de las salvias que yo tenía en mi jardín y que habían sido mencionadas por Dennis Demcheck en la Humnet. Fernando me aseguró que no había leyes que prohibieran la importación de plantas al Ecuador. Haciéndole caso, empecé a hacer cortes de *Salvia guaranitica*, *Salvia elegans*, *Salvia regla* y *Salvia mexicana*. También planeamos que tendríamos un día de observación de aves luego de que concluyera mi tour.

Fernando apareció en el hotel Embassy poco después de que llegué con mi grupo y gozamos de una cena tardía esa noche. Varios otros miembros de la Humnet estuvieron con nosotros.

Dos semanas después, luego de que finalizara el tour, Fernando fue a buscarme al hotel y fuimos a la reserva privada de cóndores andinos en el nevado Antisana, donde se ubica la laguna

de Micacocha. A una altura considerable, sobre los 3.500 m, y con temperaturas que rondaban los cuatro grados centígrados, Fernando decía que este hábitat sin árboles llamado páramo era el de su infancia. Confesaba que era en este ambiente donde más cómodo se sentía; este clima extremo le cargaba de energía. Por el contrario, yo trataba de respirar y tiritaba.

Le seguimos a través de una manada de pequeños caballos salvajes, descendientes de los caballos que escapados de los conquistadores hace más de 400 años. Desde la ribera de la laguna nos señaló los zambullidores plateados,<sup>61</sup> las cercetas andinas,<sup>62</sup> los patos andinos, los ánades piquiamarillos<sup>63</sup> y las fochas andinas.<sup>64</sup> El plácido lago era tan liso como un espejo. En la orilla, pudimos observar una bandada de 17 ibis de cara negra.

“Esos son raros aquí” nos dijo.

Por mi parte, le mencioné que “Me perdí de ver la Estrellita del Chimborazo durante el tour”

Condujo su vehículo a un denso matorral de chuquiragua, un arbusto espinoso con flores naranjas en forma de cardo. En cuestión de minutos, estaba yo viendo un Estrellita del Chimborazo macho, resplandeciente con su brillante cabeza azul cobalto y su parte baja de un blanco prístino. El relativamente grande y robusto colibrí se colgaba de las flores con sus musculosas patas y clavaba su pico hasta dentro de los botones antes que gastar su energía volando de uno a otro. ¡Fue un momento perfecto!

Las habilidades de Fernando abarcaban bastante más que las aves. Las plantas del páramo son tan únicas e interesantes como los animales. En un momento de esos, paró el vehículo para enseñarme dos especies de genciana muy cortas, la una con flores de un regío color violeta y la otra de un vívido carmesí.

---

<sup>61</sup> Los chupiles, *Podiceps occidentalis*, una de las especies que Fernando se hallaba investigando en La Mica cuando ocurrió el fatal accidente.

<sup>62</sup> *Anas andium*.

<sup>63</sup> *Anas geórgica*.

<sup>64</sup> *Fulica andesiaca*.

Cerca de las cumbres, divisé un ave rapaz grande volando sobre la cresta de un risco. Rápidamente Fernando la identificó como un águila pechinegra. Una segunda águila se le juntó y Fernando clavó sus prismáticos en ella.

Mientras gozábamos viendo las águilas, desde otra cumbre se acercó un cóndor. Después, planeando contra el profundo azul del cielo, aparecieron un segundo y un tercer cóndor. Con los prismáticos pude ver las características golas blancas en el cuello de dos adultos. ¡Maravilloso! ¡Fue el final perfecto para un día perfecto! Su recuerdo vivirá en mí para siempre.

En agosto pasado, mi amiga Margaret Owens y yo planeamos una vacación muy corta en Costa Rica y Ecuador. No íbamos a tener mucho tiempo en Quito, pero Fernando insistió en que visitáramos su casa para ver cómo crecían mis salvias en su jardín. Dijo que nos daría el encuentro en el avión y que después de almuerzo él mismo nos llevaría a las oficinas del alojamiento al que íbamos. Todavía puedo verle inclinado en la valla del aeropuerto, esperando a que saliéramos de la aduana.

Era un día frío y ventoso. El sol brillante [de Cumbayá] estuvo muy rico después de nuestro vuelo desde Costa Rica, pues el avión había estado frío y húmedo. El jardín era espacioso. Casi una cuarta parte del mismo estaba cubierto por un inmenso árbol de guaba (*Inga* sp.) que Fernando dijo atraía a muchos colibríes cuando, en su época de floración, se cubría de flores blancas. De pronto, el sonido de la vibración de las alas de un colibrí atrajo nuestra atención. Era un grande, audaz y hermoso quinde herrero,<sup>65</sup> la más común de las dos especies que permanecían en el jardín el año entero. Un pequeño quinde bunga<sup>66</sup> se escabulló para beber del aguamiel del alimentador que estaba resguardado

---

<sup>65</sup> *Colibri coruscans*.

<sup>66</sup> *Chlorostilbon melanorhynchus*. “Yo prefiero el nombre de Quinde bunga al de Esmeralda oriental. Este quinde era muy especial para Fernando, por cuanto se trata del que fotografió durante el proceso de anidación en el jardín de su casa en Cumbayá” (Juan Manuel Carrión, comunicación personal). Las fotos de Fernando de este nido aparecen en su libro *Los colibríes* (2003, 2011).

por uno de los colibríes grandes. Un par de pájaros brujos cantaban en el árbol de guaba.

Fernando me mostró orgulloso las salvias que habían sobrevivido al cambio de clima. Ninguna estaba en flor, pero se enorgullecía en decir que tenía plantas de mi jardín... y yo estaba orgullosa de decir que compartíamos esa conexión.

Después del almuerzo y de conocer a la mujer de Fernando, Cecilia, a su hija Verónica y a su nieto Mateo, nos llevó de regreso a Quito. Nuestras despedidas fueron demasiado apresuradas en la congestionada calle donde quedaba la oficina del *lodge*. Quién iba a decir que nunca más iba a ver a mi amigo ecuatoriano. Pueden ver una foto de las dos en la Humnet Rogues' Gallery.

Solo puedo imaginarme cuán triste debe estar la familia de Fernando. Él había realizado muchas cosas a lo largo de su vida y será profundamente extrañado. Me siento privilegiada de haberle conocido.

Fernando Ortiz-Crespo vivió una vida muy plena. Solo que no fue suficientemente larga. Todos debemos recordar que nadie nos asegura el mañana. Las cenizas de Fernando fueron esparcidas en la laguna de Micacocha, el sitio que él tanto amaba y el sitio que se llevó su vida. Ahora, él estará allí para siempre.

## EL VIREO GORJEADOR DE POINT REYES

Enrique Merino\*

Hemos venido a Cálíg a vaciar y poner a la venta la casa veraniega que compramos hace 25 años, y a la que ya no veníamos hacía tiempo —nuestros hijos ya son mayores y viajan por todo el mundo, y Cálíg les viene pequeño—. Cálíg es un pueblo de la provincia de Castellón rodeado de algarrobos y olivos, a mitad camino entre Barcelona y Valencia y diez o doce kilómetros tierra adentro, donde empiezan a elevarse los cerros del Maestrazgo. Regalamos varios muebles y cacharros a vecinos y amigos. De las docenas de libros que se habían acumulado en la estantería, me quedo solo con tres. Me quedo con *Mediterranean Seafood* por Alan Davidson, con *Explorers on the Moon* —una aventura de Tintín, por Hergé—, y con *Aves del Ecuador* por Fernando Ortiz Crespo y Juan Manuel Carrión. *Explorers on the Moon* me recuerda con placer las horas y horas que dediqué a leérselo a mis hijos en detalle, una y otra vez, dedicando mucho tiempo a digresiones para aclarar el trasfondo cultural y emocional de esa y otras magníficas aventuras de Tintín.

*Aves del Ecuador* me recuerda a Fernando Ortiz. ¿Cómo llegó el libro a Cálíg?

De la manera más sencilla: nos lo dejó su propio autor en la casa que estamos ahora vaciando, en agradecimiento por la semana que él y su familia pasaron en ella a invitación nuestra en agosto de 1992, durante las fiestas del patrón de Cálíg, Sant Llorenç (en Cálíg se habla valenciano). En el libro encuentro la carta manuscrita en que Fernando nos cuenta a mi mujer y a mi cómo les fue la estancia en Cálíg. Fernando nos dice que el calentador de agua había necesitado una reparación, y que su hijo

---

\* Enrique Merino es profesor emérito de Geoquímica en la Universidad de Indiana.

Juan Pablo se enfrentó a un novillo embolado durante las fiestas, y que les han tratado muy bien en la panadería. Nos invita a visitarles a ellos en Roma, donde vivían entonces, o en Quito.

El libro y la carta me traen tantos recuerdos de Fernando y Cecilia a la memoria, recuerdos de nuestros años de estrecha amistad en Berkeley, California, de 1967 a 1971 o 1972. Luego vuelvo a esos años. Hacia 2005 me enteré por casualidad, gracias a Google, que Fernando había muerto en un accidente en 2001. Pero no pude encontrar cómo ponerme en contacto con Cecilia o con sus hijos, y no les envié mi pésame.

Y ahora, solo dos días después de venir a Cáliz y releer la carta de Fernando y reencontrar su libro, me llega un mensaje electrónico de su hermano Gonzalo, que me ha localizado también por Google, y que me pide si puedo contribuir a este libro de recuerdos que está planeando editar por el décimo aniversario de su accidente mortal.<sup>67</sup>

Recuerdo los experimentos que hacía Fernando, para su doctorado, sobre la territorialidad de los colibríes del jardín botánico de la Universidad de California en Berkeley, en Strawberry Canyon. Había puesto macetas con fucsias rojas montadas en carretillas, y cada dos o tres días movíamos las carretillas de sitio, alejándolas unas de otras para ver cuándo el *Calypste anna* propietario del expandible territorio abandonaba la parte que ya empezaba a quedarle demasiado lejos, y se la dejaba a otro colibrí sin duda a disgusto pero qué remedio. Fernando medía así el tamaño del territorio que un colibrí está dispuesto a patrullar y reivindicar para sí mismo. Luis Baptista, otro ornitólogo ilustre que había nacido en Goa, gran amigo de Fernando, y que también vivía en International House, venía de vez en cuando con nosotros a ver cómo iba la operación.

Otro capítulo de su investigación era pesar polluelos de colibrí cada dos o tres días para ver qué comían y cómo ganaban peso. Nos acercábamos sigilosamente a un nido cuando el papá

---

<sup>67</sup> Aquel proyecto no se concretó, aunque hoy, a los 25 años, sí.

y mamá colibríes lo dejaban para buscar flores e insectos, de él Fernando sacaba con cuidado a un polluelo, lo pesaba primero rápidamente en el pesacartas, y luego con una jeringuilla le extraía al pobre polluelo los bichitos que tenía en el buche para ver qué comía, mientras yo vigilaba por si llegaba la mamá o el papá colibrí. Yo le trataba de tomar el pelo diciéndole que si le sacaba la comida del buche al polluelo estaba retrasando artificialmente el desarrollo mismo que él pretendía medir, pero no me hacía caso.

Íbamos de vez en cuando a Point Reyes National Forest, al norte de San Francisco, y aún hoy, ahora mismo, puedo silbar de memoria el trino lánguido y ascendente del *warbling vireo*, como se dice en inglés, o vireo gorjeador (*Vireo gilvus*) que Fernando me enseñó a reconocer en ese bello bosque de laureles hace más de 40 años. Y por el campus de Berkeley, Fernando me enseñó a ver los *displays* que hace el colibrí macho bajando en picado para impresionar a la hembra, que observa la operación posada en la punta de un árbol aparentando indiferencia.

Conocí a Fernando en la International House, a las pocas horas de llegar yo a Berkeley el 20 de septiembre de 1967 directo desde España, y congeniamos inmediatamente. Pasábamos largas veladas charlando en el Great Hall de la International House y nos reunimos a comer en la mesa latinoamericana. Les apadriné a él y a Cecilia cuando se casaron. Fernando fue uno de esa cohorte magnífica de jóvenes inteligentes, éticos y progresistas que tuve la suerte de conocer en mis seis años en la república semiindependiente de Berkeley, que hacían de ella un mundo nuevo y extraordinario, un mundo del que años más tarde me costaría lágrimas separarme cuando obtuve el doctorado (en geoquímica) y un empleo en Canadá y me tuve que ir. Un Berkeley y unos años que siempre han estado grabados indeleblemente en mi recuerdo.

Luego perdimos la pista durante años, hasta que en 1992 —no recuerdo cómo— nos pusimos en contacto, él y su familia pasaron por nuestra casa de Cáliz, y nos dejaron “Aves del Ecuador”.

Desde entonces, cuando llega el verano casi tropical del medio oeste de Estados Unidos, donde vivo, saco el alimentador de colibríes del armario de la cocina, le pongo una ración de agua hervida con azúcar al 4:1, lo cuelgo en un claro del bosque detrás de mi casa, y espero a que vengan los colibríes. El único colibrí que se ve por aquí, por el medio oeste estadounidense, es el *ruby-throated*.<sup>68</sup>

---

<sup>68</sup> N. del E.: *Archilochus colubris*, al que Fernando Ortiz y Paul Greenfiel llaman en español Colibrí golorubí. Es el único colibrí que anida al este del río Mississippi en América del Norte.

## LA RELACIÓN ENTRE HUAYNA CÁPAC Y FERNANDO ORTIZ

*Paulina Ledergerber-Crespo\**

Una de las ocasiones en que el extrañado y querido primo Fernando estuvo hospedado en nuestra casa de McLean, Virginia, EEUU fue en junio de 1998. Al día siguiente de asistir a la premiación del bachiller Harpaul Alberto Kohli-Ledergerber en el colegio Saint Albans, los dos primos Fernando y Paulina nos enfrascamos como siempre lo hacíamos en una conversación fascinante. En esa ocasión salió el tema de nuestro ancestro indígena, que el tío Jorge Salvador Lara nos mencionó varias veces, y que al abuelito Emiliano no le hacía mayor gracia.

La curiosidad de los dos hizo que nos pusiéramos manos a la obra y buscáramos libros de historia y genealogía en mi estudio. Encontramos una buena fuente<sup>69</sup> para reconstruir nuestro ancestro, y completamos a mano el ciclo del origen cuencano-indígena en una hoja que aún conservo. Dejamos para la siguiente visita de Fernando el continuar con fechas pero ya no lo logramos; yo solamente aumento unos datos.

La genealogía remonta una de las ramas importantes del linaje Crespo Toral hasta la más reciente época arqueológica del país, la inca. Por cierto, al cabo de un tiempo mostré esta hojita a otro ilustre huésped, mi amado hermano José Alberto Ledergerber Crespo. Entonces él, con otros libros míos en mano, se puso

---

\* Paulina Ledergerber Crespo, prima de Fernando, arqueóloga graduada en EE.UU., que trabajó muchos años en el Smithsonian Institution, junto con Betty Meggers y otras figuras de la arqueología americana, falleció de cáncer el 28 de septiembre de 2014. Había nacido en Cuenca el 18 de octubre de 1945.

<sup>69</sup> Piedad y Alfredo Costales, *Los señores naturales de la tierra*, p. 217; Fernando Jurado Noboa, *Las coyas y Pallas del Tahuantinsuyo* (Quito, Edición conjunta: Xerox del Ecuador S.A. y Editorial Gallo Capitán, 1982). Los datos principales los tomamos de la segunda parte del estudio de Jurado Noboa, pp. 303-353.

a probar el ancestro por la rama que nos lleva a los Cepeda y Ahumada, muy ilustres judíos conversos.

1) “El más sabio de todos los que existieron en el mundo fue el Emperador Huayna Capac Inca, nacido en Tumipamba (Cuenca) de princesa cañari y el Emperador Tupac Yupangui Inca. Hijos del Sol. Por eso Huayna Capac en Cusco, puso a su panaca el nombre de Tumipamba”.

2) la hija de Hayna Capac Inca: Francisca Coya Inca, n. Cuzco x 1515, y con su marido el Cap. Diego de Sandoval, n. en Sta. Olalla cerca de Toledo hacia 1505, tienen una hija:

3) la hija Eugenia de Sandoval Inca, n. en Quito 1536 (legitimada su herencia por el Emperador Carlos V); casó en 1550 con Cap. Gil de Rengifo, n. Ávila antes de 1514.

4) hija Maria Rengifo y Sandoval, n. en Anselmo 1551, casó con Cap. Vicente Tamayo Henao, n. Alba de Tormes (Salamanca).

5) hijo Sgto. Onofre Rengifo y Tamayo, n. Anserma aprox. 1584, casó en Cuenca con Jacoba Ordoñez y Muñoz.

6) hija Juana Rengifo y Ordoñez, n. Cuenca, casó el 6 Mayo 1637 con Cristóbal Pesantes.

7) hijo Sgto. Onofre Pesantes y Rengifo, n Cuenca 1640 (fue Procurador General del Cabildo) casó con Josefa Quesada y Montenegro.

8) hija Ana Rosa Pesantes y Quesada, casó en 1694 con Cap. Antonio Carrillo de los Ríos, n. en España.

9) hija Juana Carrillo y Pesantes, casó en 1718 con Maestro del Campo Luis Javier Izquierdo del Prado y Maldonado n. 1692 (fue Regidor Perpetuo del Cabildo...).

10) hija Rosalía Juana Izquierdo del Prado y Carrillo, n Cuenca aprox. 1714 o 1719?, casó en 1733 con Maestre del Campo Ambrosio Crespo y Lozano y Palacio, n. Cuenca 1710.

11) hijo Miguel Jerónimo Crespo Izquierdo del Prado n. Cuenca 29.09.1736 murió Cuenca 18.05.1796, casó en Cuenca con Josefa de Neyra y Morán de Buitrón, n. 1739.

12) hijo Juan Hilario Crespo Neyra, n Cuenca 04.12.1766, casó en Cuenca con María de Orellana.

13) hijo Pedro Crespo y Orellana, n. hacia 1792, casó en Cuenca con María Juana Rodríguez y Neyra.

14) hijo Simón Crespo Rodríguez, n. Cuenca 1825, agricultor, casó en Cuenca hacia 1847 con Amalia de Astudillo Ochoa.

15) hijo doctor Emiliano Simón Crespo y Astudillo, n. Cuenca 1855, médico y poeta; casó en Cuenca con su prima Mercedes de Astudillo y Chica, n. Cuenca 1855.

16) hijo Emiliano José Crespo Astudillo, n. Cuenca 22.07.1885, murió en Quito 25.04.1971; casó en Cuenca el 18 de Oct. 1913 con María de los Dolores Toral y Vega, n. Cuenca 12 de Marzo 1895, y murió en Quito el 5 Agosto de 1980 a las 2.30 am, siendo padres de Raquel, Emiliano, Dolores,<sup>70</sup> Arturo, Daniel, Jorge, Rodrigo, José, Teresa, Jaime, Eduardo, Hernán y María Clara Crespo Toral.

Por su parte, los ancestros de la rama Crespo<sup>71</sup> son:

1) Alonso Crespo Lozano, murió Cuenca 1644; casó Cuenca con Juana de Vera.

2) Alonso Crespo Vera, casó Cuenca con Josefa Jiménez de Miranda.

3) Juan Jerónimo Crespo Jiménez; casó 2 veces en Cuenca 1ª: el 02.03.1699 con Teresa Espinosa de los Monteros y Hurtado de la Rosa; 2ª: con María de Palacio y Maldonado de San Juan.

4) Nicolás Ambrosio Crespo Palacio nació Cuenca 08.04.1710 murió Cuenca 18.03.1796, casó Cuenca 20.09.1733 con Rosalía Juana Izquierdo del Prado y Carrillo de los Ríos.

---

<sup>70</sup> Más conocida como Lola, n. Cuenca 1917, casó 1940 en Cuenca con Luis Alfonso Ortiz Bilbao n. Quito 1903 m. Quito 1988 y fueron padres de Fernando y otros diez hijos.

<sup>71</sup> Maximiliano Borrero Crespo, *Orígenes cuencanos*, 2 tomos (Cuenca, Universidad de Cuenca, 1962).

## CARTA ABIERTA AL DOCTOR FERNANDO ORTIZ CRESPO, A LOS DIEZ AÑOS DE SU PARTIDA

*Juan Manuel Carrión\**

Inicié mis estudios de Biología en la Universidad Católica en 1980, año en el que conocí al doctor Fernando Ortiz Crespo quien fuera mi profesor de Ecología y de Zoología. La vida me regaló el privilegio de entablar amistad con el doctor Ortiz; el maestro y mentor se convirtió en amigo y colega; juntos, Fernando y yo, desarrollamos algunas actividades interesantes inspiradas, todas ellas, en el afán por ahondar el conocimiento del rico patrimonio natural ecuatoriano y, a base de la difusión del mismo, incentivar su valoración.

Fernando Ortiz Crespo ocupa, por sus propios méritos, el sitio del más importante investigador de la naturaleza ecuatoriana en el siglo XX, pero más trascendente que aquello, se convirtió en el gran motivador de la juventud; lo que Benjamín Carrión significó para la promoción y gestión cultural en el Ecuador, tuvo su equivalente en Fernando Ortiz Crespo en el ámbito de las Ciencias Naturales.

Mi vinculación afectiva con Fernando se extendió hacia toda su familia; a su esposa Cecilia y sus tres hijos; a su madre Lolita y a sus hermanas y hermanos, particularmente a Gonzalo a quien tuve el honor de acompañar en su gestión edilicia en el Municipio de Quito siendo su concejal Alterno.

Las reflexiones en torno a la figura de Fernando Ortiz Crespo, su influencia y aporte al desarrollo de la ciencia en el Ecuador ocuparían, no lo dudo, varios volúmenes y creo que es una tarea

---

\* Juan Manuel Carrión es biólogo por la PUCE y uno de los ornitólogos más conocidos del Ecuador. Es también un reconocido pintor de aves. Fue concejal de Quito en dos períodos y durante cuatro años, director del Zoológico de Quito en Guayllabamba.

pendiente que bien la podrían abordar los historiadores de la ciencia en el país. Mis propias reflexiones sobre el tema serían diversas y amplias; podría referirme a su faceta de ornitólogo y explorador, a su interés por la aplicación de las nuevas tecnologías, a su gestión como promotor de iniciativas de cuidado ambiental, a su brillante desempeño como historiador de la ciencia, a su condición de docente universitario, a su compromiso social como editorialista, en fin, a muchos temas.

Gonzalo, su hermano, me ha pedido contribuir con un artículo para esta publicación en homenaje a Fernando Ortiz Crespo. Este breve preámbulo sirve para explicar el contexto en el que se enmarca la carta abierta que a este inolvidable maestro y amigo remito a los diez años de su partida.

Muy recordado Fernando:

La última vez que nos encontramos fue en marzo de 2001 en mi casa de Cumbayá, vecina cercana a la suya. Recordará que le enseñé algunos de los retratos que estaba pintando para ilustrar el libro que me proponía publicar, una nueva versión de “Aves de Quito y sus alrededores”. Como le conté entonces, mi propósito era hacer algo diferente en cuanto a guías de aves; un libro ilustrado artísticamente, que contenga información no demasiado técnica, sino más bien que recoja vivencias personales en torno a la observación de las aves en los jardines y parques de Quito, para, por allí, despertar en los lectores el interés por acercarse al conocimiento de la avifauna quiteña. El libro se publicó en noviembre, dos meses después de su partida. Se lo dediqué a usted, al igual que la exposición de los cuadros que realicé en la Galería Muros de Cumbayá. Pedí a Gonzalo que hiciera la presentación del libro en el acto de lanzamiento que se realizó en el Museo de la Ciudad. Él, como siempre, se lució, y yo agradecí enormemente su participación. Este libro obtuvo mención en el premio Enrique Garcés, el cual, como usted recordará,

nos fue otorgado en 1992 por nuestra obra “Introducción a las aves del Ecuador”.

He querido comenzar esta carta recordando esto de los libros, porque es un ámbito en torno al cual se han manifestado algunos cambios positivos en los diez años de su ausencia. Cuando en 1986 publiqué “Aves del valle de Quito y sus alrededores” con el auspicio de Fundación Natura, esa modesta obrita, se convirtió en el primer libro ilustrado sobre las aves del Ecuador producido por un ecuatoriano. Usted me animó a dar el paso. Recordará que cuando hacíamos nuestras primeras salidas de campo a Río Palenque, al Paschocha o a Púellarro, las únicas guías de campo que nos servían de referencia eran las que se había publicado para Panamá y Venezuela. Pues ahora ya he perdido la cuenta de cuántos libros se han publicado sobre las aves del país, buena parte de ellos escritos por alumnos suyos. En todos, directa o indirectamente, se menciona y recuerda la presencia suya como el pionero en el conocimiento científico de las aves del Ecuador. Ahora mismo, mientras le escribo estas líneas, conozco de dos obras nuevas en imprenta; una de ellas la segunda edición de su obra: “Los Colibríes. Historia Natural de unas aves casi sobrenaturales”, que es ansiosamente esperada ya que la primera edición se agotó por completo.

Cuando usted, 31 años atrás, nos revelaba, en esas inolvidables salidas del campo, toda la maravilla del mundo natural, éramos muy pocos los que nos dedicábamos a la observación de las aves: usted, Juan Carlo Matheus —qué pena que también falleció, prematuramente y en pleno trabajo de campo—, Rodrigo Sierra, Nancy Hilgerth y yo. ¡Cinco! Como los dedos de una mano. Ahora son muchos más y muy bien formados. Hay clubes de observadores de aves en Quito, en Riobamba, en Guayaquil, en Cuenca, en Loja. Existen investigadores que publican periódicamente como Juan Freile —también su alumno— y Diego Cisneros, en la Universidad San Francisco. De los observadores y guías naturalistas ni qué

decir; hay muchos operadores turísticos activos orientados exclusivamente al birdwatching. Uno encuentra guías locales en Mindo, en la Amazonía, en Loja.

Quito y el Ecuador se están consolidando como destinos privilegiados para el turismo de la naturaleza; los últimos años, tanto Quito Turismo como el Ministerio de Turismo han estado presentes en la British Birdwatchig Fair que es la feria de aviturismo más grande del mundo.

La primera Lista de aves del Ecuador, aquella que usted y Samuel Valarezo publicaron a mediados de los setenta, incluía cerca de 1.400 especies. Hoy, el último reporte elaborado por BirdLife International da cuenta de 1.659 especies presentes en el país. Estos datos confirman aquello que Juan de Velasco —figura sobre la cual usted me hizo poner atención como el primer curioso por desentrañar las riquezas escondidas del patrimonio natural del país— escribió: “La multitud prodigiosa de aves presentes en todas partes del Reyno, bastaría para mostrarlo lleno de habitantes aunque le faltasen todas las otras clases de vivientes”. Yo complemento esta referencia, siempre, citando también la poesía de Jorge Carrera Andrade, quien dijo que: “Hay tantas alas en vuelo / que alzan América al cielo”.

Sí, mi querido Fernando, creo que el conocimiento y valoración de nuestro patrimonio natural cada vez es mayor. Soy optimista al respecto. Siento que estamos comenzando a andar el camino para recuperar nuestros antiguos paisajes forestales, para lograr que el verdor vuelva a Quito.

En ese sentido creo que su hermano Gonzalo y yo hicimos un aporte valioso cuando nos desempeñamos en la concejalía de Quito. Propusimos que el Distrito Metropolitano cuente con un ave y una flor emblemáticas; estos fueron el Zamarrillo Pechinegro y la Flor de Taxo. La sesión para oficializar esta propuesta no se convocó en el Palacio Municipal sino que se llevó a cabo en Yanacocha, allá en esos bosques fantásticos que algunas veces visitamos juntos. Yo sentí la presencia suya en

ese acto, una presencia alegre y estimulante, como siempre. La validez de estos emblemas naturales de Quito ya está arraigada en el imaginario colectivo. Estoy seguro que eso le alegrará enormemente: que todo Quito identifique ya a esta avecita sobre cuya curiosa presencia usted nos contaba a sus alumnos cuando explorábamos los bosques andinos del Pichincha. Lamentablemente la situación poblacional no es muy buena y seguimos hablando de una especie seriamente amenazada.

Otra propuesta interesante que planteamos ante el Concejo Metropolitano fue la declaratoria de los árboles patrimoniales de Quito, proyecto que lo trabajamos conjuntamente con Carolina Jijón, la directora del Jardín Botánico y alumna suya (recuerdo tan vivamente cuando usted me puso en contacto con Carolina, siendo ambos sus estudiantes, porque ella estaba haciendo su tesis, bajo su dirección, y usted tenía interés en que yo le ayudara preparando las pieles de algunos ejemplares que debían colectarse). Nos queda pendiente la declaratoria de parte de la Asamblea Nacional del Árbol Nacional del Ecuador que yo sostengo debería ser la cascarilla, lo cual era también su criterio, aunque usted advertía que ello no sería posible dado que ese es ya el árbol nacional del Perú y que incluso figura en su escudo. Yo creo que no importa, que bien puede ser un símbolo compartido por ambos países, como pasa con el Cóndor Andino.

Recuerdo que cuando ambos nos encontrábamos siempre teníamos temas de conversación diversos, generalmente sobre aves, sobre lo que habíamos encontrado, sobre nidos que habíamos visto, registros inusuales o también sobre libros, libros de exploradores y naturalistas (tema que ahora suelo conversarlo, siempre con deleite, con su hermano Alfonso). Pues ahora le voy a contar de mi última aventura de campo con la televisión japonesa, para filmar al Saltarín Alitorcido (*Machaeopterus deliciosus*). Descubrí aspectos fascinantes de su Historia Natural que todavía no han sido reportados.

Durante un mes entero, en marzo de este año 2011, acompañé a un grupo de la NHK para filmar a esta especie en Milpe, muy cerca de San Miguel de Los Bancos. Todos los días, desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, estuvimos en el territorio del “lek”.

(Aquí discúlpeme que debo explicar que es un lek, dado que esta es una carta abierta). “Lek” es la denominación que se da a los sitios en los cuales varios machos de una misma especie se reúnen para realizar “bailes” de exhibición que atraen la atención de las hembras. Como usted señala en “Introducción a las aves del Ecuador”, “lek” es una palabra derivada del sueco. Para información general sobre el tema vale la pena ampliar la cita. Usted señala: “Las hembras prefieren ser inseminadas por los machos que ocupan los sectores centrales, de modo que uno o dos de éstos realizan más del 60% de las cópulas observadas. Los ejemplares de más edad ocupan estos puestos claves en cada estación reproductiva, mientras que los jóvenes se ven forzados a quedar en la periferia hasta que se produzca una vacante en el centro del “lek”; las hembras por su parte prestan poca atención a los machos periféricos y premian con su atención a los situados en el medio”. El ejemplo que suele citarse con mayor frecuencia es el del Gallo de la Peña.

Pues bien, el “lek” del Saltarín Alitorcido es diferente. Los machos no se juntan; cada cual permanece en su territorio. El territorio individual de cada macho se establece sobre un radio aproximado de 20 metros, y el macho se ubica siempre al centro de dicho territorio. El lek lo constituyen, en el caso que observé, cuatro territorios conjuntos, adyacentes. Cuando los machos se mueven al borde de sus respectivos territorios e ingresan a los predios de sus vecinos, son inmediatamente desalojados. Los machos ostentan un plumaje canela con las alas elegantemente diseñadas en blanco y negro, la cabeza luce la frente roja. Estos machos literalmente cantan con las alas; las sacuden haciéndolas

vibrar a una frecuencia altísima: 12 veces por segundo ¡más rápido que lo que baten las alas los colibríes! Esto lo determinamos mediante una filmación hecha con cámaras “High speed”, así pudimos contar 33 golpes de las alas entre sí en tres décimas de segundo.

Las plumas de las alas, específicamente la sexta y la séptima rémiges, tienen un diseño muy particular; el raquis es engrosado y curvo. Cuando estos raquis friccionan entre sí, a la frecuencia que mencioné de 12 veces por segundo, se produce un sonido como de violín, que es el que atrae la atención de las hembras.

Las hembras tienen un plumaje diferente, nada llamativo, de un verde críptico. En el territorio del macho se ven varias hembras. Los individuos juveniles y las hembras tienen un plumaje similar. Me di cuenta de que una de las supuestas hembras que estaba observando era en realidad un macho juvenil, porque lo vi realizar el movimiento de alas típico de los machos, pero claro sin producir ningún sonido ya que todavía no tenía el plumaje adulto. Lo curioso del caso es que el macho dueño del territorio llegó hasta donde este macho juvenil —que él y yo como observador supusimos que era una hembra— y se dio una pseudo-cópula. Me planteo interesantes temas de investigación a partir de la observación de este curioso momento: la similitud del plumaje entre hembras y juveniles ¿es una ventaja para los machos juveniles que de esa manera pueden ser tolerados en un territorio y aprender por observación e incluso, poco a poco, ir ganando terreno allí, aún a riesgo de ser confundidos con una hembra?

Tengo un par de libretas de campo llenas de anotaciones (todavía conservo mis cuadernos de campo de los primeros años de Biología, corregidos por usted, con los cuales fui aprendiendo a tomar correcta nota de todo lo que se observa). Hay pues suficiente información para irla analizando.

Otro hecho curioso fue la presencia de un macho atípico, con la cabeza amarilla y no roja, que creo podría ser un híbrido

con *Masius chrysopterus*, otra especie de Saltarín que también encontré en estos bosques.

Todavía nadie, estimado Fernando, ha alcanzado los méritos suficientes como para ocupar el espacio que usted dejó vacío. Somos algunos, afortunadamente, quienes seguimos desarrollando nuestro trabajo inspirados en su ejemplo. Yo procuro emular su actitud acercándome a los jóvenes, motivándolos a interesarse en estos temas y en estas posibilidades de investigación. Hoy las condiciones son más favorables, los estudiantes cuentan con muchas más facilidades, de todo orden, logísticas, técnicas y demás, para desarrollar sus trabajos.

Fernando, me alegra mucho haber tenido esta oportunidad de contarle un par de cosas. Espero verlo pronto —que será ahora mismo, cuando salgo al balcón atraído por el canto de un colibrí—.

Con el afecto de siempre,

*Juan Manuel Carrión*

## EL CÓNDOR-HOMBRE

*Íñigo Salvador Crespo\**

El cóndor había despertado con un presentimiento; algo importante iba a ocurrir ese día. La noche anterior, como las dos precedentes, le había resultado difícil llegar a dormirse, a pesar del cansancio de días enteros de volar y volar el aire frío del páramo. Refugiado en una grieta de un farallón rocoso a los pies del gran Antisana —ese nevado que parecía, a lo lejos, “una gigantesca ave blanca con las alas extendidas al sol”— se había arrebujado en su negro plumaje y su bufanda blanca, tan pronto como el sol se había puesto más allá de los valles, y había intentado dormirse. Pero una sensación de profunda inquietud que duró toda la noche le había quitado el sueño y ahora, cuando el sol comenzaba a elevarse otra vez tras los vapores de la selva caliente, proyectando largas sombras en los arenales bajo su nido, el cóndor, aliviado al ver clarear el día por fin, comenzó a acicalar con el pico sus plumas negras y blancas, preparando sus alas para el vuelo mañanero.

“Cuaderno de campo de un ornitólogo aficionado”:

*17.09.2001, 10:30: Después de recoger a mami y a la tía Esther, vamos a Río Escondido a buscar a la tía Lolita. Hoy subiremos hasta La Mica para echar las cenizas de Fernando en las aguas del lago. ¡Es una bella, la tía Lolita, preocupada de poner en plural, para que todos pudiéramos rezarla en la laguna, la oración que el tío Luis Alfonso les enseñó, y que estaba en singular! Haciendo tiempo para la salida, desde el balcón que mira al río San Pedro, alcanzo a ver al famoso*

---

\* Íñigo Salvador Crespo, abogado y novelista, ornitólogo aficionado, miembro correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

*“quilico” o cernícalo americano (Falco sparverius) en su característico vuelo estático, luego lanzarse de improviso sobre una presa y volar hacia una percha en el árbol del recodo del río para comérsela tranquilo. Su plumaje rufo moteado permite identificar a una hembra.*

Desde el extraño acontecimiento de tres días atrás en la gran laguna, el cóndor se sentía así. No podía explicar lo que le pasaba, solo sabía que desde entonces veía las cosas diferentes, como con colores nuevos; percibía los viejos olores como aromas frescos; el viento evolucionaba en sus carúnculas como si nunca antes le hubiera pegado tan directo... Y no sabía por qué.

Tres días antes, durante una de sus rondas diarias por sobre la gran laguna, había visto a unos hombres en medio del agua. En otras circunstancias la escena no le habría llamado la atención, pues no era raro que los humanos llegaran a Micacocha a pescar o acampar. Pero esta vez parecía como si uno de ellos, dentro de una canoa, tratara de subir a otro a la embarcación, mientras un tercero flotaba a la deriva. Con un leve giro de su cola y un movimiento enérgico de sus remeras primarias, sus “dedos”, bajó en círculo para ver más de cerca. Justo en ese instante sintió un potente empujón hacia arriba, como si una abrasadora corriente ascendente le llegara desde el bote, en el momento mismo en que una débil bocanada de vapor se deshacía en la boca lívida del hombre atado al costado del bote, que ya se dirigía a la orilla. Con un par de fuertes aletazos recuperó el equilibrio que casi había perdido y, pensando solamente en alejarse de ahí lo antes posible, continuó con su vuelo. Pero ya nada sería igual; desde ese momento su percepción de las cosas, su vida, había comenzado a cambiar.

*11:30: El paisaje de la subida desde Pintag hacia el Antisana es sobrecogedor. El agua empozada entre los flujos de lava de algún cráter secundario del volcán ha formado las dos lagunas de Secas, que se ven abajo a la izquierda. (Rótulo*

*de piscinas de truchas). No puedo parar, pero alcanzo a ver algunos patillos en la superficie de la más cercana (¿Anas flavirostris?). Seguro que en La Mica veremos muchas aves acuáticas. ¡Y ojalá al cóndor!*

Desde ese momento perturbador, cuando emprendía el vuelo con unos pocos aletazos y, luego, pescando una corriente caliente, se elevaba en vuelo planeado, no dejaba de hacerse las preguntas más extrañas: “¿por qué subo con el aire tibio? ¿por qué pierdo altura al atravesar un viento frío?” O, cuando moviendo ligeramente sus plumas caudales, provocaba un viraje pronunciado en el aire: “¿si el aire golpea en mis plumas vueltas a un lado, mi cuerpo girará hacia el otro lado?”. Y, antes, nunca había notado la presencia de esas aves grises y blancas con su brillante ojo color rubí que nadaban y se zambullían en la laguna volviendo a salir con unas algas negruzcas en el pico, ni la gaviota de cabeza negra sobrevolando el agua, inmóvil en el viento. Muchos animales y plantas que antes pasaban desapercibidos para él, ahora le causaban una curiosidad irresistible y sentía la necesidad de verlos más de cerca y se aproximaba a ellos en vuelo rasante, proyectando su inmensa sombra sobre el pajonal inagotable.

“La laguna ha crecido en los últimos meses —se decía— y muchas aves y animales han tenido que buscar otras tierras para hacer sus nidos y criar sus hijos”.

Todo eso le sorprendía y le fascinaba. Pero le causaba un hondo desasosiego. No sabía por qué las cosas habían cambiado ni cómo un cóndor que antes se contentaba con procurarse su ración de carroña cada dos o tres semanas, buscar una compañera una vez en la vida, cortejarla en la temporada de los amores cada dos o tres años, y luego criar su polluelo hasta enseñarle a volar solo, ahora comenzaba a interesarse por estas cosas ajenas a la vida sencilla de un ave. Era como si no fuera ya él mismo, como si otro ser le habitara.

*En una ligera cuesta, parados en el pajonal al lado derecho del camino se ven dos “curiquingues” o caracaras carunculados (Phalcoboenus carunculatus) —“coriquenti”, ave de oro, había dicho Fernando el sábado pasado en el cumpleaños de papi— separados el uno del otro unos 10m. Caminan levantando las patas amarillas y se inclinan a comer (¿qué comen estos? ¿insectos, lagartijas, semillas?). Más adelante, unos 30m, un tercero se aproxima, también caminando. Culminamos la cuesta y, ante nuestros ojos, se muestra un paisaje extraterrestre: con el incipiente sol del medio día comienzan a levantarse las primeras pinceladas de vapor del suelo del humedal, que resplandecen a contraluz. Estamos cerca de la laguna.*

Esa mañana, terminada la sesión de preparación de sus plumas, el cóndor dio, sin más, un brinco al vacío, justo en el momento en que un soplo de viento de la selva chocaba con el farallón, elevándolo sin que el cóndor necesitase dar ni un solo aletazo (“¿por qué?”). El escalofrío que sintió entonces no supo si atribuirlo a la tibia caricia del viento tropical tras la noche gélida e insomne o a la convicción de que ese día encontraría la respuesta a su inquietud.

El cóndor circunvoló el Antisana dos veces, escudriñando el paisaje para cerciorarse de que el panorama que había registrado en su memoria la tarde anterior no hubiera cambiado. Pero detectó un cambio: una oveja recién nacida yacía muerta a alguna distancia del rebaño, que se alejaba ya. Plegó sus alas contra el cuerpo bruscamente, se desplomó en el espacio, extendió sus pies apenas palmeados para frenar en el aire a pocos metros del suelo y, extendiendo de nuevo las alas, se posó cerca de la blanca mancha en el pajonal. Luego de considerar las posibles causas del deceso (“frío”, concluyó), comenzó a perforar con su pico la tierna piel del vientre del cordero muerto. Al rato llegaron caminando dos curiquingues; los había visto de reojo llegar volando y posarse a poca distancia de él y

su desayuno, pero ahora llegaban caminando, siempre lo hacían (“¿por qué?”, se preguntó).

No tuvo tiempo de encontrar la respuesta ni de terminar su festín; detrás de las colinas entre las que se escondía el extenso espejo de Micacocha se oyó un zumbido cuyo rumor crecía. “Los humanos vienen de nuevo”, pensó. E, impulsándose de un salto con los grandes pies mientras batía las alas con toda fuerza, se elevó en el aire y puso rumbo a la laguna. Sabía que pronto todo volvería a tener sentido.

*13:00: Llegamos a la laguna de La Mica, faldas del Antisana (que está cubierto). Un grupo de ±50 personas. Desde el sitio de estacionamiento hasta el promontorio en la orilla del lago “donde el Fernando se sentaba a observar las aves” caminamos sorteando los charcos —definitivamente: es un humedal— mientras en el agua unos despeinados “chupiles” (Podiceps occipitalis) hacen lo suyo (zambullirse para comer). La tía Lolita es llevada en andas por sus hijos, nietos y demás favorecidos, que se disputan el honor. Gaviota de altura, me dice el Pablo Cordero oyendo gritar una en el cielo. Larus serranus, le respondo yo, sabihondo. El día está un tanto encapotado y apenas llovizna, pero no hace mucho frío. Todos están atentos a la ceremonia: las cenizas de Fernando se esparcen en el viento y se disuelven en el agua. Pienso yo que el mejor homenaje a Fernando es estar atento con mis binoculares y avistar el primer cóndor. ¡Se que el gran Vultur gryphus no faltará a la cita! Sigo la línea del horizonte, de espaldas a la gente y al lago, pero no veo nada.*

Cuando se elevó por sobre la colina que le separaba de Micacocha vio un grupo grande de humanos que se congregaban, caminando, a la orilla del agua. Su instinto le obligó a ponerse fuera de la vista de ellos y seguir planeando tras la colina. Cuando reapareció al final del monte, el cóndor se dio cuenta

de que uno de los hombres le miraba con grandes ojos de cristal y daba voces.

*13:10: De repente, tras el horizonte de la colina (orilla occidental de la laguna), desde el norte surge el cóndor. Lo enfoco con mi binocular por unos segundos y se pierde tras la colina. No me atrevo a dar la voz e interrumpir la ceremonia; dudo (podría ser un águila mora-Geranoetus melanoleucus) a pesar de que solo el cóndor puede volar a esas alturas y seguir siendo visto. Subo unos metros en busca de un mirador mejor; especulando que reaparecería al sur de la colina y ¡ahí está! Ahora sí, no hay duda: cuando da un aletazo alcanzo a ver el parche blanco de sus remeras secundarias. ¡Cóndor!, grito. Todos alzan a ver, ¡alegría general!*

Cuando las demás personas voltearon a mirar hacia las nubes, el cóndor se estremeció. Había distinguido entre la gente a una hermosa mujer de pelo blanco y ojos color de cielo. ¿Quién era?, ¿por qué rodaban lágrimas por sus mejillas? Y, súbitamente, un resplandor le aclaró la memoria; la angustia de los días pasados terminó de golpe. ¡Sí, era ella! “¡Mamita!”, gritó, pero de su garganta de ave salió apenas un silbido ronco. Y entonces vio también a la otra mujer de bellos ojos tristes, que, al divisarlo en lo alto, sonrió, como reconociéndole. Un nuevo silbido, más áspero, salió de su pico: “¡Cecilia, mi amor! ¡Soy yo! ¡Veo a nuestros hijos, a mi nieto! ¡Soy yo, soy yo ... el cóndor!”.

En ese mismo segundo, el cóndor comprendió que él ya no era él y que su cuerpo era la morada de alguien que, sin ser ave, sabía más de ellas que las aves mismas y conocía el lugar que cada ser ocupaba en la naturaleza. Con dos precisos golpes de sus alas se alejó volando. Se perdió tras las montañas para volver a aparecer, como un punto, del otro lado de la gran laguna. Desde ahí, volviendo su cuello desnudo, dio una última mirada a los suyos, habitantes de un mundo que le había pertenecido y que nunca más sería de él, con la certeza de que

ellos también habían comprendido que entre él y la creación ya no había distancias, que los dos espíritus, el del ave y el del hombre se habían fundido en uno solo. Como el hielo del Antisana, como las gélidas aguas de Micacocha...

*13:15: Gonzalo O. señala: “justo a la misma hora de la tragedia”. El cóndor llegó a la cita, voló encima de nosotros y se perdió en las lejanas montañas al sur. A esa distancia y en vuelo, no alcancé a ver la forma de la cabeza; pero, creo que era un macho adulto. Más tarde reapareció a lo lejos, diminuto, en la orilla opuesta. Después, ya no estaba.*

*Quito, octubre 2001*



## **TERCERA PARTE**



A bordo, en una nueva travesía en Galápagos, Fernando Ortiz sonríe a la cámara, 1978

## FLORES PARA EL QUINDE: UNA LISTA ANOTADA DE LAS PLANTAS VASCULARES DE YANACOA (PICHINCHA, ECUADOR)

Ensayo en homenaje al doctor Fernando Ortiz Crespo

*Carmen Ulloa Ulloa\**

“Ese es un antibiótico natural” nos dijo el doctor Ortiz al ver maravillados los líquenes (*Usnea*) que colgaban como barbas desde las ramas torcidas de los quinales (*Polylepis*) en el bosque de Yanacocha. Una de las primeras salidas de campo mientras cursaba la carrera de biología en la Universidad Católica fue a Yanacocha con Fernando Ortiz Crespo, profesor de ecología. El carretero polvoriento a Nono desde la avenida Occidental de Quito —que hoy se conoce como la *Ecoruta del quinde*— sigue siendo el mismo que hace 30 años condujo, a la entonces hacienda con ese nombre, al grupo de novatos que a todo pecho cantaba “Marcianita” en versión del Clan 5, canción favorita del doctor Ortiz.

Yanacocha se ofreció ante nuestros ojos de estudiantes primerizos como un bosque encantado a los que uno se transportaba al leer las novelas de Tolkien. Nunca había caminado en una alfombra de musgos, entre troncos de árboles retorcidos con cortezas apergaminadas. ¡Nunca había visto plantas con hojas tan grandes que parecían parasoles, ni tantos colibríes que zumbaban alegres, ni huellas de un puma! El impacto fue tan grande que no solo he regresado varias veces a ese sitio, sino que

---

\* Carmen Ulloa Ulloa es botánica ecuatoriana. Licenciada en Biología por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en Quito. Obtuvo un Ph.D. de la Universidad de Aarhus en Dinamarca. Se ha especializado en Fitogeografía y en Florística de los Andes. Es Curadora en el Missouri Botanical Garden, St. Louis, Estados Unidos.

cada vez que voy vuelvo a quedar maravillada por la exuberante vegetación tan cerca pero a la vez tan lejana de la ciudad de cemento donde crecí.

La Reserva de Yanacocha comprende unas 960 hectáreas en la vertiente noroccidental del volcán Pichincha, a 15 km en línea directa desde Quito y a 45 minutos en vehículo. Incluye un bosque de ceja andina excepcional y páramo con árboles de *Polylepis*. La mayoría de árboles grandes han sido extraídos para carbón y las áreas circundantes son potreros bajo programas de recuperación. Las constantes masas de aire que ascienden y chocan con los Andes producen una constante neblina y llovizna y un ambiente muy húmedo volviéndose el área una importante fuente de recolección de agua, que se emplea en la ciudad de Quito.

Desde el 2001 Yanacocha es administrada por la Fundación Jocotoco y hoy en día es una empresa ecoturística donde decenas de ávidos ornitólogos extranjeros llegan cada día para aumentar a sus listas las observaciones de exóticas aves tropicales. Me dio gusto ver también a un sinnúmero de ecuatorianos curiosos por contemplar a los quindes (colibríes) zumbando sin temor alrededor de los comederos ubicados estratégicamente en el sendero. Sin embargo, al mismo tiempo me di cuenta que si bien todos dominaban los nombres de las aves que observaban, no solo con complejos nombres científicos en latín sino también los comunes en inglés y ecuatorianizados en español, prácticamente ninguno conocía las plantas de las que se alimentan y en las que moran estas aves.

Esta contribución es una lista anotada de las plantas de Yanacocha dedicada a la memoria de Fernando Ortiz Crespo, cuyo entusiasmo y enseñanzas fueron un estímulo en mi carrera y la de toda una generación de biólogos de campo ávidos de conocer y documentar la maravillosa biodiversidad del Ecuador.

El título de esta entrega está inspirado en aquel del libro intitulado *Flores para el Rey* (Steele, 1982) que narra la increíble expedición que emprendieron Hipólito Ruiz y José Pavón al

en ese entonces Virreinato del Perú, bajo el auspicio de Carlos III, rey de España. La expedición partió en 1777... ¡y duraría 10 años! Entre los estudios más importantes de los botánicos españoles se encuentra aquel de la cascarilla (*cinchona*), un tema que fascinaría a Fernando Ortiz y sobre el cual realizó varios estudios históricos (Ortiz Crespo, 2002)

La lista que aquí se presenta está ordenada alfabéticamente por familias de plantas, primero los helechos y luego las plantas con flores (según el sistema APG III, 2009) y, dentro de cada una, los nombres científicos de las especies. La información obtenida de la base de datos botánica Tropicos® del Missouri Botanical Garden es de ejemplares recolectados en Yanacocha entre los 3000 y 3800 m.s.m. Los nombres aceptados son del *Catálogo de Plantas Vasculares del Ecuador* (Jørgensen & León-Yáñez, 1999) y sus suplementos (Ulloa Ulloa & Neill, 2005; Neill & Ulloa Ulloa 2011).

Para cada una de las 185 especies se presenta el nombre específico en latín (en cursivas) seguido del nombre del autor o su abreviatura estandarizada, una muestra testigo (apellido del colector, número de colección y acrónimo del herbario (véase Thiers, 2011) donde se encuentra depositado el ejemplar), una descripción del hábito (como hierba, arbusto, árbol, trepadora, parásita o epífita) y el color de la flor cuando es pertinente. No se pretende que esta lista sea completa ni exhaustiva, sino una guía que despierte interés en las plantas de la zona.

### *Agradecimientos*

*A Gonzalo Ortiz Crespo por la amabilidad de invitarme a participar en este tributo. Al Ministerio del Ambiente del Ecuador por los permisos de investigación; a la Fundación Jocotoco por permitir las investigaciones en el área y a J. M. Carrión por ese trámite; P. Berry, L. Endara, T. Lammers, M. Weigend identificaron algunas fotografías; C. Quintana ayudó con los datos del herbario QCA; C. Davidson y S. Christoph*

*auspiciaron el viaje de campo en el 2011 y J. Irazábal participó como asistente de campo. Los datos se encuentran en la base de datos Tropicos® del Missouri Botanical Garden.*

### *Bibliografía citada*

- APG III, 2009. An update of the angiosperm phylogeny group classification for the orders and families of flowering plants: APG III. Bot. J. Linn. Soc. 161(1): 105–121.
- Jørgensen, P.M. & S. León-Yáñez (eds), 1999. Catalogue of Vascular plants of Ecuador. Monogr. Syst. Bot. Missouri Bot. Gard. 75: 1-1181.
- Neill, D. A. & C. Ulloa Ulloa, 2011. Adiciones a la Flora del Ecuador: Segundo suplemento, 2005-2010. Fundación Jatun Sacha, Quito.
- Ortiz Crespo, F. I., 2002. La corteza del árbol sin nombre: hacia una historia congruente del descubrimiento y difusión de la quina. Fundación Fernando Ortiz Crespo, Quito.
- Steele, A. R., 1982. Flores para el rey, La expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788). Ediciones del Serbal, Barcelona.
- Thiers, B., 2011 [continuously updated]. Index Herbariorum: A global directory of public herbaria and associated staff. New York Botanical Garden's Virtual Herbarium. <http://sweetgum.nybg.org/ih/>
- Ulloa Ulloa, C. & D. A. Neill, 2005. Cinco años de adiciones a la flora del Ecuador: 1999-2004. Editorial Universidad Técnica Particular de Loja, Loja.



En busca de nuevas especies, Fernando Ortiz surca el Cuyabeno en una canoa compartida con una familia siona, 1989



Símbolo de su protección a los seres vivos: Fernando Ortiz alimentando a una tortuga gigante que él rescató y vive en libertad en la zona de Guayllabamba, provincia de Pichincha, ca. 1996

## LISTADO DE PLANTAS VASCULARES DE YANACocha

### Helechos y afines

#### - *Lycopodiaceae*

- *Phlegmariurus arcuatus* (B. Øllg.) B. Øllg., Balslev 1708 (AAU, QCA). Epífita, helecho afín.
- *Phlegmariurus phylicifolius* (Desv. ex Poir.) B. Øllg., Balslev 1759 (AAU, QCA). Epífita, helecho afín.
- *Phlegmariurus rosenstockianus* (Herter) B. Øllg., Balslev 1712 (AAU, NY). Epífita, helecho afín.

#### - *Aspleniaceae*

- *Asplenium castaneum* Schltdl. & Cham., Øllgaard 99184 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- *Asplenium polyphyllum* Bertol., Balslev 2043 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- *Asplenium sessilifolium* Desv., Balslev 3266 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- *Asplenium squamosum* L., Balslev 2685 (AAU, QCA). Hierba, helecho.

#### - *Dryopteridaceae*

- *Elaphoglossum cardiophyllum* (Hook.) T. Moore, Balslev 1751 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- *Elaphoglossum huacsaro* (Ruiz) Christ, Balslev 1725 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- *Elaphoglossum isophyllum* (Sodirol) H. Christ, Balslev 3265 (AAU, QCA). Hierba, helecho.

- *Equisetaceae*

- *Equisetum bogotense* Kunth, Balslev 2077 (AAU, MO, QCA). Hierba, helecho.

- *Hymenophyllaceae*

- *Hymenophyllum myriocarpum* Hook., Balslev 3256 (AAU, QCA). Hierba, helecho.

- *Polypodiaceae*

- *Campyloneurum angustifolium* (Sw.) Fée, Balslev 2211 (AAU, QCA). Hierba, helecho.
- Hierba, helecho.
- *Polypodium mindense* Sodiro, Jørgensen 61730 (AAU, QCA). Epífita, helecho.
- *Polypodium monosorum* Desv., Balslev 3250 (AAU, QCA). Epífita, helecho.
- *Serpocaulon eleutherophlebium* (Fée) A.R. Sm., Ramírez 119 (MO). Epífita, helecho.

- *Pteridaceae*

- *Pteris coriacea* Desv., Øllgaard 99194 (AAU, QCA). Hierba, helecho.

- *Thelypteridaceae*

- *Thelypteris corazonensis* (Baker) A.R. Sm., Øllgaard 99191 (AAU, QCA). Hierba, helecho.

- *Woodsiaceae*

- *Cystopteris fragilis* (L.) Bernh., Zak 2978 (AAU, F, GB, MO, UC, US). Hierba, helecho.

## Plantas con flores

### - *Adoxaceae*

- *Viburnum pichinchense* Benth., Øllgaard 99188 (AAU, QCNE). Arbusto, flores blancas.

### - *Alstroemeriaceae*

- *Bomarea multiflora* (L. f.) Mirb., Balslev 2683 (AAU, QCA). Hierba, flores anaranjadas o rojas.

### - *Araceae*

- *Anthurium oxybelium* Schott, Balslev 1755 (AAU, MO). Hierba, flores café rosadas, espata verdosa.
- *Anthurium yanacochense* Croat, C. Ulloa & E. Freire, Ulloa 2465 (QCNE, MO).

### - *Araliaceae*

- *Hydrocotyle bonplandii* A. Rich., Balslev 2210 (AAU, QCA). Hierba, flores verdes.
- *Oreopanax ecuadorensis* Seem., Zak 2950 (MO). Árbol, flores verdes.
- *Oreopanax seemannianus* Marchal, Brandbyge 60925 (AAU, QCA). Árbol, flores crema verdosas

### - *Asteraceae*

- *Aequatorium jamesonii* (S.F. Blake) C. Jeffrey, Jørgensen 61722 (AAU, QCA). Árbol, flores blancas.
- *Aetheolaena mojandensis* (Hieron.) B. Nord., Clark 7344 (QCNE, US). Hierba, flores amarillas.

- *Ageratina pichinchensis* (Kunth) R.M. King & H., Aedo y Ulloa 12905 (MA, MO, QCNE). Arbusto, flores blancas y amarillo claro.
- *Baccharis buxifolia* (Lam.) Pers., Jørgensen 61738 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas.
- *Baccharis genistelloides* (Lam.) Pers., Aedo y Ulloa 12908 (MA, MO, QCNE). Arbusto, flores blancas.
- *Baccharis klattii* Benoist, Jørgensen 61733 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas
- *Baccharis macrantha* Kunth, Jørgensen 61739 (AAU, QCA). Arbusto, flores amarillas
- *Barnadesia arborea* Kunth, Balslev 2014 (AAU, QCA). Arbusto, flores rosadas.
- *Chrysactinium hieracioides* (Kunth) H. Rob. & Brettell, Balslev 2680 (AAU, MO). Hierba, flores amarillas.
- *Chuquiraga jussieui* J.F. Gmel., Balslev 2706 (AAU, QCA). Arbusto, flores anaranjadas.
- *Dorobaea pimpinellifolia* (Kunth) B. Nord., Aedo y Ulloa 12888 (MA, MO, QCNE). Hierba, flores amarillas.
- *Gynoxys hallii* Hieron., Lægaard 54475 (MO). Arbusto, flores amarillas.
- *Gynoxys stuebelii* Hieron., Jørgensen 61726 (MO, QCNE). Arbusto, flores amarillas
- *Hieracium frigidum* Wedd., Balslev 2024 (AAU, MO). Hierba, flores amarillas.
- *Hypochaeris sessiliflora* Kunth, Balslev 2056 (AAU, QCA). Hierba, flores amarillas.
- *Jungia rugosa* Less., Jørgensen 61740 (AAU, QCA). Trepadora, flores blancas.
- *Mikania lloensis* Hieron., Balslev 2065 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas.
- *Monticalia arbutifolia* (Kunth) C. Jeffrey, Balslev 2702 (AAU, MO, QCA). Arbusto, flores amarillas.
- *Mutisia microphylla* Willd. ex DC., Balslev 4377 (AAU, QCA). Trepadora, flores rojas.

- *Balanophoraceae*

- *Corynaea crassa* Hook. f., Balslev 2708 (AAU, NY). Parásita terrestre, rojo-rosado.

- *Basellaceae*

- *Tournonia hookeriana* Moq., Øllgaard 99847 (AAU, QCA). Trepadora, flores verdosas.

- *Berberidaceae*

- *Berberis pichinchensis* Turcz., Balslev 2705 (AAU, QCA). Arbusto, flores amarillas.

- *Bignoniaceae*

- *Eccremocarpus longiflorus* Bonpl., Pabón 382 (QCNE). Trepadora, flores amarillas con el ápice verdoso.

- *Boraginaceae*

- *Tournefortia polystachya* Ruiz & Pav., Balslev 1733 (AAU, MO, NY). Arbusto, flores blancas.

- *Brassicaceae*

- *Cremolobus peruvianus* (Lam.) DC., Øllgaard 99189 (AAU, QCA). Hierba, flores blancas.
- *Draba hallii* Hook. f., Jørgensen 61727 (MO). Hierba, flores blancas.



*Bomarea multiflora*. Planta polinizada por colibríes en la reserva de Yanacocha.  
Fotografía: C. Ulloa Ulloa

- *Bromeliaceae*

- *Pitcairnia pungens* Kunth, Cuascota 366 (MO, QCNE). Epífita, flores rojo-rosadas.

- *Calceolariaceae*

- *Calceolaria crenata* Lam., Zak 2939 (MO). Hierba, flores amarillas.
- *Calceolaria ericoides* Vahl, Jørgensen 61740B (AAU, QCA). Arbusto, flores amarillas.
- *Calceolaria gossypina* Benth., Jørgensen 61742 (AAU, QCA). Arbusto, flores amarillas.
- *Calceolaria hyssopifolia* Kunth, Zak 2954 (MO). Hierba, flores amarillas.
- *Calceolaria lamiifolia* Kunth, Zak 2944 (MO). Hierba, flores amarillas.
- *Calceolaria trilobata* Hemsl., Ramírez 106 (MO). Hierba, flores amarillas.

- *Campanulaceae*

- *Centropogon calycinus* Benth., Balslev 1721 (AAU, QCA). Hierba, flores moradas.
- *Centropogon caoutchouc* (Kunth) Gleason, Balslev 1756 (AAU, MO). Hierba, flores anaranjadas.
- *Centropogon dissectus* E. Wimm., Ulloa 2178 (MO, QCA). Arbusto, flores verdes con café.
- *Centropogon erianthus* (Benth.) Benth. & Hook. f., Balslev 2208 (AAU, F, MO). Arbusto, flores anaranjadas.
- *Centropogon pichinchensis* Zahlbr., Ramírez 108 (MO). Arbusto, flores anaranjadas.
- *Siphocampylus giganteus* (Cav.). G. Don, Montenegro 192 (MO, QCNE). Arbusto, flores amarillo-verdosas.

- *Caprifoliaceae*

- *Valeriana microphylla* Kunth, Balslev 2207 (AAU, QCA). Trepadora, flores blancas con lila.
- *Valeriana plantaginea* Kunth, Balslev 1720 (MO). Hierba, flores blancas con lila.
- *Valeriana pyramidalis* Kunth, Luteyn 5683 (MO). Trepadora, flores blancas con lila.
- *Valeriana tatamana* Killip, Balslev 1720 (AAU, QCA). Hierba, flores blancas con lila.

- *Caryophyllaceae*

- *Cerastium mollissimum* Poir., Aedo y Ulloa 12909 (MA, MO, QCNE). Trepadora, flores blancas.

- *Chloranthaceae*

- *Hedyosmum cumbalense* H. Karst., Balslev 3262 (AAU, QCA). Árbol, flores verdes.

- *Clethraceae*

- *Clethra ovalifolia* Turcz., Balslev 2068 (AAU, F, GB, GH, MO, NY, QCA, US). Árbol, flores blancas.

- *Columelliaceae*

- *Columellia oblonga subsp. sericea* (Kunth) Brizicky, Ulloa 2170 (MO, QCA). Árbol, flores amarillo pálido.

- *Cyperaceae*

- *Carex jamesonii* Boott, Balslev 2017 (AAU, QCA). Hierba, flores cafés.
- *Rhynchospora ruiziana* Boeckeler, Balslev 2204 (AAU, QCA). Hierba, flores cafés.
- *Uncinia phleoides* (Cav.) Pers., Lægaard 54468 (AAU, QCA). Hierba, flores cafés.
- *Uncinia subsacculata* G.A. Wheeler & Goetgh., Lægaard 54469A (MO). Hierba, flores cafés.
- *Uncinia tenuis* Poepp. ex Kunth, Lægaard 54469B (AAU, QCA). Hierba, flores cafés.

- *Dioscoreaceae*

- *Dioscorea rimbachii* R. Knuth, Zak 2945 (HXBH, MEXU, MO). Trepadora, flores moradas.

- *Elaeocarpaceae*

- *Vallea stipularis* L. f., Zak 2971 (GB, MO). Árbol, flores rosadas.

- *Ericaceae*

- *Cavendishia bracteata* (Ruiz & Pav. ex J. St.-Hil.) Hoerold, Cuascota 360 (MO, QCNE). Arbusto, flores rojo-rosadas.
- *Disterigma empetrifolium* (Kunth) Drude, Luteyn 5688 (AAU, GB, MO). Arbusto, flores blancas con rosado.
- *Gaultheria foliolosa* Benth., Balslev 2697 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas.
- *Gaultheria glomerata* (Cav.) Sleumer, Balslev 2684 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas.
- *Gaultheria insipida* Benth., Balslev 2059 (AAU, QCA). Arbusto, flores blancas.

- *Macleania bullata* Yeo, Cuascota 364 (MO, QCNE). Arbusto, flores anaranjadas.
- *Macleania rupestris* (Kunth) A.C. Sm., Balslev 2695 (AAU, QCA). Arbusto, flores rojo-rosadas con blanco.
- *Pernettya prostrata* (Cav.) DC., Montenegro 196 (MO, QCNE). Arbusto, flores blancas con rosado.

- *Escalloniaceae*

- *Escallonia myrtilloides* L. f., Balslev 2055 (AAU, GB, MO). Arbusto, flores verde claro.

- *Fabaceae*

- *Lupinus microphyllus* Desr., Lægaard 54460 (AAU, QCA). Arbusto, flores moradas con blanco.

- *Gentianaceae*

- *Gentianella jamesonii* (Hook.) Fabris, Aedo y Ulloa 12900 (MA, MO, QCNE). Trepadora, flores rojo-rosadas.
- *Gentianella rapunculoides* (Willd. ex Schult.) J.S. Pringle, Montenegro 193 (MO, QCNE). Hierba, flores lila.

- *Geraniaceae*

- *Geranium diffusum* Kunth, Cerón 7583 (MO, QCNE). Hiebas, flores rosado pálido.
- *Geranium reptans* R. Knuth, Aedo y Ulloa 12885 (MA, MO, QCNE). Hierba, flores rosado pálido.

- *Gesneriaceae*

- *Besleria solanoides* Kunth, Cuascota 362 (MO, QCNE). Hierba, flores anaranjadas.

- *Columnnea dielsii* Mansf., Clark 9542 (MO). Hierba, flores rojo con amarillo.
- *Glossoloma ichthyoderma* (Hanst.) J.L. Clark, Cuascota 361 (MO, QCNE). Hierba, flores amarillas.

- *Grossulariaceae*

- *Ribes andicola* Jancz., Romoleroux 248 (MO). Arbusto, flores rojo rosadas.
- *Ribes ecuadorensis* Jancz., Zak 2935 (MO). Arbusto, flores rojo rosadas.

- *Gunneraceae*

- *Gunnera baphrogea* Linden & André, Ulloa 2180 (MO, QCA). Hierba, flores rojizas.
- *Gunnera magellanica* Lam., Balslev 1726 (AAU, QCA). Hierba, flores verdosas.

- *Hypericaceae*

- *Hypericum laricifolium* Juss., Zak 2955 (MO). Arbusto, flores amarillas.

- *Iridaceae*

- *Libertia colombiana* R.C. Foster, Neill 13225 (MO, QCNE). Hierba, flores blancas.

- *Juncaceae*

- *Luzula gigantea* Desv., Jørgensen 61731 (AAU, QCA). Hierba, flores café negro.



*Passiflora cumbalensis*. Planta polinizada por colibríes en la reserva de Yanacocha.  
Fotografía: C. Ulloa Ulloa

- *Lamiaceae*

- *Minthostachys mollis* (Kunth) Griseb. var. *mollis*, Balslev 2050 (AAU, MO). Arbusto, flores blancas.
- *Salvia pichinchensis* Benth., Balslev 2689 (AAU). Arbusto, flores azules.
- *Salvia tortuosa* Kunth, Cuascota 365 (MO, QCNE). Arbusto, flores rosado fucsia.

- *Lentibulariaceae*

- *Pinguicula calyptrata* Kunth, Balslev 1717 (AAU, QCA). Hierba, carnívora, flores lila.

- *Loasaceae*

- *Nasa grandiflora* (Desr.) Weigend, Balslev 1740 (AAU). Hierba urticante, flores anaranjadas.

- *Loranthaceae*

- *Gaiadendron punctatum* (Ruiz & Pav.) G. Don, Balslev 3260 (AAU, GB, QCA). Árbol, flores amarillas.
- *Tristerix longebracteatus* (Desr.) Barlow & Wiens, Balslev 1741 (AAU, QCA). Arbusto, flores anaranjadas con amarillo.

- *Melastomataceae*

- *Axinaea macrophylla* (Naudin) Triana, Jørgensen 61741 (MO). Árbol, flores rosads.
- *Brachyotum gleasonii* Wurdack, Ulloa 1630 (MO, QCA, QCNE). Arbusto, flores lilas con blanco.
- *Brachyotum ledifolium* (Desr.) Triana, Ulloa 1627 (MO, QCNE). Arbusto, flores amarillentas.

- *Brachyotum lindenii* Cogn., Ulloa 381 (AAU, QCA). Arbusto, flores morado oscuro.
- *Miconia bracteolata* (Bonpl.) DC., Caranqui 281 (MO, QCNE). Árbol, flores blancas.
- *Miconia corymbiformis* Cogn., Ulloa 2175 (MO, QCA). Árbol, flores crema.
- *Miconia latifolia* (D. Don).Naudin, Jørgensen 61732 (AAU, MO). Árbol, flores blancas.
- *Miconia ligustrina* var. *setulinodis* Wurdack, Zak 2970 (MO, US). Árbol, flores blancas.

#### - *Nyctaginaceae*

- *Colignonia ovalifolia* Heimerl, Balslev 2046 (AAU, GB, MO, QCA). Trepadora, flores blancas.

#### - *Onagraceae*

- *Epilobium denticulatum* Ruiz & Pav., Montenegro 206 (MO, QCNE). Hierba, flores lila.
- *Fuchsia ampliata* Benth., Berry 7611 (MO). Arbusto, flores rosado-anaranjadas.
- *Fuchsia scabriuscula* Benth., Luteyn 5685 (AAU, MO, QCA). Arbusto, flores anaranjado-rosadas.
- *Fuchsia vulcanica* André, Berry 7612 (MO). Arbusto, flores anaranjado-rosadas.

#### - *Orchidaceae*

- *Aa maderoi* Schltr., Balslev 1707 (AAU, AMES). Hierba, flores blancas.
- *Aa paleacea* (Kunth) Rchb. f., Balslev 2029 (AAU, QCA). Hierba, flores blancas.
- *Acronia bivalvis* (Lindl.) Luer, foto sin ejemplar. Hierba, flores rosado-fucsia.

- *Elleanthus magnicallosus* Garay, Balslev 1706 (AAU, NY). Hierba, flores moradas.
- *Epidendrum cardiophyllum* Kraenzl., Balslev 1734 (AAU, AMES). Hierba, flores anaranjadas.
- *Epidendrum elleanthoides* Schltr., Balslev 1716 (AAU, AMES). Hierba, flores verde-amarillentas.
- *Epidendrum frigidum* Linden ex Lindl., Balslev 2062 (AAU, AMES, QCA, QCNE). Hierba, flores verde-amarillentas.
- *Epidendrum pichincae* Schltr., Balslev 1758 (AAU, AMES). Hierba, flores amarillas con rojo.
- *Masdevallia corderoana* F. Lehm. & Kraenzl., Hirtz 8745 (MO). Hierba, flores amarillas con rojo.
- *Odontoglossum angustatum* Lindl., Balslev 1754 (AAU, AMES). Hierba, flores amarillas con puntos cafés.
- *Odontoglossum pardinum* (Lindl.) Lindl., Balslev 2066 (AAU, QCA). Hierba, flores amarillas con puntos cafés.
- *Pachyphyllum crystallinum* Lindl., Balslev 3252 (AAU, QCA). Hierba, flores lilas.
- *Stelis pusilla* Kunth, Cuascota 353 (MO, QCNE). Epífita, flores amarillas.

#### - *Orobanchaceae*

- *Bartsia orthocarpiflora* Benth., Montenegro 197 (MO, QCNE). Hierba, flores rosado-lila.
- *Castilleja arvensis* L. f., Montenegro 190 (MO, QCNE). Hierba, flores verdes, brácteas rojas.

#### - *Oxalidaceae*

- *Oxalis lotoides* Kunth, Pabón 381 (MO, QCNE). Trepadora, flores amarillas.

- *Passifloraceae*

- *Passiflora cumbalensis* (H. Karst.) Harms, Ulloa 2179 (MO, QCA). Trepadora, flores lila.
- *Passiflora jamesonii* (Mast.) Bailey, Jørgensen 61724 (AAU, QCA). Trepadora, flores rojo-rosadas.

- *Phytolaccaceae*

- *Phytolacca bogotensis* Kunth, Pabón 383 (MO, QCNE). Hierba, flores moradas.

- *Piperaceae*

- *Peperomia parasitica* C. DC., Balslev 3254 (AAU, QCA). Epífita, flores verdes.
- *Peperomia pilicaulis* C. DC., Balslev 2061 (AAU, NY). Epífita, flores verdes.
- *Peperomia violacea* C. DC., Balslev 1746 (AAU, NY). Epífita, flores verdes.
- *Piper nubigenum* Kunth, Zak 2977 (MO). Hierba, flores verdes.

- *Poaceae*

- *Bromus pitensis* Kunth, Lægaard 54480 (AAU, QCA). Hierba, gramínea.
- *Calamagrostis intermedia* (J. Presl) Steud., Lægaard 54482 (AAU, QCA). Hierba, gramínea.
- *Chusquea aristata* Munro, Lægaard 54472 (AAU, QCA). Hierba, bambú.
- *Chusquea fimbriiligulata* (L.G. Clark) L.G. Clark, Lægaard 54473 (AAU, MO). Hierba, bambú.

- *Polygalaceae*

- *Monnina crassifolia* (Bonpl.) Kunth, Brandbyge 60930 (AAU, QCA). Arbusto, flores moradas con amarillo.
- *Monnina phillyreoides* (Bonpl.) B. Eriksen, Zak 2940 (MO). Arbusto, flores moradas con amarillo.
- *Monnina reticulata* B. Eriksen, Zak 2948 (MO). Arbusto, flores moradas con amarillo.

- *Polygonaceae*

- *Muehlenbeckia tamnifolia* (Kunth) Meisn., Zak 2963 (GB, MO). Hierba, flores verdes.

- *Primulaceae*

- *Myrsine andina* (Mez) Pipoly, Zak 2968 (MO). Arbusto, flores amarillentas.
- *Myrsine dependens* (Ruiz & Pav.). Spreng., Brandbyge 60926 (AAU, QCA). Arbusto, flores amarillentas.

- *Rosaceae*

- *Hesperomeles ferruginea* (Pers.) Benth., Ulloa 2169 (MO, QCA). Arbusto, flores blancas con rosado.
- *Lachemilla orbiculata* (Ruiz & Pav.) Rydb., Jørgensen 56307 (AAU, QCA). Hierba, flores verdosas.
- *Polylepis ochreatea* (Wedd.) Bitter, Læggaard 54474 (AAU, MO, QCA). Árbol, flores verdes.
- *Polylepis pauta* Hieron., Romoleroux 305 (QCA)., Árbol, flores verdes.
- *Rubus glabratus* Kunth, Jørgensen 61729 (AAU, QCA). Arbusto, flores rosado oscuro.

- *Rubiaceae*

- *Galium hypocarpium* (L.) Endl. ex Griseb., Ramírez 114 (MO). Hierba, flores blancas, frutos anaranjados.
- *Palicourea fuchsoides* C.M. Taylor, Jørgensen 61735 (AAU, QCA). Arbusto corola lila.

- *Santalaceae*

- *Dendrophthora chrysostachya* (C. Presl) Urb., Balslev 2063 (AAU, NY, QCA). Parásita, flores verdes.
- *Dendrophthora clavata* (Benth.) Urb., Zak 2949 (MO). Parásita, flores verdes.

- *Solanaceae*

- *Jaltomata viridiflora* (Kunth) M. Nee & Mione, Zak 2976 (AAU, MO, QCA). Arbusto, flores verde claro.
- *Salpichroa diffusa* Miers, Zak 1844 (MO). Trepadora, flores verde claro.
- *Salpichroa tristis* var. *lehmannii* (Dammer) S. Keel, Zak 2962 (MO). Trepadora, flores amarillo-verdosas.
- *Saracha quitensis* (Hook.) Miers, Balslev 3261 (AAU, MO, QCA). Arbusto, flores lila.
- *Solanum aloysiifolium* Dunal, Zak 2979 (MO). Hierba, flores lila.
- *Solanum brevifolium* Dunal, Zak 2975 (GB, MO, QCA). Trepadora, flores blancas.
- *Solanum caripense* Dunal, Zak 2964 (BM, MO). Hierba, flores lila.
- *Solanum interandinum* Bitter, Zak 2972 (MO). Arbusto, flores lila.
- *Solanum stenophyllum* Dunal, Balslev 2704 (AAU, NY, QCA). Arbusto, flores lila.

- *Tropaeolaceae*

- *Tropaeolum tuberosum* Ruiz & Pav., Ramírez 113 (GB, MO, QCNE). Trepadora, flores rojas.

- *Urticaceae*

- *Pilea arguta* (Kunth) Wedd., Zak 2952 (MO). Arbusto, flores rosadas.
- *Pilea myriantha* Killip, Balslev 1763 (AAU, GB, QCA). Arbusto, flores rosadas.
- *Pilea nutans* Wedd., Caranqui 280 (MO, QCNE). Hierba, flores crema.



Fernando Ortiz en uno de sus recorridos habituales por la geografía ecuatoriana, ca. 1999

# CONTENIDO

|                                                                                                  |    |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| PÓRTICO, <i>Francisco Salgado Arteaga</i>                                                        | 9  |
| PRÓLOGO, <i>Luis Suárez</i>                                                                      | 13 |
| PRIMERA PARTE                                                                                    | 17 |
| A 25 años de su partida: Ciencia y vida de Fernando Ortiz Crespo,<br><i>Gonzalo Ortiz Crespo</i> | 19 |
| INTRODUCCIÓN                                                                                     | 19 |
| 1. Una vocación temprana                                                                         | 22 |
| 2. Los ratones del comedor                                                                       | 25 |
| 3. La Raposa y el toro, en un texto del propio Fernando                                          | 27 |
| 4. La cercanía con la naturaleza                                                                 | 31 |
| 5. Primeros años de secundaria                                                                   | 35 |
| 6. El Nacimiento                                                                                 | 38 |
| 7. Una larga pero provechosa enfermedad                                                          | 41 |
| 8. Nuevos amigos, nuevos horizontes                                                              | 43 |
| 9. Tras el Zamarrito pechinegro                                                                  | 45 |
| 10. Encuentro cercano con el Zamarrito pechinegro                                                | 49 |
| 11. Sí hay murciélagos de esos                                                                   | 53 |
| 12. De la Ingeniería a la Biología                                                               | 56 |
| 13. Galápagos en el horizonte                                                                    | 61 |
| 14. Primer becario de la Fundación Darwin                                                        | 66 |

|                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------|-----|
| 15. En tierra de gigantes                                                  | 69  |
| 16. En la Universidad de San Luis, Missouri                                | 75  |
| 17. Berkeley y su Museo de Zoología Vertebrada                             | 77  |
| 18. Su matrimonio                                                          | 82  |
| 19. Al frente del Departamento de Biología de la PUCE                      | 87  |
| 20. Tres vueltas de campana                                                | 91  |
| 21. Primer guía naturalista en Galápagos                                   | 97  |
| 22. Sus estudios de doctorado                                              | 99  |
| 23. Una mala sorpresa y una impensada solución                             | 104 |
| 24. La Sociedad “Francisco Campos”                                         | 108 |
| Las primeras listas de aves                                                | 109 |
| 25. El Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales                             | 112 |
| Un remolino de experiencias                                                | 114 |
| 26. La Fundación Natura                                                    | 117 |
| 27. El Refugio de Vida Silvestre Pasochoa                                  | 121 |
| 28. Uno de los 42 expertos en el mundo                                     | 129 |
| 29. Otra vez a Berkeley y dos años en Galápagos                            | 131 |
| 30. Conferencista internacional y profesor en Puerto Rico                  | 139 |
| 31. Los recursos naturales del Ecuador y los esfuerzos por su conservación | 147 |
| La muerte de su padre                                                      | 150 |
| Aves y conservación                                                        | 152 |
| La transformación del INIAP                                                | 155 |
| 32. África y el Amazonas                                                   | 157 |

|                                                                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 33. La promoción de la ciencia en América Latina                                                               | 164 |
| 34. Al servicio de la ciencia y la tecnología del país                                                         | 169 |
| 35. Tragedia en La Mica                                                                                        | 174 |
| 36. Cenizas y cóndores                                                                                         | 188 |
| 37. Homenajes y recuerdos                                                                                      | 194 |
| Homenajes al científico desaparecido                                                                           | 195 |
| El nombre de Fernando Ortiz                                                                                    | 199 |
| 38. Su libro sobre los colibríes                                                                               | 201 |
| SEGUNDA PARTE                                                                                                  | 207 |
| (Ensayos y artículos de homenaje)                                                                              |     |
| Fernando Ortiz Crespo en la Academia Nacional de Historia,<br><i>Jorge Salvador Lara</i>                       | 209 |
| Fernando Ortiz Crespo y su estudio póstumo sobre la cinchona,<br><i>Gonzalo Ortiz Crespo</i>                   | 222 |
| Fernando Ortiz Crespo (1942-2001),<br><i>Tjitte de Vries</i>                                                   | 231 |
| A remembrance of Fernando Ortiz-Crespo,<br><i>Nancy L. Newfield</i>                                            | 239 |
| El vireo gorjeador de Point Reyes,<br><i>Enrique Merino</i>                                                    | 248 |
| La relación entre Huayna Cápac y Fernando Ortiz,<br><i>Paulina Ledergerber-Crespo</i>                          | 252 |
| Carta Abierta al doctor Fernando Ortiz Crespo,<br>a los diez años de su partida,<br><i>Juan Manuel Carrión</i> | 255 |
| El cóndor-hombre<br><i>Íñigo Salvador Crespo</i>                                                               | 263 |

|               |     |
|---------------|-----|
| TERCERA PARTE | 271 |
|---------------|-----|

|                                                                                                       |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Flores para el quinde: una lista anotada de las plantas vasculares de Yanacocha (Pichincha, Ecuador). | 273 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

Ensayo en homenaje al doctor Fernando Ortiz Crespo,  
*Carmen Ulloa Ulloa*



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar  
en junio de 2026 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,  
en Cuenca del Ecuador.





Fernando Ortiz y su esposa Cecilia Veintimilla en Bahía Urbina, isla Isabela, Galápagos, 1973



OTROS TÍTULOS DE GONZALO ORTIZ CRESPO  
EN LA COLECCIÓN “HOMO”

**Gonzalo Ortiz Crespo.** *Manuel Antonio Muñoz  
Borrero: los años desconocidos* (Biografía-Historia)

**Gonzalo Ortiz Crespo (Editor).** *Emiliano J. Crespo,  
Memorias de un cirujano* (Biografía-Historia)



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora

Pionero en la historia de la conservación de la naturaleza ecuatoriana, Fernando Ortiz Crespo (1942–2001), entregó su vida a la observación, el estudio y el cuidado de nuestro entorno. Fue –entre las múltiples tareas que acometió en sus días–, un eminente ornitólogo y científico, profesor y autor de numerosos trabajos en revistas especializadas en medio ambiente e historia de la ciencia. A su iniciativa se debe la creación del Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales, la Fundación Natura y el Refugio de Vida Silvestre Pasochoa.

A 25 años de su temprana partida, su hermano Gonzalo Ortiz Crespo, nos ofrece un cálido e íntimo retrato de Fernando, perfectamente complementado con una multiplicidad de testimonios, opiniones y miradas de colegas, discípulos y amigos que configuran este “recuerdo coral”. El autor, conocido académico de la Lengua y de la Historia, repasa el trayecto vital y profesional de este *Sembrador de futuro* con su pluma experta, y un profundo conocimiento y comprensión de su biografiado.

Una vida que ha cuidado nuestro entorno con tanta pasión y compromiso, es una vida que merece ser contada.

ISBN: 978-9942-54-113-0



9 789942 541130